SERIE SEÑORES
CAÍDOS EN
DESGRACIA
UN TOQUE DE
PASIÓN
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
BRONWEN
EVANS

Un Toque de Pasión

ROMÁNTICA DE LA REGENCIA

SERIE SEÑORES CAÍDOS EN DESGRACIA

LIBRO TRES

BRONWEN EVANS

TRADUCIDO POR

SOPHIE HARTMANN

Índice

Un Toque de Pasión

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo
Dedicación
Susurro del deseo
Capítulo 1

Acerca del Autor
Otras Obras de Bronwen Evans

Un Toque de Pasión

Un Toque de Pasión
Una Novela de Señores Deshonrados
Bronwen Evans

En la última novela de Señores Deshonrados de Bronwen Evans, autora de bestsellers del USA Today, una vivaz buscadora de emociones choca con su obediente defensor, lo que provoca que la atracción entre ellos sea irresistible.

Independiente y alegre. Lady Portia Flagstaff nunca ha tenido miedo de una aventura, sobre todo si implica emoción y peligro. Pero esta vez, es secuestrada y vendida a un harén árabe, lo cual resulta ser un riesgo demasiado alto para sus clásicas aventuras. Ahora, para recuperar su libertad, tiene que confiar en el atractivo Grayson Devlin, vizconde de Blackwood, un hombre que desprecia su imprudente forma de ser y despierta en ella una ardiente sed de pasión.

Tras perder a su madre y a sus dos hermanos en un accidente de carruaje años atrás, Grayson Devlin prometió al moribundo hermano de Portia que siempre velaría por su caprichosa hermana. Pero tener que viajar a Egipto para rescatar a la temeraria muchacha le ha hecho hervir la sangre de ira. Grayson ya tiene las manos ocupadas intentando exculpar a su mejor amigo y compañero de los Eruditos Libertinos de un crimen que no cometió. Peor aún, su audaz rescate ha desencadenado una consecuencia imprevista y no deseada, el contraer matrimonio. Ahora no es solo a Portia a quien tiene que proteger... ahora se suma su maltrecho corazón.

Un Toque de Pasión es una obra de ficción. Los nombres, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Copyright © 2015 por Bronwen Evans

Todos los derechos reservados.

Publicado en Estados Unidos por la autora Bronwen Evans, un sello de Bronwen Evans.

Este libro contiene un extracto del próximo libro *Susurro del Deseo* de Bronwen Evans. Este extracto se ha establecido sólo para esta edición y puede no reflejar el contenido final de la próxima edición.

Prólogo

Baile de los Ciprianos, London, 1813

—Me sorprende que Lord Blackwood nos haya honrado con su presencia. Es bien sabido que está enamorado de la bailarina francesa Juliette Panache. Dudo que esté buscando otra amante.

—Con todas sus fantasías y apetitos sexuales, sin duda tiene un establo lleno de amantes.

—Cierto. Oí que una vez complació a diez mujeres en una noche.

Lady Portia Flagstaff se acercó al grupo de cortesanas que salivaban ante Grayson Devlin, vizconde de Blackwood, como si fuera un suculento festín que devorar. Muchos años de experiencia le permitieron moderar sus celos. No podía culpar a ninguna mujer por desear a lord Blackwood. Junto con la mayoría de las mujeres de Inglaterra, ya que se contaban sus a sañas en la cama entre toda la jadeante multitud.

Estar locamente enamorada de Grayson era su penitencia por haber sido tan mala con él cuando eran más jóvenes. Había intentado por todos los medios apartarlo de sus pensamientos, pero era difícil olvidarlo cuando era el pan de cada día de la *sociedad*.

Lord Blackwood había entrado en su vida poco antes de cumplir los diez años. Siempre había sido como su hermano mayor, el mejor amigo de Robert, pero el día que se mudó a su casa, ella lloró durante horas en su habitación. ¿Por qué tenía que ser un *chico,* el que había sobrevivido al accidente de carruaje de su familia? Ya tenía cinco hermanos. ¿Por qué no podía ser una mujer? ¿Cómo podía ser la vida tan injusta?

La hermana de Grayson, Lucinda, había sido su amiga, y no podía entender por qué ella había muerto y Grayson no. Portia era demasiado joven y asustadiza para entenderlo, así que le culpó a él.

La muerte de Lucinda fue su primera toma de conciencia de lo precaria que podía ser la vida. Casi morir de fiebre pulmonar a los dieciséis años había sido su segunda lección. A partir de ese momento, juró vivir su vida al máximo. No quería arrepentirse cuando la muerte la llamara de no haber disfrutado de la vida hasta el último aliento.

—Dicen que se puede sobrevivir a cualquier hombre, pero con el no lograras sobrevivir en su cama. Sus amantes hablan de sus proezas

con asombro. Se preocupa más por el placer de una mujer que por el suyo propio. Su forma de amar no tiene precio. Incluso me lo cogería gratis. —La mujer soltó una carcajada.

—Estoy más interesada en saber si *realmente* el título de semental es verdad. Si es así, me encantaría explorar las hazañas que se cuentan. —Más risitas.

—Es verdad. Claudette dijo que apenas pudo caminar durante una semana, pero bien valieron la pena los dos días que estuvo en su cama. —Un suspiro colectivo siguió a esta declaración.

Mientras Portia escuchaba a las cortesanas experimentadas, mantenía los ojos fijos en lord Blackwood, al tiempo que rezaba para que no la viera como a una niña y deseaba que, por una vez, *la viera como mujer*. Sabía que Grayson la veía como a una hermanita sustituta, pero ella no lo veía como a un hermano. Nunca había insistido en el tema porque la idea de perderlo de su vida era algo que podía soportar, pero a veces, observar lo desde las sombras cómo coqueteaba y seducía a otras mujeres, le rompía el corazón.

Su presencia aquí le parecería escandalosa, como a la mayoría de la *sociedad*, una señorita soltera de veintidós años sin compañía en un baile así. Sus cinco hermanos se enfadarían, pero comprendían lo estrecha que era la sociedad para una mujer de su inteligencia. Alentaban su necesidad de independencia, la respetaban. Sin embargo, Grayson la consideraba alguien muy familiar de por lo tanto muy cercano a él, su querida madre había fallecido, y, por lo tanto, encontraba a Portia un miembro más de la familia.

Grayson tenía una visión distinta de las mujeres, probablemente porque su madre había muerto cuando él era joven e idealizaba su recuerdo. Lady Blackwood había sido considerada una dulce y obediente mujer llena de virtudes, y ninguna mujer podía estar a la altura de su reputación. Las mujeres de Grayson se dividían en dos grupos. Había mujeres, bellas y sensuales, a menudo con ciertos empleos remunerados sexualmente, a las que él quería en su cama. Luego estaban las otras mujeres, que eran recatadas y respetables. Mujeres que él consideraba material potencial para el matrimonio. Por desgracia, Portia pertenecía a un tercer grupo, el de las mujeres que él no podía clasificar en ninguna de las dos categorías anteriores.

Sabía que, si se conocía su identidad, se delataría ante la sociedad y arruinaría su reputación. Había pensado que su búsqueda del conocimiento merecía el desprecio de la alta alcurnia. Sin embargo, a medida que avanzaba la noche, parecía que esta tenía que ser su peor aventura hasta el momento.

—Oh, digo yo. ¿Quién es el otro apuesto caballero que está con Lord Blackwood? Tal vez podamos atraer a los dos hombres para jugar por la noche.

El corazón le retumbó en el pecho, porque supo sin mirar quién estaba detrás de Lord Blackwood, su hermano Robert. Donde iba uno iba el otro. *Conquistaban todo a su paso*. Si Robert la descubría, le haría pagar en el infierno. Él podría entender su sed de conocimiento, pero no perdonaría que estuviera aquí, ni que hubiera venido sola.

—Ese es Lord Flagstaff, y déjame decirte que no tiene ningún problema en ponerse firme. —La cortesana más experimentada miró a sus cuatro compañeras—. Estoy segura de que los dos podrán mantenernos bien complacidas esta noche. —Ante el asentimiento murmurado, añadió— ¿Estamos todas de acuerdo? Nosotras cinco entretendremos a estos dos caballeros.

—Hagamos una fiesta privada —dijo otra—. Me moriría por ser la amante de estos caballeros.

La mirada de Portia se entrecerró pensativa. ¿Cómo diablos... cinco con dos? Tenía tanto que aprender. Había venido esta noche puramente como «voyeur», sin embargo, no tenía intención de ver a su hermano hacer el amor con una mujer, y de ninguna manera podía ver a Grayson con otra mujer. Su madre decía que la curiosidad a menudo llevaba a uno por un camino que no deseaba seguir.

Todo era culpa de Rose. Su mejor amiga acababa de tener su primer amante, tras enviudar hacía dos años. Rose estaba radiante, y Portia quería aprender más sobre el acto que le proporcionaba tanto placer, quería aprender de todo, porque ella no se restringiría a lo que la sociedad establece o a lo que la iglesia determina. No tenía experiencia en asuntos carnales, pero no deseaba morir virgen y menos casta. Quería aprender los secretos de una real aventura. Como no tenía intención de casarse con ningún hombre excepto lord Blackwood, se veía a sí misma acabando como una vieja solterona, dejando al menos un punto sin cumplir en la lista de cosas que quería experimentar antes de morir.

Hacía varios años, tras recuperarse de su fiebre pulmonar, había escrito una lista de las cosas que quería conocer detalladamente en esta vida. Y hacer el amor y experimentar la pasión estaban en su lista. No tenía ninguna prisa por tener una aventura carnal, pero quería aprender a llevarla a cabo; quería estar preparada por si decidía que había llegado el momento. Quién sabe, incluso podría aprender a atraer el interés de Grayson.

Cuando se proponía algo, siempre lo llevaba a cabo. ¿Qué mejor lugar para observar y aprender sobre relaciones sexuales que un Baile de Cortesanas? Sólo que no había considerado la presencia de Lord Blackwood ni de su hermano; alguien le había dicho que ambos estaban comprometidos.

—Parece que estamos de suerte, damas. Nos está mirando con determinación.

Por favor, que no me reconozca. Si no quería que la vieran, ¿por qué entonces le ardía la sangre de excitación por el mero hecho de estar en la misma habitación que el legendario mujeriego?

Esta noche, él eclipsaba a cualquier otro hombre. Presentaba una atractiva imagen de verdadera masculinidad, con sus llamativos rasgos a la vista a pesar de que se trataba de un baile de máscaras, pues no llevaba ninguna. Su cabello rubio se enroscaba espeso y brillante en torno a su rostro robusto y apuesto, con reflejos cobrizos que brillaban a la luz de las lámparas. Su prenda negra en forma de capa, ribeteada en oro, abrazaba su enorme cuerpo como si también quisiera tocar cada parte de él.

No era la única mujer que seguía sus movimientos entre la multitud. Su presencia se convirtió en el centro de atención de un grupo de bellezas, todas ansiosas por atraer su interés y su dinero. A algunas ni siquiera les importaba el dinero que pudiera proporcionarles, pues lo que más les interesaba era el placer.

Levantó la mano y se alisó el turbante, metiendo bajo él un mechón de su característico pelo rojo. Una máscara ocultaba por completo su cara; aunque resultaba molesta de llevar en el calor del salón de baile, era una necesidad para ella dadas las circunstancias.

Un pensamiento perverso pasó por su cabeza. ¿Qué haría si Lord Blackwood encontrara atractivos sus encantos? Justo entonces, desde el otro lado de la sala, su mirada chocó con la de ella y se encendió con evidente interés. O tal vez fue todo el grupo de mujeres lo que llamó su atención. Aquí había muchas damas mucho más hermosas que ella.

Era insultante que la única vez que había atraído su atención, se hubiera vestido como una dama de mala reputación. Sabía que su disfraz era tan escandaloso como el de las demás damas. Quería pasar desapercibida. El escote del conjunto de harén y pantalón era más indecoroso de lo que nunca había llevado, y además dejaba a la vista su vientre. Las aberturas de sus pantalones de harén turco dejaban al descubierto partes de su cuerpo que muy pocos habían visto.

El calor recorrió su piel mientras los ojos de él acariciaban y exploraban, inspeccionando toda la mercancía que ya hacia a su alcance. La distancia ya no la protegía. Su mirada penetrante agitó sus sentidos. El deseo y la necesidad se agolparon en su sangre. Sus rasgos esbeltos y cincelados esbozaron una sonrisa de "ven y bésame", una mirada arrogante y cómplice, como si ninguna mujer le hubiera negado alguna vez algo. El apuesto vizconde llamaba la atención y era lo bastante engreído como para esperar que le obedecieran.

El efecto de su sonrisa le hizo perder el aliento *y* el valor. Los reflejos le gritaron que huyera y sintió el repentino impulso de esconderse.

—Oh, mira. Viene por nosotras. Pechos a fuera, damas.

Una cortesana suspiró. —Conozco nuestro código, pero podría perder mi corazón por un hombre como Lord Blackwood.

—No seas tonta. Estos arrogantes aristócratas no tienen corazón. Lord Blackwood puede ser un amante magnífico, pero no está interesado en el amor, especialmente con gente como nosotras. ¿Recuerdas los cuentos? Su última amante fue lo bastante estúpida como para enamorarse de él, y se marchó más rápido de lo que tardas en deshacerte de tus faldas.

Sus palabras apenas la sorprendieron. Grayson no difería de ninguno de los otros señores ricos que ella conocía. Las mujeres tenían un lugar en sus camas, ya fuera por placer o para proporcionar un heredero. Ambas posiciones rara vez involucraban sentimientos.

Para su horror, notó que los hombres estaban casi sobre ellas. *Muévete*. Sus pies no obedecían su orden. Él se acercó, su sonrisa se hizo más cómplice mientras ella permanecía inmóvil como un cachorro obediente esperando desesperadamente que le dieran una palmadita. Menos mal que llevaba una máscara.

Asistir a aquel baile había sido una idea terrible.

Portia apartó los ojos de su hipnótica mirada y retrocedió. Girando sobre sí misma, se escabulló entre la multitud juguetona y, al cabo de unos minutos, se encontró en uno de los muchos pasillos laterales y cerró la puerta tras de sí. Cerró los ojos y se apoyó en los fríos paneles de madera, intentando recuperar el aliento. Le latía muy deprisa, como si fuera un canario asustado. Aquello estaba demasiado cerca para su comodidad.

Necesitaba un lugar donde esconderse hasta que fuera seguro escabullirse a casa sin que su hermano ni Grayson se dieran cuenta. Estaba segura de que los hombres no tardarían en ocuparse en sus propios placeres. Portia volvió a frotarse el pecho. Las imágenes de Grayson con aquellas mujeres no la dejaban en paz. Aumentaban las punzadas en su cabeza. No lloraría. Sólo podía culparse a sí misma por estar en este aprieto.

De repente, la puerta que acababa de atravesar se abrió y un hombre entró en el pasillo, cerrando la puerta en silencio tras de sí. Un fresco aroma a jengibre y sándalo hizo que sus fosas nasales se agitaran. Sin mirar, supo de quién se trataba.

—¿Qué demonios crees que haces aquí? —Portia se estremeció al oír la voz familiar de Grayson.

Levantó la vista y se encontró con sus apuestos rasgos nublados por la ira. Probablemente no tenía ni idea de que su tono regañón le había acelerado el corazón, y no de miedo.

—Sólo observaba. A diferencia de ti, sospecho.

Miraba a lo largo del pasillo. —Debería decírselo a Robert y dejar

que te retuerza ese bonito cuello.

Ella sonrió. Había dicho *bonito cuello*. —¿Cómo me has reconocido?

Él se acercó, ocultando la ira reprimida. Ella se apretó contra la pared. Su mano se acercó a su oreja, un dedo rodeó un rizo suelto y tiró de él. —Reconocería un pelo rojo tan vivo en cualquier parte. Y muchos otros también.

A ella le costaba pensar mientras su cuerpo reaccionaba a su proximidad. Su ligera fragancia hizo que sus sentidos se agitaran. —Debería haber sabido que asistirías a este evento.

Un gruñido retumbó en lo más profundo de su pecho. —Pues no tenía ni idea de que tú lo harías. ¿Qué pensaría Robert si te viera? Se le partiría el corazón. Ya tiene suficientes preocupaciones como para que su caprichosa hermana monte otro escándalo.

Portia trató de entender el significado de sus palabras. ¿De qué tenía que preocuparse Robert? Antes de que pudiera preguntar, él añadió —Tu egoísmo no tiene límites. Primero fue tu negocio de sidra, del que alardeaste en la cara de la sociedad, y ahora estás en un Baile de Cortesanas. —Sus ojos se entrecerraron y tomó aire—. Nunca sabré por qué Robert no te ha casado.

—No tengo intención de casarme para ser la nodriza de un noble. No me casaré a menos que sea el deseo de mi corazón.

—¿Es por eso por lo que estás aquí? ¿Estás aquí para conocer a un amante?

—No. —La ira recorrió su cuerpo ante sus santurronas palabras—. Pero si lo fuera, no sería asunto tuyo. No apruebo la doble moral.

—El mundo está lleno de caras falsas. Estas son las reglas con las que vivimos. Robert necesita irse sabiendo que su familia está protegida. No puede tener la mente llena de preocupación por su...

—¿Irse? —Se llevó la mano a la boca para detener las náuseas—. Se va a la guerra, ¿verdad? —Los labios de Grayson se endurecieron, y su maldición fue su respuesta—. ¡No! —Ella negó con la cabeza—. Es el mayor, el heredero. No puede. —Miró a Grayson con los ojos muy abiertos—. Oh, Dios. Se irán los dos.

Grayson no podía mirarla a los ojos. —Voy a luchar contra Napoleón, con Robert, para protegerle.

Se quitó la máscara de la cara. —¿Por qué va Robert? Y tú eres el último de tu linaje. No puedes irte —dijo ella enfadada.

—Robert va a vigilar a tu hermano, Philip. Tiene miedo de que el joven exaltado intente hacer algo heroico pero estúpido y consiga que lo maten.

Portia se desplomó contra la madera. Philip era sólo un año menor que Robert y cuatro mayor que ella. Robert y Philip estaban muy unidos. Philip había declarado su intención de luchar contra los

franceses. Ella odiaba la idea de la guerra. Estaba segura de que, si las mujeres mandaran en este mundo, no habría guerras. Una mujer que tuviera un hijo nunca querría que él fuera a morir por algo en vano.

—¿Puedo apelar a la pequeña parte de ti que es un Flagstaff y pedirte que no le des a Robert ninguna razón para preocuparse? Al menos hasta que esta guerra termine. Entonces podrás volver a tus escandalosas costumbres.

Cabizbaja y sintiéndose completamente castigada, asintió. —Por supuesto.

—Bien. —Estaba a punto de apartarse cuando se abrió la puerta junto a ellos.

Grayson dijo —Las damas están esperando ansiosamente.

¡Robert! Sus ojos volaron hacia Grayson alarmados. Él inmediatamente la apretó contra la pared, su gran cuerpo protegiéndola de los ojos de Roberts.

Le susurró al oído —Abrázame. Haz como si fuera una relación ilícita.

Ella hizo lo que le decía, su cuerpo ardía de sensaciones mientras los labios de él le recorrían el cuello. La tela que cubría sus duros muslos rozaba sus piernas desnudas expuestas a través de su traje de harén.

—Enseguida estoy contigo. Me estoy reencontrando con una vieja amiga. —El sonido bajo y ronco excitó su piel mientras los dedos de él acariciaban su vientre desnudo.

Robert pareció vacilar, dándose cuenta de la actitud posesiva que había detrás de sus palabras. —Entretendré a las otras damas hasta que puedas unirte a nosotros. A menos que quieras compartir a la dama que te ha mantenido tan ocupado que has hecho esperar a cinco exquisitas bellezas.

Portia se quedó helada. Los sentimientos y deseos que la invadían parecían revolverle el cerebro. Si su hermano la encontraba así, en brazos de Grayson... Por suerte, Grayson tenía el control. —No es necesario. La belleza en mis brazos nunca comparte. Enseguida voy.

Robert se encogió de hombros y le dio una palmada en la espalda. Portia se metió de lleno en el abrazo de Grayson, ocultando todo lo que podía de sí misma.

Robert se rió entre dientes. —Ya veo cómo es. Siempre te guardas lo mejor para ti. Sin embargo, deja el campo libre con cinco deliciosas damas hasta que vuelvas. —Con eso, se deslizó de nuevo a través de la puerta hacia el salón de baile.

Le sorprendió que Grayson no se apartara inmediatamente. Siguió manteniéndola atrapada, y de su pecho irradiaba calor, infundiendo a sus pechos una deliciosa sensación.

Ella intentó moverse. —Ya puedes soltarme. Seguro que las damas

te están esperando.

Sus ojos se clavaron en los de ella. —Eso casi suena a celos.

Por supuesto que sí. *Estaba celosa*, pero no se lo iba a decir. —No seas ridículo. Si recuerdas, me fui en cuanto llegaste. ¿Por qué iba a estar celosa?

—Entonces, ¿Estás diciendo que no te pasa nada?

¿A qué juego estaba jugando? Portia encontró su mirada clavada en los labios de Grayson, viéndolos moverse, preguntándose cómo se sentirían. Sacudió la cabeza. ¿Qué le había preguntado?

—Claro que no estoy celosa. No todas las mujeres quieren caer en tu cama.

—Mentirosa. Puedo sentir cómo te late el corazón en el pecho.

—Mi hermano casi nos pilla. Me deja más libertad de acción que la mayoría de los hombres, pero vestida así, en tus brazos... Habría habido consecuencias.

Levantó la mano y deslizó los dedos por detrás de su nuca, y la respiración de ella se entrecortó al ver cómo se acercaban sus labios. —Entonces, si te besara, ¿no sentirías nada?

Él no le permitió responder, sino que acercó su boca a la de ella. Dejó que sus labios, suaves y firmes, jugaran sobre los suyos como un maestro. Un calor líquido la inundó, mareándola. Se estaba perdiendo en su beso. *Quería* experimentar todo lo que su beso le ofrecía y no abandonar nunca su abrazo.

Al cabo de unos instantes, sintió que él se separaba. *¡Demonios!* Quería más.

Sus brazos se estrecharon aún más alrededor de sus hombros y se apretó más a su abrazo. Él dudó un segundo, como si comprendiera que la decisión que tomara en los próximos segundos cambiaría su mundo. Sin embargo, Portia no estaba dispuesta a dejar escapar su fantasía. Le pasó la lengua por los labios y el cuerpo de él se estremeció. Su boca se inclinó más sobre la de ella, poseyéndola por completo, lo que parecía una decisión tomada.

Su lengua se introdujo en la boca de ella como si no pudiera saciarse. Un gemido retumbó en lo más profundo de su pecho y la empujó contra la pared. Ella sintió su fornido cuerpo contra su vientre. Sus finos pantalones de harén no la protegían de su considerable virilidad.

Portia cedió a los poderosos impulsos de su cuerpo. La abrumadora sensación de deseo se apoderó de ella. Estaba viviendo su fantasía, Grayson en sus brazos, haciéndole el amor. Gimió en su boca.

En respuesta, su beso se hizo más profundo. Sus manos recorrieron su cuerpo con ternura. Cuando sus nudillos rozaron la parte superior de sus pechos, creyó que se desmayaría de necesidad. Como por instinto, levantó una pierna hacia la cadera de él, abriendo su

feminidad al tacto de su poderosa erección. Gimió febrilmente mientras la mano de él le sujetaba la pierna y él se movía contra ella, frotando el punto exacto que le hacía perder la cordura.

Su otra mano encontró su pecho y, cuando las yemas de sus dedos descubrieron el endurecido pezón, el fuego recorrió su cuerpo, inundando sus venas de ardiente calor. No tardó en liberar sus pechos de su inadecuada envoltura. Cuando él rompió el beso, ella se sintió despojada hasta que su boca se aferró a un pezón y succionó. Ella se agitó contra él, frotando su dureza.

Él le correspondió, moviendo se y frotando su miembro contra ella, volviéndola loca con sus caricias, alentando su respuesta, engatusando su salvajismo hasta casi volverla loca. Sentía que viajaba a un punto desconocido. Su cuerpo conocía el destino, pero no sabía cómo llegar. —Grayson, oh, Dios, por favor.

De repente, Grayson se detuvo y su boca abandonó el cuerpo de ella. Ambos jadeaban y una oleada de frustración la inundó.

Era como si el tiempo se hubiera detenido. Su mirada se clavó en los pechos desnudos de ella, donde la humedad de sus besos brillaba en la penumbra.

Le soltó la pierna como si le quemara y se apartó. —Oh, Dios, Portia... Mi comportamiento es atroz. Por favor, perdóname.

—No todo fue culpa tuya.

Él no respondió. Se limitó a estirar una gran mano para volver a ponerle la ropa en su sitio, cubriéndole los pechos aún expuestos.

—Esto nunca debería haber ocurrido. Es inapropiado.

El calor le inundó la cara y apartó la mirada. ¿Por qué iba a avergonzarse? Ella no había empezado, y a él le *había* excitado. Le miró la entrepierna y vio que seguía excitándole. —¿Por qué es inapropiado?

Él pareció horrorizado al seguir su mirada y darse cuenta de que ella conocía su estado. Pareció dudar. —Porque eres como una hermana para mí. Robert me confío a ti.

Ella se acercó a él y él retrocedió un paso. —Debo admitir que nunca he querido hacer algo así con mis hermanos. —Ella no pudo evitar burlarse de él—. ¿Por qué me besas, entonces?

—Esperaba darte una lección. Hacerte ver en qué problemas podrías meterte con este comportamiento escandaloso que insistes en mantener. Si cualquier otro hombre te hubiera seguido hasta este pasillo... A diferencia de mí, no se habría detenido. —Ante el silencio de ella, añadió— ¿Así es como quieres perder tu virginidad? ¿Contra la pared como una vulgar puta?

Ella se estremeció involuntariamente ante sus crueles palabras. Le había enseñado algo, que no era inmune a ella, y que podía llegar a considerarla una mujer. —Me enseñó que me deseas.

—No te deseo.

—Puede que no tenga tanta experiencia como tú, pero sé reconocer a un hombre excitado.

Pareciendo recuperar la compostura, se alisó la corbata y se burló —Estoy excitado desde que entré en el baile de los chipriotas. No tiene nada que ver contigo, sino con la cantidad de carne deliciosa que se exhibe. La mayoría de los hombres reaccionan como yo ante las mujeres con poca ropa.

Así, sin más, aplastó su confianza y le rompió el corazón. Estúpidamente, ella había pensado que había sentimientos detrás de su beso. Obviamente, no. Por eso necesitaba experiencia. Para su cuerpo inexperto, sus besos parecían como si él no pudiera vivir sin ella.

No sabía qué decir. Se le llenaban los ojos de lágrimas y quería marcharse. Se dio la vuelta y se alejó por el pasillo. —Te dejo con tus diversiones, entonces. Preferiría no ser una de tantas. Si cualquier mujer te sirve, te sugiero que vayas a buscar una que te complazca.

—Te acompañaré a tu carruaje.

Ella levantó una mano para detenerle. Justo cuando estaba a punto de discutir, un criado entró por el pasillo. —Usted, mi buen sirviente, ¿Puede llevarme a salvo a mi carruaje? —preguntó ella desesperada. No podía soportar estar en compañía de Grayson ni un momento más.

El criado miró a Grayson como si no pudiera responder sin su autoridad. Eso la irritó.

—Acompañarás a la dama —y Grayson subrayó la palabra «dama»— sana y salva hasta su carruaje, o haré que desees no haber nacido. ¿He sido claro? —Ante el asentimiento del hombre, añadió— Nadie debe verla partir.

—Por supuesto, mi señor. Puedo escoltarla a través de las dependencias del personal de servicio.

Grayson vaciló, como si supiera que debía escoltarla, pero era obvio que quería alejarse de su presencia lo antes posible. Gruñendo preguntó —¿Estarás bien con este hombre?

—Por supuesto —respondió ella sin mirarle. Tal vez ya no quisiera volver a mirarle. La satisfacción por lo firme que sonaba su voz la hizo ponerse más erguida.

Portia se enrollo en la capa y se reprendió a sí misma durante todo el camino por los pasadizos traseros de las dependencias de los criados hasta que estuvo a salvo en su carruaje. Sólo cuando se quedó sola en el carruaje a oscuras, dejó caer sus lágrimas.

Tras su partida, Grayson se quedó en el solitario pasillo, maldiciendo. Incluso mientras maldecía y condenaba aquel momento, su sangre no se enfriaba. Aún podía sentir el sabor de Portia, y su olor a azahar permanecía en su ropa.

Su erección no se calmaba. No era un problema en un baile como aquel, ni siquiera se comentaría cuando se reuniera con los demás, pero la idea de estar con una de aquellas mujeres después de haber sentido un anhelo tan inocente entre sus brazos le provocaba ligeras náuseas.

¿Cómo había dejado que las cosas se descontrolaran tanto con Portia Flagstaff? Había estado a punto de llevarla contra la pared, con su hermano no muy lejos. Sólo su nombre en sus labios le había hecho entrar en razón.

Llevaba años luchando contra su atracción. No ayudaba a la situación el hecho de que se hubiera criado en casa de la familia de ella, el padre de Robert lo había acogido a los quince años, cuando la familia de Grayson pereció, y siguiera visitándolos con regularidad. Robert era como un hermano para él, ¿Y cómo le pagaba esa amistad? Seduciendo a Portia en un pasillo vacío.

Era una pícara cautivadora. Su pelo de fuego, castaño rojizo, hacía juego con su temperamento. Tenía una vivacidad que la hacía parecer vibrante y jovial. Cerró los ojos y sus sentidos se agudizaron. Había sentido su boca como el pecado, junto con un cuerpo delicioso que por fin había podido ver y sentir, ya que llevaba un atuendo tan escandaloso.

El deseo surgió de nuevo ante el repentino recuerdo de explorar su carne suave y cálida.

Portia era una mujer a la que un hombre podía llegar a amar, pero él se negaba a contemplar esa posibilidad. En primer lugar, era demasiado franca y extravagante para su gusto. Esas no eran las cualidades que buscaba en una esposa. Tal vez en una amante, pero nunca deshonraría a Portia ni a su familia, la familia que lo había acogido después de perder a todos sus seres queridos, convirtiéndola en su amante. En segundo lugar, se negaba a que una relación llegara a comprometer su corazón. Había perdido a sus padres y a su hermana a los quince años, y no quería volver a sentir ese dolor. Era mejor mantener relaciones casuales. Sólo quería un matrimonio de conveniencia. *Su conveniencia*.

—Maldita sea —juró una vez más, y se dio la vuelta para volver a entrar en el salón de baile. Buscaría a Robert y le diría que se iba a casa. No le apetecía meterse con ninguna prostituta esta noche.

Cuando entro en el salón y vio a las bellezas del lugar, no se inmuto. Uno de los mujeriegos más famosos de Londres había perdido el deseo de cometer pecados carnales. El diablo debía haberlo controlado, pensó temeroso, porque sólo quería a una mujer: Portia. Una mujer que no podía tener.

Será mejor que apagues tu lujuria antes de que hagas algo aún más inapropiado con ella, se dijo a sí mismo con severidad.

Un desliz con la irresistible Lady Portia sólo podía conducir a una sola situación, el matrimonio. La idea le heló hasta los huesos. Eran totalmente inadecuados y, sin embargo, ella despertaba algo en lo más profundo de su ser. Era salvaje y desenfrenada y le gustaba correr muchos riesgos, como su plan de esta noche. Estaba al margen de la sociedad, poniendo a prueba sus límites a diario.

Lo más probable era que desprestigiara el apellido Blackwood si se convertía en su esposa. Incluso Robert sabía que no eran adecuados. Robert le había dicho en el vigésimo cumpleaños de Portia que en un principio había esperado que fueran novios, pero que, conociéndolos a ambos, se había dado cuenta de que nunca se harían felices el uno al otro. Para Grayson, el honor de su familia estaba por encima de todo, mientras que a Portia le importaba un bledo lo que pensara la sociedad. Hacía lo que quería, cuando quería, y al diablo con las consecuencias.

Grayson quería una mujer recatada y respetable que entendiera los dictados de su posición. No una endiablada de pelo de fuego que pareciera pensar que el mundo era suyo para moldearlo y conquistarlo. Lo que él necesitaba era una mujer tan aburrida que nunca cautivara su corazón.

Necesitaba una mujer como su madre, una mujer que hiciera la vista gorda ante las indiscreciones de su marido sin dejar de ser fiel a sus votos matrimoniales. Muchos podrían considerar hipócrita su postura, pero él quería saber que sus hijos eran suyos. La mujer perfecta sería una dama de alcurnia, alguien que no hiciera nada para desprestigiar el apellido Blackwood.

Cuando tenía catorce años y su padre discutió lo que se requería de él como futuro vizconde, se enteró de que esperaban que se casara con la hija de un duque o marqués. Justo antes de que ella muriera en el accidente de carruaje que se había cobrado también la vida de su padre y su hermana, su madre le había sugerido que debía elegir cuidadosamente su lealtad. Su consejo era que se entregara a sus amantes, eligiendo mujeres que le complacieran en la cama. Al elegir esposa, debía buscar una buena “madre” y tratarla con respeto. Eso mantendría fuerte a la casa Blackwood.

Sin embargo, la opinión de Grayson había cambiado a lo largo de sus años en la casa Flagstaff. Era obvio para todos que lord Cumberland, el padre de Robert, había amado mucho a su esposa. Grayson había visto cómo Lady Cumberland se desmoronaba tras la muerte de su marido. Había llegado a la conclusión de que la alegría de amar a alguien no merecía el dolor cuando inevitablemente se acababa. Estaba agradecido de que hubiera muchas mujeres obedientes y respetuosas que no le conmovieran el corazón.

Portia más que conmover su corazón. También le agitaba el cuerpo

y el alma. Ahí residía el peligro.

Grayson apartó a Portia de su mente y se dispuso a encontrar a Robert y ofrecerle sus disculpas. Un pensamiento, prohibido y peligroso, hizo que su corazón se detuviera. *Admítelo hombre, no quieres renunciar a ella.*

Llevaba tanto tiempo intentando negar la poderosa y salvaje atracción que sentía por Portia que había olvidado lo que era una buena noche de sueño. Esta noche la situación había empeorado cien veces. Ahora, cuando soñaba, sabía exactamente a qué sabía ella. Su aroma se arremolinaba en su cabeza y recordaba su piel suave y sedosa.

Tal vez era mejor que se fuera a luchar contra Napoleón dentro de tres días. Un campo de batalla podría hacer que su problema fuera discutible. Sabía que no debía ir. Grayson era el último de su familia, pero no dejaría que Robert se fuera solo. Le debía eso a Lord Cumberland, al menos.

Debe ser el único hombre que espera con ansias la guerra. Sólo entonces podría olvidar a la belleza pelirroja que atormentaba sus sueños.

Capítulo Uno

LONDRES, DOS AÑOS DESPUÉS. DICIEMBRE 1815

—No te atrevas a salir de este carruaje.

Portia ignoró la orden de Rose. Una de las pocas personas que podía. Pocos negaban a la duquesa de Roxborough cuando usaba ese tono de voz. En lugar de eso, continuó mirando fijamente la noche que se oscurecía.

No era como si estuvieran en las tierras salvajes de Escocia. Las calles que rodeaban el Támesis, y sobre todo donde salían los barcos para remar hacia los jardines de Vauxhall, más conocidos como los jardines del placer, dado que en el día eran jardines donde se podía ver todo tipo de eventos, pero en la noche estaba repleto de personas viendo y haciendo cosas fuera de la moral y las buenas costumbres. El ruido, el olor y una brisa enérgica se arremolinaban a su alrededor con reconfortante normalidad. ¿Qué podía salir mal? Tendría a su lacayo con ella. Cualquier aprensión que se le agitara en el estómago tenía más que ver con la persona con la que se iba a reunir y lo que significaba su citación.

Desde que Grayson regresó de Waterloo, había cambiado. La muerte de su hermano Robert en batalla y las terribles heridas sufridas por el amigo de Grayson, lord Markham, habían destruido al divertido libertino. Se culpaba a sí mismo, y Portia sabía que eso no era justo.

Rose añadió —Juro que pondré fin a nuestra amistad. Ir con esta multitud es una temeridad.

—No seas ridícula. ¡Como si fuera a caer en esa amenaza! Desde los cinco años, cuando nos hicimos amigas, has amenazado con acabar con nuestra amistad demasiadas veces como para que te tome en serio.

—He conocido mujeres que han desaparecido de los jardines de Vauxhall. —Rose fingió temblar en los confines del lujoso carruaje de Portia. Se tapó las rodillas con una manta de piel—. ¿Quizás debería acompañarte?

Portia se habría tomado más en serio la advertencia de Rose si no hubiera soltado una risita. —Estás tan ansiosa como yo por entender por qué Grayson quiere reunirse conmigo aquí, de todos los lugares existentes.

—Exactamente. Los jardines de Vauxhall no son un lugar para que una dama vague sin escolta. Me sorprende que Lord Blackwood sugiriera reunirse aquí. Una vez que te subes al bote con él, no puedes volver atrás. Tal vez ese sea su plan. —Le mostró a Portia una de sus malvadas sonrisas—. No estoy segura de aprobarlo.

La exasperación burbujeó en su interior. —Eso no es lo que dijiste hace más de media hora. Pensaste que el hecho de que Grayson me pidiera que nos viéramos aquí era señal de que por fin estaba interesado. El comienzo de una relación romántica, dijiste.

Rose encogió sus delicados hombros y se acarició su delicada piel. —Simplemente esperaba lo mejor. Él es la razón por la que has llegado a los veinte y cuatro años sin casarte.

Menos mal que la penumbra del carruaje ocultaba el rubor que calentaba su rostro. —Grayson, junto con cualquier otro promiscuo de Londres, es la razón por la que sigo soltera. —No quería admitir que el apuesto y carismático Grayson Devlin, vizconde de Blackwood, era el único hombre que hacía que su corazón anhelara algo más—. Puede que no desee renunciar a mi libertad en el matrimonio, no veo ningún beneficio en ello, pero eso no significa que desee permanecer ignorante de las alegrías que se pueden tener en esta vida. Te pones radiante cuando un hombre comparte tu cama.

—Se me permite brillar. Soy viuda, ¿recuerdas? La sociedad desataría un infierno sobre ti si descubrieran a Lady Portia Flagstaff soltera, experimentando con la pasión. Ya desaprueban tu ocupación en el molino de sidra, y esa es la menor de tus marcas negras a sus ojos. No despiertes a la bestia dormida.

Su sidrería había empezado como un hobby porque se aburría. Ahora su sidra de jardín era buscada en todas las casas de la más alta sociedad de Londres. Con el dinero que ganaba financiaba una escuela para huérfanos cerca de la finca de su familia. Aunque dirigía la sidrería con fines benéficos, la sociedad no veía con buenos ojos que insistiera en participar en el día a día del negocio. A los hombres no les gustaba que una mujer joven pudiera crear y dirigir un negocio con éxito. Habían intentado poner su sidra en la lista negra, pero era tan buena que la gente la compraba de todas maneras.

Portia se quedó mirando la noche, con los nervios a flor de piel. Volviendo a Rose, dijo —Es injusto. Sólo porque te casaste con un hombre lo bastante mayor como para ser tu abuelo, y él tuvo la decencia de morir poco después, eres libre de disfrutar de la vida al máximo. Mientras que yo debo seguir la línea de la respetabilidad. Los hombres pueden comportarse prácticamente como quieran. Ni siquiera se me permitiría llevar mi negocio si no fuera porque Robert era el jefe nominal de la empresa, y desde su muerte Philip se ha hecho cargo. —Bajó la mirada—. Permite a los hombres fingir que un

negocio necesita un hombre que lo supervise para tener éxito.

Rose sacudió su cabeza bellamente peinada. —A veces pienso que habría sido más amable que tu madre hubiera dado a luz a seis niños en vez de a cinco y a ti.

Portia se encogió de hombros y dijo lo único que silenciaría a Rose. —Pero entonces no habrías conocido a Philip. —Se había estado preguntando cómo sacar el tema de la aventura de Rose con su hermano—. Espero que no le hagas daño. Ya veo que ha caído bajo tu hechizo, como la mayoría de los hombres, y odiaría perderte como amiga.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Ella enarcó una ceja. —Te conozco desde que tenía cinco años, y siempre hemos compartido cada detalle de nuestras vidas. Cuando esa copuchenta de Penelope Carthors se deleitó informándome en el baile de Lady Skye de que tenías un nuevo amante, y eso era algo que no habías compartido conmigo, y vi a Philip escabullirse durante el tiempo exacto que tardaste en recorrer los jardines principales... —Sus palabras se interrumpieron al ver la cara de su amiga.

—Si alguien puede resultar herida, soy yo. Ahora que él es el conde... Debido a mi reputación, no se me considera una candidata para el matrimonio. —Los ojos de Rose se llenaron de lágrimas—. Lo amo. Siempre lo he amado. Lo amo desde que tenía quince años.

Portia se sentó junto a su amiga y la envolvió en un fuerte abrazo. —Lo sé, tonta. Hace años que sé lo que sientes por Philip. Sin embargo, también sabía por qué, a los diecinueve, te casaste con ese fósil de lord Thompson. Cuando murió tu padre, la situación económica de tu madre era desesperada. Me doy cuenta de que por eso aceptaste casarte con un muerto viviente, y Philip también. La esposa y el único hijo de Lord Thompson murieron de escarlatina, y él necesitaba un heredero para el ducado. Que tú le proporcionaste obedientemente antes de que muriera. Ciertamente no te envidio que encuentres tu felicidad ahora. Te la mereces como recompensa por los dos años que tuviste que pasar con él.

Rose apretó la mano de Portia y se secó los ojos. —Philip me hace feliz. Me casaría con él si me lo pidiera, pero nunca se fijó en mí antes de que me casara, y ahora mi reputación de viuda sensual me precede. Soy totalmente inadecuada. No creo que me tome en serio. Soy la diversión que le quita el aburrimiento. Por lo tanto, pido precaución con respecto a la invitación de Lord Blackwood. Si destruyes tu reputación teniendo una aventura amorosa con Grayson, y luego conoces a un hombre que se convierte en tu razón de vivir, los hombres quieren novias vírgenes, o al menos respetables.

A Portia no le salían las palabras de la boca. ¿Cómo podía admitir que Grayson, un hombre que parecía pensar que ella no causaba más

que problemas, un hombre que la consideraba una hermana molesta, era el amor de su vida? Sin embargo, si alguien podía entenderlo, esa era Rose. —Tú amas a Philip, y yo amo a Grayson.

Rose le acarició la mano. —Lo sé. ¿Somos una pareja sin futuro? Enamoradas de hombres que nos ven solo para saciar su propio placer.

—No creo eso de Grayson. Puede que sea un mujeriego de primer orden, pero es honorable. No me habría invitado a reunirme con él si no tuviera intenciones serias. Todo Londres sabe que regresó de Waterloo con la intención de encontrar una buena esposa. La guerra tiende a despertar en los hombres el miedo a la mortalidad.

Grayson había estado más atento desde la muerte de Robert. Habían dejado de lado la terrible noche de hacía dos años en el baile de los chipriotas. Todo cambió con el dolor. Él había perdido a su mejor amigo, un hombre más parecido a un hermano, mientras que ella *había* perdido a su hermano. El dolor los había reunido.

Rose acarició la mejilla de Portia y suspiró. —Esperemos que así sea. La alternativa te arruinaría, y no deseo que eso ocurra.

Portia tampoco deseaba arruinarse. Sin embargo, sí deseaba a Grayson.

—¿Cuándo te diste cuenta de que era el indicado? —La pregunta de Rose interrumpió sus pensamientos—. ¿Puedes recordarlo?

—Sí, puedo recordar, —susurró—. Estaba contigo en ese momento.

La impecable piel de Rose se arrugó con al fruncir el ceño. —No noté ningún cambio en ti. Cuando me enamoré de Philip, pensé que todo el mundo se había dado cuenta.

—Con cinco hermanos, he aprendido a ocultar mis emociones. Además, me dio fiebre pulmonar poco después.

Rose sonrió. —Creo que sé cuándo ocurrió. ¿Fue cuando rescató al chiquillo que se cayó por el acantilado?

Ella simplemente asintió.

—Fue un rescate impresionante. Mientras yo cabalgaba en busca de ayuda, tú te quedaste hablando con el niño, manteniéndolo lo más quieto posible en el saliente, a unos quince metros de profundidad. Cuando volví con ayuda, Grayson ya había bajado y lo había subido a su espalda. Muy heroico.

—Todavía recuerdo lo rápido que me latía el corazón. Un resbalón y ambos habrían muerto. La posibilidad de perderlo... bueno, algo en mi interior brotó a la vida. Mi cabeza, mi corazón y mi cuerpo cantaron al unísono que sería un buen marido, amante y amigo. Así de sencillo. En un minuto era un macho molesto, y al siguiente llenaba mis sueños.

—Bueno, por el tono de su misiva, quiere cumplir al menos una de esas tres opciones, la de amante. ¿Por qué otra razón se reuniría contigo aquí?

—Quizá para conocerme más íntimamente, y no en el sentido físico. Me refiero a mí, la mujer.

De repente, Portia se dio cuenta de que estaba jugando con las perlas de su cuello. Grayson se las había regalado mientras se recuperaba de la fiebre que casi la mata poco después del incidente del acantilado.

Fue después de su enfermedad cuando hizo el voto de seguir a su corazón. Su experiencia en el lecho de enferma también le hizo ver a través de la fachada externa de encanto y alegría de Grayson.

Mientras se recuperaba, había pensado mucho en aquel día en los acantilados. Cuando Grayson y el niño se habían puesto a salvo, trepando por el borde hasta tierra firme, Grayson le había entregado al niño para que lo cuidara. Una mirada cruzó brevemente su atractivo rostro, una expresión de rabia y arrepentimiento, como si estuviera decepcionado por haber arriesgado su vida y haber sobrevivido. Luego se inclinó, montó en su corcel, ignorando por completo la repentina oleada de hombres que habían llegado con Rose, y se marchó sin decir palabra.

Ella lo vio alejarse hasta que fue un punto en el horizonte. Sin embargo, la mirada de resignación que le dirigió en ese momento permaneció grabada en su cabeza. De camino a casa, intentó comprender lo que había visto. Lo que sí comprendió, y muy claramente, fue que en el instante en que él había comenzado a descender por el acantilado, su corazón había caído bajo su hechizo. ¿Por qué no se había dado cuenta antes de lo guapo que era, lo valiente, lo elegante? Dudaba que alguno de sus hermanos hubiera arriesgado la vida por alguien. Rescató al chico sin recibir recompensa, negándose después a hablar de ello o a recibir agradecimiento alguno.

No fue hasta años más tarde, después de haber presenciado varias de las heroicas escapadas de Grayson, que culminaron con sus medallas al valor en Waterloo, que comprendió su expresión. Era la mirada de un hombre al que no le importaba si vivía o moría.

Un escalofrío la recorrió, como si un fantasma hubiera entrado en el carruaje. Desde su regreso de la guerra, había visto en él la misma expresión. Había oído a Philip decirle a su madre que Grayson estaba consumido por la culpa por las quemaduras que Lord Markham había recibido mientras luchaban juntos en la batalla de Waterloo. Grayson había venido al castillo de Flagstaff por Navidad y, aunque se había mostrado amable, no era atento. No había mostrado ningún deseo de formar ningún tipo de vínculo romántico.

Sin embargo, el día anterior a su partida, habían cabalgado juntos por la finca y se habían encontrado en los acantilados. Ella le recordó aquel día de hacía muchos años. Él sonrió y dijo —Ya no somos las

mismas personas. Mírate, eres preciosa y has crecido. ¿Por qué nunca te has casado?

Su pregunta le había sorprendido. Respiró hondo y decidió ser sincera. —El hombre adecuado nunca me lo ha pedido.

Él le dedicó una de sus sonrisas, una sonrisa que hacía que las mujeres respetables dejaran su moral en el armario, junto con la mayor parte de su ropa. —Quizá sea hora de que el hombre adecuado se dé cuenta. —Con esas crípticas palabras, dio una patada a su semental y salió galopando, como si supiera que ella necesitaría tiempo a solas para procesar sus palabras. ¿Se refería a sí mismo o era simplemente una afirmación general?

Esta noche, cuando le había entregado su nota en la casa de Rose, la esperanza había aumentado. Le había pedido que se reuniera con él en la puerta de los jardines de Vauxhall. Tenía algo urgente que preguntarle. ¿Se estaba embarcando en un noviazgo? Si era así, ¿por qué la había citado de repente? ¿Y por qué la había citado aquí, en los jardines de Vauxhall? Tuvo que admitir que la idea de estar en los jardines de recreo con Grayson la excitó.

Miró insegura la calle atestada de gente. Arriesgaba su reputación y la de su familia si entraba en los jardines poco iluminados. Pero seguramente las intenciones de Grayson eran honorables; era el mejor caballero que conocía. Sin embargo, una cosquillita en su cerebro que quería ignorar le decía que aquel era un lugar extraño para reunirse, teniendo en cuenta que él nunca había aprobado su comportamiento atrevido. Era demasiado moderna para él y, como la mayoría de los hombres, no aprobaba su sidrería.

Rose se aclaró la garganta. —No quiero ser poco delicada, pero ¿qué vas a hacer? Tienes todo el derecho a estar nerviosa. Quizá te esté poniendo a prueba. Si acudes a él, estarás demostrando que no eres apta como esposa. O tal vez cambió en Waterloo y no es el caballero que pensabas que era.

Justo entonces, ella lo vio a través de la oscuridad. Estaba segura de que era él, de pie bajo la linterna. Llevaba su gabán favorito, azul oscuro, con el escudo de armas de su familia en los grandes botones de latón. Podía verlos brillar bajo la luz de la lámpara. Se detuvo y miró directamente al carruaje, como si la desafiara a acercarse a él. No podía distinguir sus rasgos, pero reconocería su estatura y complexión en cualquier parte. Había pocos hombres tan altos o tan anchos.

Respira. Era el momento que había esperado durante años, la oportunidad de estar con él. Su mano buscó el pestillo de la puerta del carruaje.

—¿Es él? —preguntó Rose.

Ella asintió, incapaz de formar una palabra coherente.

—¿Cómo puedes saberlo? Está tan oscuro. Podría ser cualquiera.

—Es él. Está mirando el carruaje como si supiera quién está dentro. ¿Quién más podría saber que viajo contigo esta noche? Además, reconozco el abrigo.

Los ojos de Rose buscaron los suyos en la penumbra del vagón, la preocupación resaltando las finas líneas alrededor de sus ojos. —¿Estás segura? —Ante el asentimiento de Portia, añadió— No tienes que hacer nada que no quieras. Ojalá no me fuera de la ciudad esta noche. Debes escribirme y contármelo todo.

A Portia se le cerró la garganta y abrazó a su amiga. Rose le susurró al oído —Te deseo suerte. No hay nada como entregarse al hombre que amas. —Tomó las manos de Portia entre las suyas y besó sus guantes—. Sin remordimientos.

«Sin remordimientos». Era su lema. Portia se puso la capucha de la capa sobre la cabeza, ocultando su persona de miradas indiscretas. Bajó del carruaje y, antes de cerrar la puerta, dijo —Gracias, Rose. No olvidaré tu amabilidad y tus consejos.

—Sé feliz.

Su felicidad estaba con Grayson. Era hora de enfrentarse a su destino. Enderezó los hombros e indicó a su sirviente que la siguiera. En poco tiempo, Portia se dirigió hacia el río, llamando a Lord Blackwood.

Capítulo Dos

¿Dónde demonios he dejado mi abrigo? Grayson se pasó la mano por el pelo e intentó recordar. Estaba seguro de que lo llevaba consigo dos noches atrás en White's. ¿Lo había dejado allí? Timmins, su ayuda de cámara, juraba que no lo había visto desde entonces.

Esa noche *había* estado tomado y se le pasaron las copas. No era raro últimamente. Bebía para olvidar los gritos de su amigo Christian Trent mientras yacía ardiendo en el suelo, mientras las llamas consumían la mitad de su cuerpo. Grayson oía y recordaba el fatídico día todas las noches en sus sueños. No podía olvidar los gritos de dolor de su amigo.

—Tendré que llevar el abrigo negro. Sin embargo, Timmins, quiero que lo encuentren. ¿Me explico? Es mi abrigo favorito —añadió, poniéndose los guantes.

Se dirigía a la Cámara de los Lords. Cumplía su promesa a Robert Flagstaff, su mejor amigo, a quien había tenido agonizando en sus brazos en el campo de batalla. Robert quería asegurarse de que sus hombres, los que sobrevivieran a la guerra, aunque dañados pero vivos, tuvieran seguridad económica cuando ésta terminara. Hasta el momento, era una vergüenza el trato que el gobierno daba a los soldados pensionados, a los que les faltaban miembros o sufrían otras lesiones que les impedían trabajar. Eran tan pocos los soldados que habían sobrevivido a la guerra, que le quedaba muchos aristócratas por convencer si quería que se legislaran pensiones adecuadas.

Dejó que Timmins le ayudara a ponerse el abrigo y estaba a punto de bajar las escaleras cuando se oyó un alboroto en el vestíbulo. Se dirigió al vestíbulo y miró hacia abajo.

Philip Flagstaff, conde de Cumberland, había entrado sin esperar a ser admitido. Su rostro había envejecido más de la cuenta. Philip se culpaba de la muerte de Robert, y una parte de Grayson estaba de acuerdo. Se sacudió mentalmente el pensamiento. Era injusto, ambos tenían la culpa. Robert *había* muerto en sus brazos. No había llegado a tiempo, como tampoco había podido salvar a Christian de su destino. ¿Por qué sus seres queridos morían o sufrían graves heridas mientras que él permanecía ileso?

—Iba a una cita, Philip. —Grayson aún no se atrevía a llamarlo Cumberland. Robert debería haber sido el conde.

Tenía una reunión con los caza recompensa de Bow Street, le tenían información sobre el caso de Christian. Los había contratado para averiguar quién había incriminado a su amigo. El duque de Barforte había llevado a Christian Trent, conde de Markham, a Canadá, acusando al amigo y compañero de Grayson de violar a su hija. No era cierto, por supuesto, y Grayson estaba haciendo todo lo posible por reunir pruebas que absolvieran a su amigo antes de que Christian volviera a casa. Se lo debía.

—No estaría aquí si no fuera importante. ¿Puedo hablar con usted, en privado? —El semblante de Philip gritaba que tenía un problema.

Con un suspiro, Grayson indicó a Philip que se dirigiera a su despacho mientras se quitaba los guantes y se encogía de hombros para quitarse el abrigo. Mientras como siempre estaba presente Timmins para recoger el abrigo.

—Veo que necesitas un brandy —dijo Grayson. Se acercó al aparador y les sirvió una copa a los dos mientras Philip se paseaba frente a la ventana—. Deja de pasearte o vas a convertir mi alfombra en un trapo y siéntate. De tanto pasearte me mareas. —Se sentó en la silla que había detrás del escritorio.

—¿Has visto a Portia últimamente?

—¿Portia? No desde mi última visita al Castillo Flagstaff. Ni siquiera sabía que estaba en la ciudad.

—Si no fueras tú, si no fueras alguien tan cercano y si no supiera de tu promesa a Robert de ser el guardián de Portia, te fusilaría donde estás sentado. Hay un rumor de que anoche tuviste una cita secreta con ella en los jardines de Vauxhall...

—Ciertamente no la tuve.

—Y que, una vez terminado su encuentro, la dejaste allí. —La mirada de Philip podría haber cortado el acero más resistente.

La ira creció rápidamente hasta retumbar en los oídos de Grayson, que casi se perdió las últimas palabras de Philip.

—Al parecer, apostaste mucho en White's a que podías poner a lady Portia en una situación comprometida.

Grayson golpeó la mesa, pero Philip hizo caso omiso. —Fue entonces cuando supe que no eras tú. Nunca habrías apostado por comprometer a una dama. Y menos a Portia, la hermana de Robert.

—Nunca deshonraría a tu hermana.

—Cierto, pero ella te deshonraría felizmente. Todo el mundo lo sabe.

Grayson no pudo ocultar el calor que encendía sus mejillas. Una imagen de Portia cuando la empujaba contra la pared, con sus firmes pecho en la boca, entró en su mente, y su cuerpo se estremeció, como siempre que pensaba en ella.

—Es como una hermana para mí —exclamó Grayson.

La leve sonrisa de Philip demostró que no se dejaba engañar.

—¿Qué quieres exactamente que haga al respecto? —preguntó Grayson—. Deduzco que su reputación se ha visto aún más dañada.

Philip se miró las manos. —Conozco sus sentimientos hacia ti, pero ¿cuáles son tus sentimientos hacia ella? Cuidar su reputación nunca fue uno de sus intereses, y esto ha sellado su destino.

—Seguro que puedo demostrar que fue un engaño. Debe tener testigos, quienes puedan dar fe de dónde estuvo anoche.

—Ese es el problema, y por eso necesito tu ayuda. Una parte de mí esperaba que fuera verdad y que estuviera aquí contigo.

—¿Conmigo? Obviamente necesitas mi ayuda, si no, no estarías aquí. No has querido mi compañía desde que volvimos de la guerra.

Las mejillas de Philip enrojecieron. —Portia ha desaparecido.

El vaso de Grayson se detuvo a medio camino de su boca. Bajó lentamente el vaso de cristal a su escritorio, luchando por respirar. Se estaba desarrollando otra pesadilla. Sabía que algo así ocurriría algún día. Portia era imprudente, hermosa y adinerada, un objetivo privilegiado para cualquier loco o par que necesitara dinero. Hacía caso omiso de las convenciones y cabalgaba sin escolta, iba a lugares que no tenía por qué visitar y se creía lo bastante lista como para salir airosa de cualquier situación.

Por supuesto, conociendo a Portia, pensó que tal vez simplemente se había escapado para vivir una aventura.

El silencio se alargó cuando Philip tomo una silla y se acomodó para dejar caer la cabeza entre las manos.

Grayson encontró por fin que decir. —¿Cuánto tiempo?

Philip se limitó a girar la cabeza y enarcar una ceja.

—¿Cuánto tiempo lleva desaparecida? El tiempo es esencial.

—No se le ha visto desde ayer por la tarde, cuando visitó a Rose. —Al mencionar a Rose, la cara de Philip se enrojeció—. Rose dejó la ciudad anoche.

—Entonces es probable que Portia esté con ella.

Philip negó con la cabeza. —No, Rose no se fue acompañada. He hablado con ella.

—Pensé que habías dicho que Rose había dejado Londres. ¿Cómo hablaste con ella tan rápido?

Philip engulló su bebida. —Debes de ser el único hombre que no lo sabe. Rose es mi última amante. Había quedado conmigo en un pequeño pabellón de caza al norte de Londres.

Grayson enarcó una ceja. No podía culpar a Philip. Rose era una viuda muy hermosa.

—Así es como supe que tenía que venir aquí. Rose me dijo que Portia había recibido una nota tuya pidiéndole que se reuniera contigo en los jardines de Vauxhall. Luego, cuando regresé a Londres esta

mañana temprano, me recibió Freddie Sunster murmurando sobre la apuesta. Lo comprobé en White's, luego vine directamente aquí para retorcerte el maldito cuello. Rose jura que Portia dijo que eras tú, ya que reconoció tu abrigo. El abrigo azul oscuro con los botones de latón.

—Mi abrigo se me ha extraviado. —Grayson se puso de pie y se paseó—. ¿Dónde fue vista por última vez?

—No importa. Es inútil.

Grayson giró para rebatir las palabras de Philip, pero éste sonaba derrotado. Grayson observó cómo Philip sacaba una nota arrugada de su bolsillo.

—Esta nota fue entregada en nuestra casa. Maxwell la llevó al Ministerio del Interior mientras yo revisaba todos los lugares donde podía estar Portia, luego me dirigí hacia aquí.

Maxwell era el hermano menor de Portia, de sólo dieciocho años, y adoraba la actitud de su hermana ante la sociedad. Estaba orgulloso de su negocio de sidra y trabajaba para ella.

—¿Por qué no me informaron en cuanto supieron que había desaparecido?

—No es tu hermana —espetó Philip.

Grayson abrió la boca para protestar, pero Philip se apresuró a decir —Lo siento, eso estaba fuera de lugar. Sé que le prometiste a Robert que la protegerías con tu vida. —Se acercó hasta colocarse a su lado, mirando por la ventana—. Espero que creas en la intervención divina. Se la han llevado de Inglaterra, supuestamente en tu nombre, para ocultar que la has mancillado. Va a hacer falta un milagro para recuperarla.

—Maldita sea. Yo nunca... —Grayson miró la nota en la mano de Philip, pero no quiso aceptarla. Aceptar la nota haría real la situación.

La cogió y desdobló la nota con la misma desgana que un hombre a punto de leer su propia sentencia de muerte.

Fue casi demasiado fácil, Lord Cumberland. Lady Portia ya no existe. Ha sido sacada de su mundo y enviada a uno del que nunca podrá regresar. Todo por orden de un hombre, Lord Blackwood. Después de profanarla, me pagó para asegurar que toda evidencia fuera destruida, por así decirlo.

Lady Portia parece ser una mujer de moral relajada, que se reúne con hombres en los jardines a medianoche. Debe aprender que las mujeres deben ser vistas y no oídas. Tu hermana necesita que le enseñen el lugar de una mujer, ¿y qué mejor manera de lograrlo que en un harén?

Lástima que una vez que se le muestre el error de sus caminos, será demasiado tarde. Sería más amable dejarla con quienes la han educado. Alá ha hablado: las mujeres están en esta tierra para el

placer del hombre, nada más. Le enseñaremos lo que tú no pudiste.

Grayson arrugó la nota en su puño y trató de calmar la rabia que ardía en su alma. —¡Nunca haría esto! Es como una hermana para mí —repitió. Portia podía ser salvaje y poco convencional, pero no merecía que le arrebataran su libertad. Una mujer como ella prosperaba en libertad; se marchitaría y moriría en cautiverio. Portia tampoco era alguien que se doblegara a la voluntad de otro, y su supervivencia en un harén probablemente sería corta.

—Mataré a los hombres que han hecho esto. ¿Quién la tiene? ¿Quién la tiene? —Grayson no renegaría de su promesa a Robert. La salvaría, no importa cuánto tiempo le llevara.

La voz de Philip se entrecortó por la emoción. —El Ministerio del Interior le dijo a Maxwell que lo más probable es que el sultán Hassid, gobernante en Alejandría, la haya comprado. Desde la Revolución Francesa, odia a todos los infieles. Es el único sultán que actualmente hace alarde de la trata de blancas en nuestras caras. Es el único lo bastante desafiante y arrogante como para participar en el secuestro de la hermana de un conde y héroe de guerra condecorado.

Grayson se acercó a la puerta y la abrió, llamando a Timmins. —Haz las maletas, me voy a Alejandría. —Al ver la sorpresa de Timmins con la boca abierta, gritó— ¡Ahora!

Se volvió para mirar a Philip. —¿Por qué usarme? ¿Por qué ensuciar mi nombre? Sabes que es falso. Yo nunca...

—Por supuesto que es falso. Lo que no puedo entender es por qué sus secuestradores se tomaron tantas molestias. ¿Por qué no simplemente secuestrarla? Es un plan muy elaborado, y parece como si quisieran que la sociedad te culpara a ti.

La cabeza de Grayson era un revoltijo de pensamientos. Se volvió hacia Philip. —Nos vamos esta noche. Ya tienen un día de ventaja.

—Gracias.

Los dos hombres se quedaron mirando, los ojos de Philip nadando en lágrimas. —Está arruinada, ¿verdad? —susurró.

Grayson tragó saliva y contuvo su ira. Necesitaba pensar. —Dudo que podamos mantener su desaparición en secreto, a menos que...

Volvió a dar vueltas en su cabeza. —Podríamos decir que ha cogido otra fiebre pulmonar. La sociedad recordará su último ataque.

Philip asintió. —Tenemos que intentarlo. Avisaré a mamá.

Grayson se dio la vuelta. —¿Quién más sabe que se la han llevado?

—Sólo uno o dos en el Ministerio del Interior, que yo sepa.

Grayson frunció el ceño. —Si se la llevaron de los jardines, ¿A qué puerto se dirigirían?

—No tengo ni idea. Querrían salir de suelo inglés lo antes posible.

—Entonces sugiero Great Yarmouth. Nos vemos aquí en una hora. Eso debería darme tiempo para escribir algunas notas a las posadas a

lo largo de nuestra ruta para tener caballos frescos listos. Nos dirigimos a Norfolk. Tomaremos uno de los barcos de Lord Coldhurst. Sé que uno de sus barcos acaba de llegar de las Américas.

Los dos hombres galoparon durante la noche, agradecidos de que no estuviera nevando, pero aún hacía suficiente frío como para necesitar bufandas para cubrirse la cara.

El paseo también le dio a Grayson tiempo para pensar. Le sorprendió lo que le dolía la difícil situación de Portia. Estaba enfadado con ella, pero más rabia sentía porque se dio cuenta de que no deseaba perderla de su vida. Fue un momento de reflexión y sinceridad.

Recordó las últimas palabras de Robert mientras agonizaba en los brazos de Grayson en el campo de batalla. Los últimos pensamientos de Robert fueron para sus seres queridos: *Espero que guíes a Philip y le ayudes a asumir el cargo de conde. Si le eres tan leal como lo fuiste conmigo, asumirá bien sus responsabilidades adicionales. En cuanto a Portia, prométeme que la cuidarás. Mis hermanos la consienten demasiado. Sé que cada vez es menos convencional. No te veo como material de marido para Portia, pero sabrás cómo manejarla, dirigirla y guiarla.*

El problema era que no sabía cómo tratarla. Portia le confundía y le consternaba. Inteligente e ingeniosa, no le importaban los convencionalismos y se arriesgaba demasiado con las reglas de la sociedad.

Le dolía que Robert no se considerara lo bastante bueno para Portia. Antes de la guerra, Robert probablemente habría tenido razón, pero ahora Grayson quería una esposa, una familia, una mujer que hiciera honor a su nombre.

Después de rescatarla, la escondería para mantenerla a salvo y nunca la dejaría marchar.

Cerró brevemente los ojos y rezó para que llegaran a tiempo.

Capítulo Tres

Alejandría, Febrero 1816

—Pronto vendrán por ti…

Las tranquilas palabras de Grayson hicieron que el terror y la esperanza afloraran por todo su cuerpo como si de un escalofrió se tratara.

Cuando Portia había oído su voz al otro lado de la pequeña rejilla de ventilación que se encontraba en la pared de la habitación donde estaba cautiva, pensó que estaba alucinando. La habían retenido en ese pequeño cubículo sin ventanas durante casi tres días. La única persona que había visto era al hombre que le traía la comida. Tal vez fuera un eunuco, no podía asegurarlo, pero dado el lugar donde la tenían, era lo más probable.

El miedo le atravesó el estómago y se apretó más contra la pared, como si intentara llegar hasta Grayson. El pánico la invadió como una tormenta que crecía en su interior. Estaba cautiva en un harén. Al principio, la chica que llevaba dentro, la que ansiaba saber y experimentar, se había sentido entusiasmada ante la perspectiva de aprender los secretos del harén... hasta que se dio cuenta de por qué estaba aquí. Para su horror, no estaba allí para ser rescatada. Había oído a sus secuestradores mientras la subían al barco con destino a Alejandría. El sultán la había adquirido para su cama. En realidad, iba a ser puesta en su harén contra su voluntad. Por inexperta que fuera, no era estúpida. Comprendió que eso significaba que había sido capturada y entregada al sultán como esclava sexual.

Portia Flagstaff apretó los dedos a través de la malla metálica, enganchándolos alrededor de los de Grayson como si su vida dependiera solo de él. Soltó un grito ahogado. Su vida realmente dependía de él. Si él no podía rescatarla, podría encontrarse atrapada y perdida aquí para siempre. Para una mujer que amaba su libertad y explorar el mundo, estar encerrada la asustaba más que perder su virginidad con un desconocido.

Miró a través de la pequeña rejilla. Grayson estaba al otro lado del muro, vestido con una túnica y parecía todo un árabe. Menos mal que Grayson ya estaba dentro del palacio, pero era uno contra cientos de hombres del sultán.

—Cuando vengan por ti, debes someterte. Sométete y vive. Te encontraré y te rescataré. Pero debes sobrevivir. Prométemelo. No hagas nada que los contradiga. Te harán daño. —Su voz era grave y urgente, pero era su oportunidad de quedarse en este mundo extraño y peligroso.

—Lo prometo —susurro Portia a través de la pequeña malla de ventilación. Si Grayson Devlin, vizconde de Blackwood, prometió que la salvaría, entonces lo haría. Ella no dudaba de él.

—Buena chica. Tengo a Philip conmigo y contamos con la ayuda del consulado británico. Sé que eres fuerte; sin embargo, ahora sería el momento de aprender algo de humildad.

—¿Qué harán conmigo? Llevo varios días encerrada aquí.

Juró que oía a Grayson murmurar —Gracias a Dios.

Oyó pasos acercándose a su celda, una llave comenzó a girar la cerradura. Portia dio un pequeño grito.

—Portia, que no cunda el pánico. Hoy serás llevada ante el sultán. Sólo tienes que hacer dos cosas, someterte y sobrevivir. Hazlo por mí, por favor, no luches contra ellos. Su voz tenía un tono desesperado, y ella supo que había llegado el momento de enfrentarse a su némesis.

—Te salvaremos. ¿Confías en mí?

Agarró sus dedos con más fuerza. —Sí. Dile a Philip que estoy bien y que le quiero —dijo, ahogándose en sus palabras.

Oyó a Grayson gruñir. —No te rindas nunca. No importa cuánto tarde, iré por ti. No pienses ni hables como si nunca fueras a volver a verle. Te rescataremos. Mantén la cordura y prepárate para escapar en cuanto podamos.

Antes de que pudiera contestar, oyó que alguien estaba a punto de abrir la puerta. Se alejó corriendo de la rejilla. El árabe que entró en su celda no habló. Se limitó a hacerle un gesto para que le acompañara al pasillo.

Respiró hondo y caminó con la cabeza alta, mientras las palabras de Grayson *«someterse, sobrevivir»* resonaban en su cabeza.

En cuanto atravesó la puerta, dos guardias se ubicaron detrás de ella. Decidió que, si quería seguir siendo valiente, no podía mirar a su alrededor. Así que se quedó fija en el hombre que tenía al frente, con los ojos fijos en su turbante.

El hombre no caminaba rápido, pero pronto ella perdió el sentido de la orientación. La maraña de pasadizos creaba un laberinto que nunca sería capaz de recorrer por sí sola. El pánico aumentó y su respiración se volvió agitada. Sabía que eran imaginaciones suyas, pero juraba que sentía el aliento de los guardias en la nuca. Cerró las manos en puños, tratando de controlar el miedo que inundaba sus venas.

Pronto llegaron a dos enormes puertas ornamentadas con

incrustaciones de oro. Dos hombres fuertemente armados que permanecían inmóviles mientras se acercaban custodiaban la puerta. El hombre al que seguía dio una orden y se apartaron, permitiendo a Portia y a sus captores entrar en una habitación sacada directamente del libro Las mil y una noches.

Las paredes parecían revestidas de seda, que se agitaban con la ligera brisa. El techo estaba intrincadamente pintado con imágenes de hombres a caballo galopando sobre dunas de arena. Un aplauso centró su atención en la parte delantera de la sala, y fue entonces cuando sus oídos pudieron poner atención de donde venia el ruido y sintió como se estremecía su cuerpo.

Al fondo de la sala había un enorme trono de oro macizo. Sentado en él, quizá la palabra más adecuada sería recostado, había un hombre muy corpulento. Llevaba el turbante más extravagante que había visto, con una gran pluma blanca que sobresalía de un rubí en la parte delantera. Sus ropas no podían ocultar la prominencia de su vientre, pero las joyas que le adornaban eran de un azul intenso y estaban confeccionadas a la perfección entre una mezcla de perlas y diamantes. Su cara era tan redonda como su vientre, sus ojos eran pequeños y su bigote era fino; tenía una pequeña barba que le cubría la barbilla y le daba un aspecto de maldad personificada. Se tragó el miedo siempre presente y se enfrentó a su némesis, con la cabeza en alto, mientras sentía la mirada de los guardias todavía cerca de su espalda.

«Grayson la *salvaría*».

El sultán y su guía mantenían una acalorada discusión en un idioma que ella no entendía. Deseó que su guía se detuviera, ya que lo que estaba diciendo molestaba al sultán y prefería que no se alterara cuando ella tuviera la oportunidad de hablar.

Con un gruñido y un gesto de la mano regordeta del sultán, su guía se inclinó y se colocó en la base de su poderoso trono. Pronto, los ojos brillantes del sultán se fijaron en ella y le hizo señas para que se acercara.

Con las manos aún entrelazadas, dio un paso adelante. Su cabeza se movía a derecha e izquierda, arriba y abajo, mientras observaba a su cautiva.

Después de lo que parecieron minutos, le habló en un inglés muy bueno con un ligero acento árabe. —No sé qué has hecho, pero tienes un enemigo poderoso para haber acabado aquí.

Portia no tenía ni idea de a qué se refería. —¿Cómo dice?

—No tiene importancia. Quítate la bata.

Parpadeó varias veces. ¿Le había oído bien?

—Quítate la bata o haré que Hassan lo haga por ti.

Echó un vistazo a la enorme sala. Había muchos guardias en las

paredes. Enrojeció de vergüenza. Iba a abrir la boca para negarse cuando recordó las palabras de Grayson. Volvió a echar un vistazo a la habitación; ¿Estaría él aquí? La idea de tener que desvestirse delante de aquellos hombres no era nada comparada con la idea de que Grayson pudiera ver su humillación.

Le había dicho que fuera fuerte. ¿Sabía lo que iba a pasar?

Obviamente no se movió lo bastante rápido, porque el sultán volvió a dar una palmada y el hombre que ahora sabía que se llamaba Hassan avanzó hacia ella.

—Puedo hacerlo yo misma, si me ayudas desabrochando los ganchos de atrás.

Hassan se detuvo a mitad de camino y una mirada de admiración se dibujó en sus rasgos antes de que su rostro volviera a convertirse en una máscara inexpresiva. Con un gesto seco de la cabeza, se colocó detrás de ella y desabrochó suavemente las amarras de la bata. Cuando la tela se aflojó, se maldijo por no llevar corsé. Simplemente se había dejado el camino libre para lo que sería una velada mágica, no quería que un corsé fuera un impedimento para Grayson en los jardines de Vauxhall. Aunque aquella noche había sido hace muchos días, ahora parecía como si hubieran pasado años desde entonces. Ya no habría forma de esconderse de nadie. Una pequeña lágrima se escapó y corrió por su mejilla cuando el vestido cayó al suelo. Se la secó rápidamente. Llorar no la ayudaría.

«*Sólo Grayson le podría ayudar*»

Estaba de pie con los brazos pegados a los costados, los puños cerrados y la cabeza inclinada. Un silencio inquietante llenaba la habitación.

Sintió que Hassan, a su espalda, se acercaba y le susurraba al oído —Perdonadme, mi dama, pero el sultán dice que se quite también la ropa interior.

Levantó la cabeza cuando sintió su mano en el hombro, desatando los lazos de su vestido. Sus pechos quedarían al descubierto, pero se estremeció de horror al pensar que le despojarían del resto de su ropa interior. Estaría expuesta, desnudada para que los ojos de los demás vieran lo que ningún hombre había visto jamás.

Se quitó la muda del cuerpo y se abstuvo de cubrirse. Cuando sintió las manos de Hassan en su cintura, antes de que pudiera contenerse, levantó la cabeza, miró al sultán y dijo —¿Dejaría que otros contemplaran lo que ningún hombre ha visto jamás y que sólo usted debería ver?

Los dedos de Hassan en su cintura vacilaron. Ella tragó saliva, con la boca seca, mirando al sultán especular.

Él asintió, luego le dio una orden en seco a Hassan, cuyas manos se detuvieron. El sultán le dijo a Portia —¿Sabes que sólo estás

retrasando lo inevitable? Pero te concedo la razón. Ningún hombre, dices. —Sus ojos se entrecerraron, pero Portia no se inmutó ante su mirada—. Eres bastante mayor para permanecer intacta. —Ella permaneció en silencio—. Pero me han dicho que eres la hija de un conde. Entiendo las costumbres inglesas. Debes permanecer impoluta hasta tu matrimonio.

Ella no podía añadir nada a esta conversación, así que permaneció en silencio.

—Sin embargo, me preguntaba si había algún escándalo en torno a ti. Eres muy hermosa y, sin embargo, permaneces soltera con una posición social tan deseable. Además, está el hecho de que alguien quería que desaparecieras.

—Probablemente valgo más para usted como prisionera para ser rescatada. Sin embargo, le advierto que limitarían el dinero que podría recibir en caso de que no estuviera entera cuando me devolvieran a Inglaterra.

El sultán esbozó una pequeña sonrisa y guardó silencio un momento. —Ah, belleza mía, hay cosas que valen más que cualquier gema preciosa. Llevarme a una inocente a mi lecho, y una tan hermosa como un grano de arena del desierto con el pelo del vivo color de un atardecer, es una joya para valorar por encima de cualquiera.

El corazón de Portia se hundió al ver cómo la lujuria llenaba sus ojos. No habría rescate ni escapatoria de su cama a menos que Grayson la rescatara a tiempo. Tuvo que apretar los dientes para no mirar como loca alrededor de la habitación en busca de alguna señal de él.

El sultán se levantó y bajó las escaleras directamente hasta donde estaba ella, le temblaba hasta los dedos de los pies. Le tocó el pelo, frotando un mechón entre sus dedos cubiertos de anillos, mientras daba órdenes a Hassan.

Hassan se adelantó y recogió la bata del suelo. Se la entregó y le dijo —Ven conmigo. —No le dio tiempo a vestirse, se limitó a ceñir el vestido a la parte delantera de su cuerpo.

Cuando salieron de la sala del trono, ella tuvo el valor de preguntar —¿Adónde me llevas?

Hassan no paró. —Le llevaré al harén, donde las mujeres han de prepararle. —Vaciló, con el ceño fruncido—. Lamento la desgracia que le ha ocurrido. No creo que Alá esté de acuerdo con los planes del sultán para usted. Una cosa es que le capturen durante la guerra o en sus viajes, una mujer tan estúpida como para viajar por estas aguas se arriesga mucho, pero secuestrar a una mujer en su hogar o en su tierra natal es algo totalmente distinto. Tengo hermanas que tienen hijas. ¿Puede llevárselas ahora cualquier hombre? No creo que Alá apruebe

el secuestro de inocentes. No está bien.

—Me alegra oírte decir eso.

El corazón de Portia saltó a su boca al ver a Grayson. Con su túnica árabe. Casi no lo reconoció, pero su profunda voz de barítono era inconfundible.

Miró a su alrededor y vio a otro hombre vestido de árabe tratando con los dos guardias que les seguían. Grayson vio hacia dónde miraba y le dijo con calma —Ese es Philip, se está ocupando del resto. Y Hassan nos mostrará la salida. ¿No es así? —La amenaza que se escondía tras las palabras pronunciadas en voz baja quedó muy clara cuando la espada de Grayson se clavó en la piel de la garganta de Hassan.

Hassan apenas podía mover la cabeza debido al arma que tenía en la garganta. Asintió levemente con la cabeza. —Sólo estaba explicando que no creo que ella deba estar aquí. No hay necesidad de violencia. Le mostraré una salida, pero tendrá que hacer que parezca que le ayudé bajo coacción.

—Estoy más que feliz de hacerlo. Será mejor que me guíes. Y nada de trucos, mi espada te apuntará a la espalda a cada paso que des.

—Nadie se enfrentará a nosotros. Tengo plena autoridad en todo lo que tenga que ver con el harén.

Portia finalmente encontró su voz. —Siempre quise ver el interior de un harén, pero sólo si luego podía irme. —Sabía que estaba siendo tonta y que debían huir lo antes posible. Pero la idea de ser realmente capaz de ver dentro de un harén era una que realmente le gustaría investigar.

Antes de que Grayson pudiera decirle lo estúpida que era, Hassan habló.

—Tenemos que atravesar el harén para escapar. La forma más fácil de huir del palacio es a través de la cámara de baño. Se suponía que debía llevarle allí para que le limpiaran y prepararan.

La forma en que lo dijo la hizo sentir náuseas.

—Nadie sospechará que le conduzco a los aposentos de las damas. Soy un eunuco, después de todo. Los guardias siempre le toleraran fuera de los aposentos de las mujeres si está conmigo. —En ese momento se escucharon dos golpes en seco mientras a la distancia veía como dos guardias se desplomaban como dos grandes troncos.

Vio a un hombre que acababa de arrastrar los cuerpos inertes de los dos guardias tras dos grandes urnas que sostenían palmeras para luego unirse a ellos. Nunca se había alegrado tanto de ver a su hermano menor. La sonrisa que le dedicó Philip le reconforto el alma. Intentando que no se le llenaran los ojos de lágrimas, parpadeó varias veces.

—Bueno, entonces terminemos con esto —dijo Portia. Realmente

quería salir de aquí lo antes posible, y seguía siendo muy consciente de que sólo llevaba puesta la ropa interior y sostenía el vestido delante de ella—. ¿Tengo tiempo de volver a ponerme el vestido?

Hassan negó con la cabeza. —No sería prudente. La gente se preguntaría por qué le he dejado volver a vestirse.

Tratando de envolverse con más firmeza en el vestido, era muy consciente de que Grayson seguía todos sus movimientos. Había algo acechando en sus ojos, pero ella no podía descifrarlo. No era exactamente lujuria, pero sí interés. La mujer que había en ella no pudo evitar responder a su mirada.

Hassan encabezó el grupo, con Portia caminando detrás de él. Philip y Grayson lo seguían como si fueran los dos guardias.

—Tenemos que movernos más rápido, Hassan, —le dijo Grayson—. Philip dejó a los guardias inconscientes detrás de las grandes macetas, pero los demás no tardarán en encontrarlos. Debemos ponernos en marcha.

Hassan los condujo por un laberinto de pasillos hasta que llegaron a una zona del palacio que Portia no había visto antes. Podía oír voces de mujeres riendo y carcajeándose en el fondo. Los condujo a una sala llena de grandes cojines y sedas. Había algunas mujeres recostadas en los cojines, cogiendo fruta de un frutero y charlando y riendo, como hacía Portia con sus amigas. Sonreían y saludaban a Hassan. Él asintió con la cabeza, pero siguió caminando por la habitación y salió a un pasillo del otro lado. Siguieron por otro conjunto de pasillos hasta que pudo ver vapor saliendo de un arco justo delante de ellos.

Cuando atravesaron el arco, sintió el calor de inmediato. Delante de ellos había una gran pileta con agua caliente que levantaba un vapor impresionante. Por suerte, no había nadie en el agua; sin embargo, dos mujeres en varias etapas de desnudez con toallas envueltas alrededor obviamente acababan de terminar su baño.

La mirada de Portia voló hacia Grayson, y su rostro se coloreó al darse cuenta de que tanto su hermano como Grayson estaban mirando a las mujeres con evidente interés. Eran preciosas. Tenían el pelo largo y negro, los cuerpos exuberantes y con curvas, y la piel de un color oliva claro. Los celos la atacaron con fuerza.

Hassan dio una palmada. Ambas mujeres se volvieron y miraron a los visitantes con interés. Sin embargo, antes de que ninguna de ellas pudiera acercarse o hablar, Hassan soltó una retahíla de palabras en árabe. Las mujeres se miraron sorprendidas, recogieron rápidamente sus cosas y se marcharon.

—Espero que sepan nadar —les dijo Hassan mientras se acercaba a la piscina—. El desagüe lleva a las alcantarillas que pasan por debajo del palacio y salen a la ciudad.

Portia soltó un suspiro. —¿Esperas que nos metamos por las

alcantarillas?

Hassan se encogió de hombros. —No hay otra forma de salir del palacio sin alertar a los guardias. Tengo autoridad en el harén, pero no tengo autoridad para sacar a nadie de las puertas de palacio.

—¿Cuánto tiempo tendremos que aguantar la respiración? —preguntó Grayson.

—No por mucho tiempo. Una vez que naden a través del desagüe, saldrán al sistema de alcantarillado, que es muy grande; el agua no estará muy alta. Sólo tendrán que aguantar la respiración mientras naden por el desagüe.

Portia se relajó un poco. No era la mejor nadadora del mundo, pero era bastante competente. Debería ser capaz de aguantar la respiración el tiempo suficiente para bajar a la alcantarilla. Mientras tuviera a Grayson y Philip con ella, todo iría bien.

—Quítate la ropa interior —le dijo Grayson—. Hassan te dará su turbante para que te cubras. Deja la bata, sólo te arrastrará en el agua, y tenemos que movernos lo más rápido posible. —Portia se dio cuenta con horror de que iba a tener que desnudarse delante de su hermano y Grayson.

—¿Hasta dónde llega la alcantarilla y cuánto tardaremos en salir a la ciudad? —continuó Grayson, dirigiendo la pregunta a Hassan, mientras Philip empezaba a quitarse la túnica árabe hasta quedarse sólo con los calzoncillos y la camisa.

—Si siguen hacia el norte, deberían pasar al menos tres leguas por debajo del palacio, y luego saldrán por el otro lado. Hay un pequeño desnivel sobre la muralla para bajar a la ciudad, pero es la forma más segura de escapar.

La respuesta de Grayson a sus palabras fue un puñetazo que impactó directamente en la cara de Hassan, dejándolo inconsciente. Ante el grito de Portia, Grayson explicó —Tiene que parecer que lo hemos sometido. No se le puede responsabilizar o perderá la vida. ¿Quieres eso para él? —Portia se limitó a cerrar la boca, se dio la vuelta y volvió a ponerse la bata sobre el torso desnudo, con el vestido olvidado a sus pies.

Grayson estaba de pie con las manos en las caderas, mirándola fijamente. La miró de arriba abajo, de los pies a la cabeza y viceversa. Finalmente, habló. —Vas a tener que quitarte también la bata y la ropa interior.

Ella se quedó boquiabierta. —¿Esperas que me vaya de aquí sin nada que tape mi intimidad?

—Hemos conseguido ayuda del consulado británico. Habrá mantas esperándonos cuando lleguemos a la muralla. Te cubrirás cuando salgamos de aquí.

Portia se tragó una negación, pues sabía que era inútil. Escapar era

la prioridad. Sabía que en cuanto entrara en el agua, lo que le quedaba de vestimenta sería prácticamente transparente pero aun así conservo la bata. Pero ¿Qué importaba? Probablemente Grayson ya la había visto casi desnuda cuando el sultán le ordenó que se desnudara. Por un momento, se preguntó qué habría pensado. ¿La encontraría atractiva? ¿Era el tipo de mujer que despertaba su lujuria?

Qué cosa más graciosa pensar ante tal peligro. Metió la mano debajo de la camisa, desató las ataduras de los calzones y los dejó caer al suelo, preguntándose brevemente qué pensaría su hermano de su situación. Él permaneció callado, vigilando la entrada.

Grayson le hizo un gesto y dijo —Tenemos que movernos. No tardarán en encontrar a esos guardias. —Luego se sentó, se quitó las botas y se dirigió hacia la piscina. Se detuvo y, con un movimiento del brazo, le dijo— Después de *usted*, mi lady.

Con temor, Portia se deslizó en el agua tibia, incapaz de reprimir un escalofrío. No sabía cuánto tiempo iba a tener que aguantar la respiración ni si ese día se ahogaría. Francamente, prefería ahogarse a tener que someterse al sultán. Para armarse de valor, miró a Grayson, que extendió la mano y le pasó un dedo por la mejilla.

—Todo va a salir bien, pequeña. Si me tomas de la mano, te sacaré adelante. Respira hondo y suelta el aire despacio. Que no cunda el pánico. Si sientes que te vas a quedar sin aire, aprieta mi mano y te arrastraré más deprisa.

Ella se limitó a asentir, demasiado asustada para hablar.

—Yo iré primero —dijo Philip, y tiró de la palanca que Hassan les había mostrado, la que al deslizarse hacia atrás haría que la losa que cubría el desagüe se moviera. Mientras el agua corría por el desagüe, Philip se zambulló y desapareció por él. Era lo bastante ancho como para que cupieran dos personas.

—Esto es. Coge mi mano y mantén los ojos cerrados. Confía en mí. —Y así, de repente, Portia se sintió arrastrada por el agua, que fluía a una velocidad cada vez mayor.

Capítulo Cuatro

Pareció una eternidad, pero en realidad sólo pasaron unos segundos antes de que llegaran al final del desagüe y, con un gran chapoteo, alcanzaran el agua más tranquila de la alcantarilla. Comenzaron a nadar, y no pasó mucho tiempo antes de que el suelo se nivelara y encontraran sus pies en un fondo empedrado.

Grayson le habló a Portia. —Ya puedes abrir los ojos. El agua sólo llega hasta la cintura.

El aire olía a moho y humedad, pero al menos era vital. La cloaca estaba a oscuras, la única luz provenía del desagüe de la piscina que tenían detrás.

—Maldita sea, debería haber pensado en traer un pedernal para iluminar nuestro camino. —El tono de Philip mostraba lo molesto que estaba.

—Habría sido demasiado húmedo de todos modos —dijo Grayson —. Vamos a tener que tantear el camino y tomárnoslo con calma. Eso no nos ayudará, pues la velocidad es esencial.

Las piedras de la alcantarilla bajo los pies de Portia estaban desgastadas por el agua. —Entonces será mejor que nos pongamos en marcha —dijo y se colocó detrás de Grayson, cogiéndole la mano. Le tendió la otra mano a Philip, que se la sostuvo.

Grayson se limitó a asentir y a caminar, palpando la pared con la otra mano. Cuanto más se alejaban de la sala de baño, más oscuro se volvía el túnel. No tardaron en ver una luz. A medida que se acercaban, se trataba de una rejilla en el patio superior para que la lluvia y el agua drenaran a través de ella. Grayson se detuvo y susurró en voz baja —Tenemos que movernos en silencio. Si hay alguien por encima de la rejilla, nos oirá. No hablen e intenten que sus movimientos sean suaves para no salpicar.

Se acercaron cada vez más y, tan silenciosamente como pudieron, pasaron por debajo de la rejilla. Portia se dio cuenta de que aún estaban dentro del palacio y reconoció las palmeras que llenaban el patio. Había atravesado el patio tres días antes, cuando la habían traído al palacio.

Portia no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado, pero se dio cuenta de que iban en la dirección correcta, ya que cada par de

cientos de metros otra reja iluminaba su camino y podían ver que seguían dirigiéndose hacia el norte, como Hassan les había indicado. También notó que el suelo se inclinaba. Caminaban cuesta abajo. Sabía que el palacio estaba en lo alto de un acantilado y esperaba que el salto que había mencionado Hassan no fuera demasiado alto.

Finalmente, llegaron a un callejón sin salida. El túnel giraba bruscamente a la derecha y se hundía, pero justo delante, en lo alto de la pared del fondo, había una rejilla mucho más grande justo delante de ellos. Grayson se llevó el dedo a los labios, indicando que guardaran silencio, y se acercó para echar un vistazo. Hassan no había mentido, fuera de la reja estaba la carretera de circunvalación que rodeaba el palacio. La rejilla les conducía fuera de los muros del palacio; por desgracia, también estaba a bastante altura del muro. Sería una caída de al menos diez metros. Grayson se volvió hacia Philip y le dijo —Hay un buen trecho hacia abajo, y no tenemos suficiente ropa para amarrarla y bajarla. Sugiero que uno de nosotros baje y busque al personal del consulado que se supone que está aquí para ayudarnos.

Portia negó inmediatamente con la cabeza. —No quiero que me dejen aquí. Sólo quiero salir.

Mientras Grayson y Philip se miraban por encima de ella, la enfurecía cómo los hombres decidían que iban a tomar todas las decisiones. Ella corría el mismo riesgo que ellos. —Puedo escalar tan bien como cualquiera de ustedes.

Philip se encogió de hombros. —Ella tiene razón. Ella siempre pudo escalar mejor que cualquiera de nosotros, y no tiene faldas que se lo impidan.

—Pero si alguien la ve, sabrá que algo pasa.

Philip se volvió hacia ella. —Tiene razón, Port. Sería mucho más fácil si los guardias del consulado estuvieran allí con los caballos. No podemos dejar que corras desnuda por la calle, pues daría mucho que hablar y haría saltar las alarmas. Cualquiera que te viera se haría una idea de dónde has venido. Realmente necesitamos los caballos aquí. Yo iré, y Grayson puede quedarse aquí contigo.

Grayson negó con la cabeza. —No. Sería mejor que te quedaras con tu hermana y yo fuera en busca del apoyo del consulado. Yo fui quien los organizó. Así podrás ayudar a tu hermana a bajar cuando yo vuelva con los caballos.

Portia se dio cuenta de que estaban perdiendo el tiempo discutiendo. —Sólo vete, Grayson. Cuanto antes te vayas, antes estarás de vuelta. Ten cuidado.

Con una enérgica inclinación de cabeza y una última mirada hacia ella, Grayson empujó su peso contra la reja. La reja era vieja y estaba en mal estado, y cedió en una esquina con facilidad. La empujó lo

suficiente para deslizarse por el hueco, y Portia vio con el corazón en la garganta cómo bajaba por la pared de piedra, metiendo los dedos de las manos y los pies en las grietas. No tardó mucho en llegar al suelo. Por suerte, nadie pareció prestarle atención.

—Tendrás que dar algunas explicaciones, jovencita, cuando salgamos de este lío —dijo Philip, girándose para mirarla.

—No creo que sea el momento de reprender mi comportamiento. —Portia resistió el impulso de dejar caer la cabeza entre las manos—. Es una larga historia, querido hermano, y no es obra mía.

—¿Con quién te reuniste en los jardines de Vauxhall esa noche? —preguntó Philip. Por su tono, se dio cuenta de que estaba muy decepcionado con ella.

Grayson trató de ignorar las piedras afiladas bajo sus pies descalzos. Sólo podía pensar en encontrar cuanto antes a los hombres del consulado británico. Los soldados tenían los tres caballos, que eran su único medio de escape. Debido a sus ropas hechas jirones, su piel curtida y su larga cabellera indomable, parecía mezclarse bastante bien con la harapienta multitud, muchos de los cuales probablemente pensaban que era un pobre mendigo.

Respiraba con dificultad, y no era realmente por el esfuerzo. Era más bien por miedo. Había luchado en la batalla de Waterloo, pero nada le asustaba tanto como el peligro que corría la joven escondida en la alcantarilla. ¿Muchacha? Se rió para sus adentros. Ya no tenía nada de joven. Con veinte y cuatro años, era una mujer hecha y derecha, y aunque intentaba reprimirlas, las imágenes de su cuerpo desnudo seguían apareciendo en su mente. Hacía varios meses que no veía a Portia, pero en cuanto vio su rostro, supo que estaba en problemas. Su cuerpo se encendió con el mero sonido de su voz. Ver sus miembros casi desnudos y su vestido transparente... Lo peor era la culpa que lo corroía. La única razón por la que ella estaba en esta situación era por su culpa. Un enemigo desconocido la había utilizado como peón en un juego muy peligroso.

Aceleró el paso, ignorando el sol que le daba de frente. Sólo pensaba en llegar cuanto antes al personal del consulado. Dobló la esquina del bazar y se encontró en una de las calles principales. Delante de él, pudo ver a los hombres que el consulado había proporcionado para el rescate. Habían traído tres caballos de repuesto, uno de ellos equipado con una silla de mujer.

El capitán Foyle se giró y lo vio enseguida. Los británicos dieron la vuelta a sus caballos y vinieron galopando hacia él.

—Mi lord, ¿Se encuentra bien?

Grayson no tuvo tiempo de explicar nada más. Simplemente miró al capitán y le dijo —Por favor, que sus hombres vengan conmigo y

traigan los caballos extra. El tiempo apremia, ya nos estarán buscando. Estoy seguro de que habrán encontrado a los guardias, así que sólo tenemos una oportunidad de escapar.

Hizo caso omiso de la sugerencia del capitán de que se pusiera ropa adecuada y enseguida se subió a una silla de montar. Hizo un gesto por encima del hombro a los hombres para que le siguieran y empezó a bajar a galope por las calles.

Sólo tardó unos instantes en volver a la muralla. Desgraciadamente, a medida que se acercaban, vio que algunos hombres armados del sultán se les acercaban por la calle. Su estado de desnudez y el número de hombres a caballo debieron hacerles sospechar, pues empezaron a gritar en árabe.

El capitán Foyle tradujo. —Quieren saber de dónde viene y por qué está mojado.

—Dígale que me he mojado en uno de los barriles que hay detrás del establo. —Se sentó tenso en su caballo mientras el capitán Foyle transmitía sus palabras.

Los guardias hablaron entre ellos durante unos instantes, mirando a los hombres con desconfianza, pero luego les hicieron un gesto con la cabeza y siguieron su camino. Grayson los observó hasta que llegaron al final del camino y doblaron la esquina de la muralla del palacio. Sólo entonces llamó a Philip y a Portia.

—Capitán Foyle, vamos a necesitar un poco de esa cuerda para bajar a Portia.

Antes de que terminara de hablar, levantó la vista para ver a Portia ya a través de la reja y bajando cuidadosamente por la pared como si fuera un mono. Al parecer aún tenía la bata mojada y se le pegaba, lo que permitía a todo el mundo ver la belleza que se escondía bajo la tela. Los hombres que le acompañaban no apartaron la mirada, y Grayson no podía creer la oleada de ira y posesividad que inundó sus venas. —Ojos al suelo —gritó con severidad.

Bajó del caballo de un salto, agarró una manta y, en cuanto ella llegó al suelo, la envolvió con ella, cubriéndola de los ojos masculinos que seguían clavados en ella.

Desgraciadamente, justo cuando Felipe empezaba a bajar del muro, los guardias de palacio volvieron a doblar la esquina. Al ver a Portia, dieron un gran grito y desvainaron sus sables y empezaron a correr hacia el grupo.

El capitán Foyle y sus hombres dieron la vuelta a sus caballos y se colocaron delante de Grayson y Portia para protegerlos. Grayson corrió hacia su caballo y levantó a Portia en brazos, acomodándola frente a él. A Philip le gritó —Voy al barco. Si no llegas en una hora, tendremos que zarpar sin ti. No puedo permitirme dejarla en Alejandría ni un momento más, el sultán vendrá por nosotros.

—Por supuesto. No te preocupes por mí, iré detrás de ti. —Justo cuando pronunciaba esas palabras, resbaló desde cerca de la parte superior de la reja y se estrelló contra el suelo con un grito de dolor.

—Dios, creo que me he roto una pierna —gritó Philip con agonía —. Vas a tener que llevarla de vuelta a Inglaterra tú solo, yo sólo te retrasaría. Me aseguraré de que el consulado cuide de mí. Sólo saca a Portia de aquí. Prométemelo.

Grayson se limitó a hacer un gesto con la mano y se puso en marcha, contando con que los británicos armados los ocultarían de la vista de los guardias de palacio. Al entrar en el mercado gracias a la altura que le daba el caballo, vio por el rabillo del ojo que salían aún más guardias de las puertas del palacio, y rezó para que Philip y los demás hombres escaparan.

Podía oír a Portia llorar suavemente en su camisa. —Todo esto es culpa mía. Todo es culpa mía. Nunca debí haber ido a verte esa noche.

Grayson estaba demasiado concentrado en abrirse paso entre la multitud como para responder. Aun así, no podía entender por qué ella había sido tan ingenua como para pensar que él le enviaría una nota, solicitando una reunión en los jardines de Vauxhall, entre todos los otros lugares donde se podían reunir. Era salvaje y testaruda, y ahí residía el peligro. Portia no era para él. Nunca sería para él.

Excepto que ahora ella era suya.

Grayson guio al semental a través de la masa de gente que se agolpaba en los muelles. El sol era una resplandeciente bola de fuego suspendida sobre el mar. El bajo ángulo de la luz que se reflejaba en las olas hacía difícil reconocer las velas del barco que habían alquilado. Grayson sólo esperaba haber perdido a cualquiera que pudiera estar siguiéndolos.

Portia no había dicho ni una palabra en todo el viaje. Paró el caballo en el muelle donde estaba amarrado el barco. Se bajó del semental, se levantó y con cuidado cogió a Portia en brazos. Con la manta todavía bien envuelta alrededor de ella, trató de cubrirle la cabeza para que nadie pudiera ver quién era. Sin embargo, la brisa levantaba mechones de su pelo rojo, y él notó las miradas inquisitivas e interesadas de los hombres que la rodeaban.

Miró a un pescador y con gestos le ofreció el caballo, ya que ahora no tenía uso para él. El pescador no podía creer su suerte. Dejando el caballo con el hombre, Grayson serpenteó por el muelle y fingió entrar en una taberna, cuando en realidad, simplemente dio media vuelta y se dirigió con cuidado hacia el navío.

A esa hora, todo el mundo en los muelles caminaba con paso decidido, todas las embarcaciones ansiosas por llegar a la marea vespertina, así que poca gente prestó atención a un hombre más que llevaba un bulto. Lo que podría haber alertado a un observador sagaz

era la forma en que escrutaba constantemente a la multitud. Tenía que asegurarse de que ninguno de los hombres del sultán los viera subir al barco.

Intentaba recordarse a sí mismo que la mujer que tenía en brazos era como su hermana pequeña, pero su mente tenía otras ideas. Grayson podía sentir sus suaves curvas, y su turgente pecho estaba tentadoramente cerca de una mano. Podía oler su delicioso aroma y verla a los ojos. No podía olvidar que iba a estar solo en el *Amelea* durante varios días con ella. No podía ignorar que era consciente de ella, de su cuerpo esbelto, cálido y con curvas femeninas, acurrucado contra su pecho. Y no podía mentirse a sí mismo: siempre había querido tenerla tan cerca. Al menos su cuerpo lo deseaba. Cuando vio que los ojos de todos los hombres la seguían por aquella pared aquella tarde, algo que estaba enterrado en lo más profundo de su ser salió a la superficie y gruñó —*Mía*.

Apretó los dientes y sacudió la cabeza para disipar la atracción que sentía. Ella se dio cuenta y dijo —¿Te pasa algo? ¿Te sientes mareado? No soy demasiado pesada para ti, ¿verdad?

Él no pudo mirarla a los ojos. En su lugar, señaló el gran barco que tenían por delante, *Amelea* era el nombre del navío que tenían al frente de ellos. —Sólo quiero asegurarme de que nadie nos sigue antes de embarcar.

Ella asintió con la cabeza y miró el barco que tenían delante.

Subió con cuidado por la pasarela y saludó con la cabeza al capitán. —Tenemos que irnos cuanto antes. Antes de que alguien que nos siga nos encuentre.

El capitán, Seaton, asintió benignamente, y empezaron a oírse gritos a lo largo del barco. Se soltaron amarras y, en pocos minutos, se preparaban para partir.

De repente, un hombre llamado Rush, segundo de Seaton, gritó que había hombres a caballo galopando por el muelle.

El capitán ordenó a la tripulación del buque que se pusiera en marcha inmediatamente, y el barco salió lentamente de su amarradero, girando con la marea cada vez más rápida. El *Amelea* estaba equipado con cuatro velas de proa y era bastante rápido tanto con mar en calma como con mar gruesa. El puerto congestionado y la multitud de buques les ofrecían una protección adicional. Con tantos barcos saliendo del puerto esta tarde, sería difícil para los hombres del sultán detenerlos.

Grayson no podía estar seguro de que unos ojos brillantes no hubieran descubierto quién era y qué llevaba. Se dirigió bajo cubierta, llevando a Portia hacia los dos camarotes reservados para ellos, uno para ella y otro para Philip y él. Rezó para que Philip hubiera vuelto al consulado y para que lo estuvieran cuidando.

Finalmente, sintió que el barco se estremecía bajo sus pies al aumentar la velocidad, saliendo del puerto y atrapando el oleaje del océano. No volverían a parar hasta Gibraltar.

—Nos movemos. —Portia se agitó en sus brazos—. ¿Dónde está Philip? No podemos dejarlo atrás. ¡Sólo vino por mí! Por favor, Grayson.

Bajó suavemente a Portia sobre la cama mientras ella lo miraba con los ojos llenos de lágrimas.

—Los guardias del consulado le ayudarán. Estoy seguro de que se pondrá bien.

—Pero me pareció oírle decir que se había roto una pierna. ¿Qué será de él si lo capturan los hombres del sultán?

Grayson no sabía qué decir. Ella leyó correctamente su silencio.

—El sultán lo matará, ¿verdad? —Portia rompió a llorar de inmediato.

Se sentó en la litera junto a ella y la estrechó entre sus brazos. —No llores, cariño. Estoy seguro de que Philip y los hombres escaparon. Vi a un guardia alcanzarle y tirar de él por el pomo de su caballo. Además, el consulado británico protestaría enérgicamente si el sultán intentara hacerle algo a un conde, y mucho más a un héroe de guerra condecorado como tu hermano.

—Necesito saber que está a salvo.

—No lo sabremos hasta que lleguemos a Inglaterra. Trata de dormir un poco, Portia. Dudo que el sultán se moleste en perseguirte, dada la forma en que el consulado británico reaccionaría ante su trato a una mujer secuestrada en costas inglesas. —Grayson se levantó y se dirigió hacia la puerta del camarote—. Philip ha hecho que tu madre te empaquete algo de ropa. Debería estar toda en los baúles. Siento no haberte colgado ninguna de las batas.

—Qué lío he causado —dijo Portia—. ¿Pero puedo pedirte otro favor? Llevo unos días sin comer. ¿Crees que podrías organizar que me lleven la cena a la habitación? No me apetece enfrentarme a alguien.

—Seguro que puedo coordinarlo con la cocinera. —Grayson vaciló en la puerta—. Tenemos que hablar mañana por la mañana, y será mejor si lo hacemos una vez que ambos hayamos dormido bien. Hay circunstancias que hay que afrontar.

Portia se limitó a asentir. —Siento mucho haber sido una molestia.

—¿Por qué lo sientes? —dijo Grayson—. No es culpa tuya.

—¿Entonces de quién es la culpa?

—Eso es lo que me gustaría discutir mañana por la mañana. Duerme un poco.

Antes de que pudiera cerrar la puerta, ella dijo —Gracias. Gracias por venir a buscarme. Nunca lo olvidaré.

Grayson cerró la puerta en silencio y apoyó la frente contra la

madera, maldiciendo cómo había terminado el día. Sí, estaba a salvo, pero ¿a qué precio?

Quería golpear algo. Esto no era lo que había planeado. Que los dos viajaran a casa en el barco sin Philip, unido al hecho de que la habían retenido en un harén árabe, significaba que su reputación estaría por los suelos. Y también significaba que el curso de su vida debía cambiar, ya que la única opción para un hombre honorable sería casarse con ella. Se lo había prometido a Robert.

Se le aceleró el pulso y no sabía si era de rabia o de miedo. Una parte de él reconoció vagamente que el miedo se debía a que la idea de tener que casarse con ella no le hacía querer huir. Pero rápidamente se concentró en su ira, casi dándole la bienvenida. La pierna rota de Philip había acabado con su sueño. Atrás había quedado su idea de casarse con una mujer recatada y socialmente aceptable. Su honor y su promesa a Robert le obligaban a casarse con Portia.

Mientras caminaba hacia el pasillo en dirección a la cocina para saber qué había para cenar y pedir una bandeja para Portia, apretó los puños a los costados, intentando apartar de su mente la absurda idea de cómo sería Portia en su cama, aventurera y llena de pasión, sería suya para toda la vida. Esperaba que su entusiasmo por hacer el amor no fuera diferente del resto de su vida, ardiente y hambriento.

Maldijo en voz baja y obligó a sus pies a avanzar por el pasillo. Había algo entre ellos, sin duda, pero sería un tonto si pensara que su vida con Portia iba a ser un camino de rosas sólo porque fueran compatibles en la cama.

La imagen del matrimonio de sus padres parpadeó en su memoria. Hacía ya tanto tiempo, pero recordaba la casa funcionando sin problemas, a su padre y a su madre conversando amablemente, y a su hermana y a él siendo felices. Eso era lo que él creía que debía ser un matrimonio; compañerismo, respeto y lealtad. Sin embargo, sus seis años en la casa de los Flagstaff le habían mostrado una vida familiar diferente, ruidosa, desordenada y llena de emociones compartidas abiertamente. Lord Cumberland, el padre de Portia, había amado a su madre con la pasión que la mayoría de los hombres sentían por sus amantes. A la muerte del conde, la condesa viuda pareció marchitarse ante sus ojos. Sabía de primera mano lo que la pérdida podía hacerle a una persona. Tras el trágico accidente de carruaje que costó la vida a sus padres y a su hermana pequeña, había decidido no dejar que nadie se acercara demasiado a él. El amor estaba bien hasta que el dolor de la pérdida lo hacía insoportable.

Cada vez que había roto sus votos y había dejado que alguien entrara en su corazón, esa persona le había abandonado. Había perdido a Lord Cumberland, un hombre al que quería tanto o más que

a su propio padre. Había perdido a Robert, un hombre al que consideraba su hermano, y casi había perdido a Christian. No podía arriesgar su corazón de nuevo.

Cuando era más joven, a menudo se preguntaba qué matrimonio querría, el acuerdo maduro de sus padres o el matrimonio lleno de amor de los Flagstaff. La guerra había cristalizado sus pensamientos, quería un matrimonio como el de sus padres. La idea de perder a la mujer que amaba ya fuera por enfermedad, parto o simplemente otro terrible accidente, le retorcía las entrañas.

Así que necesitaba controlar sus intensas reacciones hacia Portia. No podía permitirse amar a otra... ni a nadie.

Capítulo Cinco

Amaneció con un tono dorado anaranjado que se extendió como una lámina de cobre sobre las olas. Grayson salió del estrecho pasillo, subió por la escalera y llegó a la cubierta; aspiró profundamente el aire salado y exhaló lentamente. Sólo había dormido unas horas la noche anterior, con las consecuencias de la captura y el rescate de Portia rondándole continuamente por la cabeza.

Grayson se apoyó en la barandilla. Sus pensamientos eran un torbellino. Sabía lo que iba a tener que hacer, y le molestaba lo contento que estaba su cuerpo, incluso cuando su mente le decía que era un gran error. Pensó en la hermana pequeña que había perdido años atrás, y supo que, si le hubiera ocurrido algo parecido, habría querido que quien la rescatara diera un paso al frente y salvara su reputación.

Oyó una pisada, su delicada pisada, y se volvió para mirar hacia su futuro. Y mientras ella rodeaba el mástil con un bonito vestido de algodón lila que ondeaba con la brisa, pensó que era una de las mujeres más hermosas que había visto en todo lo que tenia de vida. Su cuerpo se llenó de expectación, sabiendo que pronto sería suya.

¿Comprendía Portia su situación? Sospechaba que sí, pero sabía que no aceptaría fácilmente. Portia se consideraba una mujer moderna y no le gustaría que le dijeran que tenía que ajustarse a las expectativas de la sociedad. Sin embargo, su honor también estaba en juego.

Al verlo, sonrió y caminó hacia él.

Luchando por mantener una sonrisa de respuesta en su rostro, por miedo a lo que pudiera revelar, la sustituyó por un ceño severo.

Ella ladeó la cabeza y lo estudió un momento. Luego se volvió para mirar las olas. —Es muy bonito navegar en un mar en calma, ¿verdad? —Cuando él asintió, ella continuó—. No vi nada de mi viaje a Alejandría, porque me tuvieron encerrada en un camarote.

Su corazón dio un vuelco, pero expresó su preocupación. —¿Te hicieron daño?

Ella negó con la cabeza. —No. Sé lo que me preguntas. Nadie me ha hecho daño. Ni en el barco ni en el palacio del sultán. Creo que estaban demasiado asustados, pues sabían que me habían comprado

para el propio sultán.

Ella se acomodó en la barandilla junto a él. La cálida suavidad de su cuerpo llamaba al suyo, era como un canto de sirena que debilitaba sus defensas. Se dijo que debía poner distancia entre ellos. Tenían mucho que discutir, y las emociones no ayudarían.

—¿Has dormido algo?

—Un poco —dijo con un movimiento de cabeza, todavía mirando el océano—. Dormiría mejor si supiera que Philip está a salvo.

—Es poco probable que sepamos algo hasta que lleguemos a Inglaterra.

Dejó escapar un suspiro. —No entiendo por qué ha pasado esto. — Finalmente dirigió hacia él sus ojos color avellana—. Tiene algo que ver contigo.

Tocio suavemente para despejar la garganta y se pasó una mano por el pelo. —¿Por qué dices eso?

Ella volvió a apartar la mirada y un rubor recorrió sus mejillas. — Me atrajeron en tu nombre. ¿Por qué no con el nombre de uno de mis hermanos, o simplemente secuestrándome? Usar tu nombre lo hizo personal.

Su acusación fue astuta, y él no pasó por alto la implicación de sus palabras. Ella había estado encantada de encontrarse con él a medianoche en los jardines de Vauxhall, algo totalmente inapropiado, ¿Pero por qué Portia lo haría?, dejando la cautela al viento. — Sospecho que se centra en mí —le dijo— pero no sé por qué. Lamento que te hayan arrastrado en este juego siniestro.

—¿Juego?

—He estado investigando un incidente relacionado con Lord Markham. Le han acusado de un crimen que sé que no cometió. Alguien se ha tomado muchas molestias para asegurarse de que las pruebas apuntan en su dirección. De nuevo, no sé por qué.

—¿Crees que mi secuestro está relacionado?

—Espero que no, pero me pregunto si me estoy acercando demasiado a quien implicó a Christian, y esta es su forma de desacreditarme y distraerme.

—¿Crees que su plan era secuestrarme, venderme y culparte a ti?

—O algo peor. Podrían haber hecho creer que tu desaparición se debía a que yo te había matado. —Se apoyó en la barandilla y agachó la cabeza—. Es sólo una teoría. No se me ocurre ninguna otra razón por la que utilizarían mi nombre. Sin embargo, lo que más me preocupa es que este enemigo sin rostro parece estar al tanto de mis relaciones personales. ¿Cómo, si no, sabrían que iban a utilizarte, o que te reunirías conmigo?

—Sólo por lo que dijiste la última vez que nos vimos respondí estúpidamente a tu misiva y fui a los jardines de Vauxhall.

Él mantuvo el rostro neutro, negándose a morder el anzuelo, aunque comprendía a qué conversación se refería ella. Cuando se volvió para mirarla, el rostro de Portia se encendió de color. —No recuerdo haberte dicho nada que te hiciera olvidar el decoro y quedar conmigo a medianoche en los jardines —mintió—. Tal vez no me conoces tan bien como crees, si crees que habría invitado a una joven respetable a una cita a medianoche.

Sus hombros se hundieron. —No soy una jovencita, y tengo edad suficiente para saber lo que pienso. Si tuviera que tomar mi primer amante, no podría hacerlo mejor que con el mujeriego e infame, Grayson Devlin, Lord Blackwood.

—¿Crees que te tomaría como amante y me iría? Realmente no me conoces. —Comenzó a pasearse por la cubierta, su rostro era una máscara de ira—. ¿Qué demonios te hizo pensar que aceptaría ser tu amante?

—Nada. Esperaba poder convencerte.

Eso le paró en seco. —¡Dios mío!, eres como una parte de mi familia. Nunca te comprometería... ni a ninguna jovencita virginal, si se diera el caso.

Su mirada se dirigió a su apuesto perfil, orgulloso, arrogante y confuso. —No te pongas así. No me habrías comprometido. Me habría entregado a ti libremente. Tengo veinte y cuatro años, soy virgen y estoy a punto de ser solterona. El matrimonio no está en mis planes. ¿Por qué no debería descubrir la pasión, el deseo y hacer el amor, como cualquier hombre?

—Porque no eres un hombre. Estoy harto de tener la misma conversación contigo una y otra vez. Esté bien o mal, este es un mundo de hombres, y tienes que vivir en él. Debes seguir las reglas, como yo. Hay consecuencias para las acciones, y la situación en la que nos encontramos ahora exige un cierto resultado que ninguno de los dos desea.

Finalmente le sonrió, y él intuyó su respuesta antes de que la dijera. —No he sufrido ningún daño. Sigo viva e ilesa, salvo por mi orgullo. Si Philip está a salvo, ha sido una aventura emocionante.

Grayson no podía creer que ella estuviera ignorando lo que él intentaba decir. —Esta aventura tendrá consecuencias, y eres tonta si piensas lo contrario. No sólo la sociedad, sino también tu familia exigirá que ambos hagamos lo correcto. Yo, por mi parte, no les decepcionaré. —Suspiró—. Quizá deberíamos retirarnos al camarote del capitán Seaton para comer antes de discutir el camino a seguir, ya que es evidente que no piensas con claridad.

Su labio inferior sobresalía, una señal que él reconoció de su infancia. Terca era el segundo nombre de Portia.

—No hay consecuencias de mi secuestro que te conciernan. No hay

necesidad de sentir culpa por lo que sucedió. Me salvaste, y eso compensa los inconvenientes...

—¿Inconvenientes? —Grayson se puso la mano en la cadera, sabiendo que eso la irritaría aún más—. Algo más que un inconveniente. Podrían haberte violado.

—Pero no lo hicieron, gracias a ti y a Philip. Seguro que cuando estemos en casa se nos ocurrirá alguna razón para mi desaparición, como visitar otras moliendas de sidra.

La cogió de los hombros y la giró para que le mirara e intentara hacerle ver la gravedad de su situación. —Medio Whitehall sabe que te secuestraron, así que medio Londres también podría saberlo. Philip acudió al Ministerio del Interior en busca de información sobre quién podría haberte secuestrado. Así es como nos enteramos de la oferta del sultán. Creo que deberíamos bajar y discutir la situación racionalmente.

—Soy perfectamente racional en la cubierta, gracias. —Ella se inclinó hacia atrás para mirarle—. ¿O crees que me desmayaré ante la perspectiva de que mi reputación quede hecha trizas? Deberías conocerme mejor. No soy de las que se desmayan.

—No sólo me preocupa tu reputación. También está la mía. Te das cuenta de que tu viaje a casa conmigo, sola y sin compañía, significa que has sido completamente comprometida. Sería un canalla de primera si te dejara enfrentarte a la ira de la sociedad.

Se zafó de él y se detuvo junto a la barandilla, aferrándose a ella y contemplando la estela que dejaba el navío al romper las olas. —No me obligarán a casarme con un hombre que ni me comprende ni siente nada por mí. Maldita sea la opinión de la sociedad. Estoy más que contenta de seguir siendo una solterona.

No entendía por qué no le hacía ilusión la perspectiva de convertirse en su esposa. Ella había dejado muy claro con sus acciones que estaba enamorada de él. Se había convertido en un blanco fácil para sus secuestradores al aceptar encontrarse con él en los jardines Vauxhall a altas horas de la noche, decidida a seducirlo.

—Por supuesto que siento algo por ti. Te conozco desde que tenía quince años. Crecimos en el mismo hogar. Sé que ninguno de los dos encuentra aceptable la situación, pero ¿no es nuestra amistad una buena base para el matrimonio?

—Yo no diría que somos amigos, apenas me toleras. —Se volvió hacia él con ojos suplicantes—. Puede que a ti te guste renunciar a tu oportunidad de amar, pero a mí no. Quiero sentir la pasión, el deseo y la necesidad de esa persona especial. —Apartó la mirada—. Quiero más de mi vida —continuó, con voz llana—. Me niego a conformarme con un matrimonio de conveniencia. Quiero lo que mi madre y mi padre compartieron. La vida es demasiado corta, tú más que nadie

deberías entenderlo.

Y por eso, después de Waterloo, había decidido que quería tener hijos y formar una familia, pero sin angustias. Eso requería un matrimonio de compañerismo, no una gran aventura amorosa. Y por eso nunca se había permitido contemplar a Portia Flagstaff como futura esposa, ya que podía hacerle sentir demasiado de todo. Pero aquí estaba, a punto de pedir su mano.

Se puso de pie junto a ella y miró hacia el mar, con los pies separados para estabilizarse en el barco que se balanceaba y las manos entrelazadas a la espalda. —En realidad, nunca me casaría. Perder a mi familia... No quería volver a sentir ese dolor. ¿Y si tuviera hijos o una esposa y los perdiera o ellos me perdieran a mí?

—Supongo que Waterloo te hizo cambiar de opinión. Philip me dijo que estabas buscando seriamente una esposa.

Asintió. —Sí. No quería que todas las pérdidas y sacrificios fueran en vano. Luché por mi hogar y mi país. Ahora me siento obligado con mi herencia, a asegurar un heredero.

—A los dieciséis años, casi muero, y eso me hizo soñar con vivir una vida plena. ¿Qué hay más gratificante que el amor, el amor por el otro y por tus hijos?

—Hasta que no vi el sufrimiento en Waterloo, no habría estado de acuerdo. El deber, el honor y el sacrificio tienen prioridad sobre los asuntos del corazón, o eso solía decir mi padre. —Permaneció un rato en silencio antes de admitir finalmente— Cuando luchamos por nuestro país, por aquellos a quienes amamos, de repente me di cuenta de que también tenía un deber conmigo mismo. El deber de encontrar la felicidad en un mundo tan frío y sombrío, porque si no, ¿para qué había servido todo?

Él la miró y ella sonrió. —Yo siento lo mismo. ¿Lo ves? Tenemos algo en común. Incluso he hecho una lista. Es mi lista de todo lo que debo experimentar.

Él asintió, comprendiendo de repente cómo su experiencia cercana a la muerte había moldeado su camino a la edad adulta. —¿Qué hay en tu lista?

—Es muy extensa. Pienso vivir mucho tiempo y no quiero perderme ni un minuto. La principal era marcar la diferencia, y creo que lo he conseguido montando mi negocio de sidra y apoyando la escuela de huérfanos. Puede que no marque la diferencia en el mundo, pero los niños a los que educo saben sin duda que les he ayudado.

—Sería más admirable para la sociedad que te limitaras a ofrecer mecenazgo y no insistieras en involucrarte en el día a día de la empresa. Déjaselo a tus hermanos.

—¿Por qué debería hacerlo? Fue idea mía y es un éxito. —Ignoró su ceja levantada—. También está en mi lista navegar a otro país y

experimentar una nueva cultura. Supongo que ya puedo tachar eso de mi lista —añadió secamente—. Me temo que a partir de ahí se vuelven más escandalosos.

—¿Por qué no me sorprende?

Ella ignoró su sarcasmo. —Quiero beber un vaso de whisky y fumar un puro. Quiero probar como es montar a caballo a toda velocidad mientras llevo pantalones. Quiero visitar un club de caballeros y aprender qué actividades escandalosas se llevan a cabo allí, y quiero tener a un amante que pueda enseñarme todo lo que hay que saber sobre hacer el amor.

Ni siquiera se molestó en mencionar que lo que faltaba en su lista era un marido. En su lugar, dijo —He aprendido por las malas que no siempre podemos conseguir lo que queremos. Yo también tengo una lista. Una lista de cosas que busco en mi novia. —Se volvió hacia ella —. ¿Te digo cuáles son?

Ella se limitó a asentir.

—Quiero una mujer que sea tan virtuosa como hermosa. Requiero una mujer que entienda cómo ser un activo para el nombre Blackwood. Una mujer que me honre y me obedezca por encima de todos los demás, y que me dé hijos que sé que son míos. Sobre todo, quiero una mujer que sepa que tendremos un buen arreglo, le daré mi nombre y mi dinero, pero nunca será dueña de mi corazón.

—Lo siento por ti. Dar y recibir amor es el don más preciado que una persona puede conceder a otra. —Ella le observó en silencio durante un momento—. Nunca pensé que temieras una palabra tan insignificante como «amor», pero supongo que puedo entenderlo después de todas las pérdidas que has sufrido. Sin embargo, tú y yo tenemos puntos de vista diferentes sobre el amor. Creo que morir sin haber experimentado el amor verdadero sería imperdonable. Estoy dispuesta a arriesgar cualquier cosa con tal de experimentar el deseo de mi corazón.

—Creo que me he ganado el derecho a desconfiar un poco del amor. Cuando se trata de mi vida hogareña, estable, sedada y ordenada es todo lo que requiero.

Se burló, haciendo girar un rizo suelto alrededor de su dedo. —Sospecho que, como la mayoría de los hombres, entonces encontrarías tu excitación fuera del hogar y de la cama matrimonial. Si los hombres se casaran con mujeres más adecuadas a sus necesidades, las amantes dejarían de existir.

Grayson ahogó una tos. En efecto, había decidido que una amante o dos a su lado evitarían que su vida fuera demasiado aburrida. —Los hombres tienen ciertas necesidades que una esposa no...

—No te atrevas a sermonearme con «necesidades». Papá nunca tuvo una amante porque tenía todo lo que deseaba en casa. —Ella se

apartó de él y encorvó los hombros—. No creo que cumpla alguno de los criterios de tu lista.

Su voz se suavizó. —Sí que los cumples. Eres hermosa más allá de las palabras, pero mi lista es ahora irrelevante, del mismo modo que lo será la tuya si queremos tener un matrimonio de conveniencia.

—No puedo aceptar eso. No puedo casarme con un hombre que me ahogue y me asfixie con reglas y obligaciones, especialmente si no me ama.

—Estoy completamente de acuerdo en que nuestra situación no es la que ninguno de los dos desea.

—Si ese es el caso, entonces seguramente debes ver que no hay necesidad de que me atrapes con tu espada. Cuando encuentre a un hombre que me ame, no le importará que me secuestraran y viviera unos días en un harén árabe.

Le apartó de la mejilla un rizo errante que soplaba con la brisa. —Yo no llamaría a casarme contigo «atraparte con mi espada». Sería un honor para mí casarme contigo. No esperes que te abandone, no soy esa clase de hombre.

Mándalo al Hades. Él no era esa clase de hombre. Era una de las razones por cual lo amaba, y también por que no lo atraparía en un matrimonio que él no quería, sólo porque ella se había comportado imprudentemente.

Aquella fatídica noche en los jardines de Vauxhall, Portia había sospechado de la nota que supuestamente le había enviado. Su cabeza había dado la voz de alarma, pero su corazón se negaba a escuchar. Lógicamente, sabía que Grayson no la habría invitado a los jardines. Si hubiera querido cortejarla, primero habría pedido permiso a Philip. Pero la esperanza es la llama eterna. Ella esperaba que algún día él la viera como una mujer apasionada, una mujer que lo desafiaría y haría que sus vidas fueran interesantes y divertidas. Sin embargo, estaba claro que él no quería eso en su esposa, en su amante tal vez, pero no en su esposa.

Pareció tomar su silencio como una confirmación de su plan. —Tu familia no se quedará de brazos cruzados y verá cómo te conviertes en el blanco de cotilleos malintencionados. Sabes que recurrirán a mí para arreglar las cosas. Philip y yo hablamos antes de emprender este rescate, y yo acepté un compromiso matrimonial... Nos casaremos, pero no hablaremos más de ello hasta que lleguemos a Inglaterra.

La mente de Portia le decía cosas traviesas. ¿Y si pudiera hacer que Grayson la viera como algo más? ¿Hacerle comprender que la vida que imaginaba con una esposa obediente pero aburrida no era lo que realmente quería? No podía creer que el vibrante mujeriego que era, o que había sido antes de la guerra, se conformara con una vida de mediocre aburrimiento.

Tenía varios días en el barco para seducirlo. No podía ser tan difícil. Tenía fama de donjuán, un adorable bribón que parecía seguir siendo amigo de todas sus amantes. Incluso Rose dijo que, si Portia no hubiera estado enamorada de él, habría estado tentada de buscar una relación con el sexy mujeriego. Los rumores sobre las habilidades de Grayson en la cama eran legendarias, al igual que su debilidad por un pecho voluptuoso y una cara bonita, cualidades que ella poseía.

Tenía hasta llegar a Inglaterra para hacer que él la viera como una mujer que podía aumentar su disfrute de la vida, no arruinarlo. Una mujer vibrante y deseable que le devolviera la alegría de vivir, que hiciera su existencia divertida e interesante. El Grayson de antes de la guerra era un hombre que ella sabía que podría llegar a amarla. La guerra y los horrores que vivió le habían quitado toda la alegría de vivir. Se había vuelto tan aburrido y sensato.

A menos que ella lograra que él admirara su espontaneidad y su pasión por la vida, nunca podrían casarse. Toda una vida soportando un matrimonio vacío era demasiado tiempo. No había luchado contra la muerte a los dieciséis años para terminar sus días como una esposa aburrida y abandonada. No sería una esposa de un hombre, mientras las amantes compartieran su cama.

Necesitaba tiempo para pensar y planear su primer movimiento. Si Rose estuviera aquí, sabría cómo proceder. Rose simplemente agarraría al toro por los cuernos, o por otra parte del cuerpo.

Con una repentina determinación, decidió que no había mejor momento que el presente. Se acercó y se puso de puntillas. Respiró hondo y acercó sus labios, buscando con las manos las solapas de su chaqueta. Tanteó sus labios carnosos hasta acceder a su ardiente boca. La lengua exploró provocativamente.

Oyó su gemido grave y sus manos se extendieron por los duros músculos de su pecho, sintiendo el latido de su corazón mientras registraba, absorbía y exploraba la sensualidad de su boca. Su sabor era adictivo.

Para su decepción, él no devolvió el beso, pero respondió, su gemido había sido audible y ella podía sentir cómo se contenía. Podía sentir la batalla que él libraba para contener sus emociones. Mantuvo la distancia entre sus cuerpos, con los puños apretados a los lados, como si intentara no estrecharla entre sus brazos.

Con el corazón encogido, se dio cuenta de que un beso no bastaría. Con un suspiro, se echó hacia atrás y se obligó a respirar con calma.

—¿Por qué hiciste eso?

Ella enarcó una ceja altiva. —Me habría parecido obvio. Si ni siquiera puedes besarme, difícilmente podrás acostarte conmigo. No puedo hablar por ti, pero si me caso, al menos querría que mi marido quisiera acostarse conmigo.

La miró con el ceño fruncido mientras sus ojos buscaban los suyos. —Aún no estamos casados. Y no temas, me acostaré contigo. —Ante su lenta sonrisa, añadió— Quiero tener hijos. —Y la sonrisa de ella desapareció.

—Oh, tú, tú... —Y ella giró sobre sus talones. Con un contoneo de caderas y la cabeza alta, bajó por el pasillo.

Grayson la vio desaparecer por las empinadas escaleras, dejándole con su sabor en los labios. Se pasó un dedo por ellos, intentando detener el cosquilleo. Había querido rodearla con los brazos y profundizar el beso, pero eso habría conducido al desastre. Si quería casarse con Portia, tenía que mantener el control. Si cedía un ápice, ella se encargaría de que su vida de casados fuera un torbellino emocional. Estaba decidido a mantener la sartén por el mango en esta relación, y ceder ante Portia Flagstaff por mucho que su cuerpo la deseara, no era una opción.

Grayson pasó la tarde con el capitán, repasando la ruta que tomarían. Necesitaba llevarlos de vuelta a Inglaterra lo más rápido posible, a la vez que se mantenían a salvo de nuevos ataques. No tenía ni idea de lo que les esperaba a continuación, y estaba decidido a estar preparado para cualquier eventualidad. Grayson esperaba que la parada prevista en Gibraltar dentro de unos días no fuera un error. Podría ser un buen lugar para atacar el barco.

Grayson sacó su reloj de bolsillo y comprobó la hora. Llegaba tarde a cenar, llevaba demasiado tiempo intentando averiguar sin éxito quién le guardaba tanto rencor como para arruinar muchas vidas. Cuando entró en el camarote del capitán para la comida, se detuvo en seco. La habitación se había transformado. Un elegante mantel adornaba la mesa, coronada por un camino de terciopelo, con candelabros de oro reluciente en cada extremo. Sólo se habían colocado dos asientos, y en uno de ellos estaba Portia, que parecía una diosa.

Sus rizos rojizos se amontonaban en lo alto de su cabeza, y la luz de las velas esparcía reflejos dorados en su pelo, casi como si llevara una corona. Sus ojos brillaban con maldad. La excitación se encendió en su interior. Sus labios esbozaron lo que sólo podía llamarse una sonrisa sensual y, para añadir más brazas a las llamas, se pasó su seductora lengua por el labio superior. Su entrepierna se tensó al instante.

Cuando su mirada se deslizó por su cuerpo, tuvo que contenerse de quedar con la boca abierta al ver los prominentes pechos pálidos y firmes que exhibía. Su vestido escotado de seda pura, de un turquesa fresco y vigorizante que le recordaba el mar que navegaban, apenas le cubría los pezones, y las pequeñas mangas le colgaban de los hombros, dejando su escote desnudo y tan atractivo como la nieve recién caída.

Se quedó de pie, como un imbécil, mirándola y, al mismo tiempo, obligando a su cuerpo a ignorar la visión de pura tentación que tenía ante sí.

—Le expliqué al capitán que, debido a las circunstancias, te sientes obligado a casarte conmigo. Cuando le sugerí que me gustaría tener tiempo para saber si estoy conforme con su honorable solución, el capitán tuvo la amabilidad de intercambiar los camarotes conmigo. —Indicó la puerta detrás de ella—. Y nos ha cedido su camarote para pasar tiempo juntos. En privado. —Le dedicó una sonrisa victoriosa—. ¿No es maravillosamente amable por su parte?

Capítulo Seis

Los días siguientes fueron tortuosos. Grayson era constantemente consciente de la presencia de Portia. Acosaba cada uno de sus movimientos, ideando situaciones ridículas para llamar su atención, encontrándose con él como por casualidad cuando estaba solo, o inventando razones por las que necesitaba verle.

Por supuesto, tenía que pasar al menos algún tiempo con ella. Planeaba casarse con ella, y no sería aconsejable ganarse su disgusto. Sólo haría el matrimonio más volátil, y él no quería eso. Simplemente quería que ella supiera lo que esperaba de ella como esposa.

Tendría que aceptar honrarle y obedecerle. Hizo una mueca, pues dudaba que tuviera más suerte que Philip para obtener su obediencia. Si no mantenía una apariencia de control y le hacía comprender que convertirse en su esposa exigiría que cambiara sus costumbres, pronto vivirían vidas muy separadas.

Odiaba admitir que esperaba con impaciencia sus encuentros casuales pero intencionados, aunque verla fuera un dulce tormento. Podía oler su cautivador aroma después de cada comida, Grayson permanecía en el camarote mucho después de que ella se hubiera marchado, haciendo imposible la concentración. Su humor llegó a ser tan atroz que Seaton amenazó con tirarlo por la borda.

Podía oír el eco de su dulce voz por todo el barco en sus paseos diarios. Una vez por la mañana con Rush, el intendente, y otra por la tarde con Seaton. Las emociones de Grayson estaban totalmente alteradas. Quería darles las gracias a Rush y Seaton por habérsela quitado de encima, pero entonces afloró su lado más oscuro y quiso rebanarles la lengua mientras le informaban con actualizaciones diarias sobre sus actividades. Ella tenía a los dos marineros en la palma de su mano. *La adoraban*.

Pero las noches eran lo peor. Soñaba con la lujuria de tenerla debajo de él, sobre él, delante de él, de todas las formas posibles en que un hombre puede hacer el amor con una mujer, hasta que su miembro le palpitaba de necesidad.

Sentía que se estaba volviendo loco. No podía escapar de ella. Sentía que su resistencia se debilitaba día a día.

Siendo lo más precavido posible, hizo todo lo posible para que

nunca estuvieran sin compañía. Siempre tomaban las comidas con al menos Rush o Seaton presentes, y Grayson mantenía al menos un hombre con él en todo momento. De ninguna manera iba a estar a solas con ella mientras estuviera en este barco. Sabía que no era tan fuerte, y estaba decidido a ganar, todas las batallas y así ganar esta guerra.

Hacía varias semanas que no tenía a una mujer en su cama, y no iba a permitir que Portia obtuviera ese tipo de control sobre él sólo porque el estaba deseoso de poseerla. Necesitaba mucha protección contra sus encantos femeninos.

Hasta ahora había evitado sus trampas no tan sutiles, pero Grayson sabía que la creciente frustración de Portia auguraba problemas. Era tenaz cuando quería algo. Parecía frágil, pero su sirena pelirroja tenía la resistencia de una tigresa y, después de una semana en el mar, estaba definitivamente al acecho.

Así que no le sorprendió que, cuando llegó al camarote para cenar, encontrara la puerta del camarote de Portia abierta de par en par. Los juguetones sonidos del chapoteo le saludaron y, antes de que pudiera detenerse, tuvo una visión muy clara de una seductora sirena de piel de porcelana que ya se encontraba desnuda, tumbada con los ojos cerrados en una bañera humeante en medio del camarote contiguo.

Le llegaron tentadores aromas femeninos que se elevaban con el vapor, junto con su larga cabellera de color rojo cobrizo que caía por el lateral de la bañera.

Ella abrió los ojos color avellana y se lamió los labios. Su cuerpo se endureció al instante. Las llamas del deseo estallaron en sus venas hasta que sintió que su cuerpo era simplemente un calor que le dominaba. Dios, era preciosa. Se le secó la boca y apretó el puño contra la puerta abierta. No entraría.

Con un ronroneo de tigresa, Portia dijo, —Seaton comentó hoy que habías estado tan ocupado que no habías descansado bien las últimas noches. Parecía pensar que no habías dormido muy bien. ¿Es eso cierto, Grayson? —Ella recorrió con ojos seductores su cuerpo cada vez más duro, deteniéndose en su ingle. Apenas la reconoció como Portia. Había llegado la noche del juicio final. Dios mío, ¿Cómo iba a luchar contra tal tentación?

Ella continuó, con sus ojos observándolo. —Rush me ha informado de que has estado haciendo la guardia nocturna en el timón los últimos días. Le sugerí a Rush que te preparara un baño caliente, te sentaría bien después de estar en el aire frío noche tras noche. No podemos permitir que enfermes. —Con un brillo en los ojos y una risita traviesa, añadió— Pero era demasiado tentador tener tanta agua caliente. No pude resistirme.

Resistirse... sí, eso era exactamente lo que debía hacer, se dijo a sí

mismo, incluso cuando sus manos aflojaron el agarre de la puerta y un pie entró en la cabina.

Ella estaba sentada en la bañera, con la parte superior de sus pechos a la vista por encima del agua y el pelo largo revoloteándole alrededor de los hombros. Se le hizo agua la boca. Su otro pie entró en la habitación.

Con una ceja levantada, y en una voz que él apenas reconocía, ella se tranquilizó —Pareces que aun tienes energía después de tu guardia. ¿Quieres acompañarme? ¿Hay sitio para dos?

Mirándola fijamente, no pudo articular palabra.

—¿Qué te pasa, Grayson? —arrulló ella.

Él cerró los ojos y trató de controlar su necesidad, pero la forma en que ella dijo su nombre era embriagadora. Su miembro palpitaba incontrolablemente.

—No eres tímido, ¿verdad?

Abrió los ojos. Incapaz de hablar, se quedó mirándola.

Ella se echó hacia atrás y dejó caer su larga melena sobre el borde de la bañera en ondas de seda. Cogió una toalla y se la pasó por la cara y el pecho. Él seguía el paño con la mirada, como un adicto concentrado en su próxima dosis.

—¿Por qué no cierras la puerta detrás de ti? —Su ronco murmullo lo acarició a través de lo que ahora parecía un espacio claustrofóbico —. No necesitamos público.

Su pie se acercó un paso.

Ella sonrió. Le dejó sin aliento.

—Si tú no vienes a mí, yo debo ir a ti.

Al oír sus palabras, se levantó con elegancia de la bañera y el agua se derramó sobre sus deliciosas curvas. Su corazón latía tan fuerte en su pecho que sabía que ella podía oírlo. Se acercó aún más.

Dios mío, ¿Qué estaba haciendo? Sus propias manos ardían de la necesidad de tocarla, de deslizar las palmas desde su esbelta cintura hasta sus muslos elegantemente curvados, de deslizar las manos por sus rizos castaños, húmedos y brillantes en el vértice de los muslos, y sentir su calor de mujer antes de deslizarse de nuevo hasta sus pechos firmes y suaves, con los pezones tensos y deseosos de que los tocara.

Se le hizo agua la boca, deseando besarla, saborearla, reclamarla.

—¿Necesitas que te ayude? —ronroneó ella—. Ven aquí. —Ella le señalo con el dedo y le pidió que se acercara.

—No te acerques —susurró Grayson.

Pero su cuerpo ignoró la orden. Cuando la bruma de su necesidad se disipó, estaba en el borde de la bañera. Nunca la había visto tan segura de sus acciones, y estaba claro que conocía su poder. Olvidó que era virgen. Oh, ella había coqueteado y bromeado en sus días de juventud, su inocencia burlándose de sus atenciones. Entonces no

tenía ni idea de cómo usar sus artimañas femeninas. Tan inexperta. Ni siquiera sabía lo que realmente quería.

Pero mírala ahora. Era una mujer que sabía el poder que tenía y no tenía miedo de usarlo.

Tragó saliva. Resistirse a ella la noche en que había sido tan estúpido como para besarla en el oscuro pasillo del Baile de los Ciprianos había sido lo más difícil que había hecho nunca. Desde aquella noche, se había dado cuenta de que era imperativo no flaquear nunca ante ella. Sus puntos de vista sobre la vida eran divergentes, su matrimonio sería un campo de batalla.

Él había pensado que una vez que él se fuera a la guerra, ella olvidaría su enamoramiento. Durante años, se había sentido halagado y avergonzado por sus atenciones. Si él fuera libre de ignorar los dictados de su posición, entonces tal vez la miraría de manera diferente. Pero después de todo lo que había pasado, no podía olvidar su deber. Hombres como Robert habían sacrificado sus vidas para que hombres como Grayson pudieran volver a hacer fuerte a Inglaterra.

Ahora ella alimentaba su deseo, desafiándolo a demostrar que no era inmune a sus encantos.

Lo invadió una oleada de soledad y pérdida. Aquí estaba la mujer de sangre caliente con la que se casaría, y sin embargo no estaba en su corazón. No la quieres en tu corazón.

—Grayson.

Su voz lo dejó sin aliento. Tenía tanto poder sobre él. Cuando ella susurró su nombre, él dio un paso adelante hasta que sus rodillas tocaron el borde de la bañera, como atraído por una fuerza irresistible. Se empapó de la belleza que tenía a su alcance. Pura inocencia envuelta en una capa exterior de pecado. El calor de sus ojos le hizo sentir ruborizado y febril. Su intensa mirada hizo que su cuerpo se estremeciera de deseo. Que Dios le ayude.

—¿Qué pasa? —susurró insegura mientras el sonido de las gotas de agua que caían de su cuerpo a la bañera se oía en el silencio, junto con la respiración entrecortada de él.

—Eres tan hermosa —murmurró.

—Grayson —susurró ella, con una sonrisa sensual y su incertidumbre desapareció en un instante. Le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó con fuerza.

Estaba en el paraíso, envuelto en su calor. Lentamente, dejó que sus manos se deslizaran por su espalda, sus palmas se amoldaron a la cálida piel, su suavidad le atrajo.

A través de la chaqueta, podía sentir sus pechos maduros y firmes apretados contra el suyo, y tenía que tocarlos. Volvió a deslizar una mano por su piel suave y húmeda y, con un estremecimiento que lo sacudió hasta la médula, sus dedos se amoldaron a su duro pezón. Lo

hizo rodar suavemente entre sus dedos.

—He soñado con esto durante tanto tiempo. Pensar en nuestro beso en el Baile de los Ciprianos me mantuvo vivo en los campos de batalla. —Su voz era apenas un susurro—. Esto es el paraíso. Nunca había sentido una necesidad tan intensa por ninguna otra mujer.

Entonces su boca cubrió la de ella. La besó con fervor, duro y exigente, y desesperado al mismo tiempo. Grayson dejó que su oscura necesidad de ella lo abrumara mientras su lengua se deslizaba con urgencia en su boca, robándole cualquier oportunidad de recuperar el aliento. No había experimentado nada tan ardiente como el fuego de sus labios.

Después de largos momentos llenos de pasión, se detuvo cuando ella gimió. Cerró los ojos, apoyó la frente en la de ella y luchó por controlarse.

Ella lo acercó a su desnudez. —No quiero que pares —dijo temblorosa—. No es necesario si vamos a casarnos.

Él no pudo responder. Durante varios segundos, la miró fijamente a los ojos. —Aún no estamos casados —dijo. Pero ella se lamió los labios y la visión de su lengua rosada derrumbó cualquier resistencia. Sus manos se acercaron a sus pechos y presionaron sus pezones, que se convirtieron en unas delicias, duros y apretados.

Ella soltó un gemido y echó la cabeza hacia atrás.

Esforzándose por mantener la cordura, cerró los ojos. Pero el olor de su piel caliente y húmeda era demasiado tentador. Perdió la batalla, agachó la cabeza y se llevó el pezón a la boca.

Ella susurró su nombre, besó su cuello inclinado y acarició sus brazos mientras la sujetaban.

Debería dejarlo ya. Se había comprometido a mantener las emociones alejadas de su situación hasta que ella aceptara su ideal de recatada y respetable. Dale a Portia la mano y luego te tomara el codo.

Se quedó muy quieto, con el pezón de ella entre los labios. Entonces ella se estremeció y suplicó —Más, por favor, Grayson.

Él se movió hacia el otro pecho y ella gimió, clavándole los dedos en los brazos mientras arqueaba la espalda para empujar los pechos al encuentro de su boca. Durante largos minutos, sus labios y su lengua se dedicaron a excitarla. Era tentador y embriagador, y su cuerpo se estremecía al sentir los escalofríos de respuesta que arrancaba del cuerpo de ella.

Sus manos recorrieron lánguidamente su espalda, trazando la curva de sus caderas, amasando sus nalgas, atrayéndola con fuerza contra su entrepierna. Su excitación era intensa y palpitaba en los estrechos límites de sus calzones. Estaba agonizando.

Ella era más poderosa que cualquier droga. Si no tenía cuidado, se

volvería adicto y estaría perdido. Lentamente, la palma de su mano se movió por el muslo hasta el vientre, y luego bajó hasta el calor que lo atraía. Sus dedos encontraron los sedosos rizos en la unión de sus muslos y acarició la tierna y vibrante parte de su cuerpo, resbaladiza por su propia necesidad. Aunque estaba completamente vestido, se estremeció.

La acarició lentamente entre sus húmedos pliegues. Luego, su dedo se deslizó lentamente en su interior, haciéndola jadear en voz alta. Su calor líquido le abrasó el alma. Siguió explorando, excitándola, sus dedos se deslizaban dentro de ella, la acariciaban lentamente en búsqueda de su descontrol para luego retirase. —Necesito estar dentro de ti. Estás tan caliente y apretada —murmuró con la voz ronca.

Portia se arqueó contra él y sus pechos desnudos buscaron un contacto más estrecho.

Notó que sus manos se deslizaban por su cuerpo, explorando su espalda, sus costados, sus caderas. Cuando sus manos se introdujeron en su camisa y acariciaron suavemente sus pezones hasta convertirlos en unos duros y deliciosos caramelos, la lujuria se apoderó de su cuerpo.

Tenía el pulso desbocado y podía sentir los latidos del corazón de ella palpitando bajo sus labios, que se dirigían a su garganta. Estaba petrificado como una piedra, seguro de que, con un toque de la mano de ella en su miembro palpitante, explotaría.

Las manos de ella bajaron hasta los calzoncillos de él. —¡Tócame! —le ordenó.

Ella estaba más que dispuesta a obedecer, acarició su vientre apretado y luego curvó la mano sobre el abultado contorno de su virilidad, que se esforzaba por liberarse de los confines de sus pantalones.

Cerró los ojos mientras ella lo acariciaba a través de la ropa, acariciando su majestuosidad palpitante. Estaba tan hinchada que amenazaba con salirse de la cintura del pantalón.

Sus caderas se agitaron contra sus caricias, estimulándola aún más. Ella ya le estaba desabrochando los pantalones. Con un gemido, chupó uno de sus pechos mientras acariciaba su húmeda vagina, introduciendo dos dedos en su húmedo calor.

Ella deslizó las manos por la parte delantera de los calzoncillos. Dios, estaba a punto de explotar.

Arrastró los ojos hasta la belleza de su rostro y se empapó de su visión. Estaba sin aliento, con los labios ligeramente entreabiertos. Sus ojos lo miraban, devorándolo, saboreando cada gota de pasión que emanaba de él. Entonces sus ojos se cerraron en un gemido y su agarre a él se tensó mientras sus dedos continuaban su sensual penetración.

Abrió los ojos cuando él detuvo sus dedos, dejándolos dentro de

ella. Lo miró con ardor; sus ojos oscurecidos reflejaban su deseo.

—Grayson, tómame, hazme tuya. —Era una súplica ronca, llena de deseo.

Al oír aquellas palabras, la realidad le golpeó con la fuerza de un disparo de mosquete. Su cabeza martilleaba de negación. ¡*No! Te está manipulando, te está cautivando tanto que sucumbirás a sus órdenes.*

Sólo una vez antes había dejado que una mujer se le acercara lo suficiente como para engañarle, una mujer por la que habría hecho cualquier cosa. La había conocido en Bélgica cuando se fue a la guerra, y durante dieciocho meses había estado completamente enamorado de ella.

Sin embargo, ella había utilizado su cuerpo, su encanto y su belleza para cegarle antes de su traición. Había pensado seriamente en convertirla en su esposa, a pesar de que no era de su misma condición social, una simple hija de teniente. Se había enamorado de sus abundantes encantos, de sus modales dóciles y respetables. Tanto, que había llegado tarde a una batalla, y eso le había costado la vida a Robert. Llegó a tiempo de ver cómo el enemigo destripaba a Robert como si fuera un pez. Había abrazado a su mejor amigo hasta que murió, y había llorado sentado en un campo de batalla ensangrentado y lleno de cadáveres. Cuando regresó a la ciudad en busca de consuelo en sus brazos, ella estaba allí entreteniendo a su general, desnuda salvo por el collar de rubíes que el general acababa de regalarle.

Él creía que estaban enamorados. Sí, estaba enamorada, pero sólo de su dinero y su título. Se había dejado manipular por ella y había jurado que no volvería a permitirlo. Ahora, la mujer con la que tendría que casarse intentaba hacer exactamente lo mismo, por una razón mucho mejor, sin duda, pero manipulándolo igualmente. Si cedía aquí, ¿Dónde se detendría Portia?

Eso le desgarraba por dentro, pero se apartó de su calor y dejó que sus brazos se separaran de su cuerpo. Le invadió una sensación de pérdida tan dolorosa que estuvo a punto de ceder a su necesidad y enterrarse en su calor.

Intentó abrocharse los pantalones, apartando las manos de ella.

—No. No hasta que estemos casados. Eso es lo que hay que hacer, y tú, mi lady, tienes que aprender que las reglas existen por una razón.

—¿Qué mejor razón para hacer el amor cuando se contempla el matrimonio? Mis deseos también cuentan. ¿Y si no somos compatibles?

Cristo. —Será demasiado tarde para hacer otra cosa que no sea casarnos una vez que lo descubramos.

Ella simplemente se encogió de hombros, sus pechos desnudos rebotando deliciosamente con el movimiento. —Si no somos compatibles, este matrimonio no funcionará. No puedo ser la esposa

de un hombre que tiene una amante, o amantes, como sospecho que será en tu caso. Merezco el derecho a encontrar lo que necesito en esta vida. La oportunidad de encontrar lealtad y amor en otro hombre.

Su erección murió, y una furia rugiente corrió por sus venas. La idea de Portia con otro hombre era algo que no podía comprender ni aprobar. La ironía de su posición no se le escapaba. No quería quererla, pero tampoco quería que ningún otro hombre la tocara. Su amenaza casi le hizo decidirse a tomarla ahora, a reclamarla como suya. —Si hiciéramos el amor, pobre de cualquier hombre que intentara acostarse contigo. Serías mía y sólo mía —casi gruñó.

Ella le dedicó una sonrisa victoriosa. ¡Caramba! Había dicho demasiado.

—Espero que entiendas que, si voy a convertirme en tu esposa, deseo ser algo más que un adorno en tu brazo, o una mujer que dé a luz a tus hijos y mantenga tu hogar. —Se tomo los pechos—. Soy de carne y hueso, con sentimientos y deseos.

Girándose, se dirigió hacia la puerta. Estaba de espaldas a ella, intentando controlar sus emociones y deseos.

—Me deseas. Lo he sentido. —Sus palabras fueron dichas tan suavemente que por un momento pensó que las había imaginado.

—¿Cuándo aprenderás que a veces no es aconsejable conseguir todo lo que quieres? La vida tiene la costumbre de robarte tus sueños.

Luego subió a grandes zancadas por la escalera, con un sentimiento de odio hacia sí mismo que le ahogaba. Salió a cubierta con el pecho agitado en busca de aire fresco. Sabía sin la menor duda que la había herido al darse la vuelta.

Su cuerpo se llenó de dolor, sofocando el dolor de su necesidad física de liberación. Si no conseguía controlar el deseo que sentía por ella, su ideal de un matrimonio estable y respetable se esfumaría en un soplo. No sólo eso, sino que no podía soportar entregar su corazón a otra. Si algo le sucedía a Portia, como una complicación en el parto... No, no podía volver a pasar por una pérdida así.

Le debía a su difunta familia y a Robert ser el hombre que ellos querían que fuera. Amar a la hermana de Robert ponía en peligro lo que él deseaba conseguir.

Había sido mujeriego y salvaje, pero la guerra le había cambiado. Había luchado por su hogar y su país, por una familia que aún no tenía y, por Dios, su familia sería un pilar de respetabilidad. Alcanzaría el potencial que su padre vio en él, aunque eso significara negar su verdadera naturaleza. Muchos hombres sacrificaron más en el campo de batalla. Robert había pagado con su vida. A pesar de ello, con su último aliento, Robert había manifestado su preocupación por los demás, sus hombres y su hermana. No dejaría que su muerte fuera en vano.

Portia Flagstaff amenazaba todo lo que había jurado cuando sostuvo primero a Robert muerto en sus brazos y luego al quemado y moribundo Christian. Honor, respetabilidad y una vida tranquila, sirviendo a Dios y a la patria. Estaba seguro de que por eso se había salvado.

Ira. Ira ardiente.

Portia estaba en la bañera temblando, sintiéndose diez veces más tonta. Estaba helada. Se había resistido a ella. Un mujeriego de renombre, cuyo amor por los deportes de alcoba era legendario, la había rechazado. Peor aún, se convertiría en su marido.

Si alguien le hubiera dicho hace cuatro semanas que acabaría casada con Grayson Devlin, vizconde de Blackwood, se habría creído la mujer más afortunada del mundo. Ahora se preguntaba qué había visto en aquel hombre estirado y prejuicioso.

Respiró hondo y cogió una toalla.

Tenía que sacar conclusiones.

La guerra había cambiado tanto a Grayson como a su hermano. No podía imaginarse lo que habría sido ver a hombres volando en pedazos, rebanados o fusilados. Grayson había sostenido en sus brazos a su hermano moribundo, y luego Lord Markham casi había muerto quemado. Incluso Philip estaba más apagado; sin duda, la guerra le había hecho madurar.

Grayson había regresado a Inglaterra y circulaban rumores sobre su deseo de casarse. Sin embargo, Portia había descartado las habladurías como cotilleos de madres esperanzadas, porque las mujeres mencionadas como posibles candidatas eran mujeres de las que Grayson se aburriría en un mes.

Se miró a sí misma, todavía desnuda en la bañera. ¿Qué pensaría él de ella? Acababa de demostrar su conversación anterior sobre lo egoísta que podía llegar a ser. Exigía lo que quería; al diablo con lo que sintieran los demás.

Sin embargo, el pánico impulsaba sus acciones. No quería que su matrimonio con Grayson fuera un campo de batalla. No era justo para ninguno de los dos, y sabía que vivir con su decepción la agotaría. Sin embargo, ella no cambiaría por él. Tenía que aprender a quererla tal y como era.

Una sola lágrima recorrió su rostro. ¿Cómo hiciste que un hombre se enamorara de ti? Grayson la deseaba, ella lo sabía. Tanto hoy como en el baile de los chipriotas, había dejado de complacerse. Se había mantenido alejado de ella, y ella no tenía ni idea de por qué. No era una persona tan horrible. Portia tenía opiniones fuertes, pero pensaba que era bastante fácil llevarse bien con ella. Intentaba ser amable, generosa y tolerante.

Se frotó enérgicamente el cuerpo. ¿Cómo iba a enfrentarse a él

sabiendo lo que pensaba de ella? ¿Adónde podía ir?

La ira se apoderó de su cuerpo tembloroso, ira por su propio comportamiento, pero sobre todo por el de Grayson. Debería haber sabido que un hombre como Grayson se mantendría firme en sus principios.

No le importaba demostrar su punto de vista, y su punto de vista era que él esperaría que ella se conformara. Pensó en todo lo que había conseguido en sus veinticuatro años y en lo que aún quería hacer. Su negocio de sidra había sido su vida durante los últimos cuatro años. Si Grayson se salía con la suya, su principal función sería la maternidad. Aunque quería tener hijos, también quería mantener su negocio en marcha. Se volvería loca si el único lugar donde podía estar era en la guardería.

Salió de la bañera y se secó las lágrimas. No, nada de autocompasión. Portia juró que intentaría ganarse su respeto y admiración haciéndole ver que, a diferencia de su hermano Robert, él no estaba muerto.

Se comportaría como una dama si eso era lo que él quería, pero nunca renunciaría a su lista de cosas que deseaba experimentar. Esperaba que Grayson aprendiera que «correcto» y «divertido» no eran necesariamente excluyentes.

Capítulo Siete

Los dos últimos días habían sido exasperantes. Las mujeres... Portia Flagstaff era una criatura impredecible, irracional y muy molesta.

Grayson no creía ni por un minuto que el cambio total de comportamiento de Portia fuera sincero. Era evidente que tramaba algo.

Desde su fallida seducción en la bañera, que él repetía en su cabeza todas las noches, tomándose a sí mismo de la mano para aliviar la tensión que su seducción le había inspirado, ella había sido un modelo de recatada respetabilidad. Por alguna razón, esto le irritaba.

Odiaba admitirlo, pero esta versión tranquila y dócil de Portia le hacía echar de menos a la Portia franca y segura de sí misma. Maldita sea, estaba aburrido. Aburrido de estar en este barco y de no tener nada que hacer salvo desear a una mujer que pronto se convertiría en su esposa.

Sospechaba que no estaba bien visto desear indecorosamente a la mujer que aún no era la de uno, pero Portia era una de las mujeres más hermosas que había conocido y, desde que vio las delicias de su cuerpo, la deseaba intensamente.

Sin embargo, antes de acostarse con ella necesitaría una licencia especial. Difícilmente podía esperar que ella cambiara su forma de ser y acatara las reglas de la sociedad si él las ignoraba cuando le convenía.

Se sacudió y dio otra vuelta alrededor de la cubierta. Aquella sensación de inquietud se debía más bien a que mañana entrarían en la bahía de Gibraltar. Sería un lugar privilegiado para que el enemigo los tomara como objetivo.

En ese momento apareció la mujer que siempre tenía en mente. Olió su fragancia fresca antes de oír sus delicados pasos detrás de él.

—Me he dado cuenta de que íbamos despacio. —Ella levantó la mano para protegerse los ojos del resplandor del sol—. ¿Nos acercamos a Gibraltar?

—Sí. Seaton y yo acordamos vigilar sólo por precaución.

Ella asintió. —No está preocupado por el sultán, así que debe pensar que nuestro enemigo podría seguirnos. ¿Ha estado otro barco siguiendo al *Amelea*?

Él se encogió de hombros. —Sinceramente, es difícil saberlo. La bahía de Gibraltar es una importante ruta marítima. —No quería preocuparla, pero sí, un barco parecía virar cada vez que cambiaban de rumbo. Había hecho virar a Seaton varias veces para ver si su corazonada era correcta. El barco sombra incluso cambiaba de rumbo cuando se dirigían al paso oriental de la bahía.

—No creo que sea buena idea que bajes a tierra cuando atraquemos. No tengo suficientes hombres para vigilarte.

Ella se limitó a asentir. —Es una pena. Me siento como si hubiera estado encerrada durante semanas. Sin embargo, no deseo caer en manos de nuestro enemigo una vez más.

Grayson notó que era la segunda vez que decía «nuestro enemigo». —Portia, el enemigo, es mío, y sólo mío. En cuanto volvamos a Inglaterra, no quiero que te involucres más.

—¿No crees que será un poco difícil dado que voy a ser tu esposa?

Ella tenía un punto válido. Sus siguientes palabras serían una prueba de cómo progresaría su matrimonio. —Si te pido que te mantengas al margen de esto, que permanezcas dentro o al menos vigilada, hasta que pueda averiguar la identidad del enemigo, ¿lo harás por mí?

Sólo alguien que conociera bien a Portia habría notado la ligera vacilación y la forma en que se relamía los labios, signos reveladores de que su mente trabajaba frenéticamente. —Te prometo que no te saldrán demasiadas canas.

—No es eso lo que te he pedido. Puedo soportar las canas, pero no puedo soportar que estés en peligro. Por favor, dame tu palabra de que no interferirás. Cuando lleguemos a puerto, enviaré un mensaje a mis compañeros de los eruditos libertinos en el primer barco correo que salga para Inglaterra. Con suerte, sabremos más cuando paremos en Calais. Seaton tiene mercancía que recoger, o habría dicho que no a otra parada. Tendré ayuda de sobra cuando respondan a mi llamada, y por lo tanto no hace falta que te pongas en peligro.

Volvió a asomar el labio inferior, pero ella le sorprendió con un suspiro de aquiescencia. —Haré lo que digas en este asunto. Sin embargo, sí creo que puedo ayudar no me negaré, pero antes acudiré a ti.

La opresión en su pecho se alivió. —Gracias. Te sugiero que te quedes abajo también cuando estemos en puerto. No sé hasta dónde llegará el enemigo para desacreditarme. Tu muerte sería un buen comienzo.

Ella se estremeció ligeramente, pero asintió con la cabeza. —Es una buena manera de empezar un matrimonio, ¿no? Pensé que la vida contigo sería aburrida. Parece que quieres que tu esposa sea aburrida. —Se volvió hacia él—. Sin embargo, sospecho que te aburrirías mucho

con una esposa tímida. —Le sonrió—. Sospecho que incluso echas un poco de menos mi lado espontáneo.

—Puede que eche de menos tus bromas, pero necesito saber que estás a salvo. Eso significa que tienes que obedecerme. Philip y Robert me confiaron tu cuidado. No me hagas romper esa confianza.

—Me parece justo, pero ¿alguna vez consideraste que yo podría ayudar?

Frunció el ceño. —¿En qué sentido?

—Bueno, vi a los hombres que me secuestraron. Podría vigilar el muelle y si veo a alguien que reconozco, podría alertarte.

Su sugerencia tenía sentido. De momento, no veía a su enemigo. —Siempre y cuando lo hagas desde la cubierta, con Seaton a tu lado.

—De acuerdo.

Él afirmó con la cabeza. —Sólo estaremos aquí un día, el tiempo justo para recoger mercancía suficiente para que Seaton rentabilice su viaje y para aprovisionarnos de agua fresca, ya que tu baño parece haber agotado nuestras reservas. Zarparemos con la marea de la tarde.

Portia pasó la mayor parte del día haciendo lo que no le salía de forma natural, esperar y seguir órdenes. Llevaba horas paseándose por su camarote. Finalmente, Seaton llamó a su puerta. —Lord Blackwood ha desembarcado con Rush y algunos de sus hombres. Él vigilará el muelle, pero quiere que camine despreocupadamente por la cubierta y vea si puede espiar alguna cara conocida.

—¿Nos ha estado siguiendo alguien?

Seaton asintió. —Su señoría cree que sí. Sin embargo, no creo que el barco que nos sigue haya sido enviado por el sultán. Estoy seguro de que empezó a seguirnos cerca de Gibraltar.

—¿Lord Blackwood cree que son los mismos hombres que me secuestraron?

—O hombres que trabajan para quien le secuestró. Cuando lleguemos a cubierta, quédate cerca de mí. No quiero que nadie te tenga a tiro.

Rápidamente cogió una gran capota y siguió a Seaton, saliendo por la escalera hacia la cubierta, cerca de la popa del barco. Se detuvo un momento para enderezarse la capota y dejar que sus ojos se adaptaran al sol.

Tras echar un vistazo a las inmediaciones, trató de aparentar que había salido a dar un paseo. Paseó despreocupadamente por la cubierta, acompañada por Seaton. Podía ver claramente el bullicioso muelle y sus ojos encontraron con facilidad la hermosa figura de Grayson.

Una sensación de pánico la había acompañado toda la mañana. No tardarían mucho en llegar a Londres, y aún no había visto a Grayson

suavizar su actitud hacia ella. Ella había hecho todo lo posible por comportarse con decoro y representar el tipo de dama que él creía querer, pero por alguna razón, él se había vuelto más distante.

Era muy frustrante. Ella sabía que él se sentía físicamente atraído por ella, pero conociendo su reputación, él se sentía atraído por muchas de las damas de la sociedad, específicamente por las viudas bonitas. Ella había intentado despertar su deseo, y aunque había logrado una reacción, él había sido muy capaz de resistirse. Tal vez debería apelar a él a un nivel intelectual. No desafiarlo precisamente, sino demostrarle que ella podía serle de ayuda, una ventaja a la hora de construir una vida juntos.

—Quédese cerca. El muelle está lleno de gente.

Se recompuso. Su estrategia para seducir a Grayson podría esperar hasta que estuvieran a salvo en el mar una vez más. El sol era implacable, o tal vez era la tensión que estaba causando un sudor fino para cubrir su piel. El barco chocaba suavemente contra el muelle mientras Portia seguía caminando hacia la proa.

Se acercó al costado, ignorando la advertencia de Seaton de que no se acercara. Apenas podía ver desde tan alto, y permanecer cerca de la pasarela no le permitía ver nada.

Acababa de acercarse a la barandilla cuando vio a un hombre que se movía rápida y furtivamente por el muelle, dirigiéndose con determinación hacia Grayson. Percibió el destello del sol al chocar con el acero y, con un grito, trató de alertar a Grayson del inminente atentado contra su vida.

Su grito surtió efecto cuando Grayson giró sobre sí mismo y atrapó con el puño la mano con el cuchillo del asesino. Contempló impotente la lucha que se desarrollaba abajo, deseando que Grayson sobreviviera. Seaton echó a correr, gritando órdenes a sus hombres, mientras más atacantes se movían apresuradamente entre la multitud hacia Grayson y la pasarela. Para su alivio, vio cómo Grayson asestaba un sólido puñetazo, enviando a su atacante por encima del muelle.

Grayson la miró y gritó algo, agitando las manos hacia la pasarela. Ella apretó los dientes, pues sabía que él quería que bajara. En lugar de eso, sacó una pequeña pistola del bolsillo y la levantó para mostrarle que iba armada.

Sus gestos se volvieron más frenéticos al ver su arma, y ella pudo distinguir las maldiciones que se formaban en sus labios, aunque no pudiera oírlas.

Si alguien debía preocuparse por estar en peligro, eran los hombres de Grayson y Seaton en el muelle, luchando valientemente contra un grupo de hombres que intentaban entrar en el *Amelea*.

Se inclinó sobre la barandilla, apuntando con su pistola, pero sabía que cualquier disparo no alcanzaría al objetivo desde esta altura.

Además, podría darle sin querer a un inocente.

Estaba tan concentrada en el alboroto que casi no oyó los pasos detrás de ella. En el último momento vio unos brazos oscuros que la alcanzaban, se agachó y huyó, corriendo tan rápido como pudo hacia la pasarela que unía el *Amelea* con el muelle. Para su horror, oyó más de un par de pasos que la perseguían.

Mirando hacia abajo, vio que Grayson ya tenía demasiados contra los que luchar. No podía atraer a más de ellos hacia él. Así que de repente se lanzó a la derecha y se dirigió a la popa, alejándolos de la lucha de abajo. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero no había forma de que Grayson pudiera hacer frente a más atacantes.

Su captor se abalanzó sobre ella. Le tiró de la corbata, y le hizo caer y siguió huyendo.

No tardó en doblar una esquina, divisar la pesada cadena del ancla y darse cuenta de que estaba acorralada. Se quedó de pie, respirando agitadamente durante un momento, antes de girarse para enfrentarse por fin a sus perseguidores.

Menos mal que sólo eran dos. Sin embargo, había uno de más. Sólo tenía un tiro en la pistola.

Portia levantó el arma, satisfecha por la firmeza de su mano. —Caballeros, todos sabemos que sólo tengo un disparo, pero ¿a quién voy a matar? ¿Está alguno de ustedes dispuesto a morir sólo para capturarme?

El hombre más grande sonrió, mostrando los dientes que le faltaban. Él también levantó una pistola. —¿Quién dijo que te íbamos a capturar? Tú muerte aún nos hace obtener una gran recompensa.

Tal vez le tembló un poco la mano, pero encañonó la pistola. Con un encogimiento de hombros dijo —Aún tengo tiempo de disparar, aunque me disparen. —Dirigió el cañón hacia el segundo hombre—. Tú, creo.

El segundo hombre se volvió hacia su compañero de fechorías. —No quiero que me disparen. Eso no estaba en el trato. No puedo gastar el dinero si estoy muerto.

—Es una mujer. Probablemente ni siquiera sepa disparar.

Soltó la risita más malvada que pudo reunir, dada su situación. —Tengo cinco hermanos. Se aseguraron de que supiera disparar, y muy bien. —Amartilló la pistola—. ¿Estás dispuesto a arriesgarte?

Uno de sus atacantes retrocedió. Sin embargo, el segundo se mantuvo firme, apuntándola con su arma.

—Dado que tienes que estar muerta antes de llegar a Inglaterra, y que probablemente el barco no vuelva a atracar antes de Deal, ésta es mi única oportunidad de ganar la recompensa.

Portia rezó en silencio mientras veía cómo apretaba el gatillo. Tenía el corazón en la garganta y no se paró a pensar, simplemente

disparó su pistola contra el hombre y luego se lanzó hacia un lado.

Oyó al hombre disparar, pero el dolor que sentía en la caja torácica al caer sobre la gran cadena del ancla le recorría el cuerpo y le impedía saber si había sido alcanzada. Portia miró a través de un hilo de lágrimas inducidas por el dolor y vio cómo su atacante se desplomaba sobre la cubierta. Cerró los ojos brevemente, sólo para sentir que se acercaba el segundo hombre.

Estaba de pie junto a ella, con el rostro oculto por el resplandor del sol. —Debería darte las gracias. Más dinero para mí sin Fred. —Portia le oyó amartillar la pistola que sostenía en la mano. Se dio cuenta de lo extraño que era que no tuviera miedo. Todo lo que sentía era una tristeza abrumadora por su muerte que se acercaba rápidamente. Era irónico, pensó, que estuviera tan cerca de hacer realidad su sueño de estar con Grayson, sólo para ser asesinada por su culpa.

Por su cabeza pasó la idea de que Grayson nunca se lo perdonaría. Se sentiría responsable de su muerte, y esa idea la hizo enfurecerse. Grayson había perdido a demasiadas personas, y ella no sería la siguiente.

Por instinto, Portia gritó una maldición y lanzó su pistola, ahora inservible, contra el hombre con toda la fuerza que pudo, preparándose para el disparo. El sonido de la pistola al disparar pareció tan fuerte como el estampido de un cañón, pero, asombrada, vio cómo su pistola le daba en la mano y el disparo se desviaba.

Grayson no abandonó su puesto vigilando el fondo de la pasarela hasta que el último cuerpo de los atacantes chapoteó en el agua. Su espada goteaba sangre y las pistolas que yacían a sus pies estaban vacías de munición. Habían utilizado todo lo que tenían para rechazar a los atacantes. Sólo habían perdido a un hombre en la escaramuza, y sólo dos tenían heridas de espada.

Seaton y sus hombres se deshicieron rápidamente de todos los cadáveres por el costado del barco, pero no sabían si pronto llegaría otra oleada de atacantes. Mantuvieron con vida a un hombre, el que Grayson había dejado inconsciente, pues Grayson estaba decidido a interrogarle antes de que abandonaran el puerto.

Asegurándose de que Rush se quedaba de guardia en el muelle con algunos hombres, Grayson y Seaton abordaron el *Amelea.*

Cuando llegaron a cubierta, lo primero que observaron fueron unas huellas húmedas que se secaban al sol.

Su corazón se detuvo un momento antes de latir con fuerza. —¿Dónde has dejado a Portia?

La mirada de Seaton barrió la cubierta. —Junto a la barandilla, por allí.

Grayson echó a correr, siguiendo las huellas que se secaban

rápidamente en la cubierta. Había olvidado dejar hombres en cubierta, pensando que nadie podría subir al barco mientras vigilaban el muelle. Sin embargo, su enemigo era astuto. Debían de haber nadado y trepado por la borda.

Un grito rasgó el aire húmedo de la tarde. Corrió hacia la popa, con el estómago apretado. No, no puede estar muerta, no puede...

Rodeó el puente de mando y vio a un hombre muerto en cubierta y a otro inclinado sobre la figura tendida, con las manos alrededor del cuello, estrangulándola. Pudo ver cómo se apagaba la luz de sus ojos.

La ira se apoderó de él. Corrió hacia él, cogió un pasador de acero que unía una amarra del barco y, con el miedo atenazado, golpeó al hombre en un lado de la cabeza, dejándolo inconsciente. Hubiera preferido matar al bastardo, pero lo necesitaban vivo para interrogarlo.

Portia cayó inmediatamente sobre la cadena del ancla enrollada con una mueca de dolor, intentando desesperadamente que le entrara aire en los pulmones. El dolor que grababa su rostro le decía a Grayson que le dolía respirar.

Grayson también intentaba recuperar el aliento. Ver cómo la estrangulaban hasta casi matarla le perseguiría el resto de sus días.

Se agachó junto a ella e intentó ayudarla a incorporarse, pero ella gritó cuando él la sostuvo. —Creo que me he roto un par de costillas —ella jadeó— al esquivar el disparo de la pistola.

Se tragó el miedo. Le habían disparado. Podía haberla perdido. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y se dio cuenta de que mantenerla a distancia no le impedía preocuparse o inquietarse por ella, solamente sabía que la deseaba. —¿Te ha dado la bala? ¿Dónde estás herida?

Ella negó con la cabeza, mientras se frotaba la piel alrededor del cuello mientras susurraba —Le disparé al primer hombre antes de que pudiera dispararme a mí, luego tuve que arrojarle mi pistola a este hombre —Portia mostró al hombre inconsciente a sus pies, y por suerte su disparo salió desviado. Intentó levantarse, pero se sentó de golpe—. Me alegro de que llegaras cuando lo hiciste. No creo que hubiera podido aguantar mucho más, —sollozó.

Maldita sea, no la había protegido. ¿Cómo había permitido Seaton que ocurriera? ¿Cómo lo había permitido? Se suponía que Portia debía estar a salvo en el barco mientras se enfrentaban al enemigo en el muelle.

La cogió en brazos, cuidando su costado, esperando que no notara lo mucho que le temblaban las manos. —No estoy seguro de que tengamos tiempo de llamar a un médico. Quiero zarpar con la marea vespertina antes de que lleguen refuerzos para continuar lo que estos hombres empezaron.

El impulso de huir era fuerte, dado que estaba claro que los

atacantes habían venido a por Portia. Enfrentarse a él y a los hombres del muelle había sido una estratagema para distraer a Grayson y a los demás del verdadero objetivo.

—Estoy bien, sólo un poco adolorida. —Su voz ronca decía lo contrario.

—Seaton, haga ordene que la cocinera prepare una bebida caliente para Portia. —Le agregaría brandy para calmar su dolor.

Llevó a Portia con cuidado a su camarote. —Te ayudaré a desvestirte y a ver qué daño se ha hecho.

Un rubor recorrió su bello rostro, pero no discutió con él, señal inequívoca de que no estaba en su mejor momento.

Grayson la sentó suavemente en el borde de la litera y luego le sirvió una gran copa de brandy. Añadió una generosa gota de whisky. Esperó a que se hubiera bebido la mitad del vaso antes de sugerirle que se desvistiera.

Le desabrochó la parte de atrás de la bata y se la quitó de los hombros con cuidado para que le quedara ceñida a la cintura. La ayudó a levantar los brazos y le quitó la bata por la cabeza. No llevaba corsé debido al calor. Una lástima, porque podría haberle protegido más las costillas.

Se le secó la boca al ver sus pechos turgentes, pero intentó no mirar. Grayson la apartó suavemente de él para poder evaluar los daños sufridos en el costado y las costillas, y se quedó sin aliento. Podía ver claramente las ronchas rojas en su piel pálida donde se había golpeado con la gran cadena del ancla. También tenía moretones.

—Tengo que ver si tienes alguna costilla rota. Intentaré ser delicado, pero te dolerá. Quizá deberías beberte el resto del brandy.

Ella obedeció obedientemente. Él deseó por un momento que ella fuera siempre tan fácil de manejar.

Tratando de separar sus pensamientos lujuriosos de la necesidad de curar sus heridas, Grayson le pasó las manos por la caja torácica. Se lo había hecho varias veces a sus amigos varones después de combates de boxeo demasiado vigorosos, pero la caja torácica de ella le cabía en la mano. Era tan menuda y delicada, como una flor en primavera. ¿Cómo no se le rompieron todas las costillas?

—Bebe más alcohol, cariño. —Iba a tener que tocar cada hueso, y le dolería.

Esperó a que Portia bebiera el resto de la mezcla de brandy y whisky. Cuando ella asintió que estaba lista, él empezó a palpar los huesos. Era tan valiente, aguantando estoicamente sus gritos. Los dientes mordiéndole el labio inferior y las lágrimas brotando de sus ojos eran los únicos signos de su dolor.

Terminó rápido, gracias a Dios, y cuando vio sus lágrimas, todo lo

que quería hacer era presionar tiernos besos en los moretones que estropeaban una piel tan perfecta. —Ya está. Lo has hecho muy bien.

Portia simplemente se desplomo en la cama y tragó aire. Ni siquiera intentó cubrirse. —Siento ser tan llorona. No soy muy buena con el dolor.

Las curvas de su pecho eran claramente visibles, y él trató de evitar lamerse los labios. En su lugar, se levantó para buscar algunas vendas. —La buena noticia es que no creo que ninguna de las costillas esté rota, sólo muy magullada. La mala noticia es que vas a estar muy adolorida durante unos días. Creo que deberíamos vendarte simplemente para mantener tu costado protegido de movimientos y golpes.

Le sirvió más brandy y le entregó la copa. Ella rodó sobre su espalda, sin darse cuenta de que estaba desnuda hasta la cintura. Su cuerpo se encendió de calor y no pudo evitar mirarla. Su cuerpo se endureció aún más cuando sus pezones alcanzaron su punto máximo. Ella simplemente esbozó una pequeña sonrisa, sabiendo el efecto exacto que su cuerpo estaba teniendo en él.

Estaba tumbada en la litera, con el pelo brillante esparcido por la almohada reflejando su hermoso color como si de un atardecer se tratara, el cuello y los hombros, haciendo que su piel pareciera de alabastro a la luz del sol. Parecía un manjar decadente, algo para saborear y adorar. El alcohol le sonrojaba las mejillas y hacía que sus ojos sonrientes fueran más lascivos que de costumbre.

Estaba cayendo completamente bajo su hechizo. Lo único que le impedía arrojarse sobre ella y devorarla hasta llegar a Inglaterra era que estaba magullada y maltrecha.

—No soy tan frágil como parezco. —Las palabras salieron arrastradas de sus labios—. En realidad, me siento bastante bien.

—Es el brandy el que habla. Mañana apenas podrás moverte.

Soltó una risita.

Tratando de mantener su cuerpo bajo control, la ayudó a sentarse. Se concentró totalmente en sus heridas mientras le enrollaba tiras de lino alrededor del pecho para inmovilizarle las costillas. Sus risitas se desvanecieron al apretar la tela. Una vez más, no emitió ningún sonido.

Cuando terminó, por fin levantó la cabeza para mirarla.

—Gracias —susurró.

Grayson cogió la botella de whisky que había junto a la cama y bebió un largo trago. Se limpió la boca con el dorso de la mano antes de volverse hacia ella. Al menos las sábanas le tapaban los pechos y las costillas. Pero seguía pareciendo la encarnación de la misma Afrodita.

—Has sido muy valiente.

Ella sonrió y cogió su copa de brandy. —¿No merezco una recompensa? —Él se lo agradeció y vertió más alcohol en su copa.

—Esa no era la recompensa en la que estaba pensando —dijo ella, con las palabras aun ligeramente arrastradas. Acto seguido, se acercó a él y le cogió la barbilla con su mano. Él sabía lo que iba a hacer, pero no podía impedirlo.

Capítulo Ocho

Un escalofrío sacudió su cuerpo. Si hubiera llegado unos minutos más tarde, ella habría muerto estrangulada porque alguien quería destruirlo. Obviamente, querían impedir que exculpara a Christian de los cargos de violación, pero ¿por qué utilizar a Portia?

Tenía que protegerla, y no podía hacerlo con una erección cada vez que ella estaba cerca.

Sus labios se apretaron firmemente contra los suyos. Sabían a dulzura mezclada con el sabor del brandy. Sus labios se abrieron cuando la lengua de ella se introdujo tentativamente en su boca. Ella mostró su inocencia, unida a su deseo, al tantear su lengua con la de él.

Cuando ella se retiró de su boca, la decepción chamuscó el momento. Rastreó sus labios con un dedo, sintiendo su suavidad aún sobre él.

—Hoy he estado a punto de morir otra vez, y aún soy virgen. Parece que alguien me quiere muerta. —Ella lo miró desafiante, con lágrimas brillando en sus ojos—. No quiero morir virgen. No quiero... —Tragó saliva antes de terminar en un susurro— No quiero morir sin saber lo que es tenerte dentro de mí.

Fue la lágrima que resbaló por una mejilla lo que lo hizo reflexionar. Ya no podía negárselo, ni a sí mismo. Ella tenía razón. Era un largo y peligroso viaje a casa, y le golpeó con la fuerza de una bala de cañón lo cerca que había estado ya de perderla.

Pero protegería su corazón. Si se permitía amarla y la perdía, nunca se recuperaría. La protegería y le daría su nombre, su hogar y su vida, pero nunca su corazón.

Hizo callar a la voz que le advertía que desistiera, pero no era lo bastante fuerte para negárselo a ella. Ni a sí mismo. La deseaba, todo ella, y le asustaba admitirlo, así que recurrió a su condición como excusa.

—Yo también te deseo, cariño, pero no estás en condiciones de que te haga el amor.

Ella se secó las lágrimas. —Podrías hacer que el dolor desapareciera. Quítamelo de la cabeza con placer. He oído que eres bastante bueno haciendo que una mujer olvide todo menos el placer

que puedes darle. Estoy segura de que conoces una forma que no me haría daño.

La necesidad abrumó su sentido moral. Flexionó los dedos y le pasó uno por encima de los pechos, que se levantaban del apretado lino que le ataba las costillas.

Ella se estremeció y él vio que sus pezones se endurecían bajo los amarres de las vendas improvisadas.

—Si hacemos esto, ¿aceptarás ser mi esposa en cuanto lleguemos a casa? —Su cara cambio de semblante—. No voy a hacer el amor contigo sin tu promesa de matrimonio.

Ella parecía tan dulce como un manjar, pero él sabía que estaba luchando contra su interior. No quería aceptar sus condiciones, pero él no le quitaría la virginidad sin su promesa.

—Parece que no tengo elección. —La conocía demasiado bien—. Eso no es una aceptación afirmativa de mis condiciones.

—Entonces, ¿a esto se reduce nuestra relación? ¿Chantaje?

Se rió y pasó un segundo dedo por la parte expuesta de sus pechos. No se oponía a utilizar un poco de persuasión para que ella aceptara. —A diferencia de ti, estoy más que contento de esperar hasta que nos casemos antes de llevarte a mi cama.

Mentiroso, le gritó el cuerpo. Pero nunca dejaría que Portia comprendiera el poder que podía ejercer sobre él.

Ella se recostó en la litera. —Que el diablo te joda, Grayson. Si ése es el precio que tengo que pagar, entonces sí, acepto gustosa ser tu esposa cuando regresemos al castillo de Flagstaff.

Una sonrisa se dibujó en el apuesto rostro de Grayson, y si no estuviera tan borracha, se ofendería al suponer que se rendiría tan fácilmente. Portia ocultó su sonrisa. Pensó que había ganado, pero no era así. Aún tenía que demostrarle que se casaría con ella por amor. Si eso significaba que ella no volvería a pisar el castillo Flagstaff, que así fuera.

Pronto olvidaron su guerra de palabras. Sus sentidos se pusieron alerta, saltando y regocijándose, cuando Grayson empezó a quitarle la bata que llevaba atada a la cintura. Ella observaba todo lo que él hacía; cada roce de su mano contra su piel le producía un calor arremolinado que le hacía olvidar el dolor de las costillas.

Ya no importaba nada más que saciar el ardiente anhelo, que la encendía por dentro. Su necesidad era simple. Necesitaba que Grayson le hiciera el amor. El recuerdo de las manos musculosas exprimiendo el aliento vivo de su cuerpo indefenso necesitaba ser desterrado. Odiaba sentirse impotente, y su atacante le había robado momentáneamente la confianza en su capacidad para cuidar de sí misma. Simplemente quería olvidar todo lo relacionado con la muerte y regocijarse en la vida.

Grayson la hacía sentir viva y segura, como si nada ni nadie pudiera hacerle daño.

Miró cómo le quitaban lenta y seductoramente la bata y la ropa interior. Sus manos se deslizaban sobre su piel como una brisa sensual, las palmas ardiendo, marcándola. Parecía decirle todo lo que no podía decirle con palabras, su tacto suave y adorador. El calor se encendió y bajó hasta acumularse en su vientre, y no era por el brandy.

Portia jadeó cuando sus labios recorrieron el interior de su pierna. Intentó levantar la cabeza de la almohada para mirarle, pero las fuerzas parecían haberla abandonado. Cerró los ojos brevemente y se abandonó a sus expertas caricias.

La barba incipiente de Grayson rozó su piel sensible y ella se estremeció. Sus labios subieron cada vez más, más allá de su rodilla, y ella conocía el destino, porque Rose le había contado todo sobre un hombre que ama a una mujer con la boca. Sin embargo, nada podría haberla preparado para la exquisita sensación. Al primer contacto de su lengua con su lugar más íntimo, el calor y la sensación la hicieron abrir los ojos y soltar un grito ahogado.

Él detuvo su sensual asalto. —¿Te he hecho daño?

Ella tragó saliva y negó con la cabeza. Le miró fijamente a la cara y se emocionó al ver el fuego oscuro de sus ojos.

Con una sonrisa sensual, inclinó la cabeza y empezó a amarla con la boca. Sus manos encontraron su pelo y sus dedos se enredaron en los suaves mechones. Pronto se perdió en su mundo sensual. Sentía cómo el corazón le latía en el pecho a medida que se encendía la pasión. El calor subía bajo su piel, palpitando al compás del insistente latido de su suave lengua que le recorría entre sus muslos, donde Grayson la amaba con tanta pericia.

Por primera vez dejó de lado su autocontrol y se entregó por completo a experimentar el delator fuego codicioso que la inundaba y la hacía anhelar... No estaba segura. Por suerte, su cuerpo parecía saber lo que necesitaba, pero en ese momento no tenía ni idea, excepto de que sería maravilloso.

Pronto, su cuerpo se apoderó de su mente mientras las sensaciones la bombardeaban. Su lengua le hizo cosas perversas y, cuando sus dedos entraron en ella, todos los pensamientos se esfumaron, sustituidos por puro anhelo.

Sus caderas se movieron deliberadamente, sus manos se hundieron aún más en el pelo de él, y ella se acercó y se movió más deprisa. Su cuerpo se tensó, respiró entrecortadamente y sus costillas protestaron.

Los labios de Grayson se cerraron completamente sobre ella y dos dedos se convirtieron en tres, y con una fuerte succión, una explosión de sensaciones la sacudió. Como las arenas de un reloj de arena, guijarros de placer recorrieron cada nervio, bañando sus venas de

sensual gratificación. Por primera vez en su vida, voló libre por encima de la tierra, totalmente cautivada por la gloria de su liberación.

No se dio cuenta de cuánto tiempo flotó en semejante éxtasis. Podría haber sido un minuto, o podrían haber sido diez.

Cuando por fin abrió los ojos, Portia se encontró con la mirada oscura de Grayson, y vaciló mientras algo en su interior se contraía, una reacción primitiva a la simple promesa y la necesidad concomitante que vio en su rostro. Su mirada viajó hambrienta de su rostro a su cuello, deteniéndose momentáneamente en sus pechos, luego sobre su estómago hasta el lugar mágico que acababa de adorar con su lengua entre sus muslos.

El deseo cobró vida una vez más. Sobre todo, cuando Grayson empezó a despojarse rápidamente de las prendas de su poderoso cuerpo. Había visto a muchos hombres sin camiseta; después de todo, tenía cinco hermanos. Sin embargo, se le cortó la respiración cuando sus manos se dirigieron a la solapa de los calzones.

Él levantó la vista y captó su mirada. Ralentizó sus movimientos. —¿Habías visto alguna vez a un hombre completamente desnudo?

—No de cintura para abajo.

Sin una pizca de vergüenza, bajó lentamente los calzones por encima de sus delgadas caderas. Ella no encontraba palabras para describir lo hermosos que parecían los músculos esculpidos de sus caderas o lo poderosamente excitante que resultaba el sitio de su erección desenfrenada, subiendo hacia su ombligo.

Sin poder contenerse, se le hizo el agua la boca, se acercó al borde de la litera y estiró la mano. Su mano envolvió la dura longitud de él, pero le sorprendió la suavidad sedosa con que lo agarraba.

Oyó su respiración entrecortada, lo que la envalentonó. Luego lo acarició, probando la increíble resistencia de su virilidad. Él dejó que lo aprendiera. Acarició sus testículos y se sorprendió de cómo se tensaban al apretarlos suavemente.

Finalmente, apretando los dientes, dijo —Basta. No duraré si sigues jugando.

Ella retiró la mano y, al mirarle a la cara, se le cortó la respiración. Había llegado el momento que había esperado y soñado durante la mayor parte de su vida adulta. Aún parecía un sueño.

—Hay una posición que debería causarte el menor dolor. No es así como quería que fuera tu primera vez juntos, pero con tus costillas dañadas, es la única forma que no te causará demasiado dolor.

—No me duelen las costillas tanto como me dueles tú. —Sus ojos se abrieron de par en par al oír su gemido de respuesta, y él realmente se estremeció ante su declaración.

—Ponte del lado bueno, de cara a la pared.

Ella estaba demasiado excitada para preguntarse durante mucho tiempo a qué se refería. Se le erizó la piel de deseo cuando él se deslizó detrás de ella. Su enorme cuerpo desnudo parecía un muro de piedra fortificado a su espalda.

Una de sus grandes manos pasó por debajo del brazo de ella y le cogió un pecho a través de la venda, sobándole y acariciándole posesivamente. Su pulgar encontró el pezón y, cuando sus dedos lo apretaron, saltaron chispas de calor líquido que se acumularon en su vientre. Arqueó la espalda, ignorando el leve tirón en las costillas, para apretar la carne con más fuerza contra su poderosa mano.

Suspiró decepcionada cuando la mano abandonó su pecho para recorrer su cuerpo, deslizándose por su cadera y deslizándose con determinación entre sus muslos.

Luchó por dejarse llevar por la oleada de sensaciones mientras él acariciaba sus pliegues sensibilizados. Su cuerpo se retorcía, sus nalgas se acurrucaban en la ingle de él, donde se encontraban con la dura masculinidad ansiosa por conocerla.

Podía sentir su respiración acelerada en la nuca, donde le daba pequeños besos. Deseó poder girarse, tomarle la cara entre las manos y aplastar sus labios contra los de él. Pero su lesión la mantenía de lado, a merced de su ritmo. Él controlaba todos sus movimientos y todo lo que ella sentía, y ella aprendió muy pronto que él se movería a su ritmo y sólo a su ritmo.

Sus hábiles dedos pronto la hicieron volar de nuevo. El placer era casi demasiado. Se echó hacia atrás y las uñas de una mano se clavaron en su poderoso muslo, mientras la otra se aferraba a la sábana que tenía delante. Le encantaba sentirse rodeada, atrapada por su cuerpo caliente, duro y masculino. Las nuevas sensaciones de los muslos cubiertos de vello y una dura erección contra su piel...

Las uñas de Portia clavándose en su muslo eran justo lo que necesitaba. No creía que pudiera contener su furioso deseo sin el dolor que ella le provocaba en la pierna. Grayson tuvo que mantener el control, no sólo por su estado virginal, sino por el daño en las costillas y los moretones. Nunca antes le había quitado la virginidad a una mujer, pero sabía que probablemente le dolería si no estaba bien preparada. Si a eso le sumaba la situación de sus costillas, no estaba en una posición ganadora. Todos sus movimientos habituales le causarían dolor. Tendría que ir despacio y con cuidado, algo que en ese momento no deseaba hacer. Quería tomarla, penetrarla y hacerla suya.

Dios, si no conseguía controlar su cuerpo para cuando terminara, ella no querría volver a hacer el amor.

Para controlar su cuerpo, Grayson se concentró en las necesidades de ella. Ella se movía contra su mano y su cuerpo con una necesidad

tan dulce que casi le vuela la cabeza.

Esperó a que las ondas de su segundo orgasmo se desvanecieran antes de retirar los dedos, empujar ligeramente la pierna de ella hacia delante y acomodarse más cerca detrás de ella.

Ella no preguntó nada, él pudo sentir cómo entregaba su cuerpo a sus conocimientos. Grayson se sintió humilde ante tanta confianza.

Se tomó un momento para respirar hondo. Se dio cuenta de que aquel acto cambiaría su vida para siempre. Ella sería suya y sólo suya. Una calma se apoderó de su mente y de repente todo le pareció correcto.

Empujó suavemente. Ella estaba tan apretada que su corazón se aceleró, su respiración se hizo más profunda y un gemido escapó de sus labios. Siguió llenándola y ella empujó hacia atrás como si quisiera ayudarle. Demasiado pronto sintió la barrera. Todos sus músculos se tensaron cuando se detuvo, luchando contra el impulso de avanzar. Sin embargo, era mejor acabar de una vez. Flexionó la columna y empujó, pasando por encima de la evidencia de su inocencia para asentarse completamente dentro de ella.

Deberían darle una medalla por quedarse quieto, pero todos sus sentidos se fijaron en ella y en el pequeño grito que profirió. Deseó poder aplastarla contra sí y besarla para que se le pasara el dolor, pero la herida lo mantuvo quieto, maldiciendo en silencio por haberla herido.

En lugar de eso, la besó en la piel libre de imperfecciones donde su elegante cuello se unía a su hombro. —¿Te duele mucho?

Portia exhaló un suspiro. —No. Se está calmando.

—¿Y tus costillas? —Se estremeció cuando sus músculos internos se apretaron con fuerza a su alrededor, y luchó con su cordura para no moverse hasta que ella estuviera lista.

Sus uñas se clavaron profundamente. —Si crees que vas a parar ahora...

Se rió y respiró aliviado al sentir que ella se relajaba alrededor de su miembro.

Parecía que Portia estaba más impaciente que él, porque dijo —¿Eso es todo? No lo creo, pues Rose no habría musitado tan poéticamente.

En respuesta a su pregunta, él se retiró casi hasta su entrada y volvió a introducirse suavemente, mientras una mano le acariciaba la cadera, se deslizaba entre sus rizos y presionaba su endurecido clítoris.

Su gemido llenó la cabina, acompañado de una flexión de caderas. El sol de la tarde que entraba por el ojo de buey bañaba su piel con un resplandor dorado mientras él se mecía dentro de ella suave pero constantemente. Pronto ella siguió su ritmo a la perfección, demasiado perfecto para el momento. Estaba tan tensa, caliente y húmeda que él

sabía que no duraría mucho. Probablemente se vendría rápido, dado su estado.

Portia comprendió de qué hablaba Rose cuando mencionó la intimidad y el regocijo de hacer el amor con un hombre que te hace volar el corazón.

Se deleitó con la sensación y animó a Grayson a seguir. Sabía que él se estaba conteniendo, temeroso de hacerle daño en las costillas, pero la exquisita lentitud de cada estocada era una tortura.

Su mente no podía creer que estuviera aquí con él. Era mucho mejor, indescriptiblemente... Ahora era una mujer, amada por un hombre que había poseído su corazón durante años. Ahora todo lo que tenía que hacer era ganarse su corazón a cambio.

Dejó que él la guiara, que le enseñara, y aprendió rápido, igualando sus caricias. Aprovechó la oportunidad de aprender sobre el placer y el deseo y, aunque percibió su moderación, sabía que él quería que ella alcanzara de nuevo esa cima inequívoca.

A la frustración por su ritmo se unió su decepción por no poder hacer más para aumentar su placer. Hacer que el hombre al que amaba perdiera el control, aprender lo que le gustaba, devolverle el placer que le proporcionaba sería increíble. El amor era compartir, y ella soñaba con el día en que él no sólo compartiera su cuerpo con ella, sino también su corazón. Ese sería el mayor premio de todos.

Se deleitó con los sonidos entrecortados de sus respiraciones, con la urgencia que se apoderaba de él a medida que sus embestidas se volvían menos suaves y, finalmente, luchaban por alcanzar la cima, cuerpo con cuerpo y corazón con corazón palpitante.

Ella cerró los ojos, esperando a que él la alcanzara. Quería escalar la montaña juntos, volar libre con él. Él gimió, empujando fuerte y profundamente, antes de morder le en el hombro, y una explosión de sensaciones la sacudió. Ella gritó, lo rodeó con los brazos, le agarró las nalgas, lo atrajo hacia sí, deseando que se dejara llevar y volara con ella.

Mientras la penetraba y se quedaba en lo profundo de su ser, Grayson saboreó su liberación. Le dolía la mandíbula de tanto mantener apretado los dientes para poder aguantar un momento más. Cuando sintió las primeras ondulaciones de su envoltura, apretada y poderosa, convulsionarse a su alrededor, cedió y dejó que su orgasmo lo consumiera. La liberación lo invadió, lo atravesó, lo consumió, dejando que su cuerpo tembloroso la siguiera hasta el éxtasis. Nunca había experimentado tanto placer, y eso le asustaba.

Portia nunca había conocido tal dicha. No sabía si era el brandy que había bebido o el hecho de perder la virginidad con el hombre que poseía su corazón, pero una inusual sensación de paz se filtró en su corazón.

Grayson se agitó detrás de ella, su cuerpo fuerte y poderoso seguía abrazándola. Se echó hacia atrás y dejó que ella se diera la vuelta. —Te debe de doler el costado como un demonio —murmuró.

—No tanto como mi corazón —quiso replicar ella.

Se apoyó de lado, sobre un codo, y le sonrió. La sonrisa la golpeó con fuerza. Era una sonrisa de propiedad y satisfacción. Tenía el pelo ligeramente alborotado por donde ella había pasado las manos. Sus rasgos se evaluaron con cautela hasta que sintió que sus labios se curvaban; entonces se relajaron. Era tan guapo que su cuerpo respondió una vez más.

—Ha sido maravilloso. ¿Crees que podríamos repetirlo?

—¿Cómo están tus costillas? Sospecho que cuando se te pase la euforia del momento y el efecto del brandy, te arrepentirás. —Al ver que ella fruncía el ceño, añadió— Tenemos tiempo de sobra para conocer los deseos y necesidades del otro una vez que nos casemos.

Fue entonces cuando Portia se dio cuenta de que el barco se balanceaba. —Hemos salido del puerto. ¿Cuánto falta para llegar a Inglaterra?

—Le dije a Seaton que soltara amarras inmediatamente. Si los vientos son favorables, sólo tardaremos unos días en llegar a Calais. Lo suficiente para que te cures. La próxima vez que hagamos el amor, quiero que puedas participar plenamente. —Sus roncas palabras hicieron que su piel se calentara aún más.

El sol poniente proyectaba sombras sobre la habitación. —¿Hacer el amor siempre da tanto sueño?

Inclinó la cabeza para darle un beso en la nariz. —Eso y el brandy que has bebido.

Parecía sumido en sus pensamientos, su rostro era una máscara de concentración, mientras le pasaba los dedos por el pelo. —¿Te arrepientes? —preguntó ella.

—No. Nuestro matrimonio era inevitable desde el momento en que un enemigo te secuestró usando mi nombre.

Portia ignoró su comentario. Estaba demasiado contenta para llevar la contraria. Debido a su lesión, su participación se había visto reducida, y se preguntó qué pensaría Grayson de su unión. Sin duda era una decepción comparada con sus anteriores amantes. ¿La estaba comparando con ellas? Tal vez por eso estaba tan callado. —Me doy cuenta de que en mi estado puede que no haya sido tan placentero para ti, pero pensé que debías saber que superó mis más salvajes imaginaciones.

Se tumbó a su lado con un suspiro. —Ha sido perfecto. Me siento humilde por tu comentario y honrado por el hecho de que me eligieras para ser tu primer y único amante. Ahora intenta dormir un poco antes de que se te pase el efecto del brandy.

Ése era su problema en pocas palabras, el honor. Tenía cinco hermanos, aunque ahora sólo vivían cuatro, siempre tendría cinco hermanos, ya que Robert estaba permanentemente en su corazón y ellos también se involucraban en pequeñas peleas por el honor. Había visto peleas cuando eran más jóvenes por desaires y por el estúpido orgullo masculino. Al llegar a la edad adulta, tres de sus hermanos participaron en duelos, normalmente por mujeres. Honor parecía ser otra palabra para orgullo herido.

Excepto que el honor para un hombre como Grayson Devlin era una entidad real y tangible. Por eso se había declarado en primer lugar. Demostró su integridad en cada palabra que dijo, en cada acto; de hecho, en cada aspecto de su vida. Tal vez los sacrificios que había hecho por su honor significaban que ella no podía avanzar hacia el altar sin ganarse primero su corazón. No era justo para él. Merecía ser feliz. Tener a alguien a quien amar, tener una mujer que lo amara con la misma pasión.

Ella quería ser la mujer que lo amara el resto de su vida, pero también deseaba que él la amara a su vez. No deseaba ser su «novia de honor».

La idea de ser su esposa la emocionaba y la horrorizaba. Si ella no podía ganarse su corazón, en algún momento lo haría otra mujer. Él era capaz de tal amor y pasión que era inevitable. Entonces ambos estarían atrapados, y ella se hundiría en la miseria.

Intentó apartar el pánico de su mente. Casarse con Grayson sin amor no era algo que pudiera soportar. Sin embargo, no era tan tonta como para no darse cuenta de que ahora que habían intimado, se había arrinconado. Deseó permanecer despierta más tiempo para hablar con él, pero los párpados le pesaban tanto como el calor de la cama. Pronto se quedó dormida, por una vez sin estar segura del rumbo que debía seguir.

Grayson la observó mientras se dormía y el corazón le dio un vuelco en el pecho. Parecía tan delicada y diminuta tumbada a su lado, pero él, más que nadie, sabía que tenía un corazón de acero.

Se puso boca arriba, manteniendo una distancia entre él y sus costillas. Debería irse a su camarote, pero no podía apartarse de ella. Todo en ella le atraía tanto como el sol al amanecer. Había estado luchando contra su atracción desde la noche de su debut. Hasta esa noche, había sido la molesta mocosa que le seguía a él y al resto de sus hermanos a todas partes.

Cuando ella bajó las escaleras del castillo de Flagstaff, él nunca había tenido una visión semejante, y casi cayó de rodillas. Su pelo brillaba a la luz de las velas, amontonado sobre su cabeza con perlas enhebradas, tal y como él había imaginado que sería una sirena. Su vestido era recatado, cubría la mayor parte de su escote, pero él nunca

había visto nada tan sensual en su vida. La suave seda color crema abrazaba cada una de sus esbeltas curvas, y los hilos de perlas que se entrecruzaban en sus pechos no le atraían tanto como sus bonitos labios rosas. Era una visión. Parecía un ángel recatado e inocente.

En ese momento la había considerado la futura Lady Blackwood.

Sin embargo, en los meses siguientes se dio cuenta de que las apariencias engañaban. Sí, su aspecto le hacía arder, pero su personalidad le desafiaba constantemente. Era franca, lo corregía a él y a cualquier otro hombre que considerara equivocado. Entonces empezó su negocio de sidra. Portia no se limitó a financiarlo y contratar a un gerente. Se arremangó y lo hizo todo, desde el sabor de la sidra hasta los acuerdos de distribución. Regateó con taberneros, propietarios de tiendas e incluso con la Marina Real. La sociedad estaba horrorizada.

Y lo que era peor, cuando estaban juntos, se molestaban mutuamente. Las opiniones de ella eran demasiado modernas, tan diferentes de las de su madre, y quedó claro que su idea del matrimonio estaba tan alejada de la de él que nunca funcionaría entre ellos. Ella pensaba que el matrimonio era una asociación, mientras que él sabía que el matrimonio necesitaba un líder fuerte, él. Sus padres le habían enseñado cómo se formaba un matrimonio pacífico, respetuoso y viable, y eso se debía a la mano firme de su padre.

Eso no significaba que no hubiera sido inmune a los abundantes encantos de Portia. Lo que lo había mantenido alejado de ella era que no era el único varón que encontraba esos encantos tan atractivos. ¿Por qué, si él no la deseaba, se enfadaba tanto cuando otros hombres sí lo hacían? No soportaba ver cómo los hombres hacían el ridículo intentando ganarse su afecto. No entendían que Portia podía ver a través de sus falsas declaraciones. Ella era mucho más inteligente que la mayoría de los aduladores. No se la ganarían con poesía y flores sin sentido.

Cerró los ojos y apretó los dientes. No. Lady Portia quería algo que él no podía darle. Ella quería el corazón de un hombre, amor y fidelidad. Quería al menos una rienda que le permitiera controlar su propia vida. La vida con ella no sería ni pacífica ni armoniosa.

Desafortunadamente, a pesar de su inteligencia, había puesto sus ojos en el hombre equivocado. Él sería el gobernante en su propia casa. Tenía demasiado en juego como para dejar que una mujer sin control compartiera su hogar y diera a luz a sus hijos.

Sin embargo, aquí estaba, a punto de casarse exactamente con lo que no quería. ¿Por qué entonces su cuerpo se agitó al saber que ahora ella era suya?

Grayson esperó a que ella se durmiera y salió de la cama. Su semblante se ensombreció mientras se dirigía a la bodega de carga,

donde se reuniría con Seaton para ver qué había aprendido de los dos hombres que habían capturado.

Puede que no estuviera contento con la situación en la que se encontraba, pero no era culpa de Portia, y no iba a permitir que ningún hombre le hiciera daño.

Es mía.

Seaton y uno de sus hombres seguían trabajando con el hombre que había estrangulado a Portia. Tenía un ojo hinchado y le sangraba la nariz. Cuando Grayson recordó las marcas alrededor del cuello de Portia y su cuerpo magullado y maltrecho, deseó haber asestado algunos puñetazos al hombre en persona.

Seaton se apartó de la pared contra la que estaba apoyado. —El primer canalla que liberamos. No sabía nada. Era simplemente un matón contratado en Gibraltar. Pero éste —inclinó la cabeza— sabe mucho más de lo que dice.

Grayson se irguió y se arremangó la camisa, ya que no se había vestido del todo al salir del camarote de Portia. Con una voz que haría pensárselo dos veces al diablo, declaró —Entonces es evidente que necesita más persuasión.

Grayson se acercó al hombre como si quisiera separarle la cabeza del cuerpo. —Fue a mi prometida a quien pusiste tus sucias manos encima. ¿Qué le harías a un hombre que tocó a tu mujer?

Su cautivo cometió un error fatal. —No es tu mujer. Sólo la hemos utilizado para tenderte una trampa, jefe. —Sonrió.

Grayson tenía claro que quienquiera que le guardara rencor había estado observándole y vigilando sus negocios y asuntos durante bastante tiempo. Si ése era el caso, ¿por qué pensaban que tenía ideas románticas hacia Portia? ¿Por qué la había secuestrado?

El puño de Grayson se estampó contra la cara del hombre. —Ahora es mi prometida por culpa de tu intromisión.

El hombre se tomó un momento para recomponerse antes de replicar. —¿Por eso estás tan enfadado? No sé por qué. A mí me parecía una hembra estupenda.

Ese comentario hizo que el segundo puñetazo de Grayson fuera mucho más fácil. Esta vez, el hombre tardó unos minutos en recobrar el sentido para hablar.

Grayson se paró sobre él, un hervidero de temperamento. —¿Quién es «nosotros»?

El rostro del hombre palideció al darse cuenta de su desliz.

Grayson dio un paso atrás y empezó a bajarse las mangas de la camisa. —Seaton, es obvio que no va a hablar, así que será mejor que se lo demos de comer a los tiburones. —El capitán del barco hizo ademán de agarrar al hombre y arrastrarlo a cubierta.

El hombre gritó —¡No!

Seaton miró a Grayson. —¿Mi Lord?

—Estoy dispuesto a llevarlo sano y salvo de vuelta a suelo inglés si me dice lo que deseo saber.

—¿No me tirarán por la borda?

—No. Te doy mi palabra.

El hombre cedió casi de inmediato. —Todo lo que sé es que el caballero que nos contrató no quiere que la dama llegue viva a Inglaterra.

—¿Sabes por qué?

—Sólo me dijeron lo que necesitaba saber. Mata a la chica antes de que llegue a Inglaterra y, si es posible, haz que parezca que lo haya hecho Lord Blackwood.

Las palabras del hombre formaron un círculo de pavor helado alrededor del corazón de Grayson. Apuntaban a Portia a la muerte.

—¿Volverán a atacar?

—No estoy seguro.

—Esos tiburones hambrientos están dando vueltas. Yo me lo pensaría mejor —sugirió Grayson.

Su prisionero permaneció hosco unos instantes antes de decir —Hemos oído que el capitán de aquí —señaló con la cabeza en dirección a Seaton— está recogiendo mercancía en Calais. —No necesitó añadir que Calais era el lugar donde organizarían otro ataque.

—Los detalles ayudarían.

La cara de su prisionero se puso verde. —No sé nada. Es más seguro así. —Ante el silencio de Grayson, suplicó— Por favor, créanme —el sudor le brotó de la frente—. No sé nada.

Grayson se volvió hacia Seaton. —¿Hay alguna habitación en la que podamos tenerlo encerrado?

—Hay una pequeña habitación en la que guardo el brandy. Por si a los marineros se les ocurre algo. Está vacía hasta Calais.

Grayson dejó que Seaton se ocupara del prisionero y volvió al camarote.

Era bien pasada la medianoche y debería estar cansado, pero cuando se asomó al camarote de Portia, sus pies no pudieron apartarse y sus ojos bebieron el sitio como un hambriento recibido por un festín. La luna llena que brillaba a través de la gran ventana del fondo bañaba el camarote con un resplandor plateado. Parecía acariciar a Portia, que yacía sobre su costado ileso, de cara a la pared. No podía verle la cara. La sábana le llegaba hasta la cintura y sus ojos recorrieron sus delgados hombros y su espalda desnuda hasta la cintura, la curvatura de su cadera y el comienzo de sus nalgas.

Era tan hermosa. Su piel tenía un brillo etéreo y, aunque su

aspecto era delicado, él podía ver la fuerza en los músculos nervudos que sujetaban sus huesos.

Sería su vizcondesa. El orgullo se levantó para abrazarlo. No se parecía a ninguna otra mujer que él conociera: inteligente, leal, amable y generosa. Todo lo que deseaba en una esposa. Sin embargo, también era testaruda y obstinada, y nunca le importaron las reglas.

Para un vizconde que quería marcar la diferencia, para conseguir que sus iguales cambiaran sus creencias de siempre sobre cuestiones que debían abordarse, su nombre debía tener prestigio social. Si su esposa era conflictiva o, peor aún, poco convencional, ¿cómo sería percibido? Se convertiría en el hazmerreír si no podía controlar a su mujer.

Pero maldita sea, era hermosa. Lástima que no se guardara sus opiniones para sí misma. Desde luego, nunca sería aburrida.

Él había pensado que su salvajismo era algo malo, pero era estimulante. Tal vez debería darle el beneficio de la duda. Después de todo, en el fondo era una buena mujer.

Como la luz de la luna que inundaba la habitación, las emociones inundaron su corazón. Emociones encontradas. Emociones confusas. Intentó contener la creciente marea de calidez y anhelo, pero el flujo era demasiado fuerte.

Tenía que pensar detenidamente en lo que a ella se refería. Su idea de probar lo que podría haber entre ellos le llevaría a pisar una línea muy fina. Tenía que apartar sus emociones de la situación y pensar con lógica. Por lo tanto, no volvería a compartir su cama hasta que se casaran, por mucho que lo deseara. Si volvían a hacer el amor, ella podría descubrir lo susceptible que era a sus encantos. Eso debilitaría su posición.

Cobarde. No es tu posición social lo que te hace huir, es el miedo. Pensó en sus padres, en su inocente hermana pequeña y en Robert, y la pena se apoderó de cada trozo de aire de sus pulmones. Sentía como si alguien le hubiera atravesado el corazón con una flecha, dejándole una herida abierta y en carne viva, una herida que sabía que nunca podría reparar. El dolor salvaje de la pérdida era un precio demasiado alto que pagar por amor.

Se pasó los dedos por el pelo y trató de encontrarle sentido a todo lo ocurrido desde que Christian había sido acusado de violación. ¿Había algo más grande de lo que había imaginado? Inculparlo del asesinato de Portia era una forma extrema de detener su investigación sobre la inocencia de Christian.

Una cosa que sabía era que no dejaría que nadie volviera a acercarse a Portia. Grayson se estremecía al pensar siquiera en la posibilidad de su muerte.

Capítulo Nueve

En los últimos días, Portia había perdido la cuenta de las veces que había maldecido a su agresor. Grayson declaró que no volvería a su cama hasta que pudiera tocar su costado magullado sin que ella se estremeciera. Por muy estoica que intentara mostrarse, sus dedos palpadores delataban el dolor de la herida.

Entonces, justo cuando ella respiraba mejor y podía mover el brazo sin que la sensación de diez mil puñales se clavasen en su costado, Grayson advirtió que estaban casi llegando a Inglaterra, debían esperar a reanudar sus intimidades una vez casados.

¿Cómo podía no quererla en su cama? Ella sólo tenía que echar un vistazo a sus apuestos rasgos, sus anchos hombros, sus firmes nalgas y sus poderosos muslos, y lo único en lo que podía pensar era en tenerlo desnudo y encima de ella. ¡Malditas costillas!

—No entiendo por qué llevas el ceño fruncido en una mañana tan soleada, sobre todo porque llegaremos a Calais al anochecer y a Inglaterra mañana por la noche. —Inclinó la cabeza hacia atrás para mirarla—. ¿Son tus costillas?

—No, no son mis malditas costillas, que están perfectamente bien, por cierto. Es el testarudo que tengo delante, si quieres saberlo. —Le dio la espalda a su sonrisa cómplice y se agarró a la barandilla—. Hemos desperdiciado la oportunidad de varios días de intimidad, que no tendremos una vez que lleguemos a Inglaterra. —Ella agachó la cabeza y luchó por contener las lágrimas—. No es un buen comienzo para un matrimonio si ni siquiera me deseas.

Dos grandes manos se posaron sobre sus hombros y él la atrajo hacia sí para que se apoyara en su pecho. —¿Crees que no te deseo? —Empujó sus caderas hacia delante y ella sintió su erección—. Sólo tengo que oírte, olerte o verte y se me pone dura al instante. Seaton no entiende por qué estoy de tan mal humor.

Ella se giró en sus brazos, su cara buscándole. —Entonces, ¿por qué? ¿Por qué me has dejado pensando en lo peor?

Él miró al mar por encima de su cabeza, permaneciendo en silencio durante algún tiempo. Por fin dijo —No es que no te quiera, pero nuestra relación y nuestra situación ya son bastante complicadas como para meter el sexo en nuestras vidas tan pronto. Quería tiempo para

que aprendiéramos a hacer que este matrimonio funcionara para los dos.

Ella sabía cómo hacerlo. Él sólo tenía que abrirle su corazón. Levantó la mano y le acarició los sensuales labios con el dedo. —Juré que sólo me casaría por amor. Quiero lo que compartieron mis padres.

Él asintió. —Puedo entenderlo. Tus padres se amaban profundamente, pero sabes que eran una excepción en nuestro mundo. Los matrimonios en la alta sociedad se producen por muchas razones, casi nunca por amor. —Suspiró en la brisa—. Tu amiga Rose es un ejemplo clásico de matrimonio de la alta sociedad. ¿No la casó su familia con un hombre que le triplicaba la edad por dinero y títulos?

Le miró directamente a los ojos. —Pasaste gran parte de tu infancia en casa de mi familia. No puedo creer que no quieras lo que mi madre y mi padre compartieron. Era una verdadera sociedad basada en el amor, la confianza y el respeto.

—Puede que en algún momento quisiera eso, pero pronto comprendí que el tipo de matrimonio de tus padres no era para mí.

Ella se apartó de sus brazos. La brisa fresca del océano no era la única razón por la que su cuerpo se enfriaba. —No te entiendo. Sé que la guerra y perder a Robert te cambió, como habría cambiado a cualquiera. Pero no puedes dejar de vivir la vida. Si lo haces, ¿para qué ha servido toda la pérdida y el sufrimiento?

—Me hago esa pregunta con frecuencia. ¿Para qué ha servido tanto derramamiento de sangre y tanta pérdida? Me hizo recordar a mi padre y cómo llevó su vida. —Se tomaba en serio su papel de cabeza de familia. Sabía que era responsable de nuestra familia, de nuestros inquilinos y, a través de la Cámara de los Lores, de nuestro país.

Sintió un nudo en el estómago. Portia pensó que Grayson estaba comparando a su padre con el suyo. Recordaba al difunto Lord Blackwood como un hombre distinguido y formal. Podía ser muy amable, si es que se fijaba en ti. Su padre había sido un hombre cariñoso y feliz que no vivía por su título o su deber, sino por su familia. —Eso es encomiable, pero no estoy segura de que una vida de deber excluya una vida llena de amor. —Ella sabía que él ocultaba algo, y tenía una buena idea de lo que era, temía al amor. Había perdido a tanta gente en su vida—. No me casaré con un hombre que no me ame.

Él retrocedió un paso, casi empujándola de sus brazos, con la mandíbula sobresaliendo. —Me diste tu palabra.

Ella asintió. —Y no la romperé. Acepté casarme contigo cuando volviéramos al castillo de Flagstaff. Simplemente no volveré a poner un pie en el castillo Flagstaff hasta que renuncies a esta absurda noción del honor o te enamores de mí.

Ella sabía lo que ocurriría a continuación. Como ella predijo, las

manos de él se alzaron hasta las caderas y su ojo izquierdo desarrolló ese tic delator. —Maldita seas, Portia. Sabías lo que hacías cuando me llevaste a tu cama. ¿Y si estás embarazada?

Se llevó la mano al vientre. ¿Qué tan maravilloso sería gestar un hijo suyo?

—No permitiré que ningún hijo mío nazca fuera del matrimonio —sentenció él. En cualquier momento, esperaba ver salir vapor de las orejas de Grayson.

Una sonrisa de ensueño se dibujó en su rostro; no pudo ocultarla. —Por supuesto, aceptaré convertirme en tu esposa si estoy encinta. Sin embargo, no me veré obligada a contraer matrimonio por una convención anticuada como el honor.

Se dirigió hacia ella, una masa enfurecida de masculinidad. Portia no tardó en verse presionada contra la barandilla. —El honor es como yo vivo mi vida, como tu hermano vivió la suya, y por lo que murió. No permitiré que una mujer como tú se burle de aquello por lo que yo y muchos hombres luchamos y morimos.

Ella bajó la cabeza avergonzada. Él tenía razón. —Lo siento. Fue una falta de conciencia. —Finalmente, levantó la vista, con la esperanza de defender su caso—. Pero míralo desde mi punto de vista. No he aceptado innumerables propuestas. Las he rechazado todas porque quiero casarme por amor. Y ahora, sin culpa alguna por mi parte, esperas que renuncie a ese sueño.

Las manos bajaron de sus caderas, y Grayson tuvo la gracia de perdonar sus irreflexivas palabras sobre el honor. —Tienes un poco de culpa. Nunca deberías haber ido a verme esa noche.

—Estamos volviendo sobre viejos temas. ¿Qué quieres en una esposa que yo no pueda darte?

Le ofreció el brazo y pasearon por la cubierta mientras hablaban. Ella se estremeció con la ligera brisa cuando sus dedos tocaron los músculos que se flexionaban en el brazo de él. Él habló en voz baja, como para suavizar el golpe de sus palabras. —El apellido Blackwood es todo lo que me queda de mi familia. No permitiré que nada ni nadie vilipendie lo que quiero que el nombre represente. Quiero continuar con el trabajo de Robert. Él entendía sobre el deber y el privilegio.

—Debió aprenderlo de ti. Creo que mi padre nunca pisó la Cámara de los Lords.

Esbozó una sonrisa de dolor. —Le vi cambiar casi de la noche a la mañana. En cuanto Robert se alistó y vio las condiciones que soportaban sus hombres, supo que había encontrado una causa muy querida para él. Quería que sus hombres y sus familias estuvieran bien cuando acabara la guerra. Muchos perdieron brazos, piernas, ojos... —La abrazó—. Murió intentando salvar a uno de sus hombres. La guerra

es un buen campo de entrenamiento para aprender sobre el verdadero sacrificio y el deber. Creo que mi padre era la personificación del deber.

—Tu hacienda es próspera. Tu padre al menos eligió bien a su administrador de fincas.

—No, tengo que agradecer a tu padre que se asegurara de que yo tuviera un patrimonio y dinero para heredar. Al menos sabía contar el dinero.

—Mi padre te quería. Tu padre era su mejor amigo. —Portia suspiró—. Deber o no, sé que podríamos tener una vida feliz juntos. Te desafiaré, es cierto, pero no soy tan egoísta como para hacer algo que deshonraría tu nombre. Siempre te apoyaré a ti y a tus sueños. ¿No podrías apoyar los míos?

Sus palabras le tocaron la fibra sensible, pues su boca se relajó y enarcó una ceja. —Dices que debería interesarme por tus sueños. Pensaba que la mayoría de las mujeres sueñan con un hogar estable, seguridad económica e hijos. ¿Qué sueñas tú? Creía que a estas alturas te conformarías con casarte y ser madre, ya que has conseguido más que la mayoría.

—La mayoría de los hombres nunca tienen en cuenta nuestras necesidades, deseos o sueños. Puede que sólo seamos mujeres, pero respiramos, sangramos, nos duele y deseamos, igual que los hombres. ¿Qué tiene de malo que quiera conseguir algo por mí misma? ¿Estarías feliz de ser definido por los logros de tu esposa? ¿Podrías ser mantenido por otra persona, tener que pedirle dinero a tu marido o a tu hermano o a tu padre, y luego descubrir que has sido trocado como buen semental? —Le apretó el brazo—. ¿Es eso lo que habrías querido para Lucinda?

—Hubiera querido que fuera feliz. Habría hecho cualquier cosa para protegerla.

—Sé que lo habrías hecho. —Ella se acercó y besó sus labios ligeramente—. Sin embargo, estoy orgullosa de no tener que depender de ningún hombre, o mujer, para ganarme la vida. Gano lo suficiente con mi negocio para no tener que ser nunca una carga. Me ha dado opciones que la mayoría de las mujeres nunca tienen, y me debo a mí misma y a otras mujeres aprovechar al máximo mis oportunidades.

—Robert estaba muy orgulloso de ti, pero tenía un conflicto. Quería verte casada y asentada. Pensaba que te cansarías de tu independencia. —Soltó una carcajada irónica—. Incluso me sugirió que me casara contigo, pero conociéndonos bien a los dos, vio que no funcionaría.

Portia sintió que la cubierta cedía bajo sus pies. ¿Robert había hablado de ella con Grayson? ¿Su propio hermano no la consideraba lo bastante buena para su amigo? Se apartó antes de que él viera su

dolor. —Entonces debe estar revolviéndose en su tumba ahora mismo, horrorizado de que su amigo deba casarse con su caprichosa hermana.

—Tal vez. Sin embargo, estaría encantado de verte a salvo.

No podía creerlo. Robert la había regañado al principio cuando se enteró de que había montado su negocio de sidra, pero al final la había ayudado a evitar más escándalos convirtiéndose en el jefe nominal del negocio. Pensó que se había sentido orgulloso de ella, pero tal vez se limitaba a refrenar sus planes más extravagantes.

—Robert no me habría obligado a casarme contigo. Querría que fuera feliz.

En el silencio, el viento pareció amainar. Ella juró que las velas habían dejado de agitarse. Él se acercó y le acarició la cara. —Puedo hacerte feliz —dijo, y luego la besó.

Fue un beso que la hizo caer en el sueño más dulce. Sus cálidos labios la llenaron de anhelo. La besó como si fuera la última mujer en la tierra y la necesitara. Ella pudo saborear su deseo y tal vez también un toque de desesperación, como si intentara asegurarse de que cumplía su oferta de matrimonio.

Por un momento se resistió a la seducción de su boca, intentando demostrar que no aceptaría fácilmente. Sospechaba que cualquier otra mujer se habría desmayado, tal era el poder de su beso. Su lengua acariciaba su boca como si fuera el postre más dulce, mientras que sus labios eran suaves y dominantes al mismo tiempo.

Su cuerpo se derritió desde el interior, cedió a la tentación y dejó que sus brazos se alzaran para rodearle el cuello. Frotó sus pechos doloridos contra su chaqueta. Sospechaba que, si hubiera podido subirse las faldas, sus piernas habrían rodeado su cintura.

Cuando por fin levantó la cabeza, ella habría accedido a todo lo que él quisiera. Que la besara así el resto de su vida valdría la pena.

—No somos compatibles en todo, pero en mi cama, sospecho que seremos muy compatibles. Por lo demás, sé que nunca te propondrías deshonrarme a mí o a mi nombre, pero para una mujer que se arriesga tanto como tú, es inevitable que ocurra. —Tiró de ella bruscamente contra él. Sus manos se posaron en el pecho musculoso de él. El calor inundó su cuerpo y quiso que la besara de nuevo. Pero él se limitó a abrazarla con fuerza—. Pase lo que pase, pienso mantenerte a salvo.

—No lo dudo. Querrás encerrarme como a un pájaro en una jaula, algo precioso que mirar y mostrar a las visitas, y luego esperar que me ponga alegre.

—Difícilmente llamaría jaula a mi casa. Entrarás y saldrás cuando te plazca. No soy un ogro.

—Pero esperarás que te obedezca.

Se pasó la mano por el pelo. —Por supuesto, discutiré contigo los asuntos importantes...

—Pero tú decidirás en última instancia independientemente de mis deseos.

—Si no podemos ponernos de acuerdo sobre un tema, por supuesto que yo determinaré nuestro curso de acción.

Mordisqueó una respuesta cortante y trató de mantener la calma. —Supongo que no nos pondremos de acuerdo sobre lo que pasará cuando lleguemos a Calais. Por lo tanto, ¡me alegro mucho de que aún no nos hayamos casado!

Las manos de Grayson se alzaron hasta las caderas. —Cuando lleguemos a Calais, no debes salir de tu camarote. Quiero que permanezcas escondida.

—Di por favor, aunque sea —le incitó ella.

En lugar de eso, la acercó y la envolvió en sus brazos. —Quiero que estés a salvo. No puedo luchar contra este enemigo desconocido si también tengo que preocuparme por ti.

—Aprendiste algo del hombre que capturamos. ¿Van a atacar de nuevo en Calais?

Permaneció en silencio.

—¿Qué aprendiste? Puedes compartirlo o iré directamente al prisionero. —Oyó que el corazón de Grayson se aceleraba, y sus brazos se apretaron hasta que sus costillas recién curadas protestaron.

—Alguien intentó matarte.

Portia se calmó. —Mi atacante me indicó que así era. ¿Has averiguado quién está detrás de los ataques? —Cuando él negó con la cabeza, ella añadió— Mis costillas y mi garganta ya han demostrado que van en serio. ¿Qué has averiguado?

Ella podía sentir cómo se tensaban todos los músculos de su cuerpo. —Lo volverán a intentar en Calais —dijo por fin.

—Entonces deberíamos tenderles una trampa. Quiero acabar con esto, y tú también.

—No voy a ponerte en peligro.

—No lo estás pensando bien. Si trabajamos juntos, podemos llevar la lucha al enemigo. Necesitamos un plan que me proteja bien y que te permita a ti y a los hombres capturar a nuestro enemigo.

Dio un paso atrás y dijo con voz enfática —No. Es demasiado peligroso. Si...

—Ella tiene razón, Grayson. No puede seguir huyendo. Tiene que pararse y luchar en algún momento.

Se giró para mirar a Seaton, la ira marcando su bello rostro. —Nos pararemos cuando lleguemos a Inglaterra.

—¿Cómo llevarla a salvo a casa? Una vez que lleguemos a Inglaterra, viajar por tierra le deja al descubierto. No es como este barco. Pueden acercarse sigilosamente...

—No. —Grayson se dio la vuelta y se dirigió furioso hacia la proa

del barco.

Portia se movió para seguirlo. Quería detener al enemigo, y cuanto antes mejor, por lo que a ella respectaba.

—Déjelo —dijo el capitán—. Deje que se calme y luego podremos hablar con él con lógica. Supongo que tiene una idea.

La fe de Seaton en su capacidad para idear un plan la calentó. Al menos había un hombre que no la veía como una mujer indefensa que sólo podía contribuir a la crianza de los hijos. —De hecho, sí.

Sonrió. —¿Por qué no desayunamos y me lo cuenta todo? Luego podemos pensar cómo hacer que Grayson acepte.

Grayson finalmente controló su temperamento y fue en busca de Portia y Seaton. Se dio una patada por haberla dejado con el capitán; sin duda le harían frente con una idea que pondría a Portia en peligro.

En cuanto entró en el camarote, supo que estaba en lo cierto. Portia estaba sentada sonriendo tan dulcemente como una leona que se ha tragado la presa, peligrosa y tentadora.

Antes de que pudieran hablar, extendió la mano y dijo —Ni una palabra.

Seaton se levantó y maldijo. —Escuche lo que tiene que decir antes de decidir. Se lo debe. Es su vida la que está amenazada. —Se volvió y sonrió a Portia—. Además, es una mujer inteligente. Un hombre sería estúpido si no se aprovechara de eso. —Con eso, salió del camarote.

—Sé que eres inteligente, pero también eres arriesgada, y esto es demasiado arriesgado.

Sus labios se apretaron y los dedos de sus manos se extendieron sobre la mesa como si intentara no coger el tenedor y apuñalarle con él.

—¿Cómo sabes que es demasiado arriesgado si no sabes lo que es?

—Lo sé, porque probablemente implique ponerte en peligro. No puedo tolerarlo. —Se le revolvieron las tripas al pensarlo. Sí, tenía miedo. Era lo bastante hombre para admitirlo.

—Te quiero por eso, y cuento con el hecho de que harías cualquier cosa para salvarme y mantenerme a salvo. Ahora siéntate y escucha este plan o Seaton te encerrará e instigaremos la trampa sin ti. Eso sería lamentable, ya que tú eres la clave de nuestro éxito.

Grayson se quedó con la boca abierta. Hablaba en serio. Se sentó, fingiendo que le seguía el juego, pero encontraría alguna manera de detener esta locura. Si alguien iba a estar encerrada en un camarote cuando llegaran a Calais, sería ella.

Capítulo Diez

Habían llegado a Calais temprano, mucho antes del anochecer. Sin embargo, el corazón de Grayson latía tan fuerte en su pecho que apenas podía respirar. Bajo protesta, había aceptado su plan. Era un buen plan, cosa que odiaba admitir, pero aun así la ponía en peligro.

Pasaron la noche en un hotel y cenaron en el comedor público. Observó atentamente a los que les rodeaban, pero no vio a nadie que actuara de forma sospechosa, y Portia no había utilizado la señal que habían acordado, estirarse un rizo suelto, para mostrar que veía a alguien a quien reconocía.

Al final del primer plato, empezaron su puesta en escena. En realidad, era divertido discutir con Portia. Era muy ingeniosa, lo que convertía su disputa fingida en una actividad divertida. Por un momento, pensó en lo divertido que sería llegar a casa al final del día y tenerla a ella para discutir.

—¿Me estás escuchando? —preguntó ella en voz bastante alta.

Ni siquiera tuvo que fingir que no estaba escuchando, ya que no lo había hecho. —Querida, tener que escucharte todo el día hace que un hombre desee estar sordo. —Sus palabras se extendieron sobre los demás comensales como una ola ondulante, y pudo ver cómo varias personas dejaban de comer al convertirse él y Portia en el centro de atención.

—Pues yo nunca. Si fueras sordo, podría decirte constantemente lo imbécil que eres sin tener que escuchar tus aburridos sermones sobre etiqueta que al final me los paso por el culo. —La voz de Portia se alzó estridente al pronunciar la palabra «culo», como una larga nota de gaita. La sala se llenó de murmullos.

Sus palabras dieron en el clavo y, de repente, su temperamento se encendió. Fue su mirada de suficiencia, como si dijera, *«Puedo decir lo que quiera y no puedes detenerme»,* lo que encendió la mecha. —Y uno se pregunta por qué quiero pasar más tiempo con mi amante, que en casa con mi recién casada esposa.

La sonrisa abandonó su rostro y él la vio estremecerse físicamente. Deseó poder retirar las crueles palabras, pero no podía si querían mantener su trampa. Ante su admiración, ella respondió con altivez. —Gracias a Dios es todo lo que puedo decir, señor. Me salvará de

sufrir la mediocridad en el departamento de deportes de cama.

—No he tenido quejas antes, dama.

—Es una pena que tu pequeña hombría no sea tan grande como tu ego.

Eso hizo que los hombres de la sala resoplaran y las mujeres soltaran una risita.

Jugando con su público, se levantó rápidamente, tirando su servilleta sobre la mesa. —Salvé tu reputación casándome contigo; al menos podrías estarme un poco agradecida. Creo que necesito un poco de aire fresco, y tal vez encuentre una compañía para esta noche más acogedora que la tuya.

Con eso, salió furioso del comedor, ante los gritos ahogados de los espectadores. Cada nervio de su cuerpo le gritaba que diera media vuelta, volviera y se quedara pegado a su lado. Sin embargo, dos de los hombres de Seaton estaban en el lugar, encargados de garantizar su seguridad. Ésa era la parte del plan a la que se oponía, tener que confiar su seguridad a otros. Robert probablemente se revolvía en su tumba.

Volvió hacia los muelles como había planeado. Debía darle treinta minutos; si para entonces su enemigo no había atacado, era de suponer que no habían caído en su trampa del comedor.

Grayson había caminado sólo una corta distancia antes de sentir que lo seguían. ¿Era su enemigo o simplemente un ladrón oportunista? Sólo había una forma de averiguarlo.

Grayson aminoró la marcha y giró para enfrentarse a su perseguidor.

Portia se levantó sobre piernas temblorosas y mantuvo la cabeza alta mientras salía del comedor. Pensó que había salido bastante bien. Sus lágrimas fingidas fueron un toque inspirado, lloriqueó durante todo el camino por las escaleras hasta su suite, con la esperanza de que, si su enemigo la observaba, pensara que estaba demasiado angustiada para darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

Nada parecía fuera de lo normal cuando regresó a su habitación. Sacó la llave del retículo y abrió la puerta. Dudó antes de entrar en la habitación. Las sombras le parecieron siniestras y acarició las perlas que llevaba en la garganta. Quizá su plan no era tan buena idea. Apenas se detuvo para buscar a los dos hombres que se ocupaban de su seguridad hasta que Grayson pudiera regresar al hotel.

Armándose de valor, entró en la habitación, aparentemente todavía alterada. Debería estar en el escenario, pensó brevemente, ya que estaba más asustada que alterada.

Las criadas habían encendido el fuego y un par de lámparas. Las sombras que parpadeaban en las paredes la hicieron sentir escalofríos,

aunque a primera hora de la tarde la habitación había tenido un aspecto muy agradable.

Necesitaba un trago para calmar los nervios. Mientras se servía un pequeño jerez, rezó para que su plan funcionara. Quería que aquella aventura terminara para que Grayson se fijara plenamente en ella.

La espera parecía interminable y no conseguía calmarse, así que se paseó por la habitación, siguiendo el dibujo de la alfombra hasta que se lo supo de memoria, con la bebida en la mano como si fuera un arma. Al cabo de un cuarto de hora, sus nervios exigieron una llamada de la naturaleza, y se dirigió al dormitorio. La habitación estaba completamente a oscuras y se sintió como si estuviera al borde de un precipicio.

En ese instante, sintió que no estaba sola.

Le dieron la razón cuando un pedernal se encendió y la luz de la lámpara inundó de repente la habitación. —Qué amable de tu parte entrar en la tela de araña, querida.

A Portia le llamaron la atención tres cosas. Una, el hombre la apuntaba directamente con una pistola. Dos, su cara le resultaba familiar, pero no podía reconocerla. Y tres, hablaba con una voz refinada. No era un matón pagado para matarla. La esperanza aumentó con el miedo. Si lograban capturarlo, lo más probable era que descubrieran quién exactamente le estaba haciendo esto a Grayson, y quizás también quién era el responsable de los problemas de Lord Markham.

—Es curioso, no pareces una araña. Es una pena, porque si lo fueras, podría aplastarte bajo mi zapato. —Ella se movió más adentro de la habitación, el conocimiento de que, con un grito, los hombres de Seaton entrarían, le dio coraje—. Parece que llevas el abrigo de Lord Blackwood. Creo que he estado en esta situación antes. Fuiste tu quien estaba en los jardines de Vauxhall.

No se movió de su posición en la cama. Estaba sentado de espaldas al cabecero, con las largas piernas cruzadas y las suelas de las botas de Hesse mirando hacia ella. En la penumbra, cualquiera podría confundirlo con Grayson. Estaba tan seguro de sí mismo que dejó que la pistola girara entre sus dedos.

—Fuiste tan fácil de atraer, tan ansiosa por entregarte a Lord Blackwood. Jugaste directamente en mis manos.

Su orgullo recibió una paliza. La suficiencia de su sonrisa la hizo querer revelar su trampa, pero se contuvo.

—Asumo por tu voz que nos mezclamos en círculos similares. ¿De qué otra forma sabrías que tengo una tierna consideración por Lord Blackwood?

Se rió. —Mi jefe me dijo que eras muy lista.

—Interesante. No habría pensado que un hombre como tu tuviera

un jefe. —Ella lo miró detenidamente, una punzada de memoria mordiendo el fondo de su cerebro—. Un acento refinado, pero tiene un jefe. Déjame adivinar... ¿deudas de juego? —Su sonrisa desapareció de inmediato y la pistola volvió a apuntarle al pecho—. Me encanta cuando tengo razón. Eres un perdedor.

—Touché. Sin embargo, a ti tampoco te va muy bien. ¿Cuántos años tienes? —La miró con desprecio—. Deberías darme las gracias, porque Blackwood ha hecho lo noble y se ha casado contigo. Un matrimonio en el mar, qué romántico. Sin embargo, por la discusión de esta noche, parece que no será infeliz cuando lo haga viudo. —Agitó la pistola y ella retrocedió un paso—. ¿Adónde crees que vas? Ven aquí —dijo, palmeando el borde de la cama.

Portia sabía que debía dar la señal. Un grito largo, pero como parecía que no iba a matarla de inmediato, decidió ver qué más podía averiguar. Tal vez podría entretenerlo y él revelaría información vital que podría ayudar a Grayson. Además, en cualquier momento, Grayson irrumpiría por la puerta.

—Debo confesar que siempre me pareciste muy hermosa. Y el hecho de que fueras, digamos, poco convencional me atraía, porque estaba seguro de que te pondrías en una posición en la que yo pudiera comprometerte.

Portia intentó apartar su miedo, devanándose los sesos, tratando de desentrañar su identidad. Seguramente Grayson lo sabría. Resopló —Mi hermano nunca me habría obligado a casarme.

Él se levantó de la cama sin apartar de ella sus ojos fríos y carentes de emoción. —Eso pensaba yo. De ahí que aceptara el plan B.

—Alguien saldará tus deudas si me secuestras.

—Eres demasiado lista. Sí, ese es el trato, dejándome libre para casarme con otra heredera y aun así saldar mis deudas. Estaré listo de por vida. Desafortunadamente, se suponía que no regresarías del harén. No me pagan hasta que culpen a Lord Blackwood. Se suponía que tu desaparición lo culparía a él. Todos asumirían que te había matado para ocultar sus pecados carnales. Es muy fácil deshacerse de un cuerpo.

—Nadie creería a Grayson capaz de tal crimen.

—Me he asegurado de que haya muchas pruebas. —Tiró del abrigo.

Llevó lentamente la mano al bolsillo oculto. El tacto de la daga le infundió valor. —Eres bastante convincente. Me engañaste vistiendo el abrigo de Grayson. En la oscuridad, eres del mismo tamaño y complexión. Inteligente. Supongo que también tuviste algo que ver en los problemas de Lord Markham.

Frunció el ceño. —Te aseguro que no sé nada de Lord Markham.

Decía la verdad, ni siquiera había pestañeado ante su afirmación.

—No más preguntas. —Le indicó con la pistola que se tumbara y se desabrochó los pantalones.

—Puedes dispararme igual de bien sentado. —Ella sabía exactamente lo que él planeaba, y la bilis le subió a la garganta. Si no obedecía, ¿le dispararía sin más? Un grito podría matarla. Esperaba que Grayson estuviera bien.

—Cuando te encuentren violada, maltratada y muerta, lo culparán a él. La escupida pública en el comedor fue afortunada. Proporciona a Blackwood un motivo. Lord Blackwood no deseaba casarse contigo. Todos escucharon su declaración en la cena. Ahora sé una buena chica y recuéstate en la cama.

Cuando ella no cumplió, él se abalanzó, empujándola hacia atrás en la cama. La golpeó con la pistola y la sangre le entró en el ojo, dificultándole la visión. La inmovilizó con su enorme cuerpo y ella apenas podía respirar. El cañón de la pistola volvió a presionarla contra la sien. El pánico se apoderó de ella y trató de defenderse. La mano que sujetaba la pistola le sujetó la barbilla. —No te resistas o será peor para ti. —No estaba dispuesta a rendirse sin luchar. Además, si luchaba contra él, tal vez tendría que bajar el arma. Portia intentó recordar todo lo que sus hermanos le habían enseñado sobre cómo defenderse de un atacante, pero nunca había estado boca arriba, agobiada por un gran cuerpo. Sin embargo, conocía sus partes vulnerables. Dejó de forcejear momentáneamente y, en cuanto sintió que su cuerpo se relajaba un poco sobre ella, atacó rápido como una víbora, un rodillazo en la ingle y un pulgar en el ojo.

Él maldijo junto a su oído, lo bastante alto como para resonar en su cabeza. Ella le clavó el otro pulgar en el otro ojo y sacudió el cuerpo. Funcionó: él se apartó de ella y la pistola voló por los aires.

Inmediatamente rodó lejos de él y, al hacerlo, le propinó otra patada en la ingle. Su pie dio en el blanco, y él cayó de espaldas sobre la cama, agarrándose las partes nobles, con la boca abierta en un grito silencioso.

La suerte quiso que la pistola cayera en su regazo. En un instante, la pistola le apuntaba al corazón.

—Ahora, si quieres conservar tu maltrecha hombría, te sugiero que me digas para quién trabajas.

Grayson maldijo a la luna. Dos de ellos. Cobardes. ¿De dónde demonios habían salido estos dos? Sin embargo, su ansiedad porque Portia estuviera sola en su habitación no afectó a su espíritu de lucha.

—Señor, entréguenos su dinero y sus objetos de valor —dijo uno de los matones, agitando una pistola que parecía tener más probabilidades de fallar que de disparar directamente.

Eran ingleses, interesante. ¿Habían sido enviados por su enemigo

para retrasarle o para acabar con él? La pistola que le apuntaba directamente daba a entender lo segundo.

—Están muy lejos de casa, caballeros.

—Cor, dale una medalla al señor. ¿Por qué crees que te estamos robando?

Tal vez esto era simplemente un atraco. Si era así, debía pagarles y listo. No podía retrasarse. Lo único que le impedía entrar en pánico era saber que dos hombres de Seaton vigilaban la habitación de Portia. Sacó el poco dinero que tenía y se lo entregó.

—Nos llevaremos el elegante reloj con esa cadena que veo colgando de tu bolsillo —dijo el ladrón, y luego escupió al suelo.

—No. Les he dado dinero y me quedo con mis pertenencias.

El hombre más grande se acercó. —Si no quieres que te machaque esa cara de noble, o quieres que te afloja unos dientes. ¿Qué dirían las damas cuando el niño bonito no es tan bonito? —Le lanzó a Grayson un beso fingido y se acercó lo suficiente como para que Grayson soltara un gran puñetazo que tiró al atacante al suelo. Luego dirigió su atención al hombre de la pistola.

—Te he dado dinero suficiente para volver a Inglaterra y algo más. Si me disparas, mis amigos te perseguirán y te matarán lentamente. Te sugiero que cojas a tu compañero y te marches antes de que te desarme y utilice esa arma para arrancarte los últimos dientes.

El hombre se movió de un pie a otro, repentinamente inseguro de sí mismo. Cuando miró a su amigo, Grayson hizo su movimiento. Se zambulló y lo abordó por la cintura, llevándose a ambos al suelo. Aterrizaron con fuerza, Grayson encima, y la pistola salió volando. En cuestión de segundos, Grayson tenía su cuchillo en la garganta del hombre.

—Te di la opción de irte, y como no la aceptaste, me devuelvo mi dinero. —Buscó en el bolsillo del hombre y sacó el dinero que le había entregado. Luego se bajó del hombre, que yacía sin aliento—. Si quieres volver a Inglaterra así de desesperado, preséntese en el *Amelea* mañana por la mañana. —Miró por encima del hombro—. Trae a su amigo.

Y echó a correr hacia el hotel, rezando para que su retraso no le hubiera costado la vida a Portia.

Portia se bajó de la cama y puso distancia entre ella y su antiguo agresor. Podía tomarse su tiempo, ya que él seguía revolcándose en la cama, gimiendo. No dejaba de mirar hacia la puerta, preguntándose dónde estaría Grayson. Ya debería haber vuelto.

Se acercó a la ventana y miró hacia la concurrida calle. No pudo verlo, pero tal vez ya estaba de vuelta en el hotel.

—¿Por qué iba a decirle algo? —resolló el hombre—. Soy hombre muerto en cuanto Blackwood me ponga las manos encima.

Tenía razón; ella lo sabía. ¿Qué valor tenía un hombre así? Sonrió para sus adentros. —¿Y si pudiera garantizar tu seguridad y pagarte el doble de lo que te paga tu jefe? ¿Y el triple si nos ayudas a detenerle?

Se incorporó. —No puedes protegerme de Blackwood. Es imposible que acepte pagarme.

—No Lord Blackwood, no. Pero yo podría pagarte.

—¿Una mujer? ¿De dónde sacarías el dinero? —Enarcó una ceja—. Debo mucho dinero.

—Gano mucho dinero con mi negocio de sidra —dijo Portia

—Había oído que tu negocio de la sidra era muy rentable. Pero ¿cinco mil libras?

—Una suma insignificante. Me resulta familiar, pero no recuerdo tu nombre. ¿Nos conocemos?

—Nos hemos visto dos veces. Una vez en un baile de máscaras en casa de Lord Helthrop, donde intenté comprometerte en el estudio, y luego cuando te secuestré haciéndome pasar por Lord Blackwood.

Ella balbuceó con rabia, recordando el incidente, a pesar de que había sido hacía varios años. —¿Fuiste tú aquella noche en el estudio?

Él asintió.

—Recuerdo haberte pateado en las partes privadas esa noche, también. Hubiera pensado que aprenderías. —Su cara se coloreó—. Arruinaste mi vestido favorito, rasgando las mangas. —Había logrado escapar, y Rose la había ayudado a salir del baile sin que nadie se diera cuenta del desaliño en que se encontraba. Portia nunca le había contado a nadie más que a Rose sobre el ataque, ya que no tenía idea de quién era el hombre, él también había estado usando una máscara, y había manejado la situación. Simplemente se había propuesto no volver a estar sola en una habitación con un hombre extraño.

—Me seguiste hasta el estudio pensando que era Lord Blackwood. Eso es lo que me dio la idea de atraparte.

—Excepto que te detuve una vez más. Tengo el control, así que qué tal si empezamos con una pregunta fácil, ¿Quién eres? —Él hizo ademán de moverse, y ella dijo enfadada— Me daría igual fusilarte por las indignidades que sufrí en Egipto. Mi hermano Philip se rompió una pierna.

Él se echó hacia atrás, sabiamente decidido a creerle. Por un momento se sentó, evaluándola en silencio. Los instantes pasaron. Por fin dijo —Me llamo Lord Weston.

Ah, ahora ella entendía su desesperación. —He oído a mis hermanos hablar de ti. Eres el hermano repudiado del Duque de Chester. Ningún hombre dejaría que su hija se acercara a ti. He oído que tienes la enfermedad francesa. No es una condición que una heredera querría. —El horror se deslizó por su piel como un gusano viscoso. Había estado a punto de violarla—. Debería pegarte un tiro,

—le repudio.

—Nadie me echaría de menos si lo haces. Probablemente también me harías un favor.

Tragó saliva. —Estoy esperando tu respuesta, *Lord Weston*.

Finalmente, dijo —Mi patrona es despiadada. Si descubre que te he ayudado, estoy muerto.

¿Su enemigo era una mujer? Interesante. Portia entendía que las mujeres podían ser tan inteligentes, tan desviadas y tan vengativas como los hombres. Tal vez ella era una mujer que Grayson había despreciado.

—He oído que probablemente morirás de la enfermedad. Si yo fuera tú, querría dinero para poder disfrutar de los años que me quedan. Si no aceptas ayudarme y le cuento a Grayson lo que intentaste hacer, morirás de todos modos. Así nos ayudamos mutuamente.

Asintió lentamente y se pasó una mano por el pelo. —Parece que estoy entre un precipicio y la larga caída hasta el fondo. ¿Cómo sé que puedo confiar en que mantendrás tu palabra? Podrías simplemente entregarme a la ley una vez que tengas lo que quieres.

Caminó hacia él, con la pistola apuntándole al corazón para que no olvidara que iba en serio. —No lo sabrás, salvo que te doy mi palabra, y es mejor que la de muchos caballeros. Además, ¿qué otra opción tienes? A Grayson no le va a gustar que ataques a su mujer.

—Eso es lo que me preocupa. Dado que están enfrentados, no es probable que escuche tu idea.

—¿Qué idea? —una voz profunda retumbó desde la puerta.

Un instante después, Grayson estaba a su lado, queriendo coger la pistola que sostenía. Para su indignación, ella le ignoró. —Lord Weston y yo hemos llegado a un acuerdo. Si nos dice quién le empleó, le pagaré el doble de lo que ella le ofreció por matarme.

Grayson luchó por controlar su respiración, al verla tan cerca del enemigo. Weston era un hijo de puta y no dudaría en partirle el cuello si eso significaba que podía escapar.

Lo que realmente le molestó fue la decepción que sintió al ver que ella no había necesitado su ayuda. Evidentemente, había desarmado a un hombre que casi la doblaba en tamaño. Por supuesto, estaba muy contento de que ella estuviera a salvo e ilesa, pero aun así...

—Weston. Debería haber sabido que un hombre como tú estaría tan desesperado como para hacer daño a una joven inocente. Debería retarte, pero creo que harías trampa. Tal vez me limite a dispararte y librar al mundo de un maltratador de mujeres.

Weston miró a Portia y dijo sarcásticamente —Dije que no aceptaría.

—Tienes razón. No te pagaría ni un céntimo. Creo que

simplemente te sacaré la información a golpes.

—Puede intentarlo —fue su gruñida respuesta.

Los dos hombres se miraron como dos ciervos en celo. Grayson oyó suspirar a Portia, pero se negó a ser el primero en apartar la mirada. Le picaban las manos para tumbar a Weston. ¿Acaso el hombre creía que no veía el desgarrón en el vestido de Portia?

—Basta ya. Yo soy la que lo capturó, yo soy la que tiene la pistola y yo seré la que tome la decisión, —dijo, dirigiendo su comentario a Grayson. —Si quisieras atarle... —Ante el grito de Weston, ella dijo— No soy estúpida. No me fío de ti. Venderías a tu propia madre para ganar dinero. Es tan probable que me traiciones a mí como a nuestra villana.

Grayson enarcó las cejas. La palabra «villana» y el uso anterior de Portia de «ella» finalmente penetraron en su conciencia. —¿Una mujer?

Portia asintió. —El sexo femenino puede ser tan mortífero como cualquier hombre.

Él lo sabía muy bien. Christian había sido inmovilizado bajo un carro, y una mujer le había prendido fuego tranquilamente y lo había visto arder.

—Llevar a Weston de vuelta a Inglaterra no es una buena idea.

—Es un viaje en barco.

—¿Y luego qué? Tenemos que ir por tierra, y con nuestro enemigo todavía fuera para matarte, no se me ocurre como protegerte.

Un aplauso interrumpió su discusión. —Eres todo un héroe, Blackwood. En caso de que no lo hayas notado, Lady Portia no necesita tu ayuda. Ella me quitó el arma.

Grayson replicó, Y me encantaría saber qué hiciste exactamente para ser tan descuidado. La cara de Portia se puso roja y Grayson sintió que le hervía la sangre. Tenía una idea muy clara de lo que Weston había intentado hacer. Hizo un movimiento hacia Weston, pero la diminuta mano de Portia le oprimió el pecho, reteniéndolo.

—Ahora no. Hay cosas más importantes que hacer que vengar mi honor. De todos modos, creo que mi patada en la ingle contribuyó mucho a ello.

Furioso, Grayson utilizó sus ojos para enviar un mensaje a Weston por encima de la cabeza de Portia. —Esto no ha terminado. —La sonrisa burlona de Weston declaró que lo había recibido alto y claro.

—Blackwood, si yo consigo mi dinero, tú consigues un nombre. No arruines su plan. Nos conviene a todos, ¿no?

El bastardo tenía razón. Grayson se volvió para llamar a los hombres de Seaton. Tendría mucho tiempo para golpear a Weston una vez que tuviera el nombre de la villana. Portia podría haber acordado un trato con este canalla, pero él ciertamente no.

Capítulo Once

El resto del viaje a Inglaterra transcurrió sin incidentes, pero Grayson no podía relajarse. Weston estaba confinado en la bodega y Portia tenía la impresión de que podía manejar a un hombre como él, pero Grayson no se fiaba. Weston era como una gran pitón, pensó. Las pitones solían permanecer inmóviles en una posición camuflada y luego atacaban repentinamente a las presas que pasaban.

Portia no tenía ni idea de con quién estaba tratando. Weston los traicionaría si eso significaba más dinero, y no dudaría en herir o matar a Portia si tenía que hacerlo. Grayson prefería tener un pacto con el diablo.

Cuando llegaron a Deal, en Kent, su grupo se instaló en la Posada del Perro Marino, en el centro de la ciudad, lo bastante alejada del agitado paseo marítimo, pero aún así no era el alojamiento más saludable. Sus habitaciones ocupaban todo el último piso, y sería casi imposible para un atacante subir hasta ellas. Y Grayson se aseguró de que Weston estuviera bien encadenado en una habitación pequeña, sin ventanas, cerrada y vigilada en la parte trasera. Aunque si Weston quería saltar por una ventana para escapar, pensó Grayson irónicamente, le encantaría echarle una mano. Su aterrizaje sería muy accidentado.

Grayson tomó lo que pretendían que fuera la habitación de la criada, junto al dormitorio de Portia. Seaton ocupó la habitación de la cabecera de la escalera, y sus hombres una habitación al otro lado del pasillo. Un comedor privado y una sala de estar completaban el alojamiento.

Grayson no perdería de vista a Portia hasta que atraparan al enemigo. Pero ya temía la noche, sabiendo que ella dormiría tan cerca y que probablemente sería la última oportunidad de hacer el amor con ella antes de casarse. Una vez que la entregara a su familia, habría que respetar las buenas costumbres. El deseo, lo bastante agudo como para afilar la hoja más roma, tenía su cuerpo en vilo, pero tenía algo que demostrarle a Portia, y no dejaría que se enterara de lo fácil que le resultaría asegurarse de que cumplía sus órdenes.

Un grito repentino seguido de un alboroto en lo alto de la escalera le hizo desenfundar la pistola. —Portia, quédate en tu habitación y no

salgas hasta que te llame. —Apenas esperó a que ella asintiera antes de abrir la puerta de golpe y asomar la cabeza. Seaton discutía con un caballero muy corpulento de pelo negro al final de la escalera. Grayson reconoció el acento, inglés refinado, con una pizca de francés. Era Arend Aubury, barón de Labourd, uno de sus compañeros de la Universidad de las Libertades. Obviamente, Arend había recibido la carta que Grayson le había enviado desde Gibraltar.

Los Eruditos Libertinos eran un grupo de amigos del colegio, seis jóvenes que se tomaban las juergas tan en serio como los estudios. Eso les había valido el apodo de «Eruditos Libertinos». Grayson no había esperado que Arend se reuniera con él en Deal, le había pedido que reuniera a los Eruditos Libertinos de Inglaterra, Hadley Fullerton y Maitland Spencer, duque de Lyttleton, y se reunieran con él en su casa de Londres. Christian Trent y Sebastian Hawkestone seguían en el extranjero.

—Déjame pasar, buen hombre, antes de que te arranque la cabeza —atronó una segunda voz, la de Maitland.

—Déjelos pasar, Seaton. Son amigos míos.

Arend precedió a Maitland hacia la puerta que Grayson mantenía abierta, dando acceso al comedor privado. Arend le dio una palmada en la espalda al pasar. —Me alegro de verte de una pieza, amigo mío. —Maitland se limitó a asentirle.

—¿Recibiste mi nota, entonces? —preguntó Grayson mientras servía una copa a los hombres—. No esperaba verlos hasta llegar a Londres, aunque me alegro de que estén aquí. —Dejó de servir y miró a Arend—. ¿Por qué estás aquí?

—Creo que deberías sentarte y traer la jarra contigo —dijo Maitland—. Es increíble la historia que tenemos que compartir. — Arend asintió a las palabras de Maitland, con el rostro más sombrío y melancólico de lo normal.

Grayson dejó la jarra en el centro de la mesa y ocupó una de las sillas de madera frente a sus dos amigos. —Creo que lo que tengo que decir es más importante. Lady Portia fue secuestrada para desacreditarme. También creo que la persona que orquestó este acto es la que incriminó a Christian.

Arend simplemente suspiró y se sentó, sacudiendo la cabeza. —Eso ya lo sabemos. También hemos sabido que la persona que ha venido a por ti, y que va detrás de todos los Eruditos Libertinos, es en realidad una mujer.

—Yo también me he enterado de que es una mujer que intenta matar a Portia para inculparme a mí, pero no tenía ni idea de que su objetivo éramos todos nosotros.

Arend suspiró. —Creemos que, de joven, nuestros padres abusaron de ella. Quiere vengarse y, como nuestros padres están muertos,

parece que los hijos tendrán que pagarán por sus pecados.

—Han estado ocupados mientras yo no estaba. ¿Cómo de enteraron de la conspiración?

—Sebastian no mató a Doogie Hennessey en ese duelo —dijo Maitland—. Un asesino, pagado por esta mujer, disparó a Doogie por la espalda para inculpar a Sebastian. Hemos limpiado el nombre de Sebastian, y está de vuelta en Inglaterra.

—¿Tienen al asesino?

—No. El asesino fue asesinado antes de que pudiéramos conocer la identidad de su empleador. La identidad de la villana aún se nos escapa.

Grayson estiró las piernas y no pudo evitar sonreír. —Bueno, por suerte tengo a uno de esos asesinos encerrado en una habitación al final del pasillo.

Arend se puso en pie, la silla voló hacia atrás con estrépito, pero antes de que pudiera emitir sonido alguno, Portia entró por la puerta, con el ceño fruncido en su bello rostro.

—Esperé a que me dijeras que era seguro salir de mi habitación, sólo para descubrir que no había peligro y que estás aquí entreteniendo a los invitados. Estaba preocupada.

Dios, estaba preciosa con un rubor de ira en la cara. Sus ojos color avellana brillaron y sus labios carnosos le hicieron pensar en besarla hasta que ambos perdieran el sentido por el deseo. Pasaría al menos una semana hasta que se casaran. Esperaba poder aguantar tanto tiempo. Cada noche, sus sueños eran a la vez tormento y placer. Podía saborearla en esos sueños, y se despertaba cada mañana, con su miembro erecto y palpitante de deseo.

De repente, Grayson se dio cuenta de que sus dos amigos estaban de pie y notó la mirada curiosa de Maitland. Portia agració a los dos recién llegados con una tentadora sonrisa, que rápidamente transformó en ceño fruncido cuando se encaró con él.

—Caballeros, les presento a mi prometida, lady Portia Flagstaff. Portia, Lord Arend Aubury, Barón Labourd, y Su Gracia el Duque de Lyttleton, Maitland Spencer.

Arend tomó su mano y se inclinó sobre ella de la manera que sólo un francés podía hacerlo. Su ligero beso en los nudillos sin guantes duró demasiado para el gusto de Grayson, que apretó los dientes. Cuando Arend murmuró su cortés saludo, su acento se volvió de repente más francés de lo habitual. Era la técnica de seducción favorita de Arend.

Maitland, en cambio, se limitó a inclinarse y a mirar a Portia como si estuviera estudiando a uno de sus caballos.

Grayson apenas consiguió mantener oculto bajo la superficie todo lo que sentía. No dejaría que sus compañeros Eruditos Libertinos

supieran lo que sentía sobre su próximo matrimonio, o sobre Portia.

—Disculpen mi interrupción, caballeros, pero no sabía que teníamos visitas, porque Lord Blackwood me dejó hace varios minutos con la impresión de que estábamos bajo ataque. De alguna manera olvidó mencionar que era una falsa alarma.

Esperaron a que tomara asiento, y Grayson asomó la cabeza por la puerta y sugirió a uno de los hombres de guardia que llamaran a una criada para que trajera té a Portia. Volvió a tiempo para oír a Arend decir —Me complace ver que parece haber sobrevivido bien a su terrible experiencia, Lady Portia.

—Dadas las circunstancias, por favor, llámame Portia. Las apariencias engañan, como estoy segura de que sabe, Lord Labourd. — Se sirvió una copa y una pequeña cantidad de brandy antes de añadir — Sobreviví porque no dejaría que ningún hombre convirtiera mi vida en algo que no deseaba. —Se volvió hacia Grayson mientras hablaba.

Hubo un breve silencio antes de que Maitland se pusiera en pie. — Bravo, Lady Portia. Bravo. No dejaremos que nuestros enemigos ganen. Brindemos por ello. —Arend y Grayson se levantaron también, y los hombres bebieron.

Cuando los hombres volvieron a sus asientos, Arend dijo —Creo que estamos en una posición sólida. Si puedo interrogar a su cautivo, le sacaré el nombre.

Grayson esperó a que Portia respondiera, interiormente divertido. Por una vez, que otra persona sienta su lengua afilada, pensó. No le decepcionó.

—¿Y cómo lo haría, Lord Labourd?

—Arend tiene métodos muy eficaces —añadió Grayson.

Portia miró a Arend y dio un pequeño estremecimiento. —Seguro que sí, pero ¿no nos haría eso rebajarnos a su nivel? —En ese momento entró la criada, y Portia guardó silencio mientras la criada servía el té, como si estuvieran en una velada de señoras y no discutiendo la tortura de un hombre—. El dinero hace que los hombres hablen con mucho más gusto que la tortura, —reanudó cuando la criada se hubo marchado—. Un hombre como Weston...

—¡Weston! —exclamaron Maitland y Arend al mismo tiempo.

Arend se dirigió a la puerta. —¡Ese bastardo! Déjame hablar con él. Si sabe algo, se lo sacaré.

—Lo dudo. Es un hombre sin nada que perder. Le he ofrecido un incentivo mucho más atractivo, dinero. Nos dará su nombre cuando le enseñe el dinero.

—No confío en él. Podría darte cualquier nombre.

Grayson suspiró. —Yo tampoco me fío de él, Arend. Sólo le daremos la mitad del dinero, reteniendo el resto hasta que verifiquemos su información. Necesita todo el dinero para sobrevivir.

La entregará, pero no me extrañaría que jugara a dos bandos. —Portia pareció sorprendida por su defensa del plan.

Arend asintió levemente y Maitland preguntó —¿Cuál es el plan a partir de ahora?

Portia dijo —Si ustedes, caballeros, pudieran acompañarme a Londres, reuniré el dinero para dárselo a Weston. Será libre de irse una vez que nos dé un nombre, pero no irá muy lejos; como Grayson ha señalado, necesita el resto del dinero. —Miró a Arend—. Te dejo a ti la tarea de seguirle. Confío en que tus hombres no lo pierdan.

Arend y Grayson compartieron una mirada. Aunque nunca se lo diría a Portia, Grayson sabía que Arend capturaría a Weston en cuanto Portia lo soltara con el dinero. La educación de Arend significaba que el francés no confiaba en nadie.

—No lo perderé, —juró Arend. Cogió la jarra y sirvió un brandy grande.

—Me encantaría saber cómo detuviste al culpable, Grayson, —dijo Maitland—. ¿Y está Philip contigo? Oímos que el conde fue contigo a rescatar a Portia.

Portia dio un grito ahogado. —Mi hermano se rompió la pierna durante mi rescate. Aún no sabemos nada de su destino.

Grayson palmeó la mano de Portia. —Ya he enviado una misiva al Ministerio del Interior para preguntar por tu hermano.

Ella puso su mano sobre la de él mientras se le saltaban las lágrimas. —Gracias. —Se levantó y, mientras los hombres se ponían en pie, añadió— Por favor, permanezcan sentados. Necesito un poco de aire fresco. —Detuvo la advertencia de Grayson con la mano—. Y sí, me llevaré a Seaton conmigo y prometo quedarme en el patio. Con eso, salió de la habitación.

—Tu prometida parece una mujer eminentemente sensata —observó Maitland.

Arend añadió socarronamente —Y muy hermosa. Sin embargo, sospecho que tendrás mucho trabajo, por lo que sé de ella. Avísame si necesitas ayuda de cualquier tipo —añadió riendo.

Grayson se negó a morder el anzuelo. —¿Deseas hablar de mis próximas nupcias o prefieres atrapar a una villana?

Arend se echó a reír mientras Maitland decía —Aún estoy esperando saber cómo has capturado a Weston.

Gracias a Dios por Maitland, pensó Grayson. —No lo hice, la verdad. Fue Portia. Por eso haremos esto a su manera. —Mirando directamente a Arend, añadió— Para empezar. —Luego les contó el plan, cómo había salido mal y cómo Portia desarmó a Weston y lo capturó ella sola.

—Impresionante. Robert y tú le han enseñado bien.

Cuando Maitland mencionó a Robert, a Grayson se le encogió el

corazón. Echaba de menos a su amigo, y saber que, si no hubiera llegado tarde a la batalla, Robert aún podría vivir, aquellos recuerdos le quemaban el alma como las llamas del infierno.

—No estoy seguro de que le hiciera feliz verme casado con Portia. Robert no creía que encajáramos bien.

Maitland agitó una mano en el aire. —¿Y eso qué tiene que ver? Eran como hermanos. Habría unido a las dos familias de por vida.

—Además, ella ha estado encaprichada contigo desde aquel baile en su decimosexto cumpleaños —añadió Arend—. Debe de estar encantada con el emparejamiento.

No estaba dispuesto a admitir que Portia no estaba satisfecha. Le preguntarían por qué, y él no quería hablar de su exigencia de que le entregara su corazón. Los hombres no hablaban de sentimientos. Además, no sabía lo que sentía por ella. Su cuerpo la deseaba, incluso la admiraba, pero ¿era una novia adecuada para él? ¿Para lo que necesitaba el apellido Blackwood, dado su deseo de cumplir los sueños de Robert y asumir un papel destacado en el Parlamento?

—Dejemos esta conversación. Es indecoroso. Ahora no tengo más remedio que casarme con ella. Su reputación está por los suelos porque la atrajeron en mi nombre. Hemos viajado a casa sin tener ningún cuidado, y no permitiré que se cuestione mi honor dejándola en manos de los lobos de la sociedad.

Maitland se recostó en su silla, inclinando la silla hacia atrás y meciéndose en ella. —Entonces que se case con otro.

—¿Cómo dices?

—Bueno, parece obvio. Su reputación está arruinada, pero cualquier buen matrimonio le devolverá su posición. Si no quieres casarte con ella, búscate a alguien que sí quiera.

Arend le miró con una ceja levantada. —Tiene razón. A menos, claro, que ya la hayas comprometido. —Ante el silencio de Grayson, se encogió de hombros y añadió— ¿Hay alguien de quien ella esté enamorada, o un hombre que acoja a una mujer rica de buena familia?

Grayson se quedó sin habla. Observó los sagaces ojos de Arend y se dio cuenta de la trampa que su amigo le había tendido. Si se negaba a contemplar la posibilidad de que ella se casara con otro, parecería posesivo. No iba a darle a Arend esa satisfacción. —A ella no la corteja nadie. No que yo sepa. No he hablado de otras opciones con ella.

—Me pregunto por qué —dijo Arend en voz baja.

Maitland se mecía en la silla y al comprender que podía tener una oportunidad se incorporó apoyando la silla sobre sus cuatro patas con un ruido sordo y dijo —Estoy buscando esposa. Lady Portia sería una candidata ideal, hermosa, inteligente y de buena familia. —Grayson

esperaba que no estuviera a punto de ofrecerse, pero Maitland frustró inmediatamente sus esperanzas—. Podría casarme con ella y salvar su reputación.

Grayson se pellizcó el puente de la nariz. —No es un caballo para comprar y vender, Maitland. Las mujeres inteligentes suelen tener sus propias opiniones. ¿Por qué iba a casarse contigo?

Maitland parecía sobresaltado. —Soy un duque, y extremadamente rico. ¿Qué mujer inteligente rechazaría una oferta de mi parte?

Arend soltó una carcajada, y Grayson apretó los dientes para armarse de paciencia. —Las mujeres no son tan lógicas como tú, Maitland. De hecho, muy poca gente es tan lógica como tú. Una mujer que tiene su propio dinero tiende a querer un poco de romanticismo. Sorprendentemente, «soy un duque, así que cásate conmigo» no es tan halagador.

—Bien dicho —añadió Arend, secándose las lágrimas de la risa.

Maitland no se ofendió. —Bueno, pondré a prueba tu teoría y se lo preguntaré. Si, como dices, los dos no encajan, quizá ella aprecie una alternativa.

Grayson suspiró interiormente. Intentar que un hombre como Maitland comprendiera las emociones era como tratar de explicar la rotación de cultivos a un niño. —Voy a casarme con ella, Maitland. Sin embargo, no tendría ningún problema en hacerme a un lado si sintiera que realmente la amas y que ella realmente te ama. Si crees que puedes ganarte su corazón, no me interpondré en tu camino. —Se sentía satisfecho sabiendo que Portia lo amaba. Sin embargo, una parte de él se preguntaba si era prudente darle a Maitland la oportunidad de ganarse su corazón. Era guapo como el pecado y, como había dicho, era rico sin medida y un duque.

Portia se quedó en la puerta, sabiendo que no debía escuchar la conversación privada de los hombres. Había salido a dar un paseo para dejarles hablar libremente y, una vez que hubo tomado el aire, pensó en unirse a ellos para tomar una copa antes de la cena. Estaba a punto de entrar cuando oyó a los hombres hablar de su situación. Lo que oyó la enfureció. ¿Grayson estaba dispuesto a que otro hombre la cortejara? Probablemente esperaba que se enamorara de Maitland. Aquello le produjo un dolor punzante, como si un cuchillo le hubiera abierto el pecho y dejado al descubierto su corazón.

Era evidente que Grayson buscaba cualquier excusa para no tener que casarse con ella. Era demasiado honorable para aceptar la fría y calculadora oferta de Maitland, pero si Maitland conseguía que ella se enamorara de él, Grayson podría marcharse con la conciencia tranquila.

Se apartó de la puerta, luchando por respirar. Todo este tiempo había supuesto que al menos había atracción y una especie de amistad

entre ellos, pero ahora era obvio que Grayson realmente no quería casarse con ella y sólo lo hacía por honor.

Se fue a su habitación. Necesitaba lamerse las heridas. Pero entonces sacudió la cabeza. No, no lamerse las heridas. Necesitaba planear su ataque. Tanto Philip como Grayson insistirían en casarse; incluso su madre probablemente se pondría del lado de los hombres esta vez, ya que su reputación había sido destruida. Estaba enamorada de Grayson, pero se negaba a casarse con un hombre que tal vez nunca llegaría a amarla.

¿Cuál era la mejor manera de mantenerse firme? Si Grayson le decía a Philip que habían intimado, perdería. Se pasó lentamente una mano por el estómago. ¿Qué haría si estuviera embarazada?

Bajó sigilosamente las escaleras e hizo que le enviaran una bandeja con la cena a su habitación. El tiempo no estaba de su parte. En dos días estarían en casa.

Grayson apenas saboreaba su comida ni oía la intensa conversación de Arend. Estaba preocupado por Portia. Ella había manifestado que estaba cansada y no se había unido a ellos para cenar. Parecía indispuesta cuando él la había visto; teniendo en cuenta todo lo que le había ocurrido, no era de extrañar.

—¿Estás escuchando, Grayson?

Se volvió para mirar a Arend. —Lo siento, estoy preocupado por Portia. Tal vez el calvario finalmente se está poniendo al día con ella ahora que se dirige a casa. ¿Hay muchos cotilleos?

Los otros dos hombres se miraron y Maitland tosió. —Su madre ha intentado decir que se ha ido al norte por su salud. Pero alguien ha sugerido que hay algo más en su relación, ha señalado que tú también has desaparecido y ha sugerido que no es una coincidencia.

Grayson golpeó la mesa. —Weston.

—¿Seguro que no puedo tener unas palabras con él?

Grayson deseaba que Arend lo hiciera, pero le había prometido a Portia que lo intentarían a su manera. Ella se pondría firme ante cualquiera que lastimara a Weston después de haber dado su palabra.

—¿Por qué no vas mañana en el carruaje con Weston e intentas mantener una conversación educada? Estoy seguro de que podremos ocultarle algunos moratones a Portia, pero prométeme que no habrá sangre.

Arend soltó una risita burlona. —¿Quizá te gustaría acompañarnos para cogerme de la mano antes que use mis métodos?

—Puede que sí —replicó Grayson—. Si Weston abre la boca, no confío en que no tome represalias.

Maitland tomó la palabra. —Creo que es prudente que los dos se encuentren en el carruaje con él. Si nuestro enemigo se ha enterado de su captura, es probable que se asegure de que no hable. —Ensarto una

patata con el tenedor—. Acompañaré a Portia en su carruaje por su seguridad. —Se metió la patata en la boca.

Grayson tuvo que admitir que Maitland tenía razón. Weston era ahora un objetivo, quizá más que Portia. Lo necesitaban vivo para conocer la identidad de la villana.

—Me dará tiempo para evaluar a lady Portia como mi futura duquesa —prosiguió Maitland—. Ya que eres tan generoso como para sugerirme que intente convencerla de que tiene otras opciones, debes concederme tiempo para presentar mi caso.

Grayson casi se atraganta con un bocado de comida. —¿Hablas en serio? Es evidente que no conoces a Portia. Pero adelante, expón tu caso. No estoy seguro de que seas el hombre adecuado para ella.

—¿Pero sabes que no lo eres? —dijo Arend, enarcando una ceja con complicidad.

Grayson cogió el cuchillo y cortó la carne, deseando estar cortando la lengua de Arend.

Arend continuó con una sonrisa. —¿Decidimos a quién le conviene más Lady Portia? Hagamos una lista de las razones por las que crees que ella no te conviene.

—Buena idea —convino Maitland—. Lógica y muy sensata, dado que tiene que casarse para salvar su reputación. Debo admitir que, habiendo conocido a la dama, estoy perplejo en cuanto a por qué usted y ella no encajarían.

Arend intentaba no reírse. Evidentemente, la situación le parecía hilarante. —Haré una lista, y cada uno de ustedes podrá decidir si las cuestiones importan o no. Entonces sabremos quién es más adecuado para ofrecer su mano, Grayson o Su Alteza.

Grayson bajó el cuchillo y el tenedor. —No hagas esto, Arend.

—¿Hacer qué? Tú fuiste el que dijo que no te convenía. Incluso sugeriste que Maitland intentara cortejar a Portia...

—*Lady* Portia para ti. Le dije que podía intentarlo, ya que estoy seguro de que ella no estará interesada.

La sonrisa de Arend se ensanchó. —Me pidió que la llamara por su nombre de pila. Vaya, eres un poco susceptible para un hombre que antes declaró categóricamente que no le complacía estar prometido a dicha dama. Sólo intento ayudar.

—Tonterías. Te estás entrometiendo. —El temperamento de Grayson se estaba deshilachando.

—Ahora, ¿cuál es el punto número uno?

Grayson se negó a hablar, pero Maitland ofreció —Ella es demasiado independiente.

Grayson saltó en su defensa. —Gracias a Dios, si no, se habría derrumbado cuando la secuestraron. En lugar de eso, mantuvo la cabeza fría, y eso facilitó su rescate.

—Así que podemos tachar la independencia como un problema para Grayson.

Las palabras de Arend obligaron a Grayson a mirarse a sí mismo. ¿Acababa de defender su independencia? Tal vez, pensó, podría utilizar esta conversación para entender el control que Portia tenía sobre él. Así que ofreció otro fallo. —Dos, es demasiado testaruda.

Maitland se sentó en su silla y sonrió. —No me importa que una mujer diga lo que piensa, siempre que sea inteligente. Creo que todos estamos de acuerdo en que Lady Portia tiene una mente aguda. Su plan para capturar a Weston funcionó. —Maitland se encogió de hombros—. Admito que ella me desafiará, pero eso significa que no me aburriré. Odiaría casarme con una mujer con la que temiera volver a casa porque todo lo que saliera de su boca fueran chismes o fruslerías.

El corazón de Grayson latió un poco más rápido. Maldita sea, Maitland tenía razón. Durante el viaje desde Alejandría, Portia le había intrigado. Durante la cena se había mostrado cálida, acogedora y tentadoramente hermosa, pero sobre todo recordaba que esperaba con impaciencia cada comida sólo para poder conversar con ella. Era tan lista y perspicaz como cualquier hombre.

Arend le dedicó una sonrisa socarrona. —Parece que Grayson está apreciando algunos de los puntos más finos de Lady Portia.

—Oh, cállate, Arend. Sí, puedo admitir que admiro su habilidad para mantener una conversación.

—Entonces me cuesta, viejo amigo, entender por qué te opones tanto a un matrimonio con Portia.

Arend podía ser un verdadero bastardo cuando quería. ¿Qué quería que admitiera Grayson? ¿Que estaba enamorado de ella y le daba un miedo de muerte?

Su aliento abandonó su cuerpo en un gigantesco silbido, y su mente se concentró en un punto nítido.

Estaba enamorado de Portia y se moría de miedo.

Arend le observaba atentamente mientras Maitland comía. Sabía que Arend tenía buenas intenciones, pero para ser un hombre que evitaba los enredos personales y tendía a mantener sus encuentros sexuales profesionales, Grayson no podía entender por qué Arend estaba fascinado por su relación con Portia.

Como si hubiera leído la mente de Grayson, Arend dijo —Necesitas una mujer que te haga feliz. Lady Portia te hace sonreír. Solías sonreír mucho, pero no desde Waterloo. —Dudó antes de continuar—. No fuiste responsable de la muerte de Robert, ni de las quemaduras de Christian. Perdónate a ti mismo. A veces la vida nos pisotea para recordarnos que no tenemos el control, y esas malditas lecciones duelen. —Lanzó una mirada a Grayson, retándole a que discrepara.

Grayson agachó la cabeza y dijo —No puedo perder a nadie más. —Le costó mucho admitir eso ante su amigo.

Arend no mostró sorpresa. —Dios nos pone a prueba —dijo, partiendo un trozo de la barra de pan que había sobre la mesa—. Cuando mi abuelo y mi abuela fueron decapitados en la revolución y el resto de la familia huyó, llegamos a Inglaterra sin nada. Mi padre decía que nos levantamos porque Dios nunca nos envía más de lo que podemos manejar.

Grayson se burló, pero Arend continuó. —Cierto. Cuando llegué a la edad adulta, me di cuenta de que Dios esperaba mucho de mí. Pero tenía que hacer mía esta vida. Tenía que arriesgarme y ponerme a prueba. La vida no es justa; tú y yo lo sabemos bien. Sin embargo, eso no significa que nos tumbemos y nos la metamos por el culo.

—¿Me aconsejas que corra el riesgo?

Arend se encogió de hombros y sonrió. —Con el riesgo viene la recompensa. Cuanto mayor es el riesgo, mayor es la recompensa.

—¿Qué es eso de una recompensa? —dijo Maitland—. Buena idea, deberíamos ofrecer una recompensa por la información.

Arend y Grayson se miraron y se echaron a reír.

—No creo que mi idea sea tan descabellada —resopló Maitland.

Grayson replicó —En realidad, no es mala idea, pero no sabemos de quién necesitamos información. Una vez que Weston nos haya dado un nombre, entonces...

—De acuerdo —dijo Maitland—. Lo haré entonces. Ofreceré una recompensa cuando tengamos su nombre.

Una vez aclarado esto, la conversación giró hacia otras noticias. Grayson se enteró de más detalles sobre lo ocurrido cuando Christian Trent, conde de Markham, había regresado de Canadá y, al igual que Sebastian Hawkestone, había sido absuelto de su supuesto delito. Le asombró aún más saber que sus dos amigos estaban felizmente casados.

Maitland le entregó una carta de Christian. Grayson decidió leerla más tarde, cuando estuviera solo. Pero el peso de la culpa que sentía por las quemaduras de Christian ya se había aliviado ligeramente, ahora que sabía que su amigo era feliz.

Esa noche, Grayson estaba tumbado en la cama, intentando no pensar en Portia, que dormía a pocos metros de él en la otra habitación. El hecho de saber que estaba enamorado de Portia pesaba mucho en su mente.

Nunca se había considerado un cobarde, pero ahora se sentía como tal. Portia, por ejemplo, había demostrado más valentía en su vida que él, a excepción de la guerra. Había desafiado las maliciosas habladurías y había hecho crecer su negocio de sidra hasta convertirse en la mayor proveedora del suroeste de Inglaterra. Se había negado a

casarse simplemente para satisfacer las expectativas de la sociedad. Había mantenido la cabeza fría y no se había derrumbado cuando fue secuestrada y maltratada por un sultán, y Portia había rechazado un intento de violación desarmando a un hombre que la doblaba en tamaño.

Pero, sobre todo, estaba dispuesta a arriesgar su corazón por él, un hombre que había perdido a todas las personas que había amado de verdad y que no dudaba en mostrar su desagrado por su comportamiento poco convencional. Eso era valiente.

Grayson había aprendido a temer al amor, porque cuidar de otra persona lo hacía vulnerable. Pero las últimas páginas de la carta de Christian, que había leído antes de meterse en la cama, le habían llegado al corazón.

Los eruditos libertinos me informan de que sufres una absurda noción de culpa por mis quemaduras. Eso me hace sentir culpable, ya que no tienes nada que expiar. De hecho, aquel día me salvaste la vida, y aunque al principio te maldije por ello, debería haberte dado las gracias todos los días desde entonces. Sobreviví mientras que muchos de nuestros amigos no lo hicieron. Ahora intento aprovechar al máximo cada día con el que Dios ha tenido a bien bendecirme.

He conocido y me he casado con la mujer más maravillosa, Serena, y estoy a punto de ser padre. Es la realización de todos los sueños que compartí contigo durante las largas y frías noches de la guerra.

Cuando yacía en el campo de batalla en plena agonía, con el cuerpo en llamas y delirando por el láudano, lo único en lo que podía pensar era en el hecho de que no tenía a nadie especial en mi vida para llorar mi muerte: ni esposa ni hijos que me quisieran. Es un destino terrible para cualquier hombre encontrarse con su creador sin amor. El amor es lo que nos mantiene vivos en los corazones y las mentes de quienes dejamos atrás. Doy gracias a Dios cada día por haber encontrado eso con Serena.

Le doy las gracias por asegurarse de que no muriera en el campo de batalla. Te doy las gracias por animarme a no rendirme y a luchar por vivir, y te doy las gracias sobre todo por ser mi amigo.

Estoy deseando presentarte a Serena y pedirte un favor muy especial cuando nos veamos. Cuídate, y espero que algún día tú también encuentres el amor que yo he encontrado con Serena, porque te lo mereces. Recuerda que el amor nos sostiene tanto en la vida como en la muerte.

Las palabras de Christian resonaron en lo más profundo de su ser. Siempre había llevado a su familia en el corazón, como hacía ahora con Robert. Aunque el dolor de su pérdida nunca le abandonaba, el amor que había compartido con ellos a menudo le inundaba de cálidos recuerdos. Sonreía al recordar las tontas travesuras que Robert y él

habían hecho cuando eran más jóvenes, como cambiar el buen brandy de Lord Cumberland por vinagre y bebérselo en los establos hasta caer enfermos. El castigo a la mañana siguiente había sido un sermón del vicario sobre los pecados del exceso de indulgencia mientras aún sufrían la resaca y la indigestión de los huevos al curry que Lord Cumberland les había hecho comer. Grayson se dio cuenta de que si no hubiera abierto su corazón a Robert y a su familia tras la muerte de sus padres, no tendría nada alegre que recordar.

Grayson se levantó de la cama, arrastrado como un pez en un sedal hacia su habitación. Se paró en la puerta de la habitación de Portia, mirándola dormir. Parecía tan tranquila. No recordaba la última vez que había conseguido dormir sin despertarse de la pesadilla de Christian ardiendo. El olor a carne carbonizada como el de un cerdo en un asador le recurrían a menudo. Había sido idea imprudente de Grayson atacar el cañón, y sin embargo no había resultado herido. Y en las circunstancias actuales, fueron sus acciones, o, más bien, las acciones de su padre, las que habían puesto a Portia en peligro.

Su hermoso rostro estaba iluminado por los rayos de luna que inundaban la habitación, y parecía un ángel. Sus pestañas descansaban sobre la pálida piel, sus labios ligeramente entreabiertos mientras dormía. El camisón de batista de Portia se había deslizado hacia abajo, dejando al descubierto un hombro cremoso y la parte superior de un pecho maduro. Mientras la observaba, se prometió que, pasara lo que pasara, la vería feliz. Intentaría darle lo que quería, *su corazón.*

De repente, ella gritó y empezó a sacudirse, tirando las sábanas y dejando al descubierto sus esbeltas piernas. Comprendió el terror de las pesadillas, lo ineludible de la oscuridad. Su corazón se ablandó hacia Portia. Le había ocultado sus miedos a él y a todos los demás. Había sido muy valiente, pero era evidente que algo atormentaba sus sueños. Quiso alejar los malos recuerdos.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, estaba sentado en el borde de su cama, tocándole el hombro desnudo para disipar sus demonios. Ella se despertó al instante con un grito, levantando los brazos como si fuera a golpear a su atacante.

—Shh, Portia, está bien. Soy yo, Grayson. Ahora estás a salvo.

Al oír sus palabras, se arrojó a sus brazos, rodeándole el cuello con los brazos y aferrándose a él con todas sus fuerzas.

—Soñé que no me habían rescatado y que el sultán me tenía. Él...

Grayson la rodeó con los brazos. —Estás en Inglaterra, conmigo, y con muchos hombres para protegerte. No dejaré que te pase algo.

Portia apretó la cara contra la curva de su cuello. De repente, Grayson se dio cuenta de que estaba desnudo excepto por los calzoncillos. Sus dedos se deslizaron por su pecho desnudo, casi como si intentara aferrarlo a ella.

Grayson le acarició la espalda, deseando que se calmaran sus temblores.

—Soñé que me devolvías al sultán porque no me querías —sollozó.

Al oír el miedo en su voz, a Grayson se le encogió el corazón. —Nunca dejaría que alguién te hiciera daño.

Levantó los ojos llenos de lágrimas para mirarle. —Me has hecho daño —susurró antes de acurrucarse contra su pecho, llorando en silencio.

Sus palabras fueron un golpe tan fuerte que apenas pudo recuperar el aliento. No había querido hacerle daño, pero había tenido miedo de dejarla entrar en su corazón. Grayson no quería sentir. No quería que su suavidad femenina le recordara tan dolorosamente a las personas que había perdido. Además, ¿cómo podía amar a Portia cuando había decepcionado tanto a Robert? Robert había pensado que no eran compatibles. Se revolvería en su tumba al saber que Grayson se casaba con su hermana. Ya se sentía bastante culpable sin saberlo.

—Sé paciente, Portia. Sé lo que quieres de mí. Pero no sé si soy capaz de darte lo que deseas.

Ella se retiró de sus brazos, y él sintió la pérdida como si le faltara un brazo. —Entonces tal vez deberías dejarme ir. Tal vez tengas razón. Simplemente debería encontrar a un hombre que quiera una novia adecuada.

Su estómago se desplomó. Ella los había oído. Deseó haber detenido su estúpida conversación. —Pero tú quieres amor en tu matrimonio.

Ella le acarició la cara y le dijo con voz suave —Sólo hay un hombre al que amaré. Ahora lo sé. Si no puedes darme tu corazón, entonces déjame ir.

El pulso se le aceleró y la piel se le puso húmeda. —Hablas en serio. —Estaba a punto de perderla. Si se casaba con otro, saldría de su vida para siempre. No tendría más lazos con ella, ya que el privilegio de su custodia pasaría a su marido.

Suspiró y se dejó caer de nuevo en la cama. —No quiero presionarte, pero cuando lleguemos a Londres, mi familia insistirá en que nos casemos. Supondrán que estaré encantada de casarme contigo. Sin embargo, me gustaría pasar el resto de nuestro viaje con Su Alteza. Si va en serio lo de tomar una novia, entonces quiero ver si podríamos tener un matrimonio cordial.

Se sintió enfermo. Esto no podía estar pasando. Justo cuando estaba sintiendo algo más que deseo por ella, ella le estaba dando un ultimátum. Se resistió a que le dijeran lo que debía sentir o hacer. —Necesito más tiempo.

—Se me acaba el tiempo. Tienes hasta que lleguemos a Londres. Si para entonces no conoces tu corazón, dudo que alguna vez lo hagas.

—Con eso, ella se puso de lado, de espaldas a él—. Buenas noches, mi señor. Te agradecería que me dejaras cabalgar con Su Alteza mañana. Me gustaría pasar tiempo con él en privado.

Se levantó y se quedó mirando a Portia como si fuera una extraña. ¿Cómo podía estar considerando seriamente esta opción? —Podrías estar embarazada de mi hijo.

Portia no se volvió para mirarle. Se limitó a decir —Eso es algo que dejaré muy claro a Su Alteza. No tengo tiempo para esperar a ver si estoy embarazada. Tendría que quererme como esposa, a pesar de todo.

Grayson apretó los puños a los costados para no hacerla rodar hasta quedar frente a él. —Si me opongo a esto, Maitland no se casará contigo.

Esta vez ella se volvió y le lanzó una mirada que helaría los fuegos del infierno. —Entonces me verías arruinada. No me casaré contigo sin reclamar tu corazón. Mi destino, al parecer, está en tus manos. —Entonces ella se alejó una vez más.

De vuelta en su habitación, se sumió en un sueño furioso y desesperado y soñó con ella, un sueño erótico en el que se despertaba casi al amanecer con su miembro tieso y dolorida, la imagen de ella sucumbiendo al placer bajo él, su pecho en su boca, su pelo rojo apelmazado en la almohada, sus piernas rodeando firmemente su cintura mientras él acariciaba su apretado calor. Casi se había corrido en su sueño. Pero con la luz del día volvió el miedo, miedo a amarla, miedo a perderla.

Desde el rescate, ella había hecho que las emociones y deseos dormidos en su interior cobraran vida. Los estragos y las pérdidas de la guerra le habían hecho replegarse sobre sí mismo. Había pasado de ser un hombre amante de la diversión a un hombre cuya vida giraba exclusivamente en torno al deber. Una parte de él sabía que una cosa no excluía la otra. Era simplemente su forma de protegerse de nuevas pérdidas. O tal vez simplemente se estaba castigando por sobrevivir.

La forma en que Portia se aferraba a la vida contrastaba vívidamente con la forma en que se había alejado de su verdadero yo. Cierto, se sentía culpable de estar vivo cuando los que le rodeaban habían muerto. Pero Portia casi había muerto cuando era más joven, y abrazó la vida con todo lo que tenía. Su sonrisa iluminaba cualquier habitación, su presencia exigía atención y, cuando soltaba una risita, el sonido removía algo dentro de él. Casi la odiaba por ello.

Tenía menos de unos días para acabar con sus temores o perderla para siempre. Lo que le asustaba era el hecho de que una loca quisiera destruirle, y la villana sabía cómo. Todo lo que tenía que hacer era arrebatarle a Portia.

Capítulo Doce

Grayson no podía creer los celos que sintió al ver a Maitland llevando a Portia al otro carruaje. Su sonrisa y su temperamento ya parecían haber cautivado a Maitland, y Grayson quería borrar la sonrisa de la cara de su amigo.

Arend le dio un empujón. —Sube al carruaje antes de que se te desencaje la mandíbula. Te oigo rechinar los dientes.

—Parece que Blackwood tiene un rival por el afecto de la dama.

—Cállate, Weston —respondieron Arend y Grayson a la vez, pero fue Arend quien le propinó a Weston una buena bofetada en la cabeza.

Weston se sentó hoscamente junto a Arend mientras el carruaje salía de Deal en dirección a Londres. Grayson sólo podía concentrarse en la idea de que Maitland estuviera a solas con Portia. ¿Ya estaba hablando de su situación con su amigo?

—Me gustaría que dejaras de mover el esqueleto. Maitland es un caballero. No la forzará. —La astucia de Arend le puso nervioso.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que estoy pensando en Portia?

—Si estuvieras pensando en la villana, acosarías a Weston en busca de respuestas. ¿Qué es lo que te preocupa, dado que Portia no tiene más opción que casarse contigo?

Se dio la vuelta antes de que Arend pudiera ver lo desgarradora que era la situación. —Ella tiene elección.

—No veo cómo. Su familia insistirá en el matrimonio. Incluso Portia debe ver que su negocio de sidra sufriría si se supiera que rechazó tu propuesta. Y dudo que quieras que la sociedad piense que no hiciste lo honorable y te ofreciste por ella.

Weston no pudo evitar incitar a Grayson. —¿Es que ella no te quiere? Cielos, una mujer que se enfrenta a la ruina y no quiere casarse contigo. Qué humillante.

Grayson apretó los puños, deseando partirle la cara a Weston, pero no podía, se lo había prometido a Portia. Como si hubiera leído la mente de Grayson, Arend pinchó a Weston en las costillas.

—¿Es eso cierto? —preguntó Arend a Grayson—. Creía que estaba enamorada de ti. El rumor que circula entre la sociedad es que rechazó todas las ofertas de mano, y ha habido muchas, porque te estaba esperando. Se sintió atraída a conocerte, pero no eras tú quien

le había escrito para que viniera.

Grayson tragó saliva. —Ella no desea casarse con ningún hombre que no ponga su corazón a sus pies.

Arend sonrió. —Sigo sin ver el problema. ¿No pueden simplemente profesarse amor y acabar de una vez?

Grayson había olvidado lo despiadado que podía llegar a ser Arend. Arend había tenido que luchar toda su vida, y algo más, por todo lo que tenía. Se había ganado el respeto de los eruditos libertinos por su tenacidad y su capacidad para hacer siempre lo correcto, aunque a veces sus métodos fueran cuestionables.

—¿Estás sugiriendo que miento?

—No. Estoy sugiriendo que le entregues tu corazón. Sabes que quieres hacerlo. —Grayson se quedó sin palabras.

Arend continuó. —La noche que volviste a Inglaterra de la guerra, desvariabas sobre lo que le habías hecho a Christian, y todos nos emborrachamos. Me dijiste que querías cumplir tu sueño de encontrar a la mujer perfecta, enamorarte y tener una familia numerosa. Querías celebrar la vida, para variar.

Sacudió la cabeza. —Ahí está el problema. Portia no es la mujer perfecta.

—¿No lo es?

—No. Incluso Robert dijo que no éramos adecuados. Me dijo que una vez había deseado que me casara con Portia, pero que había comprendido que éramos demasiado diferentes.

Arend se ajustó la coleta detrás de la cabeza y luego se recostó contra el cojín que tenia de cabecera. —Eso no es lo que me dijo Robert —dijo—. Esperaba que diciéndote que no la persiguieras, hicieras exactamente lo contrario.

—Tonterías. No habría jugado conmigo.

Arend cerró los ojos y soltó una risita. —Cuando los pilló, a Portia y a ti, en el pasillo del baile de los chipriotas, justo antes de que te fueras a la guerra, esperaba que todo fuera por buen camino. Sospecho que, por eso, mientras agonizaba, te hizo jurar que cuidarías de Portia. Tenía cuatro hermanos, ¿por qué iba a dejártela a ti? —Miró a Grayson a los ojos—. Sólo se me ocurre una razón.

Grayson se quedó inmóvil. Recordó su estancia con la familia Flagstaff. Robert y Philip se habían burlado de él por su pequeña «sombra», como llamaban a su hermana. Al principio se había sentido avergonzado por su evidente enamoramiento, luego halagado y después molesto. Luego había desarrollado sentimientos hacia ella, sentimientos no fraternales.

Sin embargo, cuando ella enfermó y casi muere, entró en pánico. No podía perder a otra persona que le importaba. Se retiró y se concentró en aprender a administrar sus propiedades y en sembrar su

avena salvaje, tratando de alejarla de su mente. Cuando Robert le había sugerido que menos mal, ya que no eran compatibles, se había agarrado a esa excusa para esconderse de sus sentimientos.

—Me costará convencerla de mi cambio de opinión. Me oyó sugerir que Maitland intentara cortejarla. Cree que no quiero casarme con ella.

—Y yo que pensaba que este viaje sería aburrido —se mofó Weston. Esta vez fue Grayson quien le dio un manotazo en la cabeza.

—Weston, si insistes en hablar, cuéntanos cómo te reclutó nuestra villana. —Por la expresión de la cara de Weston, no reconoció la seriedad en la voz de Arend. Grayson pensó que Weston estaba a punto de responder con sarcasmo cuando Arend añadió en tono suave pero mortífero— Nunca prometí mantenerte de una pieza.

El rostro de Weston palideció y miró a Grayson. Grayson se limitó a recostarse y encogerse de hombros. —Le prometí a Portia que no se derramaría sangre. Sin embargo, estoy seguro de que Arend sabe cómo infligir dolor sin sangre.

—Bastardos —gruñó Weston—. Tengo ganas de no decir nada.

Grayson se inclinó hacia delante hasta quedar frente a Weston. —Entonces se acabó tu trato con Portia y puedo entregarte a Arend con la conciencia tranquila. No le importa la sangre.

—Puedes torturarme todo lo que quieras, pero no te daré su nombre. Sólo se lo daré a Lady Portia, y sólo cuando el dinero esté en mis manos.

Arend suspiró y se quitó los guantes. Luego sacó un saco negro de debajo del asiento.

Weston se lamió los labios. —Bien. Puedo decirte que pagó todas mis deudas, así que debe de ser una mujer muy rica.

Aquello llamó la atención de los dos hombres. —¿Debe de serlo? —expuso Grayson—. No sabes quién es, ¿verdad? Sabía que estabas jugando...

—No sé quién es ahora, pero sé quién era. Cuando una persona compra todas tus deudas, te empeñas en averiguar todo lo que puedas. Seguí la pista de un hombre hasta un burdel donde averigüé, mediante un poco de persuasión, un nombre, pero he descubierto que es de hace años. ¿Por qué crees que al final tuve que aceptar su oferta? Es imposible encontrar y burlar a un fantasma.

Lo primero que le llamó la atención a Portia cuando Maitland Spencer, duque de Lyttleton, la subió al carruaje fue que era un hombre corpulento y de carácter serio. Nunca antes había tenido la oportunidad de estudiarlo de cerca. Su pelo bien recortado le daba un aspecto severo e inflexible, pero ella sabía por su encuentro anterior que era un hombre accesible.

Siempre lo había considerado guapo, con una frente prominente, una mandíbula cincelada y unos ojos del color de la hierba primaveral enmarcados por pestañas oscuras. Su nariz guardaba una proporción perfecta con sus altos pómulos, y su único defecto eran unos labios finos que le daban un aire estoico. Su educación estaba a la vista de todos. Se comportaba con la arrogancia y la fanfarronería propias de su rango. Sin embargo, también parecía amable. Ella lo había visto de lejos en varias ocasiones, en bailes y fiestas de jardín, por ejemplo, y sabía que siempre hacía que los que estaban al margen de la popularidad de la sociedad se sintieran incluidos. Por lo general, bailaba primero con una alhelí, se tomaba tiempo para hablar con las ancianas a las que la sociedad rehuía por ser demasiado viejas y poco importantes, y nunca se olvidaba de las damas a las que los demás consideraban solteronas.

Guapo, amable, rico y duque: el pretendiente soñado de toda joven. ¿Por qué no se le aceleraba el corazón cuando Maitland le sonreía como a Grayson?

—Ha vivido toda una aventura, Lady Portia.

—Me encantan las aventuras siempre que salga de una pieza. Y por favor, llámeme Portia.

—Siempre y cuando me llames Maitland.

Inclinó la cabeza. —Me temo que a mi familia no le ha gustado nada esta aventura. Me recibirán con regaños y proclamas.

—Tonterías. Les emocionará verte a salvo en casa. También deberíamos tener noticias de cómo le ha ido a Philip cuando lleguemos a Londres.

Ella le dedicó una cálida sonrisa. —Eres muy amable. Sé que los rumores en torno a mi desaparición han sido de todo menos elogiosos, y me enfrento a la ruina social.

Se rió entre dientes. —No parece preocuparte demasiado la situación en la que te encuentras.

—No, efectivamente. Ha sido toda una aventura. Además, tengo dinero y nunca me ha importado lo que la sociedad piense de mí. Cuando muera, desde luego, no quiero mirar atrás y decir, «Caramba, fui una buena chica, pero aburrida, y ojalá hubiera hecho algo diferente».

La miró fijamente durante unos instantes. Luego una sonrisa se dibujó en su rostro. —Bravo.

—Es mi familia la que me preocupa más. Solía llorar por no tener una hermana, pero menos mal que no la tengo o pagaría por mis supuestos pecados. Mis hermanos son lo suficientemente grandes y maduros como para capear cualquier escándalo que traiga su hermana.

—Tus hermanos deben estar preocupados por ti. Tengo tres

hermanastros mucho más jóvenes que yo, y me preocupo por ellos constantemente ahora que nuestro padre ha muerto.

Portia lo sabía todo sobre su familia y el escándalo que le rodeaba. Hace unos diez años, poco después de la muerte de su padre, su relación con su madrastra Pricilla fue la comidilla de la sociedad, ya que era dos años más joven que Maitland. Empezaron a circular rumores de que se había convertido en la amante de Maitland. Portia no tenía ni idea de si eso era cierto y no le importaba. Sin embargo, Maitland seguía siendo muy protector con Pricilla y sus hijos, sus hermanastros. Dado que seguía siendo soltero, Pricilla seguía actuando como su anfitriona cuando la ocasión lo requería.

—Sospecho que me aconsejarías casarme con Lord Blackwood, como Philip y Madre seguramente insistirán. ¿Ofrecerías la alternativa que habías discutido con Grayson?

No lo dudó. —Esa parecería una solución ideal. Sin embargo, no es tu única opción.

—Debo advertirte, escuché tu conversación con Grayson. ¿Estás buscando esposa?

No mostró ninguna emoción por haber sido sorprendido discutiendo con ella. —La busco.

—Estoy segura de que hay muchas mujeres que estarían ansiosas por asumir ese papel.

—Por supuesto. Demasiadas opciones, en realidad.

—¿Y una mujer a la que ames? ¿Hay alguien de quien estés enamorado, una mujer totalmente inapropiada, y por eso buscas a cualquier mujer para ocupar el papel de esposa?

Ni siquiera parecía incómodo cuando respondió. Aquí había un hombre seguro de sus propios pensamientos. —No creo en el amor. No es una emoción racional. Lo que otros experimentan y creen que es amor, en realidad es un arrebato fugaz de sentimientos de voluntad débil provocados por la lujuria, el deseo o la pasión. Es la misma experiencia surrealista que si tomaran opio. El amor es una distorsión mental que desaparece pronto.

—Ya veo. —Y lo hizo, o él nunca había estado enamorado o lo había estado y había acabado herido. Se estaba cerrando a experimentar la flecha de Cupido—. ¿Por eso le dijiste a Grayson que estás dispuesto a salvar mi reputación ofreciéndote por una mujer como yo? Una mujer rodeada de escándalos y...

Le tendió la mano, su gran mano se tragó la pequeña de ella. —Te admiro aún más por cómo has superado tu prueba sin histeria y con la cabeza bien alta. Además, has demostrado acertadamente tu inteligencia y valentía al capturar a Weston. ¿Qué mejores atributos podría desear en una esposa?

Sabía que sus siguientes palabras harían o desharían su única

opción aparte de Grayson. —Pureza. —Ante la falta de reacción de él, añadió— Podría estar embarazada.

—La pureza no es un problema, pero un hijo, un hijo varón, sí lo sería. Si él es varón, se convertiría en mi heredero.

Maitland ni siquiera preguntó quién o cómo. Por lo que él sabía, el sultán o los hombres que la secuestraron podrían haberla violado. Podría preguntarse si era de Grayson, pero probablemente supondría que ella se casaría con Grayson si ése fuera el caso. Como él no creía en el amor, Maitland no entendería sus razones para no hacerlo.

Portia con un tono decidido, —Lo sabré en unos días si estoy em...

Se limitó a asentir. —Entiendo que estarías abierta a mi demanda. ¿Puedo preguntar por qué?

—Grayson no me quiere.

—Esa es la primera cosa ridícula que te he oído decir. Te quiera o no, tiene sentido aceptar su oferta. Son amigos. Forma parte de tu familia desde hace muchos años. Se quieren y se respetan, y la sociedad no tendría motivos para especular y cotillear.

Hombres. Nunca lo entenderían a menos que el amor les golpeara en la cara con una pala. —Estoy enamorada de él. Lo he estado desde que tenía dieciséis años. Puede que tú no creas en el amor, pero yo sí.

—Sigo sin ver el problema.

Ella suspiró y retiró su mano de la de él. —Puede que Grayson nunca llegue a corresponder a mi amor, y yo me pasaría la vida suspirando por algo que nunca será. No podría imaginar algo tan doloroso. ¿Y si encontrara una mujer, una amante, a la que amara? Si me caso con un hombre al que no amo, nunca podrá hacerme daño. Puedo seguir con mi vida sin amor, porque cada día no tendré que enfrentarme al hecho de que él no me reconociera como su único amor.

—Tal vez si le dieras tiempo

—No tengo tiempo para esperar a que conozca su corazón. Además, como tú has señalado, él me ha conocido el tiempo suficiente para saber en su corazón cuáles son sus sentimientos por mí. Si no me hubieran secuestrado, no me estaría proponiendo matrimonio. Eso lo dice todo.

—Una deducción lógica —dijo Maitland mientras se recostaba en su asiento. Se quedó en silencio, mirando por la ventanilla del carruaje durante unos minutos. Finalmente, se volvió hacia ella—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Ella asintió, sabiendo lo que le iba a preguntar.

—¿Fuiste violada durante tu secuestro?

—No.

—Entonces supongo que has intimado con Grayson. —Sus modales mostraban que era la única deducción que podía hacer—. Eso cambia

las cosas.

—Pensé que lo haría. Supongo que ahora no te ofrecerás por mí.

—No —afirmó— no me refiero a eso. Simplemente estoy pensando en mi conversación de ayer con él. Su actitud fue posesiva cuando hablamos de mi sugerencia de convertirte en un prospecto alternativo. De hecho, parecía muy seguro de que me rechazarías; incluso se mostró petulante al respecto. Creo que Grayson oculta sus sentimientos. Si sabía que no te casarías con él sin amor, y aun así se acostó contigo... Bueno, quizá sus sentimientos sean más complicados de lo que imaginas. —Le dedicó una sonrisa astuta—. Creo que deberíamos poner a prueba sus sentimientos hacia ti.

¿Tendría razón Maitland? Si Grayson albergaba algún sentimiento romántico por ella, entonces todavía había una posibilidad de que pudiera ganarse su corazón. Ella le devolvió la sonrisa. —Me gusta cómo piensas.

—Entonces permíteme esbozar un plan de ataque. Una campaña sólida debería permitirte tener tu respuesta para cuando lleguemos a Londres.

Portia sonrió ante la idea sugerida por Maitland. Iba a disfrutar de su pequeño juego. Sólo esperaba que el resultado fuera el que deseaba y necesitaba, ganarse el amor de Grayson.

Portia tuvo que esperar hasta que se detuvieron en una posada a almorzar para comprobar si la corazonada de Maitland era correcta.

La pareja esperó en el carruaje hasta que llegó el segundo, y sólo entonces desembarcaron. Maitland la ayudó a bajar, inclinándose sobre su mano y depositando un persistente beso en su guante antes de enlazar los brazos con ella y caminar hacia el interior.

—Si hubiera hecho más frío, sospecho que habríamos visto salir vapor de las orejas de Grayson —susurró Maitland mientras le tendía la silla. Les habían hecho pasar a un comedor privado—. Tenemos varios minutos antes de que aparezca Grayson, ya que se ocuparán de Weston. Lo están encerrando en los establos.

Maitland se fue a pedir el almuerzo para todos, y Portia se excusó para hacer uso de lo necesario y refrescarse. Cuando regresó, los otros dos hombres habían llegado.

Maitland le tendió la silla y ella le dedicó lo que esperaba fuera una sonrisa seductora.

—Gracias, Maitland —dijo mientras se sentaba.

—El placer es mío, cariño. Gracias por una mañana tan agradable. El paseo en carruaje pasó volando.

Portia no miró a Grayson, pero le oyó moverse en su silla.

—Pensé que te interesaría más lo que Arend aprendió de Weston que coquetear con lady Portia.

Portia ocultó su sonrisa ante el tono molesto de Grayson. Vaya,

vaya, vaya...

—Por supuesto que sí —respondió Maitland a Grayson—. Sin embargo, no hay razón para abandonar los modales, especialmente frente a una mujer tan hermosa.

Inclinó la cabeza ante las amables palabras de Maitland y notó un tic en la mandíbula de Grayson.

Arend tosió en su mano antes de decir —Weston no tiene ni idea de quién *es* la villana, sólo de quién *era*.

Eso hizo que Portia se olvidara de Grayson. —¿Cómo dice? ¿Me mintió? —Su temperamento se disparó—. ¡Él iba a tomar mi dinero!

—No exactamente. Él sólo sabe el nombre que ella solía usar. Te dará el nombre, pero esa persona ya no existe, y dijo que el rastro se perdió cuando intentó indagar más.

—¿Y de qué nombre se trata? —preguntó a Arend.

—No nos dirá su nombre hasta que tenga tu dinero. Puedo, por supuesto, sacárselo a golpes, pero has prohibido esa táctica. Personalmente, creo que está lleno de...

—Ya basta, Arend, —interrumpió Grayson—. Admitió que no tenía recursos para investigar más. Nosotros sí. Todo lo que necesitamos es un punto de partida, así que el plan de Portia es sólido. Si tratamos de sacárselo a golpes, es probable que mienta sólo para burlarse de nosotros. Admitió que saber su nombre sería la pista que ha estado buscando.

—Gracias a Portia, tenemos la oportunidad de saber por fin algo importante —dijo Maitland y una vez más se llevó la mano a los labios.

Grayson apartó la silla y se levantó. —No deberíamos entretenernos, no me gusta dejar a Weston sin vigilancia mucho tiempo. Maitland, ¿Puedo hablar contigo fuera? —Saludó a Portia con la cabeza mientras se marchaba, y a ella le alegró ver que no estaba de buen humor.

Maitland le guiñó un ojo mientras seguía a Grayson a la salida. Por desgracia, Arend lo vio. Esperó a que Maitland cerrara la puerta tras él antes de volverse hacia Portia.

—Es un juego peligroso el que juegas. Grayson y Maitland son amigos desde hace muchos años. Odiaría que una mujer se interpusiera entre ellos.

Había algo en Arend que le erizaba el vello de los brazos. Podía intimidar con una mirada desde lo más profundo de aquellos ojos fríos y duros. —No dejaré que eso ocurra —le aseguró. Ante la ceja levantada de Arend, añadió— Además, es idea de Su Alteza.

Arend se levantó hasta sobresalir por encima de ella. —Te aconsejo que le digas a Maitland que ponga fin a esta farsa antes de que alguien salga herido. Grayson tiene demonios a los que debe enfrentarse y

obligarle a reconocerlos antes de que esté preparado puede hacer que las buenas intenciones de Maitland vuelvan para darle una patada en el culo. —Hizo una pausa y añadió— Y puede que te encuentres casada con Su Alteza. Sé que eso no es lo que deseas. Piensa en tus acciones. ¿Qué harás si Grayson se resigna y te deja ir?

—Conozco los demonios a los que se enfrenta. Teme perder a los que ama. No tengo intención de dejar esta tierra pronto.

—Y, sin embargo, hay una asesina dispuesta a matarte e inculpar a Grayson. Si tiene éxito y mueres, Grayson se culpará a sí mismo. Ya está lleno de culpa por la muerte de Robert y las quemaduras de Christian. Su dolor por ti será mucho peor debido a su promesa a Robert. ¿Por qué intentar forzar sus sentimientos cuando el futuro aún es incierto? —Apartó la mirada con disgusto—. Es egoísta, y Maitland debería saberlo. Si lo presionas, puede que Grayson te deje marchar. No podría soportar perderte por la muerte o por Maitland. Para ahorrarse el daño, puede que simplemente se marche si no tienes cuidado.

Portia se sintió como una niña a la que su padre regañara, aunque Arend sólo era unos años mayor que ella. Lo que más le dolía y la avergonzaba era que él tenía razón. Obligar a Grayson a revelar sus sentimientos no era sensato, dadas sus circunstancias. Si el villano lograba herirla, provocaría que el corazón de Grayson se marchitara y muriera para siempre. —Ordenaré a Maitland que detenga su plan. No quiero hacer daño a Grayson, ni a nadie más. —Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Arend se movió alrededor de la mesa y le entregó su pañuelo. —Siento ser brusco, pero me preocupo por mis amigos. Ten fe en Grayson. Creo que descubrirás que su postura puede haber cambiado algo. ¿Sabías que pensó que Robert se oponía a un pretendiente?

—Mencionó que Robert le dijo que no éramos adecuados. Sin embargo, debe haber otra razón por la que Robert se opusiera. Quizá Grayson se equivocó y sólo oyó lo que quería oír... porque no me quiere, pero prefirió no herir mis sentimientos.

—No estoy seguro de que sepa lo que quiere. —Arend le puso una mano en el hombro y apretó—. Se ha contenido porque pensaba que eso era lo que Robert quería. Hace poco señalé que Robert obviamente esperaba una pareja o no le habría pedido a Grayson que cuidara de ti. ¿Por qué lo haría, cuando tienes otros cuatro hermanos para asegurar tu bienestar? Ven, unámonos a los hombres —dijo, y le ofreció el brazo.

Una vez en el patio, Arend llamó a Grayson. —Me gustaría que Maitland cabalgara conmigo para que podamos discutir nuestra situación.

Maitland estaba a punto de protestar, así que Portia tomó la

palabra. —Me gustaría hablar con Grayson, si no te importa, Maitland.

Maitland la miró un momento y luego asintió. —Como desees, querida.

Grayson no dio su opinión, pero la ayudó a subir al carruaje. Se sentaron juntos en silencio hasta que el carruaje abandonó la posada. Ella se preguntaba cómo abordar el tema de su relación cuando Grayson se volvió de repente hacia ella y le dijo —No puedes hablar en serio sobre Maitland como alternativa. El hombre es mi amigo, pero debe ser obvio que es tan frío como un iceberg. Para una mujer que quiere amor, eso no tiene sentido.

—No quiero amor de él. Sólo quiero proteger a mi familia de más escándalos.

Se sentó a su lado y, como siempre, su cuerpo reaccionó. Se le aceleró el pulso y se le secó la boca al ver cómo Grayson se pasaba una mano por los rizos brillantes. —¿Así que te casarías con un hombre al que no amas? ¿Lo deseas, entonces? Es una buena figura de hombre.

—Es atractivo. —Oyó a Grayson maldecir un instante antes de encontrarse en sus brazos, con su boca besando la suya, y su cuerpo cobró vida. Sus manos se alzaron para hundirse en su pelo, y su cuerpo se apretó más al de él. La lengua de él se introdujo posesivamente en la boca de ella y un gemido retumbó en lo más profundo de su pecho.

El beso siguió y siguió, y ella no recordaba que la empujaran hacia el asiento del carruaje, pero de repente él estaba encima de ella, con las manos bajo la falda, los dedos trazando una línea por su muslo para acariciar la humedad entre ellos.

De repente se echó hacia atrás y se quedaron mirándose un momento. —¿Puede hacer que te mojes con una mirada, con un roce? —preguntó finalmente—. ¿Puede encender el fuego del deseo que chispea en tus ojos?

—No, —susurró ella—. Sólo tú. Siempre has sido sólo tú.

Capítulo Trece

—Dios, Portia. Te deseo. He intentado no... —Silenció las angustiosas palabras de Grayson con la boca, mientras sus manos tanteaban la caída de sus pantalones.

Sus manos encontraron los ganchos de la parte trasera de la bata y pronto le liberó los pechos bajándole la camisa. Su boca se aferró a un pezón y succionó. Ella se arqueó hacia él, deseando más. Liberó su erección y lo agarró con fuerza. Su mano se movió entre sus piernas, separó los rizos y acarició. Sus pensamientos se desbarataron cuando él introdujo un largo dedo en su interior mientras hacía círculos con el pulgar sobre su clítoris, liberando un placer agonizante. Sus caderas se levantaron por sí solas y gritó su nombre. Movió la boca hacia el otro pecho y, de un tirón, ella se estremeció.

Se apoderó rápidamente de sus labios, ahogando su grito, besándola al compás de los dedos que seguían atormentándola entre las piernas.

Ella se recostó, jadeante y casi delirante. —Te necesito dentro de mí —murmuró contra su oído. Su mano salió volando de debajo de sus faldas y la levantó con urgencia, colocándola a horcajadas sobre sus rodillas. La levantó y la empujó hacia arriba mientras la bajaba sobre su duro y prominente miembro. No le dio tiempo a adaptarse a su invasión antes de levantarla de nuevo y penetrarla profundamente, una y otra vez.

Sus labios abandonaron los de ella y crearon una estela de calor hirviente mientras le lamía los pechos y se metía un pezón en la boca. Ella gimió en la penumbra del vagón.

Pronto tomó el control, cabalgándole con fuerza. Se sintió en paraíso, maravillosamente llena, y demasiado pronto las sensaciones se apoderaron de ella mientras él continuaba con sus poderosas embestidas. El placer más dulce que jamás había experimentado se apoderó de su interior. Tragó saliva ante la oscura sensualidad que marcaba sus rasgos. Portia le cogió la cara con las manos, se inclinó hacia él y apretó los labios contra los suyos. Con las piernas, agarró con más fuerza las caderas de él y lo cabalgó con fuerza. Lo vio apretar los dientes y gemir.

—Grayson —le susurró al oído. Él empujó más fuerte, y el gemido

de ella fue una súplica para que la llenara. Eran uno en su pasión. Ella deseaba poder decir lo mismo del resto de su relación, pero Grayson no la dejaba entrar, sólo su cuerpo. Sólo cuando se unían físicamente lo hacían, hablaban de verdad el uno con el otro, recurriendo a sus puntos fuertes y curando las heridas.

Sus labios buscaron los de ella, capturándolos, y reclamó su lengua en una incursión dominante mientras empujaba con urgencia más alto y más fuerte. El placer que le proporcionaba la hacía agitarse y gemir mientras le correspondía, empuje tras empuje.

Pronto no pudo contener sus gemidos. Sus piernas se agarraron con más fuerza a medida que subía más y bajaba más deprisa. Sus manos sujetaban sus caderas con tanta fuerza que ella podía sentir sus dedos clavándose en su piel a través de las capas de ropa.

Cuando usó el pulgar para presionar su endurecido clítoris, ella gritó mientras el placer rugía en su interior, feroz y dulce, y estallaba de placer. El áspero gemido de Grayson retumbó en lo más profundo de su pecho, vibrando en su corazón mientras ella yacía desplomada entre sus brazos. La besó, penetrándola cada vez con más fuerza y velocidad, hasta que el placer lo invadió a él también.

Al cabo de un momento, le besó la mejilla mientras él respiraba agitadamente con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. —No me digas que no somos compatibles, Grayson Devlin. Ha sido perfecto.

Sus palabras provocaron una de las infames sonrisas sensuales de Grayson. —No tengo fuerzas para discrepar. —Abrió un ojo para mirarla—. Ya que pareces tener la energía para hablar, tal vez estoy perdiendo mi toque. Quizá tenga que volver a intentarlo.

Portia lo abrazó con fuerza, saboreando la tregua que parecía haberse establecido entre ellos.

Permanecieron sentados en silencio durante varios minutos, aun íntimamente unidos, Grayson permaneciendo semiduro dentro del palpitante cuerpo de ella. Con los ojos aún cerrados, finalmente le preguntó —¿Alguna vez te animó Robert a pensar en una relación conmigo?

—Robert no quiso presionarme, pues sabía lo testaruda que soy, pero me dijo que pensaba que eras el hombre que necesitaba. Pensaba en ti como en un hermano, y sé que le gustaba la idea de que nuestras familias se fusionaran. Intentó no entrometerse, pero nos quería a los dos y quería vernos felices.

—Tonterías, le encantaba entrometerse. —Grayson la abrazó más fuerte—. Me dijo que no éramos compatibles.

Portia se rió. —Sospecho que pensó que te darías el lote y harías exactamente lo contrario de lo que propuso. —Se sentó y lo miró—. Admítelo. Si te hubiera propuesto cortejarme, habrías corrido una milla. Antes de la guerra, ninguno de los dos quería sentar cabeza.

Disfrutabas el devaneo con otras mujeres. —Su sonrisa se desvaneció —. Admito que me dolió cuando me dijiste que Robert no creía que fuéramos compatibles, pero he pensado mucho en ello desde entonces. No puedo creer que Robert te dijera en serio lo que te dijo. Es más probable que Robert quisiera evitar que fueras a luchar, y pensó que lanzarte un desafío podría hacer que me persiguieras. Comprendió que, si te casabas, era imposible que lo siguieras a la guerra. —Apoyó la cabeza en su pecho, escuchando los fuertes latidos de su corazón—. Estoy segura de que en realidad sólo quería que ambos estuviéramos a salvo.

Grayson se pasó una mano por el pelo e hizo una mueca. —Bueno, su plan salió mal. Le seguí y le fallé. Además, pensé que hablaba en serio, y...

—No le fallaste. No podías protegerlo todo el tiempo, ni él habría esperado que lo hicieras. Sólo Dios decide cuándo ha llegado nuestro momento. —Ella lo estudió atentamente—. Creo que sabías que él vería con buenos ojos un encuentro, pero usaste su advertencia como excusa.

Abrió la boca para responder y la cerró. Se volvió para mirar por la ventanilla del carruaje y tamborileó con los dedos en el asiento al compás del ruido de las ruedas que giraban.

Su corazón se ablandó. —Tienes miedo de amar, lo cual es muy triste. El amor alimenta nuestras almas y nos sostiene. Amo a mi familia, y aunque he perdido a Robert, siempre está conmigo en mi corazón. Soy mejor persona por haberle tenido como hermano. Nunca desearía que Robert no hubiera formado parte de mi vida, incluso con el dolor de su pérdida. ¿Y tú?

Él se limitó a lamerse los labios, negándose a mirarla. Ella le apartó un mechón de pelo de la cara y le pasó el dedo por la mandíbula cincelada hasta colocárselo bajo la barbilla. Con el dedo, lo giró para que la mirara. —Abrir el corazón al amor es lo más fácil y lo más difícil de hacer. Es fácil porque cuando amas a alguien, ilumina tu mundo. Lo amas sin reservas, con defectos y todo. Tu vida es mejor por tenerlo en ella. —Le acarició la mejilla—. Por otro lado, el amor es duro porque es un riesgo. Los que amas pueden hacerte daño. Pueden rechazarte. Pueden decepcionarte. —Hizo una pausa antes de añadir suavemente—. Puedes perderlos por Dios.

Ella le observó tragar saliva, pero él no apartó la mirada.

—Sin embargo, también sé otra cosa. Estuve a punto de morir y ¿sabes lo que me enseñó esa experiencia? —Sacudió la cabeza—. Aprendí que cada minuto que pasamos con quienes amamos es precioso. Me considero muy afortunada por haber tenido a Robert en mi vida durante veintitrés años. Nunca podría arrepentirme de tenerlo como hermano, como tú no te arrepientes de tenerlo como amigo. —

Se quitó una lágrima que le caía por la mejilla—. Tu vida habría sido más pobre por no tener a Robert como amigo. Puedes desear que nunca hubiera muerto, pero nunca desear que no hubiera formado parte de tu vida.

Él la miró, con los ojos llenos de dolor. —Le echo de menos. Echo mucho de menos a Robert. Echo de menos a mis padres y a mi hermana. Me pregunto constantemente en qué clase de mujer se habría convertido Lucinda. Es como si faltara una parte de mi mundo.

Ella lo estrechó contra su pecho, acunándolo entre sus brazos, mientras él respiraba hondo, intentando mantener la compostura.

Compadeciéndose de él y sin querer presionarle demasiado, le susurró, —Dar tu corazón requiere valor. Lo sé, porque yo te di el mío, aunque tú no lo quisieras.

Él se calmó y la empujó hacia atrás para poder mirarla a la cara. —Cuando Robert me dijo que no haríamos pareja, me sorprendió. Pensé que le parecería bien que fuéramos compatibles, y admito que lo había considerado por nuestras familias y por cómo me acogió la tuya. Así que busqué las razones por las que pensaría que un matrimonio no sería bueno para ninguno de los dos. Te estudié y te comparé con la única mujer a la que me ha servido de modelo, mi madre.

Se rió. —He pensado que podría ser así, pero esperaba que mi madre te hubiera enseñado que es perfectamente aceptable llevar un hogar de otra manera. —Su sonrisa se apagó cuando él no estuvo de acuerdo con ella. Se apresuró a continuar—. No creo que en estos tiempos sea la única mujer que quiere más del matrimonio.

Su rostro adquirió un tono rosado perfecto. —Antes de morir mi padre, empezó a darme instrucciones sobre lo que se esperaría de mí como heredero. Me dijo que debía elegir a una mujer apropiada para ayudarme. Una mujer que pudiera estar tranquila pero perfectamente a mi lado.

—Déjame adivinar, una mujer que tuviera tus hijos dirigiera tu casa, aguantara a tus amantes y permaneciera en un segundo plano.

Él sonrió ante su tono. —Exacto.

—Oh, eso es tan anticuado. Casi te pareces a mi padre. Pero ¿y tu felicidad?

—Así funcionan la mayoría de los matrimonios dentro de nuestro grupo social. Son alianzas hechas por razones de dinero o poder, nada más. Así fue el matrimonio de mis padres, lo sé. Sin embargo, a través de este asunto aprendí que mi padre no era un montón de virtudes. Lo ocultó bien a su familia y a la sociedad.

—¿Y esto es lo que quieres, una alianza?

Dudó. —No estoy seguro. Fue la relación de tus padres lo que me hizo cuestionar su consejo. Era obvio que se querían. Eran más cariñosos el uno con el otro. No recuerdo que mi padre abrazara

nunca a mi madre ni a nadie, ahora que lo pienso, ni siquiera a mí. Tu padre nos colmaba a todos de afecto. Aún recuerdo la primera vez que me abrazó como un oso. Al principio me sentí avergonzado y luego orgulloso, porque lo hacía con todos sus hijos. Desde ese momento me sentí como en casa con todos ustedes. —Le acarició la espalda—. Después de Waterloo, me debatí entre el deber y lo que deseaba. Quería lo que tus padres compartían, pero me asustaba. ¿Y si me permitía amarte y luego te perdía? Ya habías estado a punto de morir una vez. —Tragó saliva con fuerza y volvió a enterrar la cara en su pecho—. No podría soportarlo.

Se dio cuenta de que entonces había hecho realidad su pesadilla al caer en la trampa de Weston. —Siento haberte hecho pasar por todo esto. ¿Puedes perdonarme?

Le agarró los brazos con más fuerza. —Si tuviera que amar a alguien, sería a ti. No sé si podré bajar la guardia.

No era exactamente la respuesta que ella quería, pero le dio esperanzas a su corazón lleno de amor.

—Sin embargo, puedes ayudarme prometiéndome que pensarás antes de actuar, —continuó—. No te pongas en peligro indebido ni provoques semejante escándalo. Si he de continuar la causa de Robert...

Ella frunció el ceño. —¿Qué causa?

—Quería asegurarse de que los veteranos de guerra heridos recibieran ayuda para encontrar empleo si lo deseaban, y que sus pensiones fueran adecuadas. La mayoría viven en la miseria o son tratados como inválidos, cuando con ayuda podrían volver a trabajar y recuperar su dignidad. Quiero ayudarles después de su sacrificio por Dios y por la patria. Intento recaudar fondos para una organización benéfica que se dedica a animar a grandes fincas, fábricas y empresas a contratar veteranos. —Le acarició la cara—. Sabes que será más difícil conseguir el apoyo de la sociedad si tengo una esposa poco convencional y escandalosa.

—Una mujer como yo —terminó ella por él.

Se quedaron mirándose el uno al otro.

Él suspiró. —No puedo pedirte que cambies lo que eres. Eso me asusta. Perderte me da miedo.

Sus palabras calaron hondo. Ella no quería que tuviera miedo. Quería que abrazara su amor y compartiera su alegría.

—¿Te asusta lo suficiente como para dejarme ir? —Contuvo la respiración, esperando su respuesta.

Vio cómo se le tensaba la mandíbula y sintió cómo sus dedos se clavaban en su piel. Sus ojos se encendieron con posesión, y ella casi tuvo su respuesta. Le encantó.

—No te vas a casar con Maitland.

—¡Lo tomo como un no! —dijo ella y le dio un beso en los labios.

Se la quitó de encima y permaneció en silencio mientras utilizaba su pañuelo para limpiarla a ella y a sí mismo y arreglar sus ropas.

—¿Ayudaría si te dijera que tendré mucho, mucho cuidado a partir de ahora, y que intentaré que mi comportamiento no avergüence al apellido Blackwood? —Ante su mirada escéptica, añadió—. Dentro de lo razonable.

Él se sentó en el asiento de enfrente, con un aspecto decididamente sensual, el pelo castaño claro despeinado por los dedos de ella hundidos en las gruesas ondas, y el corazón de ella galopó tan fuerte como los cascos de los caballos que tiraban el carruaje. Odiaba la distancia que se había establecido entre ellos, cuando hacía sólo unos instantes él había estado enterrado profundamente dentro de ella. Físicamente estaban en sintonía, pero las notas se agriaban cuando se trataba de ver el mundo y sus lugares en él. Tenía que hacerle comprender que la vida y el amor merecían el riesgo.

—No me propongo molestar, ofender o romper las reglas. Tú y yo sabemos que la vida puede ser corta, y quiero asegurarme de no tener remordimientos cuando muera. Quiero que cada día importe, que cada noche demuestre que cuando me levante a la mañana siguiente no he perdido mi tiempo que es precioso. —Cuando él guardó silencio, ella añadió— ¿Cómo puedo hacértelo entender? Animan a los hombres a salir a conquistar el mundo, a coger lo que quieren cuando lo quieren. Tal vez fuera por haberme criado con cinco hermanos, pero nunca me hicieron sentir que yo no pudiera hacer lo mismo, coger lo que quisiera, conseguir las cosas que deseara. No me propongo disgustar a la sociedad ni restregarle mi visión moderna. Más bien, hago todo por mí, para complacerme. Para no desperdiciar ni un minuto de esta vida que atesoro.

Esperó su respuesta con la respiración contenida.

Él respondió en voz baja —Nunca pensé que las mujeres pudieran tener otras cosas que desearan lograr. Creía que sólo soñaban con un buen partido e hijos.

Su corazón golpeó contra sus costillas.

—Sin embargo, conociéndote, reconozco que no hay razón para que las mujeres no deseen más. Después de todo, mira a la Reina Isabel. ¿No fue una de las más grandes gobernantes de Inglaterra? Dime qué es lo que deseas lograr.

—Quiero lo que todos queremos, ser feliz. Quiero casarme y tener una familia, pero no quiero que me definan simplemente como madre o esposa. Soy mucho más. Tengo una mente y pienso usarla. —Se sentó a su lado y le cogió la mano—. Si me convierto en tu esposa, prometo pensar en mis actos a partir de ahora, pero no puedo prometerte que me conformaré siempre. He soñado con que nos

casáramos desde que tenía dieciséis años, pero en ese sueño, me querías por lo que era, no por lo que querías que fuera. Mis sueños eran vívidos. Teníamos una familia. Nos apoyábamos mutuamente y nos queríamos más allá de lo razonable. Era maravilloso. Nuestra vida sería maravillosa. Para experimentar un amor como el de mi sueño, arriesgaría cualquier cosa, aunque lo tuviera sólo por un día.

Le apretó los dedos. —Corres un gran riesgo al amarme. Los que amo de verdad por encima de todo mueren.

—Sé lo precaria que puede ser la vida. Pero ¿cuánto peor es negarte a ti mismo la felicidad, la felicidad real y profunda que te hace anhelar despertar cada día con la persona que amas? ¿Puedes vivir tu vida sin ese sentimiento? Yo no puedo. —Ella le devolvió el apretón con la mano—. Sé valiente y déjame entrar en tu corazón.

Sin duda, Portia lo desafiaría cada día, y la vida con ella nunca sería aburrida. Grayson se dio cuenta de que disfrutaría estando con ella, aprendiendo con ella, enseñándole. La quería. Llevaba años luchando contra ello y utilizando todas las excusas posibles para no dejarla entrar en su corazón, asustado por lo que pudiera ocurrir si la perdía, como casi le ocurrió cuando ella tenía dieciséis años.

Ansiaba abrir su corazón a ella y sólo a ella. No se consideraba un cobarde, y su razonamiento era sólido. Si estuviera a las puertas de la muerte, ¿miraría atrás y lamentaría no haber amado a Portia como se merecía? Sabía la respuesta: sí. La vida sin ella sería peor que la muerte.

Ella le observaba atentamente. —Juntos somos más fuertes. Podemos pensar mejor, ser más astutos y maniobrar mejor que la mujer que se ha puesto en nuestra contra. —Se dio cuenta de que ella entendía exactamente lo que él pensaba: que formaban un equipo formidable. Al menos, el viaje de vuelta se lo había enseñado.

Habló en tono de mando. —No más escándalos. Trabajamos juntos en todo para protegerte de cualquier daño, tanto físico como a tu reputación.

Ella le soltó la mano, le rodeó el cuello con los brazos y le besó. —Te amo.

Lo dijo con tanta facilidad que él se preguntó si lo decía en serio. Vio la esperanza brillar en sus ojos mientras esperaba su declaración. Le quitó los brazos del cuello y le cogió las dos manos. —Te amo más que a la vida misma. Creo que te quiero desde que te vi bajar las escaleras el día que cumpliste dieciséis años. Entonces estuve a punto de perderte. No volveré a perderte. No puedo. Así que me dejarás tomar el mando contra nuestra villana. Me obedecerás. Tendré tu palabra.

Ella no dudó en tranquilizarlo. —Haré cualquier cosa y todo lo que digas, siempre que no reprima lo que soy. Sin embargo, tengo

demasiado por lo que vivir como para descuidarme o convertirme en tema de cotilleo. —Se dio unas palmaditas en el vientre—. Puede que tenga hijos en los que pensar.

La atrajo bruscamente contra sí y le besó los labios. Por fin era suya. Mientras su cuerpo rugía de posesión, él no podía evitar que el miedo se abriera paso en su interior. Estaba decidido a hacer todo lo necesario para que ella estuviera a salvo.

Los besos se intensificaron, encendiendo la ardiente necesidad que lo consumía cada vez que Portia estaba cerca. Volvía a desearla y deseaba que no estuvieran en el carruaje, sino en su cama de Fairfield Manor, su finca de Somerset. Intentó apagar el fuego de la pasión, pero las manos de ella encontraron su erección y se la frotaron a través de los calzoncillos.

Justo cuando estaba a punto de rendirse, el carruaje aminoró la marcha y se dio cuenta de que estaban parando en una posada para pasar la noche.

Se apresuró a besarla con sensualidad y lentitud. —Te amo con cada aliento que respiro, Portia.

Grayson se acomodó la ropa junto a Portia mientras el carruaje se detenía, cuando la puerta del carruaje se abrió vio a Maitland.

—Se va a casar conmigo, así que no coquetees más a menos que quieras una buena paliza —dijo Grayson mientras salía del carruaje y le tendía la mano a Portia.

Capítulo Catorce

Los hombres consiguieron tres habitaciones para pasar la noche. Ni Maitland ni Arend enarcaron una ceja ante la insistencia de Grayson en que Portia estuviera con él. Weston fue encadenado en la habitación de Arend; éste lo vigilaría durante la noche y dormiría en el carruaje al día siguiente. Todos cenarían en la habitación de Grayson, que tenía un pequeño comedor privado junto al dormitorio.

Grayson vio a Portia entrar en su dormitorio y cerrar la puerta. Quería refrescarse antes de cenar con los hombres. El conductor del carruaje de Arend vigilaría a Weston mientras todos comían.

Arend tosió discretamente. —Volverá pronto. Si pudiera apartar los ojos de su puerta unos instantes, quería hablarle de la misiva que voy a enviar a Christian y Hadley.

Grayson se negó a ofenderse por el tono burlón de Arend. En lugar de eso, tomó asiento donde pudiera observar la puerta del dormitorio de Portia, la puerta de su dormitorio; pensó con emoción, y cogió la carta que Arend acababa de terminar de escribir.

Estaba ocupado leyendo el contenido cuando Maitland entró en la habitación y le tendió la mano. —Bien hecho, amigo. Será una esposa excelente.

Cogió la mano de Maitland y la estrechó con fuerza, apretándola con fuerza. —Cuando acompañé a Portia a su habitación, me confesó tu plan para despertar mis celos. De verdad, Maitland, no habría esperado de ti un comportamiento tan infantil.

—Cuando me dijo que te habías acostado con ella, supuse que había algo más en tus sentimientos. Parecía conveniente apresurar las cosas, dadas sus circunstancias. Me gusta la chica.

Arend enarcó una ceja. —¿Grayson se ha acostado con ella? Sabía que estaba enfermo de amor.

—Arend, baja la voz. —Miró a la puerta cerrada—. Esta conversación no es apropiada, y no estoy enfermo de amor. Dios, lo estoy. No se iría del lado de Portia hasta que destruyeran al enemigo, y tal vez ni siquiera después de eso...

Arend y Maitland se rieron.

—Creo que protesta demasiado. Esto merece una copa para todos. —Arend asomó la cabeza por el pasillo y pidió una botella de brandy.

Portia eligió ese momento para reunirse con los hombres. —¿Una botella de brandy? ¿Qué estamos celebrando? Aún no estamos en Londres, ni tenemos nombre.

Arend le hizo una reverencia. —Estamos celebrando tus próximas nupcias. —Le cogió la mano sin dejar de mirar a Grayson y se la besó —. Robert sabía cómo hacerlo. No se me ocurre mejor pareja.

Maitland se puso en pie. —Un brindis por la feliz pareja. Que esta unión sea bendecida.

La sonrisa de Portia dejó a Grayson sin aliento. Parecía tan contenta, y él se sintió orgulloso de haberla hecho feliz. Ella dijo —Brindo por ello. A mí también me gustaría un brandy.

Maitland enarcó una ceja y miró a Grayson.

—A mí no me mires. La señora puede decidir lo que bebe.

—Este matrimonio va a arrasar en la sociedad y va a ser muy interesante —observó Arend.

—No me importa lo que piense la sociedad —dijo Portia mientras bebía un sorbo de su copa.

Se volvió y le sonrió, y algo se desplegó en el pecho de Grayson. Así que esto era amor. El amor lo calentaba, lo abrazaba. Lo invadió un sentimiento de bondad. —Por el matrimonio —susurró en voz baja a nadie más que a sí mismo.

La comida fue jovial, incluso dadas sus preocupantes circunstancias. Weston seguía negándose a darles el nombre del enemigo, y Grayson pensó que esta noche, después de un poco de amor, podría intentar que Portia aceptara que Arend lo intentara antes de llegar a Londres.

Grayson se sentía muy satisfecho consigo mismo. Tenía el estómago lleno de excelente comida. Portia deslumbró a sus amigos, lo que le permitió tener tiempo para repasar los cambios en su vida y, por una vez, no se estaba desgarrando por dentro ante la idea de abrir su corazón. La observó mientras debatía sobre política con Maitland y sobre la mejor manera de desarmar a un atacante con Arend.

Portia tenía una inteligencia inclusiva. Era evidente que disfrutaba de la vida. Su sonrisa era contagiosa. Por las miradas que le lanzaban, se dio cuenta de que sus amigos la envidiaban, y eso le llenó de orgullo.

De repente, vio su futuro. Podía ver más allá, cuando fuera viejo y canoso. No tendría miedo de lo que la vida pudiera depararles de aquí a entonces, porque Portia siempre estaría con él en su corazón y en su alma. Ya no tenía miedo.

La camarera entró para recoger los platos y les dejó una segunda botella de brandy. Grayson les sirvió otra copa.

—¿Te ha contado Grayson alguna vez la vez que le robó la ropa a Robert, haciendo que éste tuviera que llamar a un carruaje envuelto

en las sábanas?

Portia soltó una risita. —Prefiero oír hablar de las escapadas de Grayson.

Grayson se levantó. —Es hora de que investigue a Weston.

El rostro de Portia se ensombreció. —Si prefieres no hablar de Robert...

—No es eso. Me encanta recordar a Robert. —Inclinó la cabeza para besarla—. Sólo necesito un poco de aire fresco, y tenemos que relevar al conductor para que pueda comer algo. Yo haré el primer turno. —Y añadió en un susurro al oído de Portia— Así podré ir a tu cama más tarde y amarte hasta dejarte sin sentido.

—Me muero de ganas —respondió ella, y le pasó la mano por las nalgas. Por suerte, sus amigos no podían ver, o nunca oiría el final de aquello. Sin embargo, salió de la habitación con una sonrisa gigantesca en la cara y un bulto en la ingle.

Primero bajó a pedir comida para el conductor que vigilaba a Weston y luego salió al patio para ver cómo estaban el otro conductor y los carruajes. Quería saber si el segundo conductor había visto u oído algo raro. ¿Les había seguido alguien? ¿Qué otros invitados o clientes habían llegado después de ellos?

El chófer que Arend había contratado era bastante inteligente. Había tomado nota de todos los que habían llegado después de ellos y también había pedido al mozo de cuadra una lista detallada de los que ya estaban aquí.

El conductor había identificado dos grupos de clientes sospechosos. Uno de ellos era el de tres hombres que habían llegado a caballo y parecían no llevar equipaje, aunque viajaban a Newmarket para asistir a las carreras, y el otro era un matrimonio. La pareja estaba formada por un hombre mayor «un escudero», según le habían dicho y una mujer muy joven que le acompañaba, junto con su anciana criada. El conductor dijo que, si eran un matrimonio, se comería su sombrero, ya que la joven se encogía cada vez que el anciano la tocaba.

Grayson le dio las gracias y volvió a la posada. Rápidamente localizó a los tres hombres que había mencionado el conductor. Pidió una cerveza y se dirigió hacia donde estaban sentados junto al fuego. Grayson se apoyó en la chimenea y escuchó su conversación. Hablaban de la quinta carrera y Grayson escuchó durante un rato antes de acercarse a ellos. Conocía al propietario de uno de los caballos mencionados. Lord Sommersmith corría este mes en Newmarket.

—Caballeros, ¿puedo ofrecerles un consejo? Soy amigo de Lord Sommersmith. Me dijo que su caballo estaba en plena forma y que en su última carrera no terminó bien, ya que tenía un casco magullado. Apostaría por la victoria de Príncipe Negro en la quinta.

Los hombres le pidieron que se uniera a ellos, y Grayson tardó una media hora en enterarse de que no llevaban equipaje porque venían en carruaje. Habían salido tarde y, como no querían perderse el primer día de carreras, se habían adelantado.

Grayson les creyó. Dejó a los hombres y, mientras rastreaba la escasamente poblada taberna, buscó al matrimonio o a su criada; como era de esperar, no estaban allí. Unas palabras rápidas con el camarero le indicaron que se habían alojado en el piso de arriba. No podía enfrentarse a ellos, pero tomó nota de su ubicación y decidió pedirle al chófer que durmiera en el pasillo vigilando sus habitaciones.

Subió las escaleras para vigilar a Weston. Cuando llegó al final de la escalera y miró por el estrecho pasillo, le molestó descubrir que el otro conductor ya se había dormido. Se dirigió furioso hacia él, sólo para darse cuenta a medio camino de que no estaba durmiendo, sino inconsciente, su bandeja de comida estaba boca abajo y la comida desparramada por el suelo. Con el corazón subiéndole a la garganta, Grayson se precipitó en seguir avanzando. La puerta de la habitación de Weston estaba entreabierta. Si se ha escapado, joder... Empujó la puerta con cuidado y miró dentro.

Se le apretó el estómago. Weston seguía allí, pero tendido de lado en un charco de sangre. Grayson se arrodilló junto a él y le tomó el pulso. Encontró uno, pero muy débil. Lo puso boca arriba.

Weston intentó hablar, pero de su boca salían burbujas de sangre. Grayson se inclinó para acercar la oreja a la boca de Weston.

—DePalma... Señora DePalma.

—Gracias, Weston. Gracias, Weston. —Grayson apoyó una almohada bajo su cabeza—. Aguanta. Voy a buscar ayuda.

La única respuesta de Weston fue un gorgoteo de muerte, y luego sus ojos se quedaron en blanco. Grayson no podía sentir ninguna lástima por él, pero al menos había hecho lo correcto al final y les había dado un nombre. Se moría de ganas de contárselo a los demás... ¡Dios, los demás!

Se levantó de un salto y corrió por el pasillo hacia sus habitaciones. A medida que se acercaba, sólo oía los latidos de su corazón y, cuando abrió la puerta, vio por qué. Portia, Arend y Maitland estaban desplomados sobre la mesa.

El terror se apoderó de él. Se movió como en una pesadilla hacia el cuerpo desplomado de Portia. Con dedos temblorosos, le tocó el cuello para tomarle el pulso. Estaba caliente y su pulso era fuerte. El alivio le hizo arrodillarse. La sacudió con suavidad, luego con más firmeza y después con un poco de brusquedad. No se despertaba.

Se volvió para mirar a los hombres. Arend roncaba suavemente con la cabeza apoyada en la mesa, mientras que Maitland se había tirado al suelo y murmuraba para sí mismo.

Se acercó al lado de Maitland y le dio una fuerte bofetada. Maitland abrió los ojos, pero no podía concentrarse. Grayson asomó la cabeza por la puerta y gritó pidiendo ayuda. Una joven sirvienta acudió en su ayuda y se apresuró a llamar a un médico.

Empujó a Maitland y tiró de él para que se sentara. Su amigo tenía los ojos vidriosos y Maitland balbuceaba y sonreía como si fuera un niño. Tras haber cuidado a Christian de sus quemaduras, Grayson juraría que Maitland había tomado opiáceos.

Dejó que el cuerpo de Maitland se deslizara suavemente hasta el suelo y cogió la botella de brandy que había sobre la mesa. Olfateó, luego vertió una pequeña cantidad y la probó. Era dulce, más dulce de lo que debería ser un brandy excelente. Probablemente, estaba drogado. No podía haber sido la comida, ya que había comido y estaba bien. Había salido de la habitación justo cuando llegó la segunda botella de brandy. Una oleada de alivio lo recorrió. Al menos no los habían envenenado.

Levantó a Portia y la llevó al dormitorio. La tumbó suavemente en la cama y trató de despertarla una vez más. Grayson inclinó la cabeza hacia su cara y notó que respiraba entrecortadamente. Volvió a tomarle el pulso, que latía con fuerza bajo sus dedos.

Por fin llegó el médico y Grayson lo arrastró hasta el dormitorio. El Dr. Rodgers la examinó a fondo y luego se volvió hacia Grayson para darle su informe. La expresión de su rostro heló la sangre de Grayson.

—El brandy estaba mezclado con láudano. ¿Cuánto brandy bebió?

—No lo sé. No estaba en la habitación.

El médico sacudió la cabeza. —Puede que Lord Lyttleton no bebiera tanto brandy como los demás, pero es un hombre corpulento y su cuerpo puede manejar mejor los efectos del láudano.

—Arend sin duda habría estado bebiendo el brandy. ¿Es por eso que está profundamente dormido?

El doctor asintió. —En cuanto a Lady Portia, si bebió tanto como los hombres...

—Dígamelo. —Grayson apretó cada músculo de su cuerpo.

—Ella es mucho más pequeña que los hombres. Si bebiera la misma cantidad de brandy que el resto de ellos, bueno, podría causar una sobredosis.

—¿Cuáles son las consecuencias de una sobredosis, y cómo la tratamos?

—Si no podemos contrarrestar los opiáceos en su sangre, su ritmo cardíaco disminuirá, su respiración se entrecortará y sus pulmones dejarán de funcionar.

El cerebro de Grayson no podía procesar lo que estaba diciendo. Miró a Portia. Parecía tan tranquila. —¿Morirá?

—Sí. Tenemos que esperar que no haya bebido tanto que eso anule su voluntad de vivir.

—Ella tiene una poderosa voluntad de vivir. ¿Qué más podemos hacer?

—Podría intentar darle café. No sabemos por qué, pero el café parece contrarrestar la droga.

Grayson se tragó el miedo. —¿Eso es todo lo que podemos hacer? —Se dirigió a la puerta y gritó a la camarera que trajera café, y mucho, lo antes posible.

Dr. Rodgers le dio unas palmaditas en el brazo. —Debemos esperar y rezar. Sí su cuerpo se recupera o no.

—¿Cuánto tardaremos en saberlo?

—Podrían ser doce horas o tres días. No puedo decirlo —dijo el médico. La expresión de lástima en el rostro del médico casi deshizo a Grayson—. Revisaré a sus dos compañeros antes de irme.

—¿Podemos moverla?

—Sí. Viajar no hará ninguna diferencia. Siga dándole café o té. Asegúrese de que ella beba y tenga suficientes líquidos a disposición.

Grayson podía oír a Maitland murmurando al doctor mientras Rodgers revisaba a Arend. Se hundió en la cama y estrechó la pequeña mano de Portia. Por favor, Dios mío, déjala vivir. El miedo, feo y mezquino, se apoderó de sus entrañas. Si la perdía...

De repente, sintió que se asfixiaba. Corrió hacia la ventana y la abrió de par en par, tomando grandes bocanadas de aire.

Pensó en todo el tiempo que había perdido navegando a casa con ella. Se reprochó no haberla tenido en su cama para besarla, abrazarla y amarla... Maldito tonto. Idiota. Nunca podría recuperar ese tiempo.

—Ella no está muerta todavía, Blackwood. Ten fe. Ella es fuerte, y es una luchadora.

Maitland estaba de pie en la puerta. Sus ojos aún estaban vidriosos, pero tenía sentido.

—¿Cuánto bebió? —Grayson se tensó, esperando su respuesta.

—Una buena cantidad, pero no tanto como Arend. No quería estar demasiado borracha, ya que estaba esperando a que volvieras. —Maitland comprobó el pulso de Portia—. Su corazón late fuerte. Ya se habría debilitado si estuviera en verdaderos problemas.

Los músculos tensos de Grayson se relajaron ligeramente. —Una vez que Arend despierte, tenemos que trasladarla a un lugar seguro. Weston está muerto. No dejaré que nuestra villana vuelva a dispararle... o a nosotros.

—Dios, maldita sea. Nos descuidamos. Debería haber pensado en el veneno. Es la herramienta de una mujer de oscuras hazañas.

Se miraron el uno al otro.

—Ella estuvo aquí. Ella vino personalmente —gritó Grayson—.

Cuida de Portia mientras echo un vistazo. —Corrió por el pasillo hasta las habitaciones donde supuestamente se alojaba el matrimonio. Sin ningún tipo de delicadeza, derribó la puerta. La habitación estaba vacía.

¿Por qué no había seguido su corazonada? Incluso su chófer había pensado que la pareja, con su criada, parecía sospechosa. La culpa era suya. Se hundió en el suelo y apoyó la cabeza en las manos. Si ella moría... No sabía si podría continuar. Se le salieron las lágrimas. Portia tenía razón, los remordimientos dolían más que la pérdida. Lamentos por momentos desperdiciados, por oportunidades perdidas de compartir su corazón con ella. Si tenía una segunda oportunidad...

Se levantó y bajó a hacer averiguaciones. Como había pensado, la pareja se había marchado hacía media hora.

Volvió a subir y vio que Arend volvía en sí poco a poco, pero Portia seguía tumbada como la Bella Durmiente, sólo el subir y bajar superficial de su pecho indicaba que seguía viva.

Se sentó a su lado, deseando que viviera. Se inclinó y le dio un beso en los labios. —Lucha por mí, preciosa, —susurró—. Te amo tanto. Vuelve a mí.

Se sentó a su lado, hablándole durante el resto de la noche.

Al salir el sol, Arend entró y le dio café para beber. —Creo que deberíamos ir a Dorset, a casa de Christian, y reagruparnos. Allí estaremos mucho más seguros, y gracias a ti tenemos un nombre que rastrear.

Grayson intentó dar sentido a sus revueltos y cansados pensamientos. —Tenemos más que eso. El cochero los vio bien a los tres. Tenemos una descripción.

Capítulo Quince

Portia se despertó con la cabeza palpitante y la garganta reseca. El esfuerzo de abrir los ojos le produjo náuseas.

Se quedó quieta y escuchó los sonidos que la rodeaban. Oyó suaves voces femeninas y el susurro de unos palillos que chocaban entre sí. Alguien estaba bordando.

La cama bajo su cuerpo era suave y cálida, y se esforzó por recordar dónde estaba. Lo último que recordaba era la posada de camino a Londres, pero esta cama no estaba en una posada.

Obviamente se había puesto enferma, pero no lo recordaba. Portia frunció el ceño y luego gimió, porque incluso fruncir el ceño le dolía. Había sufrido mucho últimamente. Tal vez su cuerpo le estaba diciendo que era hora de descansar.

Descansar, sí. Quería volver a dormirse, pero una repentina necesidad la obligó a abrir los ojos y se obligó a dejar de revolverse el estómago.

—Mira, Serena, creo que por fin alguien se ha despertado.

Vio que dos mujeres se levantaban y se acercaban a su cama. Reconoció a una de ellas como Beatrice Hennessey, una mujer que había debutado el mismo año que Portia y que, como ella, seguía soltera. ¿Qué hacía ella aquí?

—Querrá algo de beber. —Una mujer más joven y rubia sirvió algo en un vaso, haciendo que Portia gimiera al oírlo. Realmente necesitaba lo necesario.

Se pasó la lengua por los labios resecos y balbuceó con la garganta seca —Lo necesario.

Sin ningún pudor, las señoras sirvieron una olla y la ayudaron para que no tuviera que levantarse de la cama. Recordó su enfermedad a los dieciséis años y recordó cuánto odiaba depender de los demás. La dignidad y el orgullo eran compañeros de cama inútiles cuando se estaba enferma.

Una vez que las dos damas la hubieron aseado, la dama rubia que Portia no reconoció la ayudó a beber un té débil y tibio. Sabía de maravilla. —Sospecho que te gustaría lavarte y ponerte ropa de dormir limpia, añadió con una cálida sonrisa. Al darse la vuelta, Portia se dio cuenta de que la joven estaba embarazada.

Portia necesitaba saber quién era la joven y qué era aquel lugar. —Gracias. Lo siento, pero, aunque conozco a la señorita Beatrice, no conozco... —Eso fue todo lo que Portia consiguió decir antes de que las náuseas la obligaran a cerrar la boca.

—Soy Serena. Estoy casada con Christian Trent, conde de Markham. —Sonrió tranquilizadora—. Estás en Henslowe Court, su finca en Dorset. No hables. Beatrice te dará todos los detalles mientras yo doy la buena noticia a los hombres. Han estado muy preocupados.

Beatrice se sentó en la cama y le cogió la mano mientras Serena salía en silencio, cerrando la puerta tras de sí. Sin embargo, Portia quería ver a Grayson, pues sabía que estaría muy preocupado. Pensar en su dolor la hizo estremecerse.

—Necesito ver a Lord Blackwood —suplicó, con voz más fuerte ahora que había bebido un sorbo de té.

Beatrice le dio una palmadita en la mano. —Pensé que primero querrías saber qué ha pasado.

—He caído enferma, obviamente. No puedo recordar cuándo ocurrió. Desde mi enfermedad infantil, mis pulmones no son tan fuertes como deberían.

Beatrice perdió la sonrisa. —No has tenido fiebre pulmonar. ¿No lo recuerdas? Te drogaron en la posada. Parece que el enemigo atacó, matando a Weston y drogándote a ti, a Arend y a Maitland. Sólo Grayson escapó de ese destino al salir a ver a los cocheros.

Su corazón saltó en su pecho. —¿Están todos bien?

—Sí, los caballeros y los chóferes están bien. Los caballeros están abajo y estarán encantados de saber que estás despierta, aunque un poco desmejorada.

Un suspiro de alivio recorrió su cansado cuerpo. —Gracias a Dios. ¿Puedes decirle a Grayson que necesito hablar con él? —volvió a decir —. Apuesto a que ha estado fuera de sí de preocupación.

Beatrice apartó la mirada. —No está aquí, Portia. Se ha ido a Londres para iniciar la búsqueda de madame DePalma. —Al ver la confusión de Portia, añadió— Weston le dio el nombre de la mujer a Grayson justo antes de morir. —Vaciló, y un destello de lástima cruzó sus bonitas facciones—. Quería localizarla lo antes posible. Sigue siendo un peligro para todos nosotros. Con Arend y Maitland aún aturdidos, sintió que dependía de él. Hadley fue con él. No está solo.

Un ligero temblor de miedo se deslizó por las venas de Portia. ¿Era ésa la verdadera razón por la que se había marchado, o era porque ella había estado enferma en la cama? —¿Hasta qué punto estaba afectada? ¿Sabía Grayson que me despertaría y que estaría bien?

Beatrice se mordió el labio. —Él... nosotros... el médico...

—En otras palabras, no.

—El médico nos dijo que no tenía ni idea de si vivirías o morirías

por la sobredosis, porque nadie sabía cuánto coñac habías bebido. Eres más pequeña que los hombres.

Cerró los ojos, esperando detener las lágrimas. Grayson había huido de ella. No le cabía ninguna duda. No podía enfrentarse a la muerte de otra persona. ¿Qué habría hecho esto al progreso que ella había hecho, que ellos habían hecho? Ella apostaría su negocio de sidra a que su corazón se había cerrado, como si estuviera atrapado en una cueva oscura después de un desprendimiento de rocas.

—Tienes que enviarle un mensaje, diciéndole que estoy bien, tan pronto como sea posible.

—Estoy segura de que Serena ya ha escrito una nota y la ha enviado. —Secó una lágrima de la mejilla de Portia—. ¿Te ayudo a arreglarte para la compañía? Los caballeros querrán ver que estás bien.

Portia aspiró más lágrimas y suspiró. Asintió y decidió que no podía hacer otra cosa que esperar a que Grayson llegara a Dorset. Sólo entonces sabría cuánto daño se había hecho.

—Lo siento, Beatrice, pero en toda la confusión no he preguntado, ¿qué haces aquí?

Todo el rostro de Beatrice se iluminó y la felicidad brilló en sus ojos. —Estoy casada con Sebastian Hawkestone, Marqués de Coldhurst. —Ante la mirada sorprendida de Portia, añadió— Y no podría ser más feliz.

—Pero he oído...

—No. Sebastian no mató a mi hermano. Fue ella.

—¿Nuestra villana?

Beatrice asintió. —Cuando te sientas mejor, te lo explicaré todo. Por ahora, vamos a ponerte presentable, ya que sospecho que los visitantes descenderán sobre nosotros en breve.

Grayson estaba en su estudio, bebiendo su segunda botella de brandy. Estaba completamente borracho, pero aún no podía deshacerse de la imagen de Portia tendida como la estatua caída de una diosa griega, inmóvil y pálida, en la cama de Henslowe Court.

Había intentado quedarse con ella, pero se había sentido como si se asfixiara. Si vivía, volvería a verla. Si moría... no podía pensar en lo que haría si moría, excepto buscar a la zorra que había herido a Portia y matarla con sus propias manos.

Se dirigió a Londres, decidido a descubrir la identidad de su enemigo. Lo primero que hizo al llegar fue hacer correr la voz de que pagaría mil guineas a quien le diera información sobre una mujer llamada Madame DePalma.

Esta tarde había encontrado oro. Una mujer llamada Gina, madame de un club de caballeros que los eruditos libertinos

frecuentaban a menudo, le había pedido una cita. Había trabajado como criada de la señora DePalma, dijo, cuando ésta regentaba un burdel. Para su sorpresa, Grayson se enteró de que la casa de DePalma había atendido a sodomitas, hombres que querían sexo con hombres.

Eso los ponía en desventaja. Los Eruditos Libertinos conocían muy bien los burdeles de Londres, pero no los que atendían a hombres a los que les gustaba el sexo con otros hombres. Nunca habían querido probarlo. Las mujeres eran sus parejas preferidas. No le importaba lo que hicieran otros hombres, siempre que nadie saliera herido. No tenían a nadie en esa esfera que les debiera favores o a quien pudieran seducir para obtener información.

Gina le contó que nadie sabía de dónde venía DePalma. Un día había comprado la casa y montado su burdel clandestino. Luego, varios años después, DePalma desapareció una noche y nunca regresó. Muchos pensaron que uno de sus rivales la había degollado y arrojado al Támesis.

Un callejón sin salida.

Sólo que DePalma no estaba muerta.

¿Por qué se había marchado de repente y adónde había ido?

Perdido en sus sueños de encontrarla y vengarse, la puerta le sorprendió abriéndose de golpe. Hadley se acercó a su lado y le lanzó una mirada cuando vio las botellas de brandy.

—Portia se ha despertado, no ha empeorado por su terrible experiencia. Pregunta dónde estás.

Grayson cerró los ojos y dio gracias a Dios. Por primera vez en seis días, sus músculos se aliviaron.

—¿Me has oído?

Grayson asintió.

—Entonces deberías cabalgar hacia Dorset. Yo puedo seguir las pistas que hemos encontrado aquí.

Soltó una carcajada. —¿Qué pistas? No hemos avanzado nada más. DePalma es un fantasma.

—Ni siquiera hemos empezado nuestra búsqueda. Buscábamos en el lugar equivocado. Ahora que sabemos en qué clase de mundo vivía, podemos dirigir nuestra búsqueda a otra parte.

—Los sodomitas rara vez hacen pública su identidad, sobre todo si pertenecen a las altas esferas de la sociedad. ¿Quién va a ser lo suficientemente valiente como para presentarse y proporcionar información?

Hadley se dejó caer en la silla de al lado y le tendió el vaso. Grayson aceptó. —Hace diez años, un chico de alquiler tendría entre doce y veinte años. Estoy seguro de que muchos de ellos siguen vivos y buscan una buena paga. Si derrochamos dinero, seguro que alguien vendrá.

—Algo me dice que DePalma no desapareció de manera que dejara un rastro. No sería tan estúpida como para compartir a dónde iba con uno de sus chicos de alquiler.

Hadley levantó su vaso en un saludo simulado. —Cierto, pero apostaría a que uno de sus empleados mantuvo el oído atento, escuchando y aprendiendo, con la esperanza de recibir algún tipo de pago en el futuro. Todos sabemos que el conocimiento es poder.

Grayson tuvo que estar de acuerdo con el resumen de Hadley. —Entonces, ¿conoces a algún chico de alquiler? —preguntó con una sonrisa.

—No es lo que me gusta, me temo. Sugiero que salgamos una noche y visitemos al otro bando para variar.

—Nadie va a creer que dos de los Eruditos Libertinos hayan decidido cambiar de bando.

Hadley se rió. —Probablemente no. Al único que podrían tener en cuenta es a Arend.

—La sociedad sospecha de él de muchas cosas, ¿pero de usar chicos de alquiler?

—Es más creíble que tú o que yo. Además, a la sociedad le encantaría sospechar que es tan depravado. Podríamos acompañarle con la excusa de que nos está introduciendo en más formas de placer. Todo el mundo conoce nuestra sed de conocimiento y nuestra búsqueda de placer. —Hadley hizo girar su vaso, sumido en sus pensamientos—. Si mandamos llamar a Arend, puede traer a Portia. La gente habla de por qué no se ha anunciado su compromiso.

No se había anunciado porque Grayson temía que muriera. Deseaba tanto que ella viviera, pero en el pasado, sus plegarias rara vez habían sido escuchadas. Esta vez Dios se había apiadado de él, pero su corazón se había replegado en su fortaleza y el puente levadizo se había cerrado. El dolor de pensar que la había perdido. . . Se casaría con ella, pero su corazón permanecería impenetrable. Ella sería una excelente esposa para él, y una tremenda madre para sus hijos. Cumpliría el deseo de Robert de que cuidara de ella, y sus familias estarían unidas para siempre. Sólo esperaba que eso fuera suficiente para Portia. Ah, sabes que no será suficiente para ella, dijo una voz en su interior. Cierto, pero era todo lo que le quedaba.

—Es demasiado peligroso traerla a la ciudad —protestó Grayson.

—Tonterías —se burló Hadley—. Podemos protegerla igual de bien aquí, en esta casa. Habría hombres con ella todo el tiempo.

Sacudió la cabeza. —No. Está más segura con Christian y Maitland en Dorset, con las otras mujeres. Podemos anunciar nuestro compromiso sin que ella esté en Londres. También puede hacer creer a nuestro enemigo que hemos vuelto a dejar la ciudad. —Se sentó derecho—. Podríamos enviar señuelos, hombres que se parezcan a

nosotros, a Dorset. Podemos quedarnos aquí escondidos hasta que Arend llegue.

—Eso podría funcionar.

Grayson se levantó tambaleándose y se dirigió al enorme escritorio que dominaba un extremo de su estudio. Cogió una pluma y papel y se los pasó a Hadley. —Escribe dos notas. Yo estoy borracho. Una para Arend y otra para Portia.

—Escribe tú la de Portia. Es personal.

—Por una vez, ¿puedes ayudarme sin ser un tonto sentimental? Simplemente dile que estoy siguiendo pistas, y que, si ella lo aprueba, anunciaré nuestro compromiso una vez que se lo haya dicho a su familia. Esperaría a Philip, pero puede que no esté en casa hasta dentro de unas semanas. Estoy seguro de que Luke, el siguiente hermano mayor, puede actuar en su lugar con respecto a los acuerdos. —Se dejó caer en la silla y se bebió otra copa de brandy.

Hadley terminó una nota y se acercó al escritorio para usar el sello de Grayson. Luego regresó y le tendió una hoja de papel a Grayson. —No voy a escribir a Portia. Después de todo lo que ha pasado, deberías tener la decencia de escribirle de tu puño y letra.

Grayson se quedó mirando la pluma como si fuera a envenenarle si la cogía. ¿Qué le diría? ¿Siento no haber estado a tu lado, pero quiero venganza?

—Bien.

—Mientras escribes tu misiva, pensaré en cómo podemos localizar las casas de Molly que atienden a una clientela de clase alta. Tendremos que visitar tantos como podamos de ese tipo de prostíbulos, ya que supongo que estos hombres se mueven de un lado a otro. Sólo tendremos unos días antes de que llegue Arend.

Portia no pudo ocultar su emoción cuando le llegó una nota a vuelta de correo. Era de Grayson; reconoció el sello y la letra. Se levantó de la mesa del desayuno y corrió a la intimidad de su habitación para leer la carta.

Le temblaron las manos al rasgar el sello. La esperanza floreció en su pecho. No la había apartado de su corazón. Desdobló el papel y examinó el mensaje.

Querida Portia:

Me alegró saber de tu recuperación. Ya que estás bien, he escrito a tu hermano Luke para arreglar el compromiso matrimonial en ausencia de Philip. Una vez que hayas hablado con tu familia, házmelo saber, y haré el anuncio de nuestros Votos.

Estoy en Londres siguiendo las pistas que hemos descubierto sobre Madame DePalma. Una vez que hayamos agotado nuestras pistas aquí, regresaré a Dorset, y sugiero que nos casemos en la capilla de Lord Markham, si estás de acuerdo.

Espero tu respuesta.
Atentamente,
Lord Blackwood

Maldijo en voz baja y aplastó la misiva en su mano. No, te echo de menos, te quiero, siento haber huido a Londres... ¿Cómo se atrevía a ser tan cobarde? Se estaba aislando de ella, volviendo a casarse con ella sin ningún corazón de por medio.

Ella no lo permitiría.

Se llevó la mano al estómago. Sus días habían llegado ayer, así que no estaba embarazada. Eso le facilitó la decisión.

Se hundió en el borde de la cama y luchó contra las lágrimas. Su sueño de casarse con el hombre que amaba había desaparecido. Nunca conseguiría que se abriera al amor. Su casi sobredosis de láudano le había devuelto el miedo, y dudaba que fuera capaz de llegar a él. El amor no debería ser tan difícil, pensó. Si la amara de verdad, correría el riesgo porque no podría vivir sin ella.

Se le heló el corazón. De todos modos, cree que te tiene. Ella apostaría su negocio a que él pensaba que podía tener ambas cosas: a ella como esposa y un corazón que no pertenecía a nadie. Estaba muy equivocado. Nunca la obligarían a casarse. Llevaba años abriendo su propio camino, y lo haría ahora.

Una lágrima se deslizó por su mejilla y la dejó caer. Sería la última lágrima que derramaría por un amor perdido.

Sabía que le costaría convencer a sus hermanos de que no era necesario casarse, y se le revolvió el estómago al pensar en enfrentarse a su madre.

No necesitaba un hombre que la mantuviera, pero rechazar su propuesta le costaría la poca reputación que tenía y su posición en la sociedad. Se mordió el labio inferior. Ahí radicaba su problema. Su negocio se resentiría, ya que era la sociedad quien compraba su sidra. Su negocio había crecido, tenía empleados que contaban con ella y un colegio de huérfanos que contaba con su apoyo económico.

Se acostó y trató de pensar. Tenía que haber una forma de salvar su reputación y su negocio sin casarse.

Cuatro horas después, tenía el labio inferior herido en carne viva de tanto morderlo y seguía sin acordarse de nada. Quería que Philip volviera a Inglaterra sano y salvo, pero sabía que él la obligaría a casarse. Era la única opción que salvaba su reputación, con lo que no perjudicaría a su familia, y le permitía mantener su negocio próspero, con lo que podría mantener a su personal y la escuela de huérfanos.

Cuando llamaron a su puerta, se incorporó y se revisó el pelo antes de decir —Pase. —Era Serena, una Serena radiante y feliz. El corazón de Portia se retorció de envidia en su pecho.

—He venido a ver si estás bien. Llevas horas encerrada en tu habitación. No has empeorado, ¿verdad?

Esbozó una sonrisa al ver la preocupación en el rostro de Serena. —No. —Agitó la carta—. Si estoy enferma, es de Grayson de quien estoy enferma, podría decirse.

Serena se sentó a los pies de su cama. —¿Malas noticias?

—Hombres. A veces quiero dispararles a todos. Pueden ser tan densos.

Serena se rió. —Mi primer marido no era denso, peor suerte. Era vicioso, cruel y sádico, pero no denso.

—¿Cómo fue casarte con un hombre al que no amabas?

Serena la miró con cautela. —¿Por qué lo preguntas? Creía que amabas a Grayson.

—Lo amo, pero... Toma. Lee su nota. —Empujó el trozo de papel hacia Serena, que lo leyó con una expresión de horror creciendo en su rostro.

—¡Me gustaría abofetearle! ¿Cómo pudo ser tan estúpido, desconsiderado y cruel? —dijo Serena con justa ira.

—Tiene miedo de amar. Tiene miedo a perder. Creía que habíamos llegado a un acuerdo sobre que las recompensas de amar a una persona superan con creces los riesgos. Pero mi reciente roce con la muerte parece haberle hecho cambiar de opinión. —Su voz se apagó —. Es obvio que no me quiere lo suficiente.

—Creo que tienes razón. Renunciaría a todo por pasar el tiempo que fuera con Christian. Cuando lo conocí, sabía que podían arrestarme por asesinato y quizá enviarme a la horca, pero no le importaba. No perdimos ni un momento en lo que podría ser. Simplemente vivíamos el aquí y el ahora.

El corazón de Portia se hundió. —Estoy en una situación terrible, —confesó a Serena—. Mi reputación está por los suelos, y mi familia querrá que me case con Grayson para salvarme a mí y al honor de nuestro apellido. Grayson también insistirá, para salvar su honor. ¿Cómo voy a casarme con un hombre del que estoy perdidamente enamorada cuando él nunca corresponderá a mis sentimientos? — Golpeó la cama—. Llevo horas aquí tumbada intentando encontrar otra manera. Lo único que se me ha ocurrido es casarme con otro.

—Bueno, eso es un poco drástico —dijo Serena con ironía. Se quedó callada, y Portia pudo verla pensar, concentrándose en la situación y tratando de encontrar una alternativa. Finalmente, una expresión de resignación se apoderó de sus facciones—. ¿Tenías a alguien en mente?

—Maitland está buscando esposa. Se ofreció por mí cuando Grayson le dijo que no deseaba especialmente casarse conmigo. Sin embargo, cuando Grayson se enteró, se volvió posesivo.

—Esa es una buena señal. Tal vez sus sentimientos sean más profundos de lo que pensé en un principio.

Portia negó con la cabeza. —Eso pensé una vez, pero ahora me doy cuenta de que pensó que yo podría estar embarazada. Muy honorable, lo admiro por eso.

Serena se pasó una mano por el vientre. —Un hijo. Eso lo cambia todo.

—No estoy embarazada. Me han llegado mis días.

—Eso te da más opciones. No muchas, pero unas cuantas.

—Sólo se me ocurren dos: capear el escándalo y esperar que mi negocio y mi familia no sufran, o casarme con otro.

—Como eres la única hija, ¿tu familia sufriría? Sólo pregunto porque creo que puede haber otra manera.

—Mi madre odiaría enfrentarse al desprecio de la sociedad, pero el matrimonio de mis padres fue por amor, y creo que entendería mi posición y simpatizaría. —Bajó la cabeza—. Si vas a sugerirme que no me case, es inútil. Mi negocio...

—Christian podría comprar públicamente el negocio de la sidra y vendértelo en secreto unos meses después, una vez que se haya calmado el revuelo. Él podría tomar la delantera en el nombre de forma permanente, pero informarte detrás de las escenas. Puedes seguir dirigiéndola por tu cuenta, pero con un hombre como cabeza visible.

La esperanza se encendió en su cuerpo. Agarró la mano de Serena. —¿Haría Christian eso por mí?

—Por supuesto, si se lo pido.

Portia se levantó y se paseó por la habitación. —Podría funcionar. Mis hermanos van a ser el mayor problema, sobre todo si se enteran de que Grayson y yo hemos intimado.

—Entonces, ¿por qué no tenemos un plan de respaldo listo para ellos? Podrías decir que, si el escándalo se niega a amainar, te casarás.

—Querrán un nombre. Esperarán que sea Grayson.

Serena ni pestañeó. —Entonces di que ninguno de los dos le conviene al otro y que preferirías casarte con Maitland.

Portia volvió a morderse el labio. —Debo preguntárselo.

Serena se levantó. —Entonces te sugiero que te laves la cara y te pongas tu vestido más bonito. Maitland es un hombre lógico, y debería ser fácil presentar un caso. —Vaciló ante la puerta, y luego añadió— Tiene una lista de lo que requiere en su esposa. Me pidió mi opinión al respecto. Le dije que la rompiera y se dejara llevar por su corazón, pero se rió de mi sugerencia. Tú encajas en todos los puntos de la lista. No creo que te cueste mucho convencerlo.

Si tuviera más tiempo... pero no lo tenía.

Cuando Portia no respondió, Serena abrió la puerta. Al salir, dijo…

—Le preguntaré a Christian por el negocio. Te dejaré Maitland a ti.

Portia se sentó con el corazón encogido a escribir a Grayson. A medida que las palabras y las lágrimas fluían, finalmente sintió que una sensación de paz llenaba su corazón. Puede que siempre amara a Grayson, pero podía... no, seguiría adelante con su vida. Quizá algún día aprendiera a querer a Maitland.

Capítulo Dieciséis

—Habrá problemas —dijo Arend al acercarse a Christian, que miraba hacia el jardín de rosas.

Los hombres observaron a Portia dar una vuelta alrededor de la de la fuente de agua, del brazo de Maitland. La pareja había salido a pasear todos los días de la semana.

Christian giró la cabeza para mirar a Arend. —¿Qué voy a hacer? Serena me ha dicho que lady Portia no desea casarse con Grayson y, dado que mi esposa está embarazada de mi hijo, no tengo intención de disgustarla. Se apartó de la ventana e indicó a Arend que tomara asiento.

—Grayson la quiere. Sólo que no lo admite. Si Maitland se casa con Portia, se acabará la amistad de Grayson con él. Romperá a los Eruditos Libertinos. Siempre dijimos que nunca dejaríamos que una mujer se interpusiera entre nosotros.

—Ese fue un voto que hicimos como jóvenes estúpidos y arrogantes. Cuando el corazón está involucrado, los hombres olvidan las tonterías que dijeron en su juventud.

—Espero que esta aflicción amorosa se me pase. Me gusta mi vida tal como es. Sin complicaciones. Sin familia por la que preocuparme. No necesito engendrar un heredero. Mis primos son muchos, y todos están ansiosos por el título, aunque no sé por qué, ya que no hay ninguna propiedad que venga con él. Mi riqueza es mía, y he trabajado duro para ganármela.

Christian quiso rebatir sus palabras, pero sabía que no serviría de nada. La familia de Arend había llegado a Inglaterra desde Francia durante la revolución sin nada más que unas pocas joyas y la ropa con la que habían escapado. Arend había trabajado duro para reconstruir el patrimonio de su familia, pero no sin algunos sacrificios por el camino. Ninguno de los eruditos libertinos sabía realmente lo que había tenido que hacer para sobrevivir a su pobreza, pero por la oscuridad que yacía bajo la superficie de Arend, Christian sabía que un viaje a Sudamérica, en particular, le había costado caro a su amigo, ya que Arend había regresado de él convertido en un hombre más oscuro y malhumorado.

Christian volvió a centrarse en su problema. —Serena me ha dicho

que Portia está enamorada de Grayson, pero que se niega a casarse con un hombre que no la ama. ¿Cómo puedes estar seguro de que él sí?

Arend se sentó y apoyó los pies en la mesa auxiliar. Se acostó con ella.

Christian fue a servirles una copa a los dos. —Se ha acostado con montones de mujeres a las que no amaba.

—Ah, pero no con una dama virginal que es hermana de Robert. Es demasiado honorable para haber hecho eso si no estuviera enamorado.

—¿Entonces por qué no está aquí?

Arend le miró sorprendido. —Realmente no lo entiendes, ¿verdad? —Le dedicó a Christian una sonrisa burlona. —Eres parte del problema. Nunca se ha perdonado tus quemaduras. Sólo fuiste con Grayson a desarmar los cañones porque él te lo pidió. Grayson se siente responsable de tus heridas, y también de la muerte de Robert. Ha perdido a muchos de sus seres queridos. Sus padres, su hermana, Robert... y casi te pierde a ti.

—Todos hemos perdido a gente que amamos.

—Cierto. Sin embargo, el comportamiento divertido y serio de Grayson esconde lo mucho que le duele la pérdida de su familia. Es el más sensible de todos nosotros. Y ahora, cuando por fin ha admitido que está enamorado de Portia, casi la matan. Se está retirando del dolor, protegiéndose. Entiendo muy bien ese deseo. ¿Cómo crees que se siente, habiendo casi perdido a Portia? También se culpará por eso.

Christian apoyó la cabeza en el respaldo alto de su asiento y cerró los ojos, con el pesar punzándole el alma. —Sabía que se culparía. Yo no le culpo; de hecho, si no fuera por él, hoy no estaría vivo, porque se quedó conmigo. —Abrió los ojos y sintió que su rostro se sonrojaba —. Sólo soporté el dolor de mis heridas por él. Quería ser valiente por él. Se quedó conmigo durante semanas hasta que estuve fuera de peligro. Le debo más de lo que cree.

—¿Se lo has contado?

—Le conté algo de esto por carta, sí, pero no en persona. —Christian sacudió la cabeza—. Los hombres. Somos tan malos compartiendo nuestras emociones. Las mujeres tienen derecho a ello. Se dan cuenta de que las emociones hacen que la vida merezca la pena. Sin amor, miedo, alegría y tristeza, podrías estar en la tumba. Las emociones te hacen comprender lo que es importante.

Arend se encogió de hombros. —Protegerse del dolor tiene sentido para mí. La vida es más ordenada y controlable cuando las emociones no están en juego.

—Ahora hablas como Maitland.

Arend se rió. —Su visión de la vida tiene más sentido desde que tú

y Sebastian han caído en la soga del párroco.

—¿Alguien está tomando mi nombre en vano? —Sebastian Hawkestone, marqués de Coldhurst, entró en el estudio de Christian. Iba inmaculadamente vestido, como de costumbre, y en su rostro se dibujaba la sonrisa de satisfacción de las últimas semanas. La tristeza que había rondado sus ojos durante meses había desaparecido una vez que supo que no había matado al hermano de su esposa en un duelo: su villana lo había inculpado de la muerte de Doogie Hennessey. Sebastian estaba ahora felizmente casado con Beatrice, y Christian nunca había visto a su amigo tan feliz.

—Hablando de los beneficios del amor, he aquí un hombre que jamás habría pensado que estaría dispuesto a renunciar a su desenfreno —reflexionó Christian. Miró el reloj de la chimenea—. ¿Así que por fin has encontrado la necesidad de salir de tu alcoba? Y es antes de comer, para variar.

—Tengo el deber de mantener a mi esposa completamente satisfecha —fue la rápida respuesta de Sebastian.

—Ya veo. Es todo para su placer —dijo Arend secamente.

Los tres hombres se miraron y se echaron a reír.

Sebastian se acercó a la ventana para mirar por ella. —Esos dos parecen tener algo más que una relación de amigos —dijo señalando la ventana con la mano. Se volvió hacia sus amigos con cara de preocupación—. ¿Esperamos problemas? Supongo que inevitablemente, en algún momento, dos o más de nosotros se enamorarían de la misma mujer. ¿Se lo ha dicho alguien a Grayson?

Christian miró a Arend. —¿Deberíamos? ¿Deberíamos decirle que traiga su trasero aquí y luche por ella?

Sebastian se detuvo en su tarea de servirse un trago. —Claro que deberíamos. Vi su cara cuando estaba enferma. Estaba fuera de sí por la preocupación. Si eso no es un hombre profundamente enamorado, no sé lo que es.

Arend sacudió la cabeza y dijo —Tengo que ir a un sitio. No voy a volver a explicar todo esto. —Se volvió hacia Sebastian—. Grayson sabe lo que está pasando con Maitland, y espera que se conviertan en pareja para no tener que enfrentarse a su mayor miedo. Lo irónico es que teme perderla, pero si se casa con Maitland la habrá perdido de todos modos.

Una joven voz femenina llegó desde la puerta abierta. —Mi madre me dice a menudo que la mayoría de los hombres son tontos. Lord Blackwood está siendo muy tonto, según mamá y Lady Serena y Lady Beatrice. Sin embargo, le he escrito y le he dicho que venga a Dorset antes de que todo vaya mal. No soporto que Lady Portia esté tan triste.

Christian miró horrorizado a su hija adoptiva, Lily. Acababa de cumplir trece años y, con todas las damas de la casa, se esforzaba por

ser más mayor de lo que en realidad era. Por encima de las risas de sus amigos, preguntó —¿Qué le has escrito exactamente a Lord Blackwood, jovencita?

Lily vaciló, repentinamente insegura de sí misma. Le temblaba el labio inferior mientras los amigos de su padre seguían riéndose.

Cuando Arend vio el cambio en su rostro, dejó de reírse y dijo —No nos reímos de ti, Lily. Sólo de la idea de que Grayson lea tu carta.

Christian sabía lo que estaban pensando, que ser regañada y recibir consejos sobre relaciones por una chica joven sería nivelador.

—Vamos, Lily. Cuéntanos lo que escribiste.

Ella se acercó y se paró frente a Christian, con la cabeza inclinada. —No quise hacer nada malo. Al igual que él, perdí a mis padres, y pensé que podría ayudarle escuchar a alguien que entiende ese tipo de tristeza. También quería decirle que es bueno enfrentarse a los miedos. Cuando era pequeña, el agua me petrificaba. En los veranos calurosos y húmedos, papá nos llevaba al río. Pero yo tenía demasiado miedo para meterme. Mi padre siempre me decía que un hombre valiente se enfrenta a sus miedos. Así que un verano me metí en el agua, me agaché deliberadamente y metí la cabeza bajo el agua. No tardé mucho en poder manotear, y entonces mi padre me enseñó a nadar. Si no hubiera sido valiente y no hubiera aprendido a nadar, cuando visitamos Jamaica me habría perdido la oportunidad de nadar en esas preciosas aguas azules y cristalinas.

Christian la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza. —Muy bien, Lily. —Después de un momento, añadió suavemente— ¿Así que no mencionaste a Su Alteza?

Un rubor sonrosó sus mejillas. —Bueno, le conté mi historia, y luego le dije que se animara y afrontara sus miedos o perdería a Lady Portia a manos de Su Alteza.

—Caballeros, nuestro dilema ha sido resuelto para nosotros. Ahora depende de Grayson. —Christian depositó un beso en la mejilla de Lily —. ¿Qué piensas, cariño? ¿Llegará Lord Blackwood para conquistar a Lady Portia?

—Eso espero, papá, o ambos serán infelices durante mucho tiempo.

La habitación se quedó en silencio.

Por fin Sebastian se levantó. —Creo que iré a espiar a Maitland para galopar por tus bellos campos, Christian. —Por el tono de Sebastian, Christian sospechó que estaba a punto de tener una discusión con el duque.

Lily dijo —Lord Aubury también prometió llevarme a cabalgar y llega tarde. Por eso he venido. Pensé que se le había olvidado. —Se volvió hacia Arend y le dijo— Papá me dijo que no es de caballeros hacer esperar a una dama.

Arend se inclinó sobre su mano y dijo, —Muy cierto, mon amie.

—Eso es francés, y significa «mi amiga» —dijo Lily con orgullo.

—Así es. —El francés se levantó e hizo una reverencia a la sala—. Parece que tengo el placer de dar un paseo con una hermosa chica. ¿Adónde vamos? —le preguntó mientras tendía el brazo a Lily.

—¿Podemos cabalgar hasta el pueblo? Hay un chal de bebé para el que he estado ahorrando y quiero comprárselo a Serena.

Una vez que los demás se hubieron marchado, Christian volvió a tener su estudio para él solo. Pensó en lo que le había dicho Arend de que Grayson se sentía responsable de sus quemaduras. Se acercó al espejo, se quitó la chaqueta y se desabrochó la corbata. Se quitó la camisa del hombro, contempló la masa de carne retorcida y llena de cicatrices que había debajo e intentó recordar el dolor insoportable, pero no pudo. Su mente, su corazón y su alma estaban llenos de amor, esperanza y alegría. Serena estaba a punto de darle a luz a su primer hijo, y aunque la perspectiva de que pudiera ocurrirle algo a su mujer en el parto le asustaba, estaba muy emocionado. Nada iba a empañar la alegría de este momento.

Serena había dado un vuelco a su vida, y él no cambiaría nada de lo que había pasado, porque de lo contrario quizá nunca se habrían conocido. Volvería a pasar por las llamas del infierno si eso significaba poder pasar su vida con ella.

¿Por qué Grayson no estaba dispuesto a hacer lo mismo por Portia si estaba enamorado de ella? Quizá Arend había malinterpretado la situación, pensó, Arend era un hombre que jamás ha se ha enamorado.

Christian tenía una cosa clara, debía escribir a Grayson y pedirle que regresara a Dorset. No iba a permitir que los problemas entre Grayson y Portia molestaran a Serena. Además, tenía que explicarle a Grayson, esta vez en persona, que no lo culpaba por sus quemaduras. Sabía lo que la culpa podía hacerle a un hombre. Lo carcomía por dentro hasta que no quedaba nada. Y no le deseaba eso a Grayson.

Hadley jugueteaba con su bastón mientras los dos eruditos libertinos subían las escaleras hasta una puerta que parecía como cualquier otra, en una calle de Mayfair que era un refugio de respetabilidad. Sin embargo, tras la puerta se escondía un club de caballeros. Sin embargo, las damas que se encontraban dentro eran pocas y poco frecuentes, lo suficiente para garantizar que la ley y la sociedad hicieran la vista gorda ante el tipo de club que era en realidad el Top Hat. Este club satisfacía todos y cada uno de los gustos, algunos mejor ni mencionarlos.

—La verdad de Dios, Hadley, no nos violarán. Por favor, relájate o es poco probable que nos reciban al cruzar el umbral. Nadie hablará con nosotros si no pasamos desapercibidos. —Grayson exhaló un suspiro impaciente, cogió el bastón de Hadley y llamó a la puerta.

Era el sexto club que visitaban en la última semana, y esperaba encontrarse con un hombre que hubiera trabajado para DePalma. El dinero que estaban derrochando daba sus frutos. Una de las señoras de un club anterior le había dicho que había oído hablar de un hombre que había trabajado para DePalma y que dirigía el club Top Hat.

Un mayordomo de aspecto respetable abrió la puerta, inclinándose antes de decir —Caballeros, ¿Puedo servirles?

Grayson respondió en el código que les había dado la prostituta. —Bonjour. Venimos a ver la estatua de Eros.

El mayordomo los miró y Grayson le devolvió la mirada, dedicándole una sonrisa que esperaba fuera amistosa y cómplice.

El mayordomo se limitó a decir —Pasen. Todos los caballeros nuevos en Sombrero de copa deben ser presentados. Por favor, síganme al salón.

Al cruzar el umbral, Grayson se dio cuenta de que dos hombres imponentes y musculosos custodiaban la puerta detrás del refinado mayordomo. Esos dos brutos no tenían nada de refinados. Esperaba que esta noche no fuera desagradable. Medían al menos medio pie más que Grayson, y él, con su metro noventa, no era un hombre bajo. Debían pesar al menos cerca de ciento cincuenta kilos cada uno.

El ruido del club del pecado penetró en sus sentidos. Oía a los hombres reír, a los hombres gemir en éxtasis, y el torbellino de la rueda del blackjack alto y claro. Había alguna que otra mujer que vestía muy poco y llevaba bandejas con comida y bebida, pero la clientela era predominantemente masculina.

Vio el paso vacilante de Hadley cuando pasaron por delante de una alcoba donde había un trío en acción. A un hombre se la chupaban mientras otro lo masturbaba por detrás, todo ello con un público numeroso y ruidoso. Le dio un codazo a Hadley, como diciendo —Mantén la calma.

Las vistas y los sonidos del club del pecado centrado en los hombres no perturbaron a Grayson. Mientras el sexo fuera consentido e hiciera felices a los hombres, ¿quién era él para oponerse? Las mujeres habían tenido que venderse para sobrevivir desde el principio de los tiempos, así que ¿por qué iba a despreciar a un hombre que tenía que hacer lo mismo?

El salón estaba en el primer tramo de escaleras, e incluso Grayson tuvo que endurecer su expresión ante la decadencia de la habitación. La habitación estaba inundada de paneles de seda, algunos flotando suspendidos del techo como si hubiera entrado en un harén árabe. Se sintió transportado a un mundo de fantasía en el que abundaban las estatuas de hombres desnudos. Y no sólo estatuas: a lo largo de una pared había varios hombres jóvenes, de edades que no quiso averiguar, todos completamente desnudos salvo por un taparrabos de

gasa transparente.

Sin embargo, su mirada se dirigió al centro de la habitación. Tumbado en un sofá forrado de piel, yacía un hombre que parecía tener la misma edad que Grayson. Incluso Grayson podía ver que era extremadamente guapo. Llevaba un par de pantalones de harén y un chaleco de seda, desabrochado para que se vieran su pecho y su vientre tonificados. Sus rasgos eran afilados y definidos, su rostro cautivador hasta el punto de que Grayson sospechaba que tanto hombres como mujeres lo encontraban irresistible. Si el deseo pudiera ser una persona, este hombre se le acercaría.

Eran los ojos del hombre lo que atraía a la gente, pensó Grayson. A primera vista, su azul, como el de un día sin nubes, hacía que una sonrisa se dibujara en los labios; las largas pestañas, como abanicos de seda que protegían los profundos estanques, coqueteaban con los sentidos. Pero con una mirada más atenta a este Adonis rubio, a este dios griego de cuerpo esbelto esculpido en puro músculo, se hizo visible la muerte que yacía tras la belleza.

El hombre observó a Hadley antes de volver su mirada pétrea hacia Grayson. Una de sus cejas se alzó, y una sonrisa socarrona hizo que su buen aspecto pareciera aún más angelical.

—Vaya, vaya. ¿Qué preciosidad ha entrado en mi tienda?

Incluso la voz del hombre parecía una caricia, ligera y lírica. Balanceó las piernas hasta el suelo y se levantó, avanzando hacia donde los dos hombres permanecían torpemente de pie. Hadley se acercó un paso más al lado de Grayson.

El hombre se detuvo frente a Grayson, con la cabeza apenas llegando al pecho de éste. —¿Desean unirse a mi club, caballeros? He participado en clubes como el mío desde que tenía doce años. Recordaría haber visto a un hombre como usted, y no lo he hecho. —Acaricio el pecho de Grayson—. Me dicen que le gustaría probar lo prohibido. Me pregunto, ¿por qué ese repentino interés? —Se movió alrededor de los dos, inspeccionando y evaluando.

—Tengo una prueba para cualquier nuevo miembro. Por lo que sé, podrían estar aliado con los Corredores o, peor aún, ser enviado a espiar a mis miembros y denunciarlos o chantajearlos. No puedo dejar entrar aquí a cualquiera. —Chasqueó los dedos y dos jóvenes avanzaron hacia donde estaban Grayson y Hadley. Sin hacer preguntas se acercaron y empezaron inmediatamente a desabrocharle los pantalones. Hadley maldijo y golpeó las manos del chico que tenía delante; Grayson se limitó a hacer una mueca y retrocedió, esquivando las manos del otro chico.

—¿A alguno de los dos le ha chupado la polla un hombre? —No esperó a que contestaran—. Los hombres lo hacen infinitamente mejor. Sus bocas saben lo que los hombres desean. Tienen una acción

bucal más robusta y completa.

Hadley volvió a golpear las manos del joven, y Grayson supo que había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

Empujó suavemente al otro joven lejos de él. —No estamos aquí para esto —dijo Grayson, arreglándose los calzones mientras hablaba, sin apartar los ojos del Adonis—. Tampoco nos interesa conocer la identidad de sus miembros ni denunciarlos a la policía.

El Adonis hizo un gesto a los chicos para que volvieran a sus posiciones contra la pared. Miró a Grayson como si estuviera contemplando un suculento festín, y un escalofrío recorrió la espina dorsal de Grayson. —Lástima. —Luego Adonis volvió a su sofá y se tumbó—. Me estoy aburriendo. Será mejor que hagan interesante su razón para entrar en mi club.

—Estamos aquí preguntando por el dueño de un burdel llamado DePalma.

Adonis estaba bien, notó Grayson; la tensión en sus hombros y el leve cerrar de sus ojos eran apenas perceptibles.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Nunca he dicho que DePalma fuera mujer. —Grayson mantuvo la voz baja, ocultando su excitación.

Al Adonis se le fue el color de la cara y se puso en pie de un salto. —Me gustan los hombres inteligentes, pero no demasiado. —Agitó una mano en el aire—. Puede que haya oído hablar de esta mujer. ¿Qué le hace pensar que la conozco?

—Alguien nos dijo que solía trabajar para ella.

Al dueño del burdel no le gustó aquello y cerró la mano en un puño. —Debe de ser muy rico y persistente para que alguien se arriesgue a disgustarme contando semejante historia.

Grayson no se dejó intimidar. —No tengo ningún deseo de entrometerme en sus asuntos, señor... ah...

—Puede llamarme Angelo.

—Sr. Angelo, todo lo que necesito es información sobre dónde está DePalma. La mujer parece haber desaparecido de la faz de la tierra.

—Muchos en nuestra profesión trabajan para encontrar una salida. Cambian de nombre y de identidad. Es difícil dejar esta vida si todo el mundo sabe lo que hacías.

—¿Sabe a dónde fue? ¿Sabe algo de ella que pueda ayudarme a localizarla?

Angelo se echó hacia atrás, recostado como un emperador, aparentemente más relajado, comprendiendo que tenía el poder y el control en esta situación.

—Tengo dos preguntas. ¿Por qué quiere encontrar a DePalma y por qué debería ayudarle?

Grayson lanzó una mirada a Hadley, y mantuvieron una

conversación silenciosa sobre cuánto contar y cuánto pagar. Mantuvo a los eruditos libertinos al margen de la conversación.

Grayson se aclaró la garganta. —Tengo algunos asuntos personales con DePalma, y estoy dispuesto a pagar generosamente por cualquier información que ayude a localizarla.

Los ojos de Angelo se entrecerraron y una sonrisa astuta se dibujó en sus labios esculpidos. —Y yo que pensaba que eran los Eruditos Libertinos los que buscaban a DePalma, los seis.

Grayson luchó por mantener su temperamento bajo control. Este Angelo sabía más de lo que era cómodo. ¿Estaba aliado con su villana? —Parece que no soy el único bien informado. Me pregunto por qué se ha interesado tanto.

—Cuando oigo que alguien hace preguntas sobre mí, quiero saber por qué.

—Otra vez —reitero— no tengo ningún interés en usted, en sus negocios o en su vida. Simplemente quiero encontrar a DePalma.

Angelo consideró a Hadley y Grayson durante unos instantes antes de preguntar, —¿Por qué debería ayudarle?

Hadley habló por fin. —Podemos pagar. Y bien.

—Me insulta. ¿Tengo pinta de necesitar dinero?

Grayson intentó suavizar las cosas. —Usted y yo sabemos que todo hombre desea algo que no tiene. Si hay algo que quiere, dígalo.

Angelo bebió un trago de un vaso y estudió a la pareja, sus ojos vagaron de uno a otro varias veces. —Eruditos libertinos. En deuda conmigo. Vaya, la noche tiene tantas posibilidades. Tendré que pensarlo.

Grayson sintió un nudo en el estómago. Se acercó a Angelo y le entregó su tarjeta. —Ya le hemos robado bastante tiempo esta noche. Cuando decida ayudarnos, avísenos.

Angelo acarició la tarjeta como si fuera una pepita de oro, y la sensación de náuseas de Grayson se intensificó. —Se da cuenta de que DePalma sabrá que ha venido a verme —dijo—. Hará que le sigan. Eso me pone en peligro. Así que, independientemente de lo que diga, está en deuda conmigo.

—No creo que necesite protección. Un hombre de su profesión debe tener una buena seguridad.

—Cierto. Pero mire lo que DePalma ha hecho a los poderosos Eruditos Libertinos.

Hadley habló, con claro desprecio. —Eso fue cuando no sabíamos lo que se tramaba. Ahora le será mucho más difícil atacarnos.

Angelo simplemente se volvió hacia Grayson con una ceja levantada. —Yo no estaría tan seguro. —Dio una palmada y la puerta de la habitación estilo harén se abrió. Angelo se dirigió al mayordomo —. Acompañe los caballeros fuera del local. —Se volvió hacia Grayson

—. Le avisaré cuando tenga información que merezca la pena compartir. Hasta entonces... —Hizo una pausa y recorrió a Grayson con la mirada, deteniéndose en su pecho antes de bajar hasta la ingle —. Tendré sueños muy agradables sobre mi próximo pago.

Mientras los hombres abandonaban el club, la mente de Grayson daba vueltas. Hadley puso en palabras lo que Grayson no deseaba afrontar.

—No es dinero lo que va a querer como pago. Quizá deberíamos seguir buscando otra fuente de información.

Grayson sólo pudo asentir, la amargura de estar tan cerca pero aún tan lejos inundándole el alma.

Capítulo Diecisiete

Grayson no estaba de buen humor cuando regresó a su casa. Tenía tantas esperanzas de ir por delante en la caza de DePalma. Grayson despidió a su ayuda de cámara y, mientras se quitaba la corbata, reflexionó sobre la certeza de lo que Angelo querría a cambio de información, y de quién. No creía tener estómago para ello, pero si ayudaba a mantener a salvo a Portia y al resto de los eruditos libertinos y sus esposas, ¿Qué otra cosa podía hacer?

Se sentó en el extremo de la cama, se quitó las botas y pensó en diferentes escenarios. La que finalmente se le ocurrió, como un marinero que se ahoga y se agarra a un salvavidas, fue secuestrar a Angelo y obligarle a revelar lo que sabía.

Cuando se levantó para quitarse el resto de la ropa, vio dos notas apoyadas en la almohada. Jeeves, su mayordomo, debía de haberlas dejado allí, ya que Grayson había estado ignorando la pila de correspondencia que se acumulaba en su estudio, principalmente porque no quería saber nada de Portia ni pensar demasiado en ella. Jeeves debió de pensar que estas notas eran importantes.

Se agachó y cogió la primera nota, pero no reconoció la letra infantil. La otra letra la conocía bien, la de Portia.

Abrió la misiva de Portia como si arrancara una venda de una herida ensangrentada. Se le secó la boca, cerró brevemente los ojos y contó hasta diez. Grayson esperaba que se enfadara por la insensible nota que le había enviado. Deseó poder retractarse y escribir una desde el corazón, diciéndole todo lo que sentía de verdad. Empezó a leer.

Queridísimo Grayson,

Ojalá hubieras estado aquí cuando desperté del coma, y no lo digo para que te sientas culpable. Lo digo porque es la verdad. Te amo. Te amo desde que tenía dieciséis años y probablemente siempre te amare.

Digo que te quería aquí conmigo porque eso habría significado que te habías enfrentado a tus miedos y que tu amor por mí era lo bastante fuerte como para capear cualquier prueba o tribulación que nuestro matrimonio tuviera que afrontar en el futuro.

Sin embargo, tu ausencia sólo significa una cosa: que no me quieres lo suficiente. Es la única conclusión que puedo sacar. Espero

que algún día conozcas a una mujer a la que ames lo suficiente para que puedas enfrentarte a tus miedos. Pero nunca podrás hacerlo si estás casado conmigo.

Así que, amor mío, como no estoy encinta, te dejo marchar. Te libero de cualquier promesa hecha y me niego a que te sacrifiques en nombre del honor. No te enfades, una dama también tiene honor, y yo soy demasiado honorable para obligarte a casarte con una mujer a la que no amas. Al final nos destruiría a los dos. Además, no permitiré que las reglas me limiten. Sólo se tiene una oportunidad en la vida, y yo quiero asegurarme de que mi oportunidad dé vueltas y vueltas y vueltas hasta que me maree.

Por si te interesa, no me casaré con nadie más, ya que no sería justo para mí. Como siempre he dicho, quiero un marido que me ame. Por lo tanto, no me casaré con nadie.

Lo he hablado con Lord y Lady Markham y con mi madre. Mis hermanos serán más difíciles de convencer, pero los convenceré.

Tengo la intención de ausentarme durante un año para dejar que el escándalo se asiente o, como probablemente ocurrirá, que se vea eclipsado cuando surja una nueva desgracia que implique a nuevos jugadores. Tengo la suficiente seguridad económica como para no necesitar la aprobación de nadie para mis acciones.

Para evitar que mi negocio sufra por todo esto, Christian va a ayudarme comprándolo y aceptando dirigir la empresa. Más adelante, cuando mi lapsus se haya olvidado, se la volveré a comprar por el mismo precio.

Nadie sale herido y la vida, como ambos sabemos, puede seguir como antes.

No te preocupes. Me quedaré en Henslowe Court a buen recaudo hasta que hayamos capturado a nuestra villana.

Te deseo lo mejor en tu vida. Espero que encuentres la paz. Robert estaría orgulloso de la forma en que viniste a rescatarme y estás dedicando tus esfuerzos a su causa, y espero poder seguir llamándote amigo.

Siempre tuya,

Lady Portia Flagstaff

De repente, un dolor intenso le apuñaló, sintió como si de un puñal se le clavara en el centro de su corazón y tuvo que buscar el poste de la cama para apoyarse. Esto era lo que quería, ¿no? Nunca sufriría el dolor de perderla.

Se dio cuenta de que se estaba frotando el pecho.

¿Pero no era eso lo que estaba sufriendo ahora, un dolor desgarrador que duraría el resto de su vida? Sin que se diera cuenta, había ocurrido lo peor: la había perdido en todos los sentidos de la palabra.

Y ella le había pedido que fueran amigos. Después de su alucinante acto de amor e intimidad, ella se engañaba a sí misma pensando que alguna vez podrían ser amigos. Un día ella se casaría, y Grayson sabía con certeza que jamás podría estrechar la mano del hombre que había tenido el privilegio de compartir su vida, su hogar y su cama.

El dolor de la pérdida lo cegó, y Grayson cayó de rodillas, y el dolor al golpear el duro suelo le hizo ver lo que estaba perdiendo. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y su lengua se deslizó por sus labios, saboreando la salinidad. Normalmente lloraba cuando moría alguien cercano. Pero ahora lloraba por las oportunidades perdidas. Lloraba por haber sido tan tonto y por haber herido a una mujer tan magnífica.

Se rodeó con los brazos y cerró los ojos. Todo lo que hizo fue permitirle ver el hermoso rostro sonriente de Portia, pero ella ya no le sonreía a él, ni para él.

Ella se casaría con otro, tendría una familia con otro, y él... ¿qué? Mierda, casarse con una mujer de la que probablemente se cansaría, con la que odiaría volver a casa, y que yacería sin responder en su cama cumpliendo con su deber.

Todos estos años había pensado que no quería amor. Se había creído tan listo como para proteger su corazón. Ahora se le revolvían las tripas con náuseas y, con cada respiración, el pecho se le contraía dolorosamente. No había engañado a nadie más que a sí mismo.

La amaba.

Y le habían pisoteado su corazón como si fuera un insecto bajo su bota.

Grayson consideró la escasa presencia de su padre en su primera infancia y se dio cuenta del poco tiempo que habían pasado juntos. Grayson tampoco recordaba haber oído reír a su padre. Lord Cumberland se había reído mucho. Podía parecer que el padre de Grayson estaba contento, pero ¿era feliz? ¿Cómo iba a serlo si había participado en el libertinaje por el que DePalma los perseguía?

Grayson se hundió de nuevo en la cama, con las manos detrás de la cabeza, intentando ser sincero consigo mismo para variar. No quería pasar el resto de su vida simplemente contento. Pensó en los que había perdido. Y se dio cuenta de que le mirarían desde arriba, gritándole que no malgastara su vida, sino que la viviera al máximo. Aún le costaba saber cómo hacerlo, entregarse a la consecución de sus mayores deseos. Pero se dio cuenta de que acababa de perder a la mujer que le completaba.

Portia era muy hermosa, es cierto, pero lo más importante era que le desafiaba, le hacía recordar lo maravilloso que era estar vivo. Era hermosa y enérgica, pero tenía una gran capacidad de amar y estaba llena de compasión por los demás: el colegio de huérfanos por el que

se esforzaba tanto era un buen ejemplo. Portia no había creado su empresa para demostrar que podía ganar mucho dinero; lo había hecho para divertirse, para ponerse a prueba, por puro placer, y luego había utilizado su éxito para ayudar a los menos afortunados que ella.

De repente, se sintió cansado. Cansado de huir de sus sentimientos. Pero el dolor que sentía le hizo darse cuenta de que nunca podría huir del dolor. La gente iba y venía en la vida de uno. La muerte era inevitable. No podía evitar la muerte como tampoco podía evitar envejecer.

Pero aquí estaba, a punto de perder a la única mujer que podía enseñarle a vivir, y perderla no era por la muerte. Fue por su propia cobardía.

Al leer la carta de Portia, al saber que se alejaba de él, se sintió despojado, como si hubiera perdido una parte de sí mismo. Grayson cerró los ojos y respiró hondo. Podía recordar su olor. Se maravilló ante la palidez de su piel perfecta y sin imperfecciones y la lírica ligereza de su voz. El sol debía envidiarle por poder tocar partes de su cuerpo que nunca había visto. Le encantaba acariciar su suavidad femenina, aunque todos sus miembros eran esbeltos y firmes, y casi se le hacía agua la boca al recordar sus pechos turgentes. Pero lo que más echaba de menos era su sonrisa. Sus ojos se iluminaban cada vez que la veía, como si fuera la persona más importante del mundo para ella. Dudaba que se iluminaran ahora.

Se tragó su pena y juró que demostraría que valía la pena. Recuperaría su amor, encontraría a la villana y mantendría a salvo a Portia y a sus amigos.

Grayson se levantó como un rayo y, a pesar de su estado de desnudez, empezó a hacer las maletas. Iría a Henslowe Court y le demostraría que la amaba más que a la vida misma. Tendría que convencerla de que no se trataba de su honor y su deber; no estaba seguro de cómo lo conseguiría, pero lo haría.

Hadley podía quedarse aquí y esperar información de Angelo. No podía pensar en el precio que Angelo exigiría. Ya se preocuparía de eso cuando ocurriera. Sólo debía concentrarse en ganarse el amor y la confianza de Portia.

En ese momento, se abrió la puerta de su habitación y entró Timmins, su ayuda de cámara.

—Siento molestarle, milord, pero he oído el ruido y he pensado que, después de todo, podría necesitarme.

—Gracias, Timmins. Me voy a Henslowe Court, la finca de Lord Markham en Dorset, inmediatamente.

La mirada de su ayuda de cámara estaba llena de preguntas sin respuesta, pero Grayson se limitó a mirarle fijamente hasta que Timmins dijo —¿En qué puedo ayudarle?

—Puedes meter un par de camisas y pantalones en una alforja mientras yo le envió una nota a Jeeves para que se la entregue a Hadley por la mañana. No quiero despertarle ahora. Entonces, mañana podrías hacer acopio de ropa suficiente para una estancia prolongada en Henslowe Court y acompañarlo hasta Dorset en mi mejor carruaje.

—¿Cuánto tiempo estaremos allí, y a qué tipo de entretenimientos asistirá?

Grayson se frotó la frente. —No creo que haya nada grandioso. Seguimos siendo el objetivo de nuestra villana. —Grayson había informado a su personal de la situación a su llegada de vuelta a Londres, para que estuvieran alerta y, por supuesto, lady Markham está a punto de dar a luz. No iba a asumir una boda; primero tenía que recuperar a Portia.

Se sentó en la pequeña mesa de escribir de su habitación mientras Timmins hacía las maletas y luego se escabulló para despertar a un mozo de cuadra y ensillar a Helios, su semental alazán. Escribió una nota a Hadley informándole de su decisión de ir directamente a Henslowe Court y pidiéndole que se quedara en Londres hasta que recibieran noticias de Angelo. Sólo entonces recordó que había dejado una segunda nota sobre su almohada. La recogió, pero en su deseo de marcharse inmediatamente, la leyó más tarde y la dobló en el bolsillo de su chaqueta. Grayson no envió una nota a Christian; no quería que Portia estuviera prevenida por si eso la hacía huir del refugio de la finca de Christian. La sorprendería.

Una vez montado en Helios, Grayson se abrió paso por las calles de Londres a medida que se acercaba el amanecer. Le esperaba un largo viaje, pero le daría tiempo para pensar exactamente cómo recuperar a Portia.

Un pequeño resquemor le decía que tal vez fuera demasiado tarde. Pero seguramente, si ella realmente lo amaba, podría perdonarlo, ¿no? En ese instante supo que le perdonaría cualquier cosa. Le preocupaba tanto que, con sus modales modernos, deshonrara el nombre de su familia y, sin embargo, era él quien había deshonrado el nombre de los Blackwood con su cobardía. No había escándalo o límite social que ella pudiera cruzar que le hiciera pensar menos de ella. Era tan tonto como para pensar que la opinión de los demás importaba.

Dos días después, los nervios se apoderaron de Grayson cuando se dirigía a Henslowe Court. Estaba tan nervioso como un colegial ante una paliza. Un mozo de cuadra salió a su encuentro cuando se detuvo ante la gran entrada de la imponente mansión de arenisca de Christian, y pasó un rato con el mozo dándole instrucciones sobre cómo debía tratarse a Helios. Caballo y hombre habían hecho un largo viaje y ambos estaban cansados.

Grayson siguió al mozo hasta los establos y, a medida que se

acercaban a la parte trasera de la propiedad, oyó risas y conversaciones procedentes del jardín trasero, que sabía que estaba situado junto al salón. Después de atender las necesidades de Helios, rodeó con cautela el exterior de la casa y entró en el jardín cerrado de la parte trasera de la propiedad.

Sabía que debía cambiarse y ponerse presentable antes de ver a Portia. Sin embargo, no podía esperar. Tenía tantos sentimientos inundando su cuerpo que sólo quería verla.

A medida que se acercaba, pudo ver una partida de pall-mall en el enorme y cuidado césped. Inmediatamente, sus ojos vieron a Portia. Estaba riendo y peleándose con Maitland. Maitland sujetaba la pelota de madera por encima de su cabeza y Portia intentaba quitársela, arrastrando su brazo hacia abajo para poder recuperarla. Había un montón de gritos y algarabía, y la expresión de felicidad y alegría en el rostro de Portia detuvo su corazón.

Fue entonces cuando miró la cara de Maitland y lo que vio le hizo hervir la sangre en las venas. La forma en que Maitland la miraba no era la mirada de un amigo. Cuando vio que el brazo de Maitland rodeaba la cintura de Portia, estrechándola contra él, toda la sangre pareció huir de su cerebro y la ira estalló. Nunca en su vida había deseado tanto matar a un hombre como cuando vio a Maitland con las manos sobre Portia. Quería agarrar el mazo que estaba en el suelo y arrancar la mirada de enamoramiento del atractivo rostro de Maitland.

Debió de emitir un sonido, un gruñido bajo en su garganta, porque de repente se hizo el silencio y varios pares de ojos le miraban. El silencio pareció crecer y crecer y crecer, acumulándose en Maitland, soltando a Portia y alejándose de ella.

Portia se giró para mirarle y su sonrisa se apagó. A Grayson le mataba saber que no se alegraba de verle.

Fue Lily quien rompió el incómodo silencio. Chilló —¡Lord Blackwood, sabía que vendría en cuanto leyera mi carta! —y corrió a abrazarlo.

Así que la carta sin leer que llevaba doblada en el bolsillo era de Lily. Se preguntó qué diría cuando la leyera más tarde en su habitación. Ahora mismo, lo único que quería era matar a Maitland. Grayson no tenía derecho a sentirse así. No le había dado a Portia motivos para creer que estaría celoso o que le importaría. La había abandonado en un momento de necesidad, y viviría con el remordimiento por sus acciones el resto de su vida. Los celos que lo consumían eran una emoción nueva para él, que ennegrecía su mundo.

Finalmente, Christian le hablo y él le prestó atención. —Bienvenido, Grayson. Haré que un criado te acompañe a una

habitación. Debes haber tenido un viaje duro, y tal vez deberías refrescarte. Tienes aspecto polvoriento.

Grayson no podía apartar los ojos de Maitland. Los dos se quedaron mirándose, sin querer ser el primero en apartar la vista.

Sin dejar de mirar a Maitland, respondió a Christian. —Me gustaría hablar primero con Su Alteza, si no te importa. —E inclinó la cabeza hacia el bosque que bordeaba el césped, indicando a Maitland que debían dar un paseo. No sabía cómo iba a evitar coger un mazo por el camino y darle una paliza a Maitland.

Maitland se aclaró la garganta. —Encantado de verte, Grayson. Me encantaría dar un paseo. —Las palabras de Maitland eran llanas, su tono normal, pero por algo le llamaban «el frío duque».

Portia se quedó mirando entre los dos hombres, comprendiendo la corriente que había entre ellos. —No creo que sea una buena idea.

Ignoró por completo a Portia. —Maitland, ¿vamos?

Serena se levantó, cruzó el césped hacia Portia y la cogió del brazo. —Quizá quieras venir a ayudarme un momento, Portia. Necesito que me aconsejes sobre la cuna que Christian mandó traer de Londres. Quiero saber qué te parece, me parece demasiado pequeña. —Las dos mujeres caminaron cogidas del brazo hacia la casa, Portia mirando por encima del hombro con ansiedad.

Christian se levantó y miró a los dos hombres. —Espero no tener que salir a limpiar la sangre. Intenten recordar que son unos caballeros. —Cuando ninguno de los dos hombres respondió, suspiró y se volvió hacia Sebastian—. ¿Les apetece una partida de billar? —Sebastian asintió, levantándose para seguir a las mujeres al interior de la casa. Christian miró a Arend, como diciendo, vigílalos—. Les dejo para que encuentren una solución.

Arend no había dicho nada. Grayson lo miró. —¿No tienes ningún comentario?

Se limitó a encogerse de hombros. —Sabía que esto iba a pasar. Es culpa tuya, Grayson. Deberías haber puesto fin a esto cuando volviste de Calais. —Él también se levantó para seguir a Christian—. Pero abriste la puerta a la idea, y luego te fuiste.

Pronto quedaron solos Grayson y Maitland mirándose a través del césped. Grayson caminó hacia el bosque y Maitland lo siguió en silencio.

En cuanto entraron en el bosque, Grayson se volvió hacia Maitland y le dio un puñetazo en la cara. —Sé que no debería haberme ido y que mi comportamiento es atroz, pero estabas sobrepasando los límites de la amistad.

El puñetazo hizo que Maitland saliera despedido hacia atrás, y una vehemente maldición salió de su boca. —Maldita sea, Grayson. Sólo intentaba animarla.

Maitland miró a Grayson y luego desvió la mirada. —Bueno, tal vez me lo merecía. Pero no es lo que piensas. Portia y yo sólo somos amigos.

La falta de formalidad de su amigo le irritó. —Lady Portia, ¿no querrás decir? —Grayson gruñó, y le propinó otro golpe. Maitland fue más rápido esta vez, se agachó y le devolvió un puñetazo que le alcanzó bajo la barbilla y le hizo caer hacia atrás.

Se sentó en el suelo totalmente mareado y sin poder mantener el equilibrio, intentando mirar fijamente a su supuesto amigo. —He visto cómo la mirabas, Maitland. Esa no es la mirada de un amigo.

—¿Qué mirada? ¿Por qué estás tan enfadado? Dejaste perfectamente claro con tus acciones que no la querías. Descubrí que me gustaba la idea del matrimonio. La solución parecía lógica. Consigo una bella esposa y salvo la reputación de una damisela. No creí que te importara.

Así como así, toda la ira abandonó a Grayson. —La amo.

—Bueno, eso es interesante. ¿Cuándo tuviste esta epifanía? ¿Antes o después de dejar su cama mientras estaba enferma? ¿O cuando ni siquiera volviste a verla una vez que estuvo bien? ¿Amor, dices? ¿Conoces siquiera el significado de la palabra?

—Vete a la mierda. La única persona con la que necesito disculparme es Portia. Además, no creí que creyeras en el amor.

—Yo no, pero Portia sí, y ella necesita un hombre que la ame. Sé que no puedo ser ese hombre.

—Bueno, yo puedo. Yo la amo. —Se puso en pie y se quitó la suciedad de los pantalones—. Tenía miedo de amarla... He perdido a demasiada gente a la que quería, y duele mucho. Fui un cobarde, intentando protegerme por si ella moría. Lo irónico es que la perdí de todos modos.

—No creo que la hayas perdido todavía. Todavía te quiere, porque me aclaró que no está buscando marido. Típica mujer ilógica, especialmente dada su situación. —Le tendió la mano a Grayson para que la estrechara—. Parecía que necesitaba un amigo. Contar con la amistad y el apoyo de un duque sólo puede ayudar a su causa, dado el escándalo en el que está envuelta, y sobre todo porque ha decidido no casarse.

Eso fue un golpe bajo.

—El matrimonio no está cancelado. Haré lo que sea necesario para recuperarla.

—Yo sugeriría honestidad acompañada de mucho arrastramiento.

Grayson levantó la cabeza ante las palabras de Maitland. —Lo que haga falta.

—Si ese es el caso, será mejor que dejes de actuar como un idiota y vayas a arreglarte. Luego encuéntrala y revela lo que hay en tu

corazón. Ella preguntó por ti tan pronto como despertó. Tu huida estuvo mal hecha, Grayson. —Miró a Grayson con disgusto—. La heriste profundamente.

—Lo sé. Entré en pánico, lo admito. —Grayson hizo una pausa—. Pero también quería averiguar quién le había hecho daño, y ahora tengo una pista sólida. Así que no perdí el tiempo. Cuando atrape a la zorra que hizo daño a Portia, me gustaría matarla con mis propias manos.

—Estoy deseando escuchar lo que has descubierto. Sin embargo, deberíamos volver dentro para poder demostrar a los demás que no ha habido ningún daño. Luchando entre nosotros no recuperaremos a Portia. A las mujeres no parece gustarles que los hombres peleen por ellas. Aparentemente las hace sentir como posesiones.

Grayson se limpió la sangre que le goteaba del labio. —Había olvidado lo bien que pegabas. —Suspiró—. Sólo quiero una oportunidad, Maitland. No quiero que interfieras y la confundas.

—Ella te ama más que a la vida misma. ¿Cómo puedes pensar que tengo algo que decir en esto? —respondió Maitland —. Como dije, sólo pensé en intervenir porque todo encajaba bien. Vamos, volvamos a entrar en la casa. Lávate, luego ven a la sala de billar y cuéntanos qué habéis estado haciendo Hadley y tú en Londres. —Le dio una palmada en la espalda a Grayson—. Que duermas bien y corteja a Portia mañana. Va a necesitar tiempo para calmarse de la exhibición que acabas de darle. Por si no te has dado cuenta, no estaba contenta contigo.

Los dos hombres se dieron la vuelta y salieron del bosque. Como esperaba Grayson, Christian estaba de pie en lo alto de la escalera, vigilándolos. Incluso a esa distancia, pudieron ver cómo se le relajaban los hombros al verlos. Christian tenía todo el derecho a estar preocupado, reconoció Grayson; cuando se adentró en los árboles con Maitland, estaba tan enfadado que no sabía lo que iba a hacer. Pero Maitland también tenía razón. Había perdido todo derecho a considerar a Portia como suya en el momento en que la abandonó. Ella había tenido que enfrentarse a su destino por sí misma.

Tenía mucho terreno que recuperar, y tenía la intención de empezar de inmediato, independientemente de lo que sugiriera Maitland. No había momento como el presente para buscar el perdón.

Capítulo Dieciocho

Portia paseaba por el salón privado de Serena, junto al dormitorio de la marquesa. Era imposible que Grayson la encontrara aquí.

¡Grayson! Aún estaba conmocionada, por el hecho de que hubiera venido sin avisar a nadie y por su respuesta a un inocente juego de pall-mall. No podía quitarse de la cabeza la mirada de Grayson. Cuando la vio en brazos de Maitland, fue como mirar la cara de un psicópata.

Esperaba que los dos hombres no se estuvieran haciendo daño. Demonios, esperaba que no se estuvieran matando. Era culpa suya. Nunca debería haber intentado poner celoso a Grayson sugiriendo a Maitland como alternativa, ya que no sentía nada más que amistad por el duque.

¿Qué significaba la reacción de Grayson? Su corazón no podía evitar pensar que eran celos porque él la amaba, pero era demasiado mundana como para no comprender que la posesividad o el honor podían ser motores de su ira. En cualquier caso, ella no era una posesión por la que él tuviera que luchar, ni requería una deuda de honor. La escandalosa situación en la que se encontraba era obra suya, porque había acordado reunirse con él a medianoche en los jardines de Vauxhall.

La puerta de la habitación se abrió y ella se giró con una débil sonrisa, esperando a Serena. Ver allí a Grayson la pilló completamente por sorpresa y el corazón le dio un vuelco en el pecho.

Grayson tenía el labio ensangrentado y una enorme marca roja en la barbilla, donde se estaba formando rápidamente un bonito moretón. Parecía increíblemente guapo y avergonzado... y enfadado. ¿Por qué tenía que estar enfadado? Sabía que tenía demonios a los que enfrentarse, pero le había hecho mucho daño marchándose cuando ella estaba enferma.

—¿Puedo entrar?

Al menos preguntó. Lo contuvo en seco —¿Por qué estás aquí? —y le hizo un gesto para que entrara. Intentaras comportarte como un adulto—. No esperaba que volvieras a Dorset tan pronto. ¿Tienes noticias de DePalma?

Se dirigió directamente hacia ella y se paró frente a ella, mirándola

fijamente a la cara. El silencio se prolongó, erizándole la piel. Él la miraba como si fuera lo único que deseaba en el mundo, pero ella sabía que era mentira.

—Lo siento. —Sus suaves palabras, llenas de dolor, fueron acompañadas por su dedo acariciando tiernamente su mejilla.

Ella dio un paso atrás, apartando la cabeza de aquel contacto que podía hacerla olvidar por qué estaba enfadada con él. —¿Por qué te disculpas? ¿Por no estar aquí cuando me desperté, o por escribirme una carta sin una gota de amor y cortante, al enterarte de que estaba bien, o por no volver a verme en cuanto te enteraste de mi recuperación, o por ser un canalla y aparecer por aquí cuando sabes lo difícil que me resulta verte? —No pudo evitar que se le saltaran las lágrimas, pero las disimuló, negándose a que él la viera llorar. Ya había llorado bastante por él.

Tuvo la delicadeza de parecer avergonzado. —Por todo lo que acabas de enumerar. Por no quedarme aquí hasta que te curaras, por ser un cobarde y usar la excusa de encontrar a nuestra villana para poder irme, pero sobre todo por decepcionarte y hacerte daño.

Sus palabras le quitaron la rabia. Buscó alguna respuesta que aplacara su rabia y su dolor, pero se sintió desconcertada. No era lo que esperaba. Pensó que la acusaría, que hablaría de su honor y de por qué no tenía más remedio que casarse con él. Tal vez no había recibido su carta. —¿Recibiste mi nota?

—¡Sí! —La boca de Grayson se endureció—. Me merecía tu censura, y comprendo perfectamente por qué no deseas casarte conmigo.

—Bien —dijo ella, asintiendo. No había nada más que decir. Su nota lo había dicho todo.

Carraspeo como si algo le atravesara la garganta. —Debería haber me aseado primero. Pero necesitaba verte. —Una vez más, alargó la mano y le tocó la mejilla, y esta vez ella no se apartó. Portia quería apoyarse en su palma y sentir más de él. Ansiaba su aroma; soñaba con su fragancia masculina cada noche mientras él le hacia el amor una y otra vez en sus sueños. Portia cerró los ojos y respiró hondo. Le dolía el cuerpo por él.

Se acercó maldiciendo. —Dios, te he echado tanto de menos.

Ante sus palabras, ella abrió los ojos. —No tanto como yo a ti. —Le había echado tanto de menos que le dolía—. No hagas esto, —dijo, con la voz en carne viva, y levantó las manos para empujarle y apartarlo de su pecho. Pero de alguna manera se encontró envuelta en sus brazos.

—No puedo evitarlo. Sé que no merezco tu perdón, pero no me rendiré hasta habérmelo ganado.

La esperanza volvió a encenderse en su corazón. —¿Por qué es tan

importante que te perdone?

Sintió que todo su cuerpo se estremecía. —Porque te amo y quiero casarme contigo.

Ella deseaba creerle, pero sus acciones de las últimas semanas no se correspondían con aquellas palabras. —¿Por qué ese repentino cambio de opinión?

Él le recorrió la espalda con su gran mano, trazando sus curvas, y su cuerpo reconoció su posesión mientras su corazón le gritaba que tuviera cuidado.

—No es un cambio de opinión. Mi corazón siempre te ha pertenecido desde el momento en que bajaste la escalera de tu padre a los dieciséis años. —Ella se tensó en sus brazos. Ese había sido el momento en que se había enamorado de él. Atrapada por la idea de que eran almas gemelas, casi se pierde sus siguientes palabras—. Simplemente he encontrado el valor para reconocer lo que mi corazón me ha estado diciendo todo el tiempo.

—¿Porque sobreviví a la droga? ¿Qué pasará la próxima vez que me ocurra algo? ¿Te darás a la fuga y me dejarás sola? —preguntó fríamente.

—Me lo merecía. —La abrazó tan fuerte que apenas podía respirar —. Mi mayor miedo es perderte. Lo admito. Sin embargo, cuando recibí tu nota liberándome del matrimonio, me di cuenta de que te había perdido de todos modos. —Su voz se quebró—. Prefiero estar contigo que sin ti mientras Dios me conceda ese privilegio.

Ella estaba a punto de perdonárselo todo, pero aun así la semilla de la desconfianza brotaba de nuevo. Tenía que estar segura de él. Para siempre era mucho tiempo para estar encadenada a un hombre que no la amaba lo suficiente. —No es tan sencillo como perdonarte y que todo siga igual. ¿Qué hay de mis sueños y deseos en esta vida? ¿Entiendes realmente quién soy? —Ella deseaba desesperadamente conocer la respuesta a esa pregunta.

Sin embargo, para su decepción, antes de que él pudiera decir una palabra, la puerta se abrió y Serena entró. Portia se zafó de sus brazos y Serena exclamó, —Oh, lo siento. No sabía que tenías compañía. Vuelvo en un momento más oportuno.

Grayson inclinó la cabeza. —Es encantador verte tan bien, Serena. No te vayas. No debería haber irrumpido aquí antes de asearme. Tu marido querrá una actualización de los acontecimientos en Londres.

Las dos damas se quedaron de pie en medio de la habitación mientras Grayson se marchaba. El silencio, una vez que la puerta se cerró tras él, duró apenas un instante.

—Si hubiera sabido que te buscaría, nunca te habría dejado sola — dijo Serena apresuradamente.

Portia buscó a trompicones una silla y se hundió en ella. —Vino a

disculparse.

Serena ocupó la silla de enfrente. —Así debería ser.

—Dice que no puede vivir sin mí.

—Bueno, eso es un comienzo. Yo le haría arrastrarse mucho más antes de que aceptes casarte con él.

Portia se echó a llorar. Serena se levantó y se inclinó para abrazar a su amiga. —Lo siento. Lo que he dicho es una tontería. Sé lo que es estar locamente enamorada de alguien. Déjame darte un consejo que ojalá alguien me hubiera dado. Si le quieres y le deseas, que nada se interponga en tu camino.

Portia se secó las lágrimas. —Yo le amo. Pero no estoy segura de que sea sincero consigo mismo. Teme la pérdida, lo cual puedo entender dada su familia, Robert y la guerra. Creo que piensa que me quiere. Pero no puedo pasar por esto otra vez. Me preocuparía constantemente que, si algo me pasara a mí, o a uno de nuestros hijos, si tuviéramos la suerte de tener alguno, él se derrumbaría y se iría, y yo tendría que arreglármelas sola. Y no me hagas hablar de mi negocio. Sospecho que acabaría presionándome para que lo dejara. —Miró a Serena con desesperación—. ¿Es suficiente el amor?

Serena volvió a sentarse. —La solución parece sencilla. Ponerle a prueba. Haz que demuestre que se ha enfrentado a sus miedos.

—¿Cómo propones que lo haga?

Serena le dedicó una sonrisa disimulada. —Necesitaremos también la ayuda de Beatrice. Esto es lo que propongo...

Una vez que Grayson se había bañado y cambiado, se dirigió a la sala de billar. Podía oír el tono seco de Arend y la respuesta —Me importa un carajo —de Sebastian. Sonrió para sus adentros. Durante años, esos hombres habían sido como hermanos para él. Desde que había perdido a Robert, lo habían sido aún más. Se quedó en la puerta, observando a sus amigos mientras jugaban. De repente se dio cuenta de que tenía otra familia en esos hombres, y le invadieron sentimientos de gratitud.

Aún no podía creerse que Sebastian Hawkestone, el mujeriego más infame de Londres estuviera casado, y felizmente. Christian nunca había ocultado que deseaba el matrimonio, de hecho, lo ansiaba. Durante la guerra, no había hablado de otra cosa, pero había visto su sueño de tener una familia destrozado por sus quemaduras en el campo de batalla. Las mujeres se apartaron de él, fueron crueles en su horror por sus quemaduras, pero Serena no. Ella había visto al hombre que había debajo de sus quemaduras. Eso alivió la culpa de Grayson por haber arrastrado a Christian a la escaramuza en la que casi lo matan.

Si alguien podía aconsejarle, eran Sebastian y Christian. Pero no Arend. Arend nunca hablaba de sus relaciones. Se llevaba amantes a la

cama; al fin y al cabo, era un hombre sano, rico y atractivo. Sin embargo, Grayson nunca había sabido que tuviera una amante a largo plazo.

Sebastian tiró el taco y exclamó —Has tenido demasiado tiempo para practicar este juego, Christian, pero te juro que te ganaré al menos una vez. —Luego se volvió para hacer pasar a Grayson—. Ven a ver si puedes darle una paliza.

—Nadie puede ganarle en su propia mesa. Conoce cada bache de esa superficie.

Christian parecía mortalmente ofendido. —¿Baches? Mi mesa está inmaculada, para que lo sepas.

Arend se levantó y le sirvió una copa a Grayson, luego llenó los vasos de los demás. —Prefiero oír hablar de tu liderazgo en Londres. Ven, siéntate. Creo que ya he esperado bastante mientras intentabas resolver tu vida privada.

Grayson le frunció el ceño a Arend antes de darle un trago a la bebida que le tendía.

—No me mires así —replicó su amigo—. La situación es obra tuya.

Grayson no pudo rebatir las palabras de Arend.

—No seas tan duro con él. No todos los días un hombre se da cuenta de que ha sido un completo imbécil —dijo Sebastian con regocijo.

Grayson enarcó una ceja y miró a Maitland. —¿Algo que añadir? ¿Quieres unirte a la broma? Por cierto, ¿Cómo está la mandíbula?

Maitland la tocó con cuidado. —De una pieza. Estoy deseando verte arrastrarte. Aunque diré que Lady Portia es una mujer por la que merece la pena arrastrarse... si la amas de verdad.

Sin dudarlo, declaró a los hombres —La amo —y se dio cuenta de que estaba orgulloso de decirlo. Estaría aún más orgulloso si pudiera ganarse su perdón y recuperar su amor. Se negó a permitirse pensar en si había llegado demasiado tarde. Grayson se ahogaba en un mar de remordimientos y sólo Portia podía lanzarle un salvavidas.

Christian tomó asiento frente a ellos y levantó su copa. —Aquí está el amor. No hay nada mejor que el amor de una buena mujer.

Los hombres bebieron en silencio, Grayson rezando en silencio por no haber perdido el amor de la mejor dama que conocía.

—¿Qué han averiguado Hadley y tú sobre Madame DePalma? —La pregunta de Arend le devolvió al presente.

—Después de varios días de rastrear la mayoría de los burdeles más exclusivos de Londres y algunos que no lo eran tanto, el dinero que ofrecimos resultó demasiado tentador. Una fuente se presentó para darnos el nombre de un hombre que había trabajado en un club a las órdenes de DePalma hacía muchos años.

—¿Lo encontraron? —Arend se inclinó hacia delante en su silla.

—¿Por qué no le dejas terminar en vez de interrumpirle cada cinco segundos? —dijo Maitland.

—Gracias —dijo Grayson con una sonrisa de satisfacción—. Nos dijeron que dirigía el club llamado Top Hat, en los límites de Mayfair.

Sólo Grayson notó la tensión de los hombros de Arend y la ligera tensión de su mandíbula ante la mención de Top Hat. Esperó a que Arend dijera algo, pero el francés permaneció callado.

—Nunca he oído hablar de él —dijo Maitland.

De nuevo, Grayson miró a Arend, pero la mirada acerada del otro hombre no reveló nada.

—Dudo que alguno de nosotros haya jugado allí —continuó Grayson—. Hadley y yo visitamos el club. Sería un eufemismo decir que el Top Hat es un club que atiende a gustos específicos, no a mi inclinación.

Sebastian tuvo que preguntar. —¿Oh? Suena interesante. ¿Qué tipo de cosas?

—Es un club para hombres que prefieren la compañía de hombres.

Christian se rió. —No me extraña que nunca hayamos entrado.

—El club es propiedad y está dirigido por un hombre llamado Angelo. Es él quien solía trabajar para Madame DePalma.

—¿Te ha dicho quién es o adónde ha ido? —Arend intentó sonar neutral, pero Grayson pudo percibir la tensión subyacente en su tono.

—No exactamente. Estaba enfadado con nosotros por haberle involucrado. Rastrear a DePalma a través de él probablemente le ha puesto en peligro. Dice que es una mujer de largo alcance. Eso demuestra que sabe algo.

—Cristo, no me digas que te fuiste sin obtener más información.

Grayson se estaba hartando un poco de la actitud de Arend. —Hadley y yo estábamos muy superados en número. Está bien protegido. Además, me pareció más prudente tener a Angelo de nuestro lado. Ya tenemos un enemigo peligroso; no necesitamos otro.

Arend echó hacia atrás su silla y se puso en pie. —¿Así que no has aprendido nada?

—Maldita sea, ¿cuál es tu problema? Déjame terminar. Angelo no sabe qué fue de ella, pero cree que puede averiguarlo. Se pondrá en contacto con nosotros cuando tenga la información.

—Me gustaría contribuir al pago. ¿Cuánto dinero quiere Angelo por esta información?

Grayson sintió que se le calentaba la cara. ¿Sabía Arend lo que Angelo probablemente exigiría? Si lo sabía, ¿no lo diría? Grayson carraspeo. —Angelo tampoco nos lo ha dicho. Nos dirá el precio cuando tenga algo que vender. Por eso Hadley está esperando en Londres.

Arend se dirigió a la puerta. —Me voy a Londres. Hadley necesita a

alguien que le cubra las espaldas, y no hay nada que me retenga aquí.

Grayson no estaba convencido de que ésa fuera la única razón por la que Arend quería marcharse. Apostaría a que Arend se había cruzado antes con Angelo y no quería que Grayson lo interrogara. Sin duda había una historia, pero Arend tenía razón: Hadley merecía que alguien le cubriera las espaldas. Así que dijo —Buena idea. Yo tampoco me fío de Angelo. —Dirigió a Arend una mirada que indicaba claramente que sabía que había algo más, pero que esperaría a hablarlo en privado más tarde. Grayson tenía que concentrarse en Portia por ahora.

—Enviaré un mensaje cuando me haya puesto en contacto con Hadley —dijo Arend, y salió de la habitación.

Sebastian se excusó para buscar a su esposa. Beatrice estaba en las primeras etapas del embarazo y no se sentía muy bien.

Los tres hombres restantes se pusieron a recordar sus hazañas de juventud y cómo sus vidas habían mejorado con la edad. Christian dijo claramente que no cambiaría nada de su vida, ya que eso significaría que no habría encontrado a Serena.

Grayson se aclaró la garganta. —Seguro que podrías haber prescindido de las quemaduras.

—Por supuesto, pero si no hubiera sido por las quemaduras, quizá no habría estado en el Honey Pot aquel día y nunca me habrían secuestrado para ir a Canadá. Entonces no habría estado allí para salvar a Serena. Creo sinceramente que Dios tiene un propósito para cada uno de nosotros. —Christian miró a Grayson—. Desde luego, nunca te he culpado, Grayson. Ambos vimos muchas muertes y heridas atroces durante la guerra. No me obligaste a acompañarte en aquella misión, y estabas luchando por tu propia vida. Según recuerdo, habías quedado inconsciente. Sin embargo, te despertaste a tiempo para salvarme la vida. Te lo debo todo.

—Gracias por decir eso, Christian. Si de verdad no me culpas, ¿puedo pedirte un favor? —Ante la sonrisa de Christian, dijo— Me gustaría comprarte el negocio de sidra de Portia.

La sonrisa de Christian se apagó. —¿Puedo preguntar por qué? Utilizarlo para chantajearla y obligarla a casarse no funcionará. Nunca te lo perdonaría. —Maitland asintió.

—No es por eso por lo que quiero comprar su negocio. Déjeme explicar te lo que pretendo.

Capítulo Diecinueve

A la noche siguiente, las damas se reunieron. —¿Está nuestro plan en marcha? —preguntó Serena—. Eso espero, porque he enviado a los hombres a la taberna del pueblo a pasar la noche. Les dije que las damas queríamos tener una noche para nosotras solas para decorar el cuarto del bebé.

Las mujeres estaban instaladas en el comedor tomando una cena ligera. Maitland, Grayson, Sebastian y Christian acababan de salir para cabalgar hacia el pueblo, a una media hora de camino.

Beatrice cogió otra loncha de jamón y añadió un buen trozo de queso. —Me siento ligeramente inquieta por esta prueba nuestra. No podía imaginarme el pánico que se desataría si me dijeran que Sebastián había tenido un terrible accidente.

A Portia se le secó la boca. —Estoy de acuerdo contigo. Es una idea terrible y no puedo llevarla a cabo. ¿Acaso el amor no consiste en confiar en el otro? Grayson nunca me ha mentido. Creo que debería escuchar lo que tiene que decir.

—Ya ha tenido un día para hablar contigo. ¿Por qué no lo ha hecho? —dijo Serena.

—Hoy me he escondido de él a propósito. Necesitaba espacio para pensar. Salí a dar una vuelta por la mañana temprano y me pasé la tarde evitándole. Menos mal que la casa de Christian es tan grande. Tenía más de trescientas habitaciones para esconderme.

—Si no estás segura de esto, entonces deberíamos retrasar la instigación de nuestro plan.

Portia sonrió a Serena. —Gracias. Quiero un matrimonio basado en la verdad y el respeto, no en trucos y pruebas.

Beatrice levantó su copa de champán. —Escucha. Yo no confié en Sebastian al principio, y casi me cuesta mi matrimonio y mi vida.

—No fui sincera con Christian porque quería protegerle y, de nuevo, casi nos cuesta la felicidad. Quizá compartir la verdad, por dura que sea la forma, es la manera de construir una relación fuerte.

Las tres mujeres se miraron.

Beatrice suspiró. —No me siento muy bien conmigo misma en este momento. ¿En qué demonios estábamos pensando?

Portia miró a Beatrice. —¿Cuándo te diste cuenta de que amabas a

Sebastian, y cuándo supiste que él te amaba a ti?

Beatrice sonrió satisfecha. —La noche de nuestra boda. Había jugado con el honor de Sebastian para conseguir que se casara conmigo. Mi hermano menor, Doogie, a quien yo creía que Sebastian había matado en un duelo, iba a casarse con una heredera. Con su muerte, mi familia quedó en la miseria.

—Fuiste inteligente y valiente al acudir a él con esa solución —dijo Portia.

—Estaba temblando. De todos modos, en nuestra noche de bodas, Sebastian se enteró de que no había matado a Doogie y podría haber anulado el matrimonio. Pero sabía que me arruinaría a mí y a mi familia, así que aceptó un matrimonio de amistad y respeto.

—La mejor base para cualquier relación, en mi opinión —añadió Serena.

—¿Cómo iba a respetarme Grayson si le ponía a prueba fingiendo estar herida de muerte?

Beatrice respondió a la pregunta de Portia. —No lo haría.

Portia suspiró. —Una parte de mí desearía no amarlo, porque así podría seguir adelante y encontrar a alguien que ame mi verdadero yo, alguien que no quiera cambiarme. ¿Es mucho pedir que un hombre me quiera tal como soy? A veces... —Su voz se entrecortó.

—Sigue, termina —la animó Serena.

—A veces me pregunto si alguna vez encontraré a un hombre que pueda amarme.

—No seas ridícula. Te he observado a lo largo de los años. Después de todo, una florecilla como tu puede ver muchas cosas. Los hombres acuden a ti. Eres hermosa.

—Y rica —añadió Portia—. Los hombres querrán mi dinero y mi cuerpo. Quiero un hombre que me ame por lo que hay dentro. Grayson, que me conoce desde que era una niña, obviamente no vio nada de lo que quería en una mujer como yo. Me ofreció casarse conmigo por honor. Pensé que finalmente me amaba cuando navegamos juntos a casa, pero cuando ese amor fue puesto a prueba, huyó. No me quiere lo suficiente.

Las otras mujeres se sentaron en silencio, sin saber muy bien qué decir. Finalmente, Serena se aventuró —Parece que tienes varias cosas que preguntarle. Es fácil para Beatrice y para mí sentarnos aquí a dar consejos cuando estamos seguras en nuestros matrimonios, pero recuerdo cuando todo mi mundo dependía de una conversación sincera. Estaba enferma del estómago.

—¡Entonces será mejor que coma, porque mañana por la mañana probablemente no podré comer nada!

—Hay que cortar y comer el bizcocho que hizo la cocinera. Mira las fresas que rezuman de la crema. —Serena sonrió conspiradora

mente a Beatrice—. Comer para dos tiene algunas ventajas.

—Yo también beberé más champán —decidió Portia—. Necesito fortificarme antes de la declaración del corazón de mañana. Él tiene el poder de destruirme si no entiende quién soy realmente. Tal vez aprenda que él nunca podrá amar a la mujer que soy.

Se oyó un ruido en la puerta y todas las mujeres se giraron a la vez. —Siempre he sabido quién eres, y siempre he admirado quién eres, y siempre he amado quién eres. Simplemente estaba demasiado asustada para admitirlo. Pero te prometo que pasaré el resto de mi vida compensando mi cobardía.

Portia se olvidó de respirar. Grayson estaba de pie en la puerta, con la cara retorcida por el dolor.

—Siento mucho haberte hecho daño o haberte hecho dudar de ti misma. Cualquier hombre consideraría un privilegio llamarte su esposa. Siento haberte hecho pensar, aunque sólo fuera un minuto, que no amaba todo de ti.

Las otras damas hicieron ademán de levantarse, pero Portia las detuvo con la mano. —¿Por qué no estás con los hombres?

—No queríamos dejarte aquí sin protección.

—Los terrenos están llenos de hombres de Christian, y el personal está alerta, —intervino Serena.

—¡Cierto! pero vale la pena ser precavidos. Además, no pude encontrarte antes. —Miró a Portia—. Te busqué todo el día. Así que me quedé para hablar contigo. Si tienes tiempo.

El corazón de Portia golpeó contra sus costillas. Parecía tan guapo y un poco perdido. Recién afeitado y vestido con su chaqueta favorita, de un intenso verde bosque que resaltaba su pelo, hizo que su corazón latiera con fuerza. Cuando tiró de sus puños, Portia vio que por una vez estaba nervioso e inseguro de sí mismo.

No iba a dejar que pensara que caería rendida a sus pies si simplemente entraba y se disculpaba. —Íbamos a ponerte a prueba esta noche. Íbamos a enviar a un mozo de cuadra al pueblo para que dijera a los hombres que me había caído por las escaleras y estaba malherida.

Su mirada se endureció. —No volveré a huir. Te doy mi palabra.

Portia asintió, con los puños apretados a los lados. —Te he amado durante años. He esperado a que me vieras desde que tenía dieciséis años. Puedes esperar al menos hasta mañana para tener esta conversación. Las damas y yo tenemos planeada una noche de diversiones femeninas.

Su mandíbula se tensó, pero asintió. —Como quieras. ¿Qué tal un paseo por la finca por la mañana?

—Eso sería aceptable —contesto ella, con el cuerpo temblando. Vio que sus hombros se relajaban y dejó escapar el aliento que había

estado conteniendo.

—Gracias. —Hizo una reverencia y salió de la habitación.

La habitación permaneció en silencio hasta que Beatrice susurró —Parece tan serio. Casi siento pena por él.

Portia también; esa era su debilidad. Él era su debilidad. Se sentía exhausta, inundada de emociones contradictorias. Su corazón deseaba tanto confiar en él, mientras que su cabeza desconfiaba.

—Olvidémonos de los hombres esta noche. Hablemos de bebés —dijo Portia, sonriendo a sus dos amigas—. ¿Está lista la habitación del bebé?

—Christian se aseguró de que estuviera lista en el momento en que se enteró de que llevaba a su hijo —se burló Serena—. Es Lily la que me preocupa. Ha tenido a Christian todo para ella y es naturalmente pegajosa dado que él es todo lo que le queda después de la muerte de sus padres.

—Eso no es cierto, también te tiene a ti. Te adora. Y adorará a su hermano o hermana —dijo Beatrice.

—Christian la lleva a montar a caballo casi todos los días y siempre desayuna con ella. Aunque si los hombres vuelven a casa esta noche desde la taberna, no estoy segura de en qué condiciones estará mañana... —Serena se detuvo a mitad de la frase, con el pánico grabado en el rostro. Su rostro perdió el color y se agarró al borde de la mesa. Portia oyó que un líquido caía al suelo.

Beatrice estaba de pie y al lado de Serena en un instante. —El bebé.

—Pero está fuera de tiempo, no debería llegar hasta dentro de tres semanas por lo menos.

Portia se levantó y miró asustada a Beatrice. —¿Qué hacemos?

—Despierta a la cocinera, y llama a un mozo para que vaya a la taberna y avise a Christian.

Beatrice levantó una mano indicándole por donde dirigirse. —También es partera, Portia. Una muy buena. Ahora vete —dijo Beatrice—. Llevaré a Serena a su habitación.

Portia sabía lo que soportaban las mujeres para alcanzar la dicha de la maternidad, pero permanecer impotente mientras su amiga gritaba de dolor era aterrador, porque no podía hacer otra cosa que cogerla de la mano y murmurarle palabras de ánimo. ¿Era esto lo que Grayson había sentido cuando estaba enferma?

Se mantendría fuerte por Serena. Portia también se había asegurado de que Lily supiera lo que estaba pasando. La habitación de Lily estaba cerca de la de Serena y oiría sus gritos. Portia le explicó a la niña que era parte del parto y que su madrastra estaría bien. Lily le dio las gracias y le dijo que Serena había hablado con ella sobre el parto y lo que podía esperar. Lily estaba preocupada, pero también

muy ilusionada por conocer a su nuevo hermano o hermana.

Mientras ayudaban a Serena a cambiarse y desnudaban la cama para prepararla para el parto, Portia las obsequió con historias sobre su negocio de sidra y los hombres que pensaban que su sidra era la mejor del mundo hasta que supieron que la había hecho una mujer. Un hombre había estado comprando la sidra para su hotel durante varios meses y, al enterarse de que la propietaria era una mujer, había pagado sólo la mitad de su cuenta, pues de repente había decidido que el producto era inferior. Portia se presentó en su establecimiento con hombres y un carro y exigió el pago íntegro, so pena de llevarse los barriles sin abrir. Le pagó íntegramente aquella noche y seguía siendo uno de sus mejores clientes.

La cocinera llegó y pasó un buen rato examinando a Serena, que estaba preciosa apoyada en las almohadas con un camisón de lino transparente. Finalmente, La cocinera le indicó a Portia que saliera con ella. Beatrice las vio salir con cara de preocupación, pero se quedó cogiendo la mano de Serena y charlando sobre el sexo del bebé y a quién se parecería.

—Se ha adelantado y el bebé no se ha dado la vuelta —explicó la cocinera a Portia en voz baja.

—¿Qué significa eso?

—El bebé está mal orientado. Debería tener la cabeza hacia abajo, pero tiene las piernas y las nalgas hacia abajo. Si no consigo que el bebé se gire, pues... El bebé saldrá hacia atrás, si es que sale. El riesgo de muerte para ambos es mucho mayor cuando el bebé no está en la posición correcta.

Portia se llevó la mano a la boca. El miedo le invadió todo el cuerpo y se sintió desfallecer.

—¿No hay nada que podamos hacer?

—He intentado girar al pequeño, pero no soy lo bastante fuerte. Necesito un par de manos fuertes para girar al bebé, y pronto. Si Lady Markham se pone completamente de parto antes de que giremos al bebé...

—¡Grayson!, Grayson está aquí —gritó Portia.

La cocinera finalmente sonrió. —Iba a esperar a que su señoría regresara, pero el tiempo apremia y no sé en qué condiciones estará cuando vuelva. Los maridos entran en pánico en estas situaciones. Traiga a Lord Blackwood, urgente por favor.

Portia no sabía por dónde empezar a buscar. Encontró al mayordomo de Christian cuando volvía de los establos, donde había ido a enviar a un mozo de cuadra a buscar a Lord Markham, y le pidió que hiciera que el personal buscara a Lord Blackwood y lo enviara a la suite de su señoría con urgencia.

Cuando el mayordomo se marchó, Portia también fue en busca de

Grayson. Fue a la biblioteca, pero no estaba allí. Se dirigió a la sala de billar, pero su ánimo decayó cuando él tampoco estaba allí. Estaba a punto de salir de la sala cuando vio un rastro de humo que salía de la terraza oscura en el extremo de la sala masculina. —¿Grayson?, llamó.

Entró por la puerta, con el cigarrillo en la mano y la corbata suelta.

—¿Portia? Creía que no nos veríamos hasta mañana. —Dejó caer el cigarrillo en la terraza y lo pisoteó. Grayson entró en la habitación y, tras echar un vistazo, preguntó— ¿Qué pasa? —Atravesó la habitación en unas cuantas zancadas y la estrechó entre sus brazos, haciéndole sentir por un momento que todo se arreglaría.

Ella rompió a llorar, escondiendo la cara contra el duro pecho de él. —Es Serena. El bebé está viniendo, y está mirando hacia el lado equivocado. Ven a ayudarme.

Ella sintió sus músculos tensarse bajo sus manos. —¿Alguien ha mandado llamar a Christian?

—¡Sí!, pero ella necesita ayuda ahora. No somos lo bastante fuertes para ayudarla. —Se soltó de sus brazos, le cogió de la mano y tiró de él hacia la puerta—. Te necesitamos urgente ¡Ven!

Capítulo Veinte

Portia subía prácticamente corriendo las escaleras, arrastrándole. Deseó que Christian estuviera aquí. Debería estar aquí. Si Grayson dejaba que le pasara algo a Serena en ausencia de Christian, no sabía cómo se enfrentaría a su amigo.

Tenía las manos húmedas y no sabía cómo demonios iba a ayudar, pero Portia no se detenía a responder preguntas. Cuando se acercaron a la suite de Serena, a Grayson se le aceleró el corazón. Portia ni siquiera llamó a la puerta, sino que irrumpió en la sala de partos, Grayson muy cerca.

Se detuvo en seco. Grayson no sabía dónde mirar. Sabía que su cara se había sonrojado, porque Serena tenía un brillo burlón en los ojos. —¿Quién iba a pensar que invitaría al apuesto Lord Blackwood a mi alcoba? Será mejor que no se lo mencionemos a Christian. —Una leve mueca de dolor cruzó sus facciones antes de soltar un gran suspiro. Se volvió hacia la cocinera—. Las contracciones son cada vez más fuertes y seguidas.

—Entonces tenemos que darnos prisa. No se te quede ahí parado, mi señor, venga aquí donde me pueda de ser de ayuda.

Grayson ni siquiera pensó en desobedecer la orden de la cocinera, pero era un pez fuera del agua en lo que a partos correspondía.

Serena le dedicó una débil sonrisa. —Estoy demasiada adolorida e incómoda para que me importe que me veas así. Gracias por venir a ayudar.

Le cogió la mano y le dio un beso en los nudillos. —Haré todo lo que pueda para ayudarte. —Sonando más valiente de lo que se sentía, se volvió hacia la cocinera—. ¿Qué quiere que haga?

La cocinera había subido la vestimenta de Serena hasta su pecho mientras cubría sus caderas con una sábana, exponiendo su vientre rotundo. En ese momento, Grayson quiso salir corriendo, pero luego miró a Portia. Tenía el rostro sereno y lo miraba como si fuera su salvador. No creía que pudiera soportar volver a decepcionarla.

Portia y Beatrice estaban a ambos lados de la cama, Portia sosteniendo la mano de Serena y Beatrice limpiándole la cara con una franela.

De repente, la cara de Serena se contorsionó de dolor y soltó un

gemido, con todo el cuerpo agitado por los espasmos. Pronto se dejó caer sobre las almohadas.

—¡Ahora trabajamos! La cabeza del bebé está aquí —dijo la cocinera, señalando la parte superior del vientre de Serena—. Tenemos que girar al bebé para que su cabeza quede hacia abajo.

Grayson ocultó su expresión de horror. ¿Cómo demonios iba a hacer eso? —¿Qué quiere que haga exactamente?

Le cogió las manos y las colocó sobre el vientre de Serena. —Necesito que presione en un lado tan fuerte como pueda. Tenemos que conseguir que este bebé testarudo se dé la vuelta.

Dirigió una mirada a Serena y luego se volvió hacia la cocinera. —¿Le haré daño a ella o al bebé?

—Bueno, no será cómodo, pero no habrá dolor para Serena ni para el pequeño, y podría salvar la vida de este bebé.

Serena levantó la cabeza. —Sólo quiero que este bebé esté a salvo fuera de mí. Hazlo por mí, por favor, Grayson.

Se echó hacia atrás, se quitó la chaqueta, se arremangó y siguió las indicaciones de la cocinera al pie de la letra. Bloqueó los gritos de Serena, ignoró el calor de la habitación, olvidó la expresión ansiosa de Beatrice, decidió no pensar en la fe que Portia tenía en él y escuchó únicamente las indicaciones de la cocinera.

Durante casi veinte minutos, presionó suave pero firmemente el vientre de Serena, haciendo una pausa cada vez que la invadía una contracción. Por fin, la cocinera se sintió satisfecha de que el bebé estuviera en la posición correcta y sugirió a Grayson que esperara fuera a que Serena diera a luz.

Portia lo acompañó a la puerta y le dio su chaqueta. Antes de salir, le dedicó a Serena lo que esperaba que fuera una sonrisa alentadora, y ella le devolvió el gesto con la cabeza. Portia lo siguió fuera de la habitación y, antes de que pudiera decir una palabra, le bajó la cabeza y lo besó sonoramente en los labios.

—Gracias, Grayson. Nunca olvidaré lo que has hecho hoy.

—No siento que haya hecho nada, la verdad.

—Has salvado la vida de Serena y probablemente también la de su hijo.

Grayson se limitó a asentir, y ella le pasó la mano por el pecho antes de desaparecer de nuevo en la alcoba. Esperaba que Dios oyera las palabras de Portia y que Serena y el bebé vivieran.

Volvió a la biblioteca y se detuvo frente al fuego, mirando las llamas. La vida y la muerte parecían tan arbitrarias. Arriba, en la alcoba, se libraba una batalla y aún no sabían quién ganaría.

¿Qué habría pasado si él no hubiera estado aquí? ¿Cambiarían sus acciones el resultado? Ambos podrían haber muerto, o él podría haber marcado la diferencia entre la vida y la muerte.

Se le revolvieron las tripas mientras permanecía impotente en el estudio, sabiendo que había hecho todo lo que podía y que ahora le tocaba a Dios decidir sus destinos. Se sintió como en el campo de batalla, primero al tener que sostener a Robert mientras moría, sabiendo que no podía hacer nada, y de nuevo cuando Christian fue quemado.

La muerte formaba parte de la vida, pues todo el mundo muere. Con una claridad cegadora, vio que lo que definía a las personas no era la forma en que morían, sino cómo vivían su vida. Ahora veía claramente que no huía de la muerte, sino que se escondía de la vida.

Se le ocurrió que Portia había sido enviada para enseñarle a vivir. Con su alegría de vivir y su capacidad para confiar en los que la rodeaban y ver la perfección del mundo para aquellos lo bastante valientes como para agarrarlo, necesitaba que ella estuviera a su lado todos los días para recordarle lo buena que era la vida y cuántas posibilidades encerraba.

Grayson se hundió en una silla del estudio de Christian, reconfortado por el hecho de que ya no temía a perder la. En este mundo o en el siguiente, estaba seguro de que se reuniría con sus seres queridos, y quería enfrentarse a ellos sabiendo que no había desperdiciado la alegría de vivir. Depositaría su confianza en Dios y viviría para los que no podían.

La espera fue difícil. Los gritos ahogados se hicieron más fuertes y frecuentes, y él se levantó y se dirigió al aparador, sacando la tapa de una jarra. La olió. Brandy: bueno. El jerez no sería suficiente para que ninguno de ellos pasara la noche.

Rezó para que, por el bien de Serena, la noche no fuera demasiado larga. Tomó la silla junto a la ventana, miró hacia la noche iluminada por la luna y pensó en lo que acababa de hacer. Su padre, su madre, Lucinda y Robert estarían orgullosos. Se dio cuenta de que, en el futuro, si recuperaba el amor de Portia, ella pasaría por este dolor y sufrimiento para darle un hijo. Pensar en los riesgos que corrían madre e hijo le producía escalofríos, pero sabía que estaría a su lado hasta el final.

Tal vez sería una bendición que Christian no regresara hasta que todo hubiera terminado. El Señor sabía que estaba ansioso; ¿qué estaría sintiendo Christian?

Instantes después, oyó abrirse la puerta y el golpeteo de las botas de Christian en la escalera. No le sorprendió que se abriera la puerta de la biblioteca y entrara Sebastian, con el rostro pálido y Maitland estoico como de costumbre.

Se levantó y se acercó al aparador. —¿Una copa, caballeros? —y le tendió la jarra.

—¿Está Beatrice con ella? —preguntó Sebastian.

—Sí, Portia y Beatrice no se han separado de ella.

Sebastian se hundió en una silla, bebió el Brandy que Grayson le había servido y alargó su vaso para tomar otro. —Dios, mira —dijo, y mostró la mano—. Estoy temblando, y la hora de Beatrice no llegará hasta dentro de unos meses. Christian es un desastre. ¿Cómo lo soportamos?

La respuesta de Maitland fue astuta para un hombre que mostraba poca emoción. —Si pueden decidir que la alegría de vivir vale la pena el dolor, entonces los hombres deberían apoyarlas y adorarlas por ello. Sexo débil. Por las mujeres y su valentía. —Levantó el vaso y se bebió todo el contenido.

Christian no reapareció hasta la mañana siguiente, prefiriendo quedarse con su mujer. Beatrice y Portia se turnaron para bajar y poner al día a los nerviosos hombres. Les informaron de que todo iba bien, pero los gritos de Serena no facilitaban la espera.

Los hombres de abajo jugaron al faro y al billar, y finalmente salieron a dar un paseo en cuanto amaneció, necesitados de escapar de la tensión que invadía la casa. Llevaron a Lily con ellos. Ella, entre todos, se mantuvo animada. El sol brillaba, el día era cálido y, mientras Grayson respiraba hondo, no podía evitar pensar que la vida era grandiosa. Seguramente, Dios no permitiría que nada malo ocurriera en un día como hoy.

Los hombres regresaron a la casa dos horas más tarde. Al entrar, la tranquilidad los recibió. Portia estaba en lo alto de la escalera, con una sonrisa radiante en su hermoso rostro. —Es un niño. La madre y el bebé están bien, pero no estoy segura de Christian —dijo riendo.

Lily chilló de alegría y subió corriendo las escaleras. —¿Puedo verlo?

Portia se limitó a asentir, sin dejar de mirar a Grayson.

Grayson se limitó a sonreírle, olvidándose de todo lo demás, mientras los otros dos hombres gritaban de alivio. Dios, era maravillosa, y su corazón rebosaba de amor. Subió las escaleras para reunirse con ella. Tenía ojeras. —Pareces agotada pero radiante —le dijo.

Ella le cogió la mano y se la puso sobre el pecho. —Siente mi corazón, se acelera de alegría. Es precioso. Si alguien debiese estar exhausta, es Serena.

Justo entonces, Christian apareció detrás de ella, llevando a su hijo en brazos. Parecía tan orgulloso, y a la vez aterrorizado, mientras cargaba con el precioso bulto. Todos se reunieron en torno a aquel pequeño milagro. Beatrice juró que se parecía a Christian, pero Grayson pensó que tenía los ojos de Serena. Diablos, ¿quién podría decirlo a esta edad? Mientras estuviera sano, a nadie le importaba. —Tiene un buen par de pulmones —dijo Maitland con admiración.

—Le hemos llamado Robert. —Ante el asombro de todos, Christian añadió con ironía —Bueno, no querríamos ponerle el nombre de mi padre o el de Serena. —Se volvió hacia Portia—. Robert era un hombre bueno y excelente. Todos le echamos de menos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Gracias. Significa mucho para mí.

—¿Quieres tomarlo? —Christian le dio el bebé llorando a Portia. Ella le sonrió, y el pequeño Robert dejó de llorar al instante, claramente embelesado por ella.

—Tiene el toque —se rió Beatrice—. Sospecho que Serena y yo te escribiremos constantemente, es decir, hasta que te ocupes de tener tus propios hijos. Ay, caramba. —Beatrice se tapó la boca con una mano y miró de Grayson y a Portia.

A Portia se le borró la sonrisa y le devolvió el bebé a Christian. —No pasa nada. Espero tener hijos algún día. —Miró a Grayson y le sostuvo la mirada, como desafiándolo a negarlo.

—Serás una madre maravillosa. —Su respuesta pareció tranquilizarla.

—Si me disculpas, tengo que refrescarme y cambiarme. —Volvió a alejarse de él.

Beatrice se acercó y le besó la mejilla. —Gracias por lo que hiciste por Serena y Robert. Si amas a Portia, si realmente la amas, por favor no te rindas. Ella te ama y es la menos propensa a guardar rencor. Después de lo que hiciste, apuesto a que ya te perdonó.

—¿Alguien me dirá lo que hizo? —preguntó Christian.

Grayson, ensimismado, apenas oyó a Beatrice explicar su papel en el nacimiento del hijo de Christian. En lugar de eso, se dirigió a la cocina, con una idea gestándose en su mente.

Capítulo Veintiuno

Mientras Portia se remojaba en la bañera, no podía quitarse de la cabeza la imagen de las grandes manos de Grayson palpando el vientre hinchado de Serena. Había estado magnífico. Por la forma en que le temblaban las manos, sabía que estaba nervioso y que era terrible que se encontrara en esa situación. ¿Y si no hubiera funcionado y Serena y el bebé hubieran muerto? Se habría culpado el resto de su vida. Pero no había dudado en hacer lo que necesitaban. Nunca se había sentido tan orgullosa de él.

Ser testigo de la llegada de una nueva vida a este mundo era estimulante; debía de ser por eso por lo que su corazón se aceleraba y por lo que quería ver a Grayson. Le había perdonado todo por la forma en que había ayudado a Serena.

Robert era un niño hermoso y sano, aunque se hubiera adelantado unas semanas. Se pasó una mano por el estómago. Aunque la idea de dar a luz no la emocionaba, dado lo que había presenciado, la alegría que había visto en el rostro agotado de Serena demostraba que todo había merecido la pena. Estaba deseando tener su propio hijo. Al imaginarse al hijo de Grayson en sus brazos, supo que lo deseaba más que a nada en el mundo.

Las palabras de Grayson se repetían en su cabeza: Siempre me ha gustado cómo eres. Casi podía creerle. Pronto hablaría con él. Hacía tiempo que debía haberlo hecho.

La doncella asignada para ayudarla a vestirse acababa de marcharse y se disponía a ver si podía ayudarla con Robert cuando una nota apareció bajo su puerta.

Reconoció la letra, y el papel desprendía incluso un leve aroma a él. Le temblaron los dedos al abrir la misiva.

Mi queridísima Lady Portia,

¿Me harías el gran honor de asistir a una cena ligera en el cenador de Lord Markham a eso de las cinco?

Espero que tengas en tu corazón el permitirme suplicar tu perdón. No hay mucho que un hombre pueda hacer con el estómago vacío.

En serio, te lo imploro, por favor, ven.

El idiota que te ama.

Grayson Devlin, Vizconde Blackwood.

Sonrió entre lágrimas. Mientras se las quitaba, deseó no estar tan cansada. Había sido una noche muy emotiva.

¿Debería irse? Bueno, tenía hambre. No había comido desde anoche.

Se le escapó una carcajada. Estaba siendo cortejada descaradamente por un hombre que nunca había imaginado que jamás la cortejaría. Como Beatrice había dicho, parecía muy serio en su persecución. No podía hacer daño escuchar al hombre. Además, nunca pensó que llegaría el día en que Grayson Devlin se rebajara ante nadie, y mucho menos ante ella.

Miró el reloj de la cómoda. Tenía el tiempo justo para hacer una visita rápida a la nueva madre antes de reunirse con el hombre que estaba segura que la amaba.

Lo que necesitaba saber era si confiaba en él lo suficiente como para entregarle su vida.

Grayson recorrió ansioso la glorieta de Christian. Era nuevo; lo había construido para Serena... bueno, para él y Serena. Un lugar al que ambos pudieran ir para tener algo de intimidad con la casa llena de gente y, por supuesto, Lily. Era su lugar, pero Christian había dado su bendición para que Grayson lo utilizara, dado que era para un buen propósito, y por lo que Grayson había hecho por su esposa. Grayson sabía que podía pedirle cualquier cosa a Christian en ese momento, y probablemente accedería.

Miró el picnic extendido sobre el bonito mantel rosa. Allí estaban todos los postres favoritos de Portia, y para beber, ¿qué otra cosa sino su sidra? La botella estaba enfriándose en un cubo con el agua más helada del río. En el centro de la mesa había un gigantesco ramo de sus flores favoritas, rosas rojo sangre, de un color tan oscuro que eran casi negras.

Los nervios le hicieron comprobar su reloj por enésima vez. Rezó para que viniera. Sabía que todo lo que dijera tenía que salir de su corazón. Cualquier cosa ensayada o que no sonara a él haría que pareciera que no estaba arrepentido. Tenía que demostrar que hablaba en serio, que estaba enamorado de ella y que no podía imaginar una vida sin ella.

Antes de girarse, supo que ella estaba allí, su cuerpo consciente de su cercanía. Se giró. Casi se le doblaron las rodillas. Estaba tan guapa. Sus cabellos ardientes parecían brillar bajo el sol de la tarde y sus ojos eran pozos de color avellana que parecían ver dentro de su alma. Quería que ella viera que hablaba en serio.

Grayson quería darse un tiro en los pies. Había estado ciego durante tanto tiempo, ciego ante su propia cobardía. Le había hecho creer a esta hermosa y compasiva mujer que no era lo bastante buena para él. La profundidad de su estupidez le asombraba. Pero ahora la

misión de su vida sería demostrarle que era demasiado buena para él.

La miró a los ojos brillantes y, con inmenso alivio, vio amor. Y luego tragó saliva, porque también vio desconfianza. Le había dado una razón para no confiar en él, y quería ganarse de nuevo su confianza.

Se arrodilló. —Has venido. Gracias.

—Tu nota prometía la cena. —Miró la mesa y se quedó con la boca abierta—. ¡Cuánta comida!

—No sabía lo que querrías.

—Aquí tienes todos mis favoritos. —Entonces vio la sidra en el cubo y se le llenaron los ojos de lágrimas. Lo miró, arrodillado a sus pies.

Respirando hondo y tranquilizándose, dijo —He sido un cobarde. No puedo imaginar lo que debes pensar de mí.

—Todos cometemos errores, Grayson. Lo importante es reconocerlos y superarlos.

—Tenía tanto miedo de perderte. Te perdí. Ironía en su máxima expresión. ¿Podrás arriesgar tu corazón por mí otra vez? Te amo tanto.

Portia sonrió con tristeza, su mirada se desvió hacia las rosas de color rojo sangre.

—Ya has visto lo que le ha pasado hoy a Serena. Quiero hijos. Muchos hijos. ¿Qué harás cuando dé a luz? ¿Huirás y te esconderás? ¿Me abandonarás? O, Dios no lo quiera, si un niño cae enfermo, ¿te apartarás de nosotros, cogerás tu amor y lo pondrás detrás de una fortaleza de miedo?

La miró fijamente, sabiendo que sus siguientes palabras la recuperarían o la perderían para siempre. —Eres la mujer más valiente que conozco. Estás dispuesta a arriesgar tu reputación, la decepción de tu familia y tu negocio por aquello en lo que crees. Prefieres enfrentarte al desprecio que casarte sin amor. Nunca te he admirado más. Hasta ahora, no he arriesgado nada. Pero de rodillas aquí ante ti, estoy dispuesto a arriesgarlo todo por amor, también. Estoy dispuesto a alejarme, a liberarte, a aceptar tu plan, porque te amo. Si de verdad crees que no entiendo tus deseos, tu corazón, quién eres por dentro, entonces harías bien en no casarte conmigo. Sé que no es independencia lo que buscas, sino una asociación. Estaría muy orgulloso de tenerte a mi lado disfrutando de los ramos de flores que nos da la vida y sobreviviendo a las flechas que nos lanza. Sé que seguir con tu negocio no es demostrar que eres tan buena como un hombre, aunque lo seas; es ayudar a los demás. Lo haces por los huérfanos. Sé que tu afán por viajar se debe a que te encanta conocer a otras personas. Y, sobre todo, sé que no deseas desperdiciar ni un día en la tierra de Dios porque la vida puede ser corta. —Hizo una

pausa—. Te conozco y me llenaría de humildad que quisieras aprender lo que hay dentro de mí. Haces que quiera ser un hombre mejor, porque sospecho que ni siquiera yo sé realmente quién es ese hombre.

—Yo te conozco. Te conozco desde que tenía dieciséis años. Eres honorable, amable y estás tan lleno de amor que revienta por salir. Crees que no demuestras a la gente lo que sientes, pero lo haces. Cuando das tu palabra, nunca dejas que el miedo se interponga. Harías cualquier cosa por tus amigos y por mi familia, siguiendo a mi hermano a la batalla cuando sabías que eso podía significar que tu línea se extinguiera, y viniendo a rescatarme cuando sabías las consecuencias, casándote cuando no lo deseabas. Nunca ha habido ninguna duda en mi corazón de que te amo. Sólo necesito tu palabra de que no intentarás cambiarme, de que soy lo bastante buena para ti y de que no te derrumbarás cuando la vida lance una de sus flechas.

—Tienes mi palabra, lo juro por la memoria de Robert. —Le puso un documento en las manos—. Por favor, créeme. Te amo y siempre te amare. —Se levantó y se dirigió a la ventana del otro lado del mirador, dejándola a ella leyendo.

Con manos temblorosas, abrió el documento. Era un contrato matrimonial en el que se especificaba que todo lo que ella aportara al matrimonio, incluidos su negocio, su dinero y su dote, seguiría siendo de su propiedad, para hacer con él lo que quisiera. El negocio, que había vendido a Christian, lo había comprado Grayson y se lo había cedido. En los papeles figuraba como presidenta del consejo de administración, directora general y principal accionista, a la vista de todos.

Con el corazón palpitándole en el pecho, se dispuso a servir dos vasos de sidra y se acercó a Grayson. —Estos papeles son maravillosos, pero algunas palabras están mal. —Él la miró perplejo—. Sabes lo que quiero en un matrimonio: una sociedad. Quiero tu nombre junto al mío. Nuestro negocio será igual que nuestro matrimonio. Iguales.

Grayson tardó un momento en asimilar sus palabras. —Nuestro matrimonio. ¿Eso significa que te casarás conmigo? —dijo asombrado.

—¡Sí! —Ella le dio una copa y levantó la suya en un brindis—. Por el amor y la confianza.

—Sin uno, no puede existir el otro. Tú me lo has enseñado.

Estaban tomados de la mano, bebiendo la mejor sidra del mundo, observando la puesta de sol.

—Te he echado tanto de menos —susurró Grayson. Ella se abrazó a él—. Dios, eres tan hermosa. No puedo creer que me haya ganado el corazón de una mujer así. Te amo.

Ella lo silenció con un beso profundo. Su lengua se coló entre sus labios y ella pudo saborear la esencia de él mezclada con su sidra. Era delicioso, y ella no pudo contenerse. Lo quería aquí, ahora.

Levantó las manos para tantear su corbata y luego los cierres de su chaleco. Se puso de puntillas para susurrarle al oído —Llevas demasiada ropa.

Él soltó una risita gutural. —Como esto es una sociedad igualitaria, tú también.

No hubo más palabras mientras se despojaban mutuamente de sus ropas.

Una vez desnudos, se quedaron de pie en medio de la sala, respirando rápidamente, mirándose el uno al otro.

Grayson se pasó una mano por el pelo. —Siento no haber traído una manta.

Ella le dedicó una sonrisa cómplice y se acercó a la mesa, balanceando las caderas. Apartó una silla de la mesa. —Te sugiero que tomes asiento.

—Me gusta cómo piensas.

Contempló acalorada cómo Grayson y su erección se acercaban a la silla. Una vez sentado, él tomó rápidamente el control y la subió a su regazo. Se deleitó con la sensación de su piel sedosa contra su pecho.

—Eres tan hermosa —dijo Grayson con asombro mientras recorría una de sus numerosas pecas con la lengua. Le encantaba cómo sus pezones respondían a su voz y a su tacto, los pezones endurecidos presionando contra su pecho.

Levantó la mano y le quitó las horquillas del pelo, dejando que los suaves rizos cayeran entre sus dedos. No había pensado que volvería a tener el privilegio de sentir sus sedosas trenzas. Su cuerpo se estremeció de gratitud y necesidad. Se llevó el pelo a la nariz y lo aspiró.

Se moría de ganas de penetrarla hasta el fondo. Se inclinó y succionó un pezón profundamente en su boca, amando la forma en que ella gemía y se apretaba contra su endurecida longitud. —¿Duro y rápido, o lento y profundo? —le preguntó.

Ella se agarró a su virilidad, con la mano atrapada entre sus cuerpos. —Fuerte y rápido la primera vez, lento y profundo la segunda.

—Mujer codiciosa.

Ella trabajó su mano sobre él. —¿Te quejas?

—Nunca. —Las manos de Grayson abarcaron su pequeña cintura, levantándola y luego deslizándola hacia abajo con firmeza y posesividad hasta que se enterró profundamente dentro de ella. Se sentaron juntos, respirando agitadamente—. Te amo, mi descarada.

—Entonces demuéstramelo —le respondió roncamente al oído. Sus palabras, mezcladas con el dolor de las uñas clavadas en sus hombros, crearon la sensación más erótica que Grayson había experimentado

jamás. Portia se balanceó lentamente, inclinándose hacia delante para morderle el labio inferior—. Fuerte y rápido... lo prometiste, —gimió en su oído.

—Paciencia. —Se contentó con quedarse sentado un momento, deleitándose con la seducción de su cuerpo envolviéndole con fuerza.

No le sorprendió que su falta de movimiento incitara a Portia a tomar el control. Le encantaba que fueran realmente iguales en deseo y pasión.

Ella subía y bajaba sobre él. Pronto lo cabalgaba con fuerza y rapidez, como ella deseaba. —Te amo tanto, Grayson. Te he amado casi toda mi vida.

Sus palabras combinadas con su vaina apretada y húmeda... Grayson pensó que podría explotar. La penetró con fuerza, viendo sus ojos brillar de necesidad. Ella se balanceó contra él, respondiendo a cada embestida, apretándolo con fuerza con las piernas.

La intensidad de su sexo era frenética, como si ambos se esforzaran por borrar el pasado y empezar de nuevo. Mientras el deseo en él se desenrollaba hacia un clímax aterradoramente intenso, quiso esperar. Quería que llegaran juntos a la cima.

—Oh, Dios, Grayson, te amo —gritó Portia mientras se convulsionaba a su alrededor y cada espasmo de calor lo abrazaba. Grayson, por fin, podía perderse dentro de ella. Este era su nuevo comienzo. Quizá esta noche también crearían una nueva vida, la promesa de su futuro juntos.

Se sentaron pegados el uno al otro, cada uno jadeando. Pensar que tal vez no volvería a abrazarla le hizo estremecerse de repente. Ella intuyó su estado de ánimo, porque dijo las palabras que él nunca se cansaría de oír —Te amo, Grayson.

—Gracias —susurró él contra su piel. Humilde y agradecido, juró en silencio no volver a desperdiciar otro momento con ella—. Te amo más que al aire que respiro.

Ella suspiró satisfecha, abrazándolo con fuerza, sabiendo que había encontrado al hombre que le llenaba la otra mitad de su corazón. —Por una vez, aceptar reunirme con Lord Blackwood para un escandaloso enlace ha tenido un final muy satisfactorio.

Todavía estaban riendo cuando Grayson se levantó con ella en brazos, se dirigió a la pila de ropa desechada y la depositó suavemente sobre ella.

Lento y profundo, duró el resto de la noche.

Epílogo

Era un hermoso y claro día de principios de otoño. Todos estaban en el césped jugando al pall-mall una vez más. La niñera que Serena había contratado seguía viajando a la finca. La llegada del bebé tres semanas antes de lo previsto alteró los planes de todos. En lugar de tener que encerrar a Serena, la fiesta incluía a todos los adultos y a los niños, y hoy también iban a hacer un picnic fuera, en el césped.

Portia le entregó su mazo a Grayson y fue a sentarse un momento con Lily. Lily estaba sentada al otro lado del césped, bajo el gran roble, con el bebé Robert y Henry. Beatrice seguía jugando al pall-mall con los hombres y Serena había entrado en casa. Por la forma en que Lily miraba ansiosa hacia la casa, era obvio que estaba ligeramente nerviosa por estar a cargo de un bebé tan pequeño y de Henry, que estaba ocupado escarbando en la tierra en busca de bellotas.

Lily se estaba convirtiendo en una joven encantadora y parecía adorar a su nuevo hermanito. Levantó la cabeza agradecida cuando Portia se sentó a su lado.

—Se parece a Christian —le susurró a Portia mientras le hacía cosquillas en la barriguita.

—Creo que es demasiado pequeño para saberlo todavía.

Lily asintió lentamente. —Es difícil imaginar que un día será tan grande como papá y se convertirá en el conde. —La niña guardó silencio un momento—. Es el heredero de Christian. Es muy importante para Padre.

—Tú también eres muy importante para Christian —aventuró Portia.

Lily esbozó una pequeña sonrisa. —Lo sé, pero un hijo, su verdadero hijo. Es diferente.

—Christian te quiere mucho, que tenga otro hijo no significa que te quiera menos o diferente. —Ante el silencio de Lily, añadió— Soy una de seis hermanos, y soy la única chica. ¿Sabes lo que eso significa? —Lily negó con la cabeza—. Me mimaron muchísimo. Era la princesita de mi padre y él me adoraba. Lo mismo hacían todos mis hermanos, algunos mayores y otros menores. Nunca me hicieron sentir menos importante por ser una chica. De hecho, me animaron a seguir mis sueños. ¿Sabías que construí y ahora dirijo un exitoso negocio de

sidra?

Lily se sentó más erguida. —Pero eres una mujer. No sabía que las mujeres tuvieran negocios.

—Muchas mujeres tienen negocios. Mira a la señora Norton en el pueblo. Administra su propia tienda. Tiene que saber qué existencias comprar, a cuánto vender los artículos para obtener beneficios, y tiene que pagar a todos sus proveedores.

—No creía que damas de nuestra posición social pudieran dedicarse al comercio.

—Te sorprendería saber que uno de los bancos más grandes y rentables del país está dirigido por Sarah Sophia Child Villiers, condesa de Jersey. Cuando su abuelo murió, ella heredó su posición como socia mayoritaria del Child and Co. Bank, un papel que ha desempeñado desde su mayoría de edad en 1806.

—¿En serio, una mujer tiene tanto poder?

Portia no estaba segura de lo que debía decirle a una niña de trece años, pero recordó lo que le dijo su padre. —Es tu vida y mientras no hagas daño a nadie, entonces esfuérzate por hacer lo que te haga feliz.

—Yo soy feliz aquí —dijo Lily con lágrimas en los ojos—. Tengo tanta suerte de que Christian entrara en mi vida. Si él no hubiera estado allí cuando murieron mis padres, no estoy segura de qué habría sido de mí. Pero ahora que Robert está aquí, ¿y si se olvida de mí? Todo está cambiando y tengo miedo.

Portia abrazó a la niña. —Él nunca te olvidaría. Serena nunca te olvidaría, ya que ambos te quieren. He oído la historia de la muerte de tus padres en Canadá. ¿No te prometió Christian que siempre te cuidaría y te querrá?

Lily asintió y se secó las lágrimas.

—¿Alguna vez has sabido que falte a su palabra? ¿No es un hombre de honor?

—Es que no quiero defraudarle. Quiero que esté orgulloso de mí.

—Está orgulloso de ti —murmuró Portia contra su pelo mientras le daba un beso en la cabeza.

—Quiero ser perfecta para él. Mi institutriz me está enseñando a ser una dama correcta. Me ha dicho que por ser adoptada tengo que ser más guapa, más pulcra y seguir las reglas.

—Nadie es perfecto, cariño. Todo el mundo comete errores. Simplemente te abrirás a una decepción si piensas así. Sé tú misma. Así es como ama tu padre —se burló Portia—. Además, una mujer inteligente aprende las reglas y luego decide qué reglas va a seguir. No animan a las mujeres a alcanzar sus sueños. La mayoría de los hombres piensan que el hogar y la familia es todo lo que necesitamos. Nos dicen que no actuemos con demasiada fuerza, que debemos parecer flores delicadas que necesitan protección. —Señaló a los

hombres—. ¿Crees que estos hombres se enamorarían de una mujer que no tuviera su propia opinión? ¿Mujeres que no lucharan por lo que querían?

Lily miró a su madrastra, Serena, mientras caminaba hacia donde estaban sentadas. —Serena me ha contado un poco sobre su vida. Si no hubiera escapado de su marido, probablemente estaría muerta. Padre la quiere porque es una mujer fuerte.

—Cierto. ¿Tienes tus propios sueños? —preguntó a la joven.

—Sí, quiero criar caballos de carreras. Christian me ha dejado comprar un potro y dos yeguas. Me ha dicho que podría criar un ganador del Derby y que apostaría por mi caballo. —Suspiró—. Ojalá las mujeres pudieran montar en el Derby.

—Ese es tu objetivo. Ser la primera jinete del Derby.

Lily tiró de su brazo y soltó una risita. Incluso el pequeño Robert hizo un gorgorito.

—Me encantaría. Gracias, Portia. —Lily se puso en pie de un salto y corrió al encuentro de Serena, abrazándola por la cintura. Los ojos de Portia se humedecieron cuando Serena le devolvió el abrazo, y se acercaron a ella, con las manos unidas y balanceándose entre ellas. Ojalá los tiempos cambien y algún día una mujer pueda ganar el Derby.

Portia dejó que Serena y Lily charlaran y volvió hacia los hombres, que seguían jugando. Mientras se acercaba, los oyó hablar de lo que estaba ocurriendo en Londres.

Esa misma tarde, Portia estaba en el salón cuidando de Robert. Los hombres permanecían fuera, hablando. Aún no había noticias de Hadley o Arend, y la tensión en Henslowe Court era alta. Nada bueno para una madre lactante.

Christian intentaba por todos los medios mantener el ánimo de todos, pero la partida de pall-mall no había acabado bien.

—Ese hombre va a ver cómo le hago una herida si no se descojona. Está más tieso que un atizador de chimenea.

Portia sonrió y siguió meciendo al pequeño Robert en sus brazos mientras Beatrice conducía a las dos hermanas de Sebastian al salón. Las niñas, Marisa y Helen, y su tía habían llegado a Henslowe Court hacía tres días procedentes de la finca de Lord Rutherford, donde habían estado los últimos quince días. Era probable que pronto hubiera un anuncio, ya que Marisa estaba pensando en casarse con el apuesto y joven conde.

—Supongo que se refiere a Su Alteza. —Portia no pudo evitar sonreír.

Marisa no podía ocultar sus sentimientos, aunque lo intentara. Todo el mundo sabía si estaba triste, feliz, enfadada o herida. Maitland, en cambio, era de los que ocultaban sus emociones. Pensaba

que las emociones no tenían sentido. La lógica y la razón gobernaban sus decisiones. Eso era exasperante para una joven que se lanzaba de cabeza a todo. Portia se rió por dentro. Marisa le recordaba a sí misma cuando era más joven, y comprendía perfectamente por qué Maitland la irritaba.

Marisa seguía furiosa. —Deberíamos haber ganado. Su Alteza le quitó toda la diversión a nuestra partida de pall-mall. Antes de cada tiro, teníamos que discutir nuestra estrategia. Cada tiro. ¿Por qué no podía golpear la pelota? Arruinaba el juego.

—Sólo estás enfadada porque ambos perdieron —dijo su hermana en voz baja.

—Bueno, puedes jugar con él la próxima vez.

—Probablemente tendré que hacerlo, ya que mandaste su pelota al lago. —Helen sacudió la cabeza—. ¡La pelota de tu compañero! Por eso perdiste. Además, le dejaste pescarla.

—Se lo merecía, el muy pomposo —murmuró Marisa en voz baja, tomando asiento frente a la bandeja de refrescos.

La tía Alison gritó —¡Jovencita! Lenguaje, por favor.

—Lo siento, tía. No sé qué tiene Su Alteza, pero me cae mal. —Sirvió el té a su tía y a las otras señoras.

—Es un hombre muy leal y agradable —dijo Portia mientras le pasaba a Robert a su madre, que acababa de entrar. Serena estaba sonrojada y Portia vio a Christian al otro lado de la puerta. Sin duda, su proximidad era la causa de la expresión acalorada de Serena. Desde que se había levantado de la cama tras el parto, la pareja aprovechaba cualquier momento para besarse y abrazarse, envueltos en felicidad y extasiados por el nacimiento de su hijo.

Portia también estaba extasiada. Se iba a casar con Grayson dentro de una semana. Dada la situación en la que se encontraban, con la villana aún en libertad, la boda sería un tranquilo acontecimiento familiar en la capilla de Henslowe Court. Esperaban la llegada de su familia. Era la única hija de la familia, y quería que su madre compartiera su alegría.

Sin embargo, la estaba matando, ya que Grayson insistía en que no volverían a intimar hasta que fueran marido y mujer para que la noche de bodas fuera especial. Como si no fuera suficientemente especial.

Sabía que los hombres habían hecho una apuesta sobre si Grayson llegaría a la noche de bodas sin sucumbir a su lujuria. Le sorprendería saber que ella también había hecho su propia apuesta con Sebastian sobre el resultado. De ninguna manera estaría sola en su cama hasta el día de su boda. Portia sonrió para sus adentros. Pretendía ganar la apuesta seduciendo a Grayson. Estaba deseando que llegara esta noche.

Los hombres se quedaron fuera después del partido. Se sentaron en el pequeño embarcadero, mirando y riéndose mientras Maitland daba vueltas en el lago en busca de su pelota.

Maitland perdió los estribos por una vez. —Si no fuera tu hermana, la estrangularía. No, mejor aún, le metería esta pelota mojada.

Sebastian se rió. —Si no recuerdo mal, hace sólo un mes estabas sugiriendo un partido.

Maitland se estremeció, y no porque estuviera empapado. —Dios mío, eso fue un error. Es una pequeña infernal.

Grayson parecía desconcertado. —¿Por qué sugerir el matrimonio, entonces?

Maitland se sacudió la chaqueta empapada y cogió un whisky de la bandeja que un criado había bajado al embarcadero para los hombres. —Soy el último de mi estirpe. Una loca quiere matarme. Necesito un hijo. A pesar de su actitud atroz, Marisa es hermosa. Alinearía nuestras dos familias. Sebastián sabe que yo sería bueno con ella, ella se casaría con un duque, y un matrimonio podría haberse organizado rápidamente sin alboroto. —Enumeraba los puntos con los dedos mientras hablaba.

—Justo lo que Marisa desea para su boda, sin alboroto —añadió Sebastian con sarcasmo—. Sospecho que cuando se anuncie su boda con Lord Rutherford, esperará una boda multitudinaria. Por lo tanto, tenemos que atrapar a nuestra villana rápidamente. No podré garantizar su seguridad una vez que se case.

Christian regresó al embarcadero desde la casa, con paso alegre. Aún estaba feliz por el nacimiento de su hijo. —Marisa está sirviendo té, pero sigue enfadada contigo. ¿De qué se ríen?

Grayson respondió —Maitland. ¿Sabías que había sugerido un encuentro con Marisa?

—¿Por qué? —preguntó Christian mientras aceptaba una copa y se sentaba junto a Grayson.

—¿Por qué crees? Le pareció prudente, dado que no tiene ningún hijo y es hijo único.

Simplemente elegí a la mujer equivocada, —opinó Maitland—. Marisa es demasiado fogosa. Tal vez su hermana, Helen, sería adecuada.

Sebastian contestó. —No dejaría que ninguna de mis hermanas se casara contigo. Quiero que sean felices, que encuentren el amor.

Maitland sacudió lentamente la cabeza. —Oh, cómo han caído los poderosos. El amor. Es simplemente un desequilibrio del cerebro y se pasa pronto. Una mujer tranquila y recatada es lo que necesito. Viviré bastante feliz sin histerias continuas.

Grayson sacudió la cabeza. —No, Maitland, te equivocas. El amor de Portia me ha enseñado que no te casas con la mujer con la que

puedes vivir. Te casas con la mujer sin la que no puedes vivir.

—Nunca has dicho una palabra más cierta, Grayson. —Christian levantó su copa—. Amar nos hace mejores hombres.

Se sentaron en un silencio agradable, excepto por los murmullos de Maitland sobre «el mundo enloquecido» y «como los eruditos libertinos sucumbiendo al amor... ridículo».

Fue Sebastian quien rompió la serenidad del momento poniéndose en pie y protegiéndose los ojos del sol de la tarde.

—Viene un jinete, y a buen paso.

Grayson se puso en pie como un rayo junto con los demás hombres, y todos echaron a correr hacia la casa.

El jinete llevaba una misiva de Arend que sugería que todos los eruditos libertinos y sus familias regresaran a Londres.

Después de cenar, los hombres estaban en el estudio de Christian discutiendo la nota.

—Sin duda es la letra de Arend. Reconocería su terrible letra en cualquier parte.

Grayson le tomó la palabra a Maitland, que conocía bien la atención de Arend por los detalles. —¿Nos vamos?

Christian maldijo en voz alta. —No me gusta. Las mujeres están más seguras aquí, donde podemos patrullar los alrededores. Londres está demasiado abarrotado. Sería fácil para los asesinos esconderse y pasar desapercibidos.

Sebastian añadió —Estoy de acuerdo. Sabes que nunca podemos mantener a las mujeres encerradas. Querrán ir de visita o de compras.

—Yo no puedo ir. La familia de Portia llegará en uno o dos días para la boda. No voy a cambiar los arreglos. No voy a esperar ni un momento más para casarme con ella.

—¿No será por el voto de abstinencia que has hecho? —bromeó Maitland, tratando de aligerar el ambiente.

—Yo tampoco puedo ir. Robert es demasiado pequeño para viajar, y no pienso dejarlos atrás a él y a Serena. —El tono y la cara de Christian demostraban que no iba a cambiar de opinión.

Maitland miró a Sebastian. —Eso nos deja a ti y a mí. Arend no nos pediría que viniéramos a menos que fuera importante.

Sebastian se removió inquieto en su silla. Pensó unos instantes antes de decir, —Iré a la ciudad con Maitland. Me llevaré a Beatrice y a las niñas conmigo. Si Marisa consigue su proposición, debe anunciarse como es debido, o la sociedad puede pensar que hay algo escandaloso en la unión. No quiero eso para ella.

—Gracias, Sebastián. Si, cuando llegues a Londres, necesitas nuestra ayuda, entonces consideraremos venir. —Una vez aclarado esto, Christian cambió de tema—. Antes de que se vayan, veamos si alguno de ustedes puede ganarme al billar.

Casi tres horas después, Grayson subió las escaleras hasta su habitación. Se habría quedado despierto toda la noche, pero las bromas de los hombres le obligaron a abandonar la sala de billar. Sabían tan bien como él que se quedaba abajo para evitar la tentación, ya que tendría que pasar por delante de la puerta de Portia para llegar a su alcoba.

Deseó no haber intentado ser honorable y no meterse en su cama hasta la noche de bodas. Era un tormento absoluto porque podía verla todos los días. La sonrisa de Portia hizo que se le acelerara la sangre. Su voz le encendía la piel. Sus caricias lo ponían duro como una piedra, y tenía que esconderse detrás de las sillas de respaldo alto.

Sus pies se detuvieron al llegar a la puerta. Se quedó parado un momento, indeciso. Luego enderezó la espalda y pasó con decisión. ¿Qué pensaría ella si él faltara a su palabra?

Abrió la puerta de su habitación, sin ganas de pasar otra noche dando vueltas en la cama. Aunque los sueños eróticos con Portia eran bastante placenteros, prefería y, de hecho, ansiaba la vida real.

Había un fuego lento en la chimenea, pero no veía a Timmins, su ayuda de cámara, por ninguna parte. Se dirigió al tocador y se quitó la corbata. Sólo entonces llegó a sus oídos un suave suspiro, y se volvió para mirar hacia la cama. Portia yacía desnuda sobre sus sábanas, con el pelo de fuego cayendo sobre sus hombros lechosos y las almohadas.

Toda la sangre de su cuerpo huyó hacia el sur mientras se le secaba la boca.

Se puso de rodillas y le apuntó con el dedo. Parecía una diosa seductora, y él no necesitaba más estímulo. Empezó a deshacerse de su chaqueta mientras se acercaba al gran sofá de cuatro plazas.

Ella se arrastró hasta el borde de la cama y empezó a ayudarle a quitarse la ropa.

—Dudo que alguna vez me guste tanto perder una apuesta —consiguió decir.

Ella apretó los labios contra su pecho desnudo, justo encima del corazón. —No pasa nada, cariño. Tú habrás perdido, pero yo habré ganado mi apuesta.

Grayson la levantó y la arrojó sobre la cama, su cuerpo la siguió hasta hundirla profundamente en el colchón mientras ella jadeaba de placer. La besó profundamente antes de susurrarle al oído, —Agradezco que seas una mujer tan inteligente.

Mientras bajaba por su cuerpo y sus labios dejaban un rastro de calor que sólo Grayson, enterrado en lo más profundo de su ser, podría apagar, añadió, —Deja que te demuestre lo agradecido que estoy.

Dedicación

En cariñosa memoria de Nana, que estaba orgullosa de todo lo que he conseguido, aunque mis libros fueran demasiado vulgares para su delicado gusto. Diciembre de 2014, a los 104 años de edad. RIP.

Susurro del deseo

Si gusta seguir leyendo le invitamos a leer un extracto de:
Susurro del deseo por Bronwen Evans

Capítulo 1

—Vamos, mi amor, no te hagas la tímida conmigo. Me has tomado el pelo sin piedad durante toda la velada —dijo con indisimulado entusiasmo una juvenil voz de tenor desde el otro lado de los rosales.

Maitland Spencer, el quinto duque de Lyttleton, suspiró y dejó caer el cigarrillo bajo sus zapatos pulidos con pericia, contando los giros, uno, dos, tres, antes de contemplar la oscura noche.

¿Era demasiado pedir un momento de tranquilidad lejos del ruido y el calor de un salón de baile abarrotado? Lord Dunmire tenía un jardín sumamente hermoso. En cambio, su momento de paz se vio interrumpido por lo que parecía ser una relación ilícita. Él debería saberlo, ya había tenido bastantes.

El baile, celebrado en la gran casa al lado de la Casa del Gobernador ubicada a sus espaldas, era suficiente para volver loco a un hombre. Las madres que arrojaban a sus hijas a su paso le habían llevado a esconderse en el jardín. Las tonterías y los cotilleos malintencionados le obligaban a morderse la lengua para no responder de forma vulgar e incivilizada. Nunca sabía qué decir en esas situaciones sociales. La sociedad nunca quería discutir la verdad de nada, y él parecía no poder reunir el arte de mentir. Por ejemplo, esta noche, lady Arielle le había preguntado si le gustaba su nuevo broche. Era una gran estatuilla de oro con una esmeralda central. Al parecer, debía decir algo, como que la esmeralda hacía juego con sus preciosos ojos. Su respuesta fue, —¡No! —parecía una gárgola con un ojo, no era lo que se hacía, pero era la verdad.

Ahora tendría que volver a las habitaciones recalentadas o anunciar su presencia. Tal vez simplemente se iría a casa, pero le había prometido a su amigo Sebastian Hawkestone, el marqués de Coldhurst, que haría guardia extra para su hermana, Marisa.

La voz de una mujer al otro lado de los rosales le devolvió a su situación: ¿Debía quedarse y esperar que se fueran pronto, o escabullirse sin ser visto?

—Mi Lord Rutherford, no estoy segura de que tus intenciones sean honorables, —y entonces ella soltó una risita—. Estoy un poco enfadada contigo. Corre el rumor de que vas a declararte a la imbécil

de Coldhurst. —Maitland se detuvo. Se esperaba que Rutherford hiciera una oferta por la mano de Marisa.

Le siguió un crujido de seda, como si ella se apretara entre sus brazos. —Verás que soy mucho más mujer de lo que nunca será esa virginal señorita.

—Charlotte, cariño, los hombres prefieren vírgenes por esposas, —ofreció Rutherford cruelmente en respuesta—. Además, mi padre me dijo que uno nunca se casa con su amante.

—Prefiero el término amante. Las viudas respetables con grandes propiedades son aún mejores esposas. Saben lo que un hombre quiere en la alcoba, a la vez que aportan riquezas que mejoran la posición de su marido.

Maitland casi asintió a su consejo práctico.

—Estoy comprometido en este momento —respondió Rutherford. Al no recibir respuesta de Charlotte, prosiguió— La chica Coldhurst trae una dote muy cuantiosa. Sin embargo, no temas, aunque me case pienso seguir con mi vida de siempre. La chica está completamente enamorada de mí, y le doy todas las razones para pensar que correspondo a esos sentimientos. Ni por un momento creería que tengo una amante. Su hermano cree que la quiero y la respeto. —Dejó de hablar y Maitland pudo oír más besos. Cuando salieron a tomar aire, las siguientes palabras de Rutherford hicieron que el temperamento de Maitland, que normalmente era difícil de despertar, se encendiera—. La única razón por la que he accedido al matrimonio es para que mi padre deje de fastidiarme sobre la producción de un futuro heredero, dado que soy su único hijo, y para tener acceso a mis fondos. Recibiré diez mil libras el día de mi boda, más la dote que traiga mi mujer. Mi padre cree que el matrimonio me asentará.

—Si Lord Coldhurst se entera alguna vez... ¿No te asusta un duelo, especialmente con un hombre como el Marqués? Mató al joven Barón Larkwell en el último. —Se acercó más—. Además, tengo más dinero del que jamás necesitaremos. ¿Por qué no te casas conmigo?

Se rió entre dientes. —Quiero un heredero, querida. Estuviste casada con Lord Marshall durante casi siete años y no tuviste descendencia. Además, eres cinco años mayor que yo.

—La edad es irrelevante cuando se está en la cama —replicó ella seductoramente.

—Pero no cuando se necesitan hijos. No te quedan otros siete años.

—Eres un cabrón.

Su voz contenía una sonrisa. —Pero por eso me quieres.

Pronto no hubo más palabras, sólo gemidos y súplicas sin aliento.

Maitland quería escabullirse en silencio, pero ahora tenía un dilema. Lord Coldhurst era su amigo, uno de sus mejores amigos. Permaneció donde estaba, con las manos aferradas a los costados.

Maldito Rutherford. La hermana de su mejor amigo, Lady Marisa Hawkestone, estaba enamorada de ese granuja y esperaba una proposición. No entendía lo que veía en ese canalla. El muchacho sólo tenía veinte y dos años y seguía sus instintos y vivía una vida de lujuria. No lo culpaba por ello, pero lo que le parecía totalmente despreciable era profesar un amor que no sentía para engañar a Marisa y obligarla a casarse. Un matrimonio de conveniencia era perfectamente aceptable. Era lo que Maitland exigía, un acuerdo sin emociones, siempre que ambas partes comprendieran a qué atenerse.

Profesar amor para atrapar a una persona en matrimonio era... bueno, lo diría de nuevo, despreciable. Rutherford estaba jugando con los sentimientos de Marisa. Nadie se merecía eso.

¿Cómo la había engañado ese jovenzuelo? Maitland siempre había pensado que Marisa era una chica inteligente. Peor aún, ¿cómo había engañado Rutherford a Sebastian?

Lo que más hería su orgullo y honor era que Sebastian, hacía apenas un mes, había despreciado la sugerencia de Maitland de que alinearan sus dos casas y que él se ofreciera por la mano de Marisa. Maitland sabía que en la sociedad le llamaban «el Duque Frío». Era el primero en admitir que luchaba con las sutilezas sociales, pero le daría a Marisa una buena vida. No le faltaría de nada. Sería duquesa, por el amor de Dios, casada con un hombre extremadamente rico en la flor de la vida.

Ya era hora de que se casara. Maitland era consciente de que era el último de su estirpe y, con una loca a la caza de él y de los otros cinco eruditos libertinos, era más que hora de que tomara esposa y engendrara al heredero y su siguiente sucesor en la corona.

Sin embargo, Sebastián, su supuesto amigo, consideraba que un matrimonio con él, un duque, no era apropiado para Marisa.

El sonido de las caricias procedentes del otro lado de los arbustos se desvaneció mientras pensaba en la mujer del pasado de su padre que se dirigía a él y a sus amigos. Aún no sabían quién era ni por qué quería vengarse.

Su padre siempre había sido un bastardo insensible, y Maitland bien podía creer que el anterior duque de Lyttleton había participado en algún acto atroz. Pero ¿por qué desquitarse con él, el hijo que había intentado llevar una vida respetable y honesta? No tenía sentido.

Los gritos de una mujer en pleno éxtasis le devolvieron al presente. Lógicamente, debería alejarse y simplemente informar a Sebastian de lo que había aprendido esta noche. Una vez que Sebastian supiera lo que Rutherford tramaba, nunca le permitiría casarse con Marisa. Un matrimonio con este completo canalla llevaría a Marisa a la miseria. Ella creía que Rutherford la amaba.

Maitland negó con la cabeza. Ella no comprendía que el amor no era más que un desequilibrio químico en el cerebro. Y cuando se pasaba. ¿Entonces qué quedaba?

Ese sentimiento fugaz e irracional no era nada en lo que basar algo tan importante como el matrimonio. Un buen matrimonio debía promover la posición de ambas familias en la sociedad y crear una alianza sólida. Amistad y objetivos similares era todo lo que se requería.

Lady Marisa habría sido, y aún podría ser, un buen partido para él. Una idea.

Volvió al baile en busca de Sebastian. Tal vez su amigo pensaría más favorablemente en un partido con él ahora. Pero antes de que pudiera escabullirse, la enamorada pareja rodeó el rosal y fue directa hacia él.

—Alteza —tartamudeó Rutherford al soltar el brazo de la mujer que Maitland sabía ahora que era lady Charlotte Marshall. —¿Cómo se encuentra, señor?

—Habría estado mucho mejor si no hubiera tenido que escucharos a los dos intimar detrás de este arbusto. El mismo arbusto que había elegido para fumar tranquilamente.

La mujer jadeó ante su franqueza, y los ojos de Rutherford se abrieron de par en par con horror. —No es lo que piensa, Alteza.

—Oh, estoy seguro de que lo es. Te sugiero que busques la manera de librarte del afecto de Marisa antes de que tenga que decírselo a su hermano. —Con eso, se dio la vuelta para irse—. Oh, y por cierto, hazlo con cuidado. Sebastian, Lord Coldhurst para ti, es un experto tirador, y no tendrías ninguna oportunidad en un duelo con él.

Marisa estaba disfrutando del baile de Lord Dunmire. Esta noche esperaba que Rutherford le propusiera matrimonio. Todavía no podía creer que se hubiera dejado enamorar.

Se suponía que el matrimonio de sus padres era un matrimonio por amor. La sociedad creía que se habían enamorado apasionadamente, sólo para destruirse a sí mismos por los celos. Marisa, que había crecido con sus discusiones y violentas peleas, había desdeñado el amor hasta que su hermano conoció a Beatrice y se casó con ella. La feliz pareja le había enseñado lo que era el amor verdadero, y no era herir a quien decías amar con celos mezquinos y rivalidad.

Sabía de corazón que Rutherford la amaba. Le había dejado muy claros sus sentimientos desde el día en que se conocieron. La había llamado el deseo de su corazón, su todo, y la trataba con respeto y honor como si fuera la persona más preciada del mundo. La sociedad esperaba un anuncio cualquier día. Ella no entendía qué le retenía. Le dijo que estaba esperando a que su madre llegara a la ciudad, pero que era casi el final de la temporada.

A ella le estaba molestando que supusiera que no tenía más remedio que esperarle. De hecho, esta noche le había tratado con un poco de frialdad. Para su disgusto, él no parecía darse cuenta. De hecho, cuando sus ojos recorrieron la abarrotada sala, no pudo verle por ninguna parte. Le había prestado poca atención, salvo para bailar el primer vals con ella.

A su llegada, Lord Rutherford la esperaba al pie de la escalera, mientras ella, su hermano y su cuñada eran anunciados. Estaba tan guapo que ella casi se había olvidado de respirar. Su cabello rubio brillaba con el resplandor de las velas que flanqueaban el salón de baile. Era tan alto que sobresalía una cabeza por encima de la mayoría de los invitados. Parecía un emperador romano, con su nariz fuerte y su mandíbula cincelada, con unos pómulos que le daban a su rostro una belleza masculina capaz de hacer llorar a una mujer. Cuando se acercó a él, le cogió la mano y se la besó. Sus ojos color caramelo estaban llenos de calidez y amor.

De eso hacía más de tres horas. Se había zafado de la presencia constante de Beatrice y había vagado entre la multitud, buscando a Rutherford sin suerte. Le dolían los pies, así que miró a su alrededor en busca de un lugar donde pudiera sentarse sin ser observada y divisó un rincón privado. Se dirigió hacia él mientras soñaba con convertirse en su esposa y conocer por fin la pasión. Su cuerpo de mujer inexperta se calentaba de deseo sólo de pensar en cómo sería compartir su cama. Estar desnuda con él. Permitirle...

Se llevó las manos a la cara acalorada y se giró rápidamente, chocando con lo que le pareció una pared de roca. Levantó la vista y sus agradables pensamientos se desvanecieron. Maitland Spencer, el Duque del Frío, la agarró por la cintura para impedir que cayera al suelo. Sus manos se apoyaron en el pecho de él, granito bajo las yemas de sus dedos.

—Mis disculpas, Lady Marisa. Debería mirar por dónde voy.

Conocía a Su Alteza desde la infancia y aun así se refería a ella como Lady Marisa, siempre tan formal. Le disgustaba esa voz profunda y carente de emoción, pero aun así le producía escalofríos. ¿Por qué tenía que ser precisamente Maitland? La implicación de que ella era la culpable le provocó un ataque de ira.

Marisa alzó la vista hacia unas facciones demasiado frías para ser consideradas hermosas, pero había algo irresistible en él. Nunca se había sentido tan cerca de él. Estudió los mechones de pelo cobrizo oscuro cortado ligeramente más largo de lo aceptable: el hombre no se ajustaba a ninguno de los dictados de la sociedad. El toque de plata en las sienes le daba un aire de lejanía que no le hacía parecer viejo, sino distinguido. Sabía que tenía la misma edad que su hermano, treinta. No sonreía. Su rostro, en su severidad, era un enigma de pómulos

duros y mandíbula firme, pero sus ojos eran casi femeninos, con largas pestañas oscuras que resaltaban unos ojos del color de la hierba recién cultivada tras derretirse la nieve. Casi se perdió en su mirada.

Súbitamente consciente de que sus manos aún descansaban sobre el pecho de él, las retiró como si le quemaran.

Su boca se tensó en una fina línea, pero su labio inferior insinuaba una sonrisa devastadora que podría cambiar su porte si tan sólo tuviera una pizca de diversión y coquetería en su interior. Se preguntó si alguna vez sonreía. En todos los años que llevaba viniendo a ver a su hermano, no había visto alegría en sus facciones. No había «líneas de la risa» alrededor de sus ojos.

—Alteza, siempre es un placer —le sonrió Marisa con dulzura mientras deseaba darle una patada en la espinilla—. Quizá no debería acercarse sigilosamente a una dama si no desea que caiga en sus brazos.

La miró pensativo, como evaluando su persona. Se pasó una mano por el pelo, comprobando si algún mechón estaba fuera de lugar. Él siguió mirándola con una expresión peculiar en el rostro. —Si una mujer es tan hermosa como usted, no me importa que caiga en mis brazos.

Marisa apenas pudo evitar quedarse con la boca abierta. Nunca Maitland había coqueteado abiertamente con ella; los otros eruditos libertinos, los amigos de su hermano, por supuesto, habían bromeado juguetonamente con ella, pero nunca Maitland. Todos eran hombres muy guapos, y toda esa atención podía subírsele a la cabeza a una chica.

Maitland Spencer, el duque de Lyttleton, siempre había sido simplemente el amigo guapo pero distante de su hermano mayor. Nunca había mostrado un ápice de interés por ella, ni ella por él. Lo miró de arriba abajo. —¿Está enfermo?

Sus cejas perfectamente arqueadas se fruncieron. —Estoy perfectamente bien, ¿y usted?

—Estoy aturdida, en realidad. Está coqueteando conmigo.

—No estaba coqueteando. Sólo estaba constatando un hecho.

Por supuesto que lo estaba. Literal era su segundo nombre. —Entonces tal vez pueda soltarme, señor, —dijo ella, mirando fijamente a sus grandes manos que aún sujetaban firmemente su cintura—, a menos que tenga intención de coquetear conmigo.

Para su consternación, él no le quitó las manos de encima, sino que las apretó y la acercó, y la llevó suavemente a una alcoba, lejos de miradas indiscretas.

—No necesito coquetear, pequeña. Cuando deseo a una mujer, no le queda ninguna duda de mis intenciones, —y su boca recorrió su cuello hasta llegar a su oreja. Y añadió suavemente—, Y rara vez me

lo niegan.

Este no era el Maitland que ella conocía y que normalmente ignoraba. Normalmente intercambiaban insultos y ocurrencias, no caricias tiernas y súplicas sin aliento. Este hombre que la tenía cautiva con su presencia era todo fuego y hielo y tenía toda su atención.

Sus palabras seductoras, unidas al duro cuerpo contra el que se encontraba apretada, le revolvieron algo en el estómago. Su cuerpo se calentó y su pulso se aceleró como una pluma sacudida por un huracán. Se lamió los labios. Durante un segundo de locura quiso acercarse más, quería esos labios de terciopelo sobre los suyos.

Luego recobró la cordura. Odiaba que se refiriera a ella como «la pequeña». La llamaba así desde que cumplió quince años. Había crecido, más que la mayoría de los hombres. Odiaba su altura, y por eso Rutherford era tan perfecto. Era varios centímetros más alto. Notó que Su Alteza era aún más alto. ¿Por qué le vino ese pensamiento a la cabeza?

Dios mío, si Rutherford la encontraba así, si alguien la encontraba así...

—Maitland —debía de estar nerviosa, nunca se refería a Su Alteza por su nombre de pila— Maitland, —repitió con más firmeza—, detén este juego de una vez. Estás jugando conmigo y no lo permitiré. ¿Qué pensaría Sebastian?

Él se echó hacia atrás, y ella le miró a los ojos, y otro escalofrío la recorrió ante lo que vio allí. Calor y fuego encendidos. Nada que ver con el iceberg que ella pensaba que era.

—Quizá no esté jugando. —Acarició la parte superior de sus pechos con el dedo y ella jadeó—. Eres muy hermosa. Eres una mujer digna de ser mi duquesa.

Ella apartó la mano mientras su cuerpo la traicionaba: sus pezones se endurecían contra la seda de la camisa. Su contacto despertó un deseo que ella conocía bien. Un deseo que normalmente asociaba con Rutherford. —No puedo creer que hayas hecho eso. Mi hermano despellejaría vivo a cualquier hombre que me tocara tan inapropiadamente. —Ella se inclinó hacia adelante para oler su aliento —. Si no te conociera mejor, diría que se te han pasado algunas copas.

Uno de sus largos y elegantes dedos le tocó el pezón a través del vestido. —La mujer protesta demasiado. Tu cuerpo reconoce cómo podría ser entre nosotros. —La apretó contra sí. Una mano le acarició el cuello mientras la otra seguía sujetándole la cintura—. ¿Te han besado alguna vez hasta el punto de que pierdes todo sentido del bien y del mal y apenas puedes mantenerte en pie?

¡Vaya pregunta! Rutherford la había besado, pero sospechaba que sus besos eran suaves comparados con lo que Maitland estaba sugiriendo. Sus rodillas nunca se habían doblado por los besos de

Rutherford. Desgraciadamente, él la respetaba demasiado como para exigirle más.

—Claro que me han besado —se descaró.

Él inclinó sus tentadores labios tan cerca que casi estaban sobre los de ella. —Mentirosa.

—Es la segunda vez que me llamas así. Si fuera un hombre, te lo diría.

—Pero no eres un hombre. Eres una mujer.

Le pasó la lengua por el labio inferior. Ella respiró hondo, sorprendida por la repentina reacción femenina de su cuerpo a sus palabras. Su estómago se cerró en un puño de seda. Nunca el sonido de su nombre en los labios de Maitland había evocado sensaciones tan abrumadoras. Su cuerpo tiritaba de deseo. Tal vez fuera la forma en que su voz parecía acariciar, profundizando en un tono bajo y oscuro que resultaba casi peligroso. Tal vez fue el repentino brillo de necesidad que captó en sus ojos lo que le hizo preguntarse cómo un hombre con un evidente fuego en el alma podía dejar que el mundo pensara que era frío y distante. ¿Cómo había influido su educación en la vida de este hombre poderoso y por qué le importaba a ella de repente?

Era como si una fuerte marea estuviera tirando de ella; sabía que quería nadar, pero temía ahogarse en la resaca.

Su error fue mirar sus claros ojos verdes, que la atraparon de puro calor. Incapaz de resistirse, se inclinó hacia él y su lengua se deslizó hasta tocar la de él. Ante el pequeño suspiro que se le escapó involuntariamente, el duque, normalmente frío y contenido, desapareció y, con un gemido tan lleno de anhelo, tiró de ella para abrazarla profundamente, y sus labios tomaron los suyos con firmeza, pero suavidad en un beso que fue, oh, Dios, mucho más que cualquier cosa que ella hubiera experimentado en su vida. La emocionó y la asustó. La asustó porque estaba consumida por el deseo, la necesidad y el hambre... y éste era Maitland Spencer, el Duque Frío.

—Abre, pequeña —le ordenó con una voz cargada de deseo, y ella lo hizo. Su lengua se introdujo en su boca y cada implacable caricia era como el paraíso. Nunca había probado a un hombre. Sabía a brandy y a cigarrillo, todo lo que era adictivo para una mujer que ansiaba más.

Sus manos se enredaron con fuerza en su pelo, sujetando su cabeza exactamente para su invasión. Su cuerpo la apretó contra la columna, y ella agradeció el frío del mármol para combatir el calor que él generaba. Sintió que algo duro y largo le oprimía el estómago; sabía que debería horrorizarse, pero la boca de él le producía sensaciones tan increíbles que simplemente se acercó más, rodeándole el cuello con los brazos y gimiendo por más.

Y él le dio más. Su lengua se introdujo profundamente en su boca en una danza que exigía que la siguiera. Ella se batía en duelo por el dominio, su lengua entraba en la boca de él como una reina al frente de su ejército. Él agradeció la invasión, y otro gemido resonó en lo más profundo de su garganta mientras descargaba su dureza contra ella.

Aquello era el paraíso. No quería que el beso terminara y lo mandara todo al Hades. Tenía razón, porque cuando sus hábiles dedos encontraron el pezón endurecido de ella, sus rodillas cedieron y se hundió en sus brazos.

Sólo entonces rompió el beso. Sin embargo, no había regodeo en su mirada ni en sus rasgos, sólo calor, deseo y necesidad, seguramente iguales a los de ella.

Se quedaron juntos en la alcoba, frente con frente, respirando agitadamente.

Ella estaba aturdida. Nunca, en todas las veces que había ido a casa de su hermano, había mostrado el más remoto interés por ella. Ni una sola vez había pensado en él románticamente.

Sin embargo, allí estaba ella, a punto de disolverse en un charco de delicioso deseo. Un beso había cambiado su mundo, y se quedó mirando a Maitland. La máscara de indiferencia que llevaba volvía a estar en su sitio. Si no fuera porque aún sentía su erección contra su vientre, nunca habría pensado que la deseaba.

El Duque del Frío era como un volcán cubierto de hielo. Tenía un núcleo fundido que mantenía oculto al mundo.

Ella necesitaba aire, necesitaba despejarse de su olor y su sabor. Más que nada, necesitaba pensar en Rutherford. ¡Rutherford!

Hizo lo posible por moverse a su alrededor, diciendo, —Esto es ridículo. Estoy casi prometida. Salió rápidamente de la alcoba, con los dedos volando para reparar los daños de su pelo.

Él dio una gran zancada y llegó a su lado. —Casi significa que aún estás libre. Creo que deberías tomarte en serio mi demanda.

Ella apretó los dientes y siguió sonriendo, dada la cantidad de gente que miraba hacia ellos. —¿Demanda? No te has acercado ni una sola vez esta temporada.

—Para ser justos, he estado ocupado cazando a una loca.

Ella permaneció en silencio. Eso era, de hecho, cierto, y una de las razones por las que sentía que Rutherford no se le había declarado. Casi la tenían encerrada bajo llave y había tenido pocas oportunidades de avanzar en su relación con Lord Rutherford. Sebastian, como siempre, estaba siendo sobreprotector.

Un criado se acercó con una bandeja de copas llenas de champán. Se detuvo y le ofreció una copa, y ella aprovechó para apartarse de Su Alteza y tomar una para hacer algo con las manos, que notó que

jugueteaban con su bata. Ella nunca se inquietaba. Maitland tomó un vaso, se lo bebió todo y pidió otro. Cuando el criado se marchó, le miró fijamente. —Me doy cuenta de que mi hermano te pidió que velaras por mi seguridad esta noche —busco a Sebastian por toda la habitación— pero no creo que te pidiera que me persiguieras de una forma tan escandalosamente romántica.

El rostro de Maitland paso de severo a sobrecogedor, mientras la primera sonrisa que ella había visto en él se dibujaba de repente en sus facciones. —Puede que te esté persiguiendo, como dices, pero no de un modo romántico. Simplemente me pareces una mujer muy atractiva y de buena familia. Serías una duquesa excepcional. Eres inteligente, fuerte, amable y he mencionado tu belleza... oh, creo que lo he hecho.

Se quedó con la boca abierta. Le costaba encontrar las palabras.

—No te sorprendas tanto. Con una loca que quiere hacerme daño, es conveniente que encuentre una esposa y tenga un hijo. Tú, pequeña, serías perfecta para el papel.

Marisa se dio cuenta de que había sido insultada y alabada simultáneamente. —Déjame entender tus intenciones. Sólo porque necesitas un hijo, crees que debería sentirme halagada por una propuesta que no es más que tú queriendo una yegua de cría. —Barrió con la mano, indicando el salón de baile lleno detrás de ella—. ¿Te das cuenta de que aquí podría elegir a cualquier hombre soltero? —Le pinchó en el pecho, que sin duda era muy duro y musculoso, y su dedo se detuvo más tiempo del necesario para darle su burlona respuesta—. ¿Por qué iba a aceptar una proposición de un hombre tan arrogante que cree que no tiene que cortejarme? Es como si tuviera que caer rendida a sus pies en señal de gratitud. Déjame decírtelo: que eso nunca ocurrirá.

—Nunca es mucho tiempo. —Ni siquiera se disculpó por su comportamiento—. Si acudiera a Sebastian, vería con buenos ojos mi demanda.

Ella casi se atraganta con su bebida, con burbujas subiendo por su nariz. El comportamiento tan poco propio de una dama atrajo hacia ella varias miradas llenas de cotilleo de la sociedad. —Eres un iluso. Puede que seas su amigo, uno de sus mejores amigos, pero mi hermano nunca me obligaría a un matrimonio que no quisiera.

Se inclinó más cerca sin tener en cuenta el público que se estaba reuniendo. —Entonces tendré que asegurarme de que quieras casarte conmigo. —Lo que la multitud no podía ver eran los dedos de su mano derecha recorriendo las curvas de su costado y sobre su cadera. Ella no podía retorcerse ni apartar la mano de un manotazo sin alertar a todos de su vergonzoso comportamiento.

Se limitó a sonreír dulcemente y a apretar los dientes. —Dudo que

logres ese objetivo, *Alteza*. Espero una proposición de un hombre que me ama y la aceptaré.

Ella vio como su mandíbula se tensaba y su mano bajaba de donde acariciaba su costado. —Ya veremos, pequeña. —Se inclinó y se llevó la mano de ella a los labios. Haciendo caso omiso de su público, apretó los labios contra los dedos de ella y se entretuvo más de lo debido.

Ella quiso arrancarle la mano de su posesivo apretón, pero sabía que ya eran tema de especulación y no quería que los demás se llevaran una impresión equivocada. Si Rutherford pensaba que Su Alteza era un pretendiente, podría retirarse pensando que no podía competir.

—Ahí estás. Te he estado buscando por todas partes. —Beatrice, su cuñada, deslizó su brazo entre los suyos y sonrió a Su Alteza—. Maitland, gracias por vigilar a Marisa. Espero que no haya sido una molestia.

Marisa quería gritar. Si alguien estaba siendo una molestia, era él.

—Ha sido un placer, —dijo él, sin una pizca de ironía—. Si me disculpan, me retiraré a la sala de cartas.

Depositó un beso en la mejilla de Beatrice y se marchó sin decir otra palabra a Marisa.

—Ooh, ese hombre. Es tan, tan, tan exasperante.

Beatrice se rió de su arrebato. —Su Alteza es un buen hombre, aunque a veces me hace preguntarme si sabe ser feliz.

Marisa miró su espalda que se alejaba, tratando de ignorar la curva de sus nalgas y sus largas y poderosas piernas. —Es un duque, muy rico y guapo—. ¿Por qué no iba a ser feliz?

Beatrice suspiró y enlazó su brazo con el de ella, llevándolas de vuelta a la mesa de refrescos. Marisa bebió el resto de su champán antes de aceptar otra copa.

—Su infancia no fue feliz. Su madre murió al dar a luz, y su padre... No estoy segura de si fue la muerte de su esposa o si siempre fue así, se convirtió en un hombre frío y distante. Nada le importaba salvo el ducado y sus obligaciones en la Cámara de los Lores. Dudo que Maitland haya recibido alguna vez una palabra amable, y mucho menos un abrazo. Estoy seguro de que le ha afectado. Maitland no es muy demostrativo.

El rostro de Marisa se calentó. Antes había sido muy demostrativo. De repente, se sintió un poco mareada. —Discúlpame, Beatrice, necesito la sala de descanso. —Beatrice estaba a punto de decir que ella también iría, cuando llegó Sebastian, deseando bailar con su mujer. Marisa observó a Beatrice y a su hermano moverse en el vals y se preguntó dónde estaría Lord Rutherford. Frunció el ceño y se apoyó en la mesa. Dejó su copa y decidió que necesitaba sentarse un

momento. Apenas había bebido nada esta noche, pero el champán que había bebido se le había subido a la cabeza.

Si quieres leer más de SUSURRO DEL DESEO – disponible en junio de 2023

Acerca del Autor

La autora más vendida de **USA Today, Bronwen Evans**, es una orgullosa escritora de novelas románticas. Sus trabajos han sido publicados tanto en formato impreso como en formato de libro electrónico. Le encanta contar historias, y su cabeza siempre está llena de personajes e historias, en particular aquellas que presentan amantes angustiados. Evans ha ganado tres veces el RomCon Readers' Crown y ha sido nominado para un RT Reviewers' Choice Award. Vive en la soleada bahía de

Hawkes, Nueva Zelanda, con su Cavoodles Brandy y Duke. Le encanta escuchar a los lectores.

www.bronwenevans.com

Muchas gracias por acompañarnos en este viaje. Si desea mantenerse al día con mis otros lanzamientos, los códigos de cupón de mi boletín para ofertas especiales u otras noticias, no dude en unirse a mi boletín y recibir un libro GRATIS (en inglés) también.

Otras Obras de Bronwen Evans

Bron's Book List

Española Versions

Lord de los Malvados

Lord del Peligro

Lord de la Pasión

Adicta al Duque

Atraída por el marqués

Atraida por el Conde

Desafiando el Duque de Dangerfield

Apostando por el Marqués de Wolverstone

El despertar de Lady Flora

La seducción de Lord Sin

Un Beso de Mentiras

Una Promesa de Más

Historical Romances

Wicked Wagers

To Dare the Duke of Dangerfield – book #1

To Wager the Marquis of Wolverstone – book #2

To Challenge the Earl of Cravenswood - book #3

Wicked Wagers, The Complete Trilogy Boxed Set

The Disgraced Lords

A Kiss of Lies – Jan 2014/December 2022

A Promise of More – April 2014/June 2021

A Touch of Passion – April 2015/June 2021

A Whisper of Desire – Dec 2015

A Taste of Seduction – August 2016

A Night of Forever – October 2016

A Love To Remember – August 2017

A Dream Of Redemption – February 2018

Imperfect Lords Series

Addicted to the Duke – March 2018

Drawn To the Marquess – September 2018

Attracted To The Earl – February 2019

Taming A Rogue Series

Lord of Wicked (also in a German Translation)

(Also in a Spanish Translation)

Lord of Danger (also in a German Translation)

Lord of Passion

Lord of Pleasure (Christmas Novella)

The Lady Bachelorette Series

The Awakening of Lady Flora – Novella

The Seduction of Lord Sin

The Allure of Lord Devlin

Invitation To Series Audio Only (now called Taming A Rogue series)

Invitation to Ruin

(Winner of RomCon Best Historical 2012, RT Best First Historical 2012 Nominee)

Invitation to Scandal

(TRR Best Historical Nominee 2012)

Invitation to Passion

July 2014

(Winner of RomCon Best Historical 2015)

Invitation To Pleasure

Novella February 2020

Contemporaries

The Reluctant Wife

(Winner of RomCon Best Short Contemporary 2014)

Drive Me Wild

Reckless Curves – book #1

Purr For Me – book#2

Slow Ride – book #3

Fast track To Love (This Christmas) Novella - book #4

Coopers Creek

Love Me – book #1

Heal Me – Book #2

Want Me – book #3

Need Me – book #4

Other Books

A Scot For Christmas - Novella

Regency Delights Boxed Set

To Tempt A Highland Duke – Novella

Highland Wishes and Dreams - Novella

The Duke's Christmas List - Novella